Iñaki Martínez

Lo que dejan ver las sombras



Lo que dejan ver las sombras

Iñaki Martínez



Lo que dejan ver las sombras

Diseño y maquetación ePub: © Sergio Verde (www.sergioverde.com)

Foto composición portada: © Bolaberunt

Corrección de texto: Esther Carretero

ISBN: 978-84-19880-04-8

Para más información sobre la presente edición, contactar a:

Editorial Alt autores

Henao, 60. 48009 Bilbao (España)

CIF: B95888996

www.altautores.com

A los que ya partieron, quise tanto y recuerdo cada día, mis hermanos Juan Ramón, Valen; Mari Carmen Fernández (La Ferefa).

Agradecimientos:

Buena parte de las referencias médicas y científicas me han sido proporcinadas por los doctores Juan Carlos Rumbero y Marta Fernando, del Hospital de Cruces.

Llegué a ellos de la mano de José Mari Antoñana Larrieta, también doctor y erudito en tantas disciplinas que sería imposible reseñarlas en un texto breve.

A los tres mi gratitud, con las esperanza de que su ayuda no haya sido deteriorada en exceso a causa de mi impericia.

LO QUE DEJAN VER LAS SOMBRAS

Todo lo interesante ocurre en la sombra, no cabe duda. No se sabe nada de la historia auténtica de los hombres.

Louis-Ferdinand Céline (Viaje al fin de la noche)

Índice

Capítulo 1

Ray Colmore encendió la lámpara de su mesilla de noche. Era la segunda vez que lo hacía en treinta minutos. Quería asegurarse de que el teléfono estaba bien colgado.

Una corazonada lo inquietaba, algo había sucedido o estaba sucediendo, o iba a suceder en las siguientes horas, quizá en minutos.

Con las primeras luces del día se levantó mareado, apenas había dormido dos o tres horas. Pensó en tomar una taza de café, dio unos pasos hasta la cocina, prendió la radio, conectó la cafetera y, al cabo de unos minutos, se hallaba sentado en su butaca favorita, saboreándolo.

Por alguna razón pensó en Stanley Mortimer, uno de los diez agentes que dependían de él y que en esos momentos se hallaban en terreno, en diferentes países. Con la taza en la mano se dirigió a su habitación. Una reproducción de un Picasso colgaba de una de las paredes. Lo descolgó para depositarlo encima de la cama. Marcó los cuatro dígitos de la pequeña caja fuerte encastrada en la pared y la abrió. De su interior extrajo un pequeño cuaderno. Estaba en lo cierto. A esa misma hora su agente preferido habría de hallarse en la cubierta de un barco en las aguas del mar Caribe, rumbo a la costa norteamericana.

Media hora después, Ray Colmore entró en el café de Lucarelli al que saludó, como tenía por costumbre, con un buenos días apenas audible. Este trajinaba en la cafetera preparando un café tras otro. Le devolvió el saludo con un simple movimiento de cabeza.

En el kiosco de la esquina adquirió el Washington Post y el New York Times. Echó un vistazo a la primera plana de ambos. Sus amaestrados dedos buscaron las páginas 14 a 18 del Post que informaban de las noticias de política internacional. Luego hizo lo mismo en el New York Times, entre las páginas 20 y 28. No halló ninguna referencia a Cuba.

Era abril y habían dado las siete de la mañana, la hora en que solía salir de su apartamento. El frío apretaba.

También era la hora en que su vecino ucraniano, el señor Budny, daba un corto paseo a Rudolf, su pequeño perro macho de raza Teckel. Se cruzaron un saludo de compromiso. Rudolf era un perro al que le agradaban los vecinos. Cada mañana salía de su casa bien dispuesto a entablar amistad con Ray. Este se limitaba a mirarlo y dedicarle un escueto buenos días, Rudolf. El perrito movía la cola y lo miraba, decepcionado.

A Ray le gustaban las mascotas, pero las reglas de la Central Inteligence

Service, en la que trabajaba desde hacía años, prohibían las familiaridades con los vecinos, incluyendo palmaditas a los perros y gatos por adorables que fuesen.

Como cada una de las instrucciones que recibían los agentes, esta contaba con una explicación. Un exceso de cariño a las mascotas de los vecinos podía tener continuidad en una petición inocente: Ray, ¿sería posible que cuidases a Rudolf en tu apartamento mientras me acerco al dentista? De ahí a un agradecimiento en forma de botella de vino solo hay un pequeño paso. El siguiente sería: ¿Ray, quieres cenar con nosotros?

No, de ninguna manera, los agentes lo sabían desde el primer día en que fueron reclutados: su labor exigía distancia con los vecinos, arrogancia incluso, no importaba demasiado si eran considerados huraños o incluso algo estúpidos.

Ray Colmore solía ser uno de los primeros en cruzar el amplio vestíbulo del edificio principal de Langley. Como todas las mañanas advirtió rostros preocupados debajo de sombreros borsalinos de doce dólares. Una nube de funcionarios, de secretarias y agentes de la Central Inteligence Service se dirigía en silencio a sus respectivas oficinas.

En el cuarto piso se hallaba el departamento de Europa, dividida en dos grandes áreas: Oriental y Occidental. En la quinta planta, al fondo de un largo pasillo, estaban las dependencias del gran enemigo, la URSS, Rusia, los bolcheviques, los camaradas, en el lenguaje habitual.

Colmore se encontró en el vestíbulo con el agente vasco Jesús Galíndez, viejo amigo de Stanley Mortimer. En el edificio de Langley pocos eran los que conocían su estatuto. Visitaba con frecuencia el departamento de Europa que se ocupaba de los asuntos de España.Corría el rumor de que asesoraba también al FBI. No era un espía en el sentido de que trabajase a las órdenes de la agencia, sino un asesor, un consejero, o eso era lo que pensaban buena parte de los que tenían relación con él.

Galíndez despertaba mucha simpatía en Langley. La guerra de España era un asunto que había suscitado un interés extraordinario en las principales capitales del mundo y entre los servicios de inteligencia. Galíndez era miembro importante del Partido Nacionalista Vasco en el exterior. Tenía buenos contactos en Washington. Esta circunstancia representaba estar del lado de los buenos no solo por definirse como democristiano y liberal, amante de la democracia norteamericana. Su líder José Antonio Aguirre había visitado Washington y Nueva York y los grandes periódicos le avalaban por su discurso en defensa de la democracia occidental y su crítica del comunismo.

Ray tenía un gran respeto por Galíndez, se lo había presentado

Stanley Mortimer.

Galíndez fue un activista en la guerra de España, finalizada solo unos años atrás. Perteneció al bando perdedor y después de establecerse en la República Dominicana durante unos años escapó. El Generalísimo Rafael Leónidas Trujillo le seguía los pasos con la peor de las intenciones por una razón: Galíndez había descubierto algunos de sus trapos sucios y se disponía a publicarlos en una universidad de Nueva York.

Colmore y Galíndez se dieron la mano y subieron en el mismo ascensor. Quedaron en tomar un café a media mañana.

En ese momento Ray Colmore, jefe de análisis del área Caribe, ignoraba que le esperaba una jornada de sobresaltos y malas noticias por lo que el café con Jesús Galíndez tendría que esperar. Era el 30 de abril de 1953.

Según los planes, Stanley Mortimer debía partir de La Habana a las diez de la mañana en un barco de nombre Alejandría. Este habría de atracar en el puerto de Key West. El agente subiría a un avión que habría de llegar a Washington a las tres de la tarde. En la salida del aeródromo lo estaría esperando su jefe, Ray Colmore.

Dieron las once de la mañana, transcurrieron quince minutos, el tiempo suficiente para que un boy office le hubiera entregado un cable remitido por Stanley desde el barco. Cuatro palabras entre signos de interrogación: ¿Jimmy, pagas las cervezas?

A las once y media de la mañana el cable no había llegado. Colmore ordenó una investigación.

Al cabo de unos minutos uno de sus ayudantes le indicó que el Alejandría se hallaba amarrado en el puerto de La Habana a causa de una avería. Había partido del puerto y regresado al cabo de unos minutos de navegación.

La noticia le sobresaltó, algo extraño estaba sucediendo.

Stanley conocía el reglamento al dedillo. La comunicación estaba acordada. En caso de producirse un cambio de planes debía reemplazarse por otra en el menor tiempo posible.

Ray, con los pies encima de la mesa, fumaba un cigarrillo tras otro con la mirada perdida en un punto del techo. Si Stanley no hubiera podido enviar un cable desde alta mar a la hora establecida, debía haberlo hecho al desembarcar en La Habana.

Su secretaria le confirmó que las comunicaciones telegráficas con esta ciudad funcionaban con normalidad. La corazonada que le apuró durante la noche empezaba a tomar cuerpo. Pensó en un código 77. No obstante, decidió esperar hasta las doce del mediodía.

A las doce y un minuto subió a la planta de arriba con el expediente de

Stanley Mortimer en la mano e informó a Philip, uno de sus jefes con el que mantenía una relación más bien mediocre. Jamás habían tomado una cerveza en un bar. Ambos se miraban con distancia. En realidad, lo que les sucedía a Ray y a Philip era lo mismo que a la gran mayoría de jefes y subjefes de departamento: se prestaban ayuda, pero solo la necesaria; se cuidaban bien de no trasmitirse afecto, no podía esperarse otro comportamiento de quienes seguían con esmero los pasos de sus compañeros a la espera de que uno de ellos cayese en desgracia a causa de un gran error en el manejo de un caso, con la consabida consecuencia de perder su puesto y acabar siendo destinado a una ciudad remota, sin posibilidad alguna de ascender por el resto de su vida.

Cuando se hallaba en un ambiente de confianza y con una copa de más, Ray se refería a Philip como ese pequeño e intrigante burócrata. No se explicaba cómo había llegado a la mesa que ocupaba en la agencia sin haber pisado terreno ni en una ocasión y sin embargo ahí estaba, con mando sobre un buen número de agentes que se había jugado la vida en múltiples destinos.

Philip odiaba a Stanley Mortimer, a pesar de que solo se habían cruzado en tres o cuatro ocasiones. ¿Cuál era la razón? Ninguna, sobre el tapete. ¿Quizá que ambos permanecían solteros?

El código 77 significaba que un agente en terreno no se había reportado según el plan previsto. En este caso, se trataba de un agente experimentado. Un hombre de cincuenta y tantos años que llevaba trabajando para la agencia más de treinta. Un agente que se caracterizaba por el cumplimiento de sus deberes sin ninguna mancha importante en su historial. Quizá algo extravagante en sus costumbres sexuales para una institución como la CIA en los años cincuenta, pero sus numerosos méritos en el desempeño de sus funciones conseguían eclipsar aquellas.

Capítulo 2

Grandote Bazuko bajó a la puerta principal del hotel Nacional. Doce minutos antes había apretado el gatillo de la ametralladora Sten, desde un Duisemberg 1940 de color negro. Uno de sus hombres le susurró al oído unas palabras. A zancadas subió a la planta donde se hallaban sus jefes.

—Jefe, parece que el periodista Chris Fanon no ha muerto. Alguien lo está auxiliando y lo llevan a un hospital. Está sangrando. ¿Quiere que lo rematemos?

Meyer Lansky se asomó al balcón. No avistaba lo que estaba ocurriendo en la esquina de la calle 23 y O.

—¿Cómo puede ser?

—No sé, descargué la Sten y acerté, lo vi con mis propios ojos.

Jacob Lansky intervino.

—¿Le disparaste con las balas mosca?

—Sí, con esas.

Antes de ser usados, estos proyectiles eran enterrados durante unos días en un recinto cubierto por estiércol de caballo. Lo inventó uno de sus amigos sicilianos. En caso de que la víctima no muriese por los impactos en sus órganos vitales, lo haría a causa de una infección generalizada en el organismo. Una sepsis, en lenguaje médico. Era la primera vez que lo ponían en práctica en Cuba.

Meyer se dio la vuelta.

—¿Quién ordenó que se usaran balas mosca? —dijo, enfurecido.

—Fui yo —respondió Jacob.

—Eres un estúpido, un hombre como él no merece morir de esa manera —gritó su hermano.

Jacob bajó la cabeza. Los tres hombres permanecieron en silencio durante unos segundos.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Jacob.

Meyer se dio la vuelta y regresó al balcón. Un minuto después miró a su hermano y le dijo:

—Ojalá se salve.

—Pero Meyer, tú lo ordenaste —dijo Jacob.

—He dicho que ojalá se salve.

Jacob conocía bien a su hermano Meyer. Este le había tomado aprecio a Stanley y Jacob lo sabía. Sin embargo, los casi dos millones de dólares en billetes usados de diferente numeración que hallaron en casa del profesor León Valente, y que en ese momento estaban en su poder, representaban una buena razón para dejar a un lado su

simpatía por el agente.

Demasiado dinero como para no actuar de la misma manera que hasta entonces, desde que apenas eran adolescentes en el Lower East Side, en las proximidades del río Hudson, el barrio donde crecieron, donde aún se hablaba un mal inglés, contaminado por otras voces entre las que predominaban el italiano, el yidish, el polaco y el armenio.

Meyer y Jacob eran los mismos muchachos judíos que de niños no sabían si al día siguiente habrían de conformarse con un pedazo de pan duro mojado en un vaso de leche aguada. Faltaba mucho tiempo para que Meyer se convirtiera en el chico más listo de la combinación.

Miró a Jacob, aún con rabia.

—Averigua el nombre del hospital al que lo llevaron, su estado, el nombre de los médicos que lo atienden. Quiero saber lo que le ocurre.

Meyer abandonó el hotel Nacional y se dirigió al apartamento del Paseo del Prado que había alquilado para su amante, La Bella Carmen. Era una mujer de veinte años, voz suave y cabellos negros hasta la cintura. Para él, la criatura más hermosa que la naturaleza podía haber creado. Todo en ella era perfecto, su piel canela, sus curvas, sus pechos, su sonrisa, incluso su inocente rechazo a los fajos de billetes de cien dólares que Meyer le ofrecía de vez en cuando para que comprase vestidos y joyas.

Capítulo 3

Un buen número de habaneros se congregó en torno al cuerpo de Stanley Mortimer en la esquina de la calle 23 y A. El traje de buen corte que vestía y los zapatos que calzaba indicaban que aquel hombre ensangrentado y que respiraba con dificultad era un extranjero con dinero.

La ambulancia no tardó en llegar. Lo trasladaron a la Clínica Cardona, muy prestigiosa en la ciudad donde ningún cubano era admitido sin depositar en recepción una buena cantidad de dinero para cubrir los primeros gastos.

El médico de guardia ordenó a los camilleros que lo llevaran al quirófano.

Mientras esto sucedía, la noticia de que una balacera había tenido lugar en una calle céntrica, al lado del hotel Nacional, llegó a la comisaría de policía que dirigía el inspector Juan Sorrillo. Tardó unos minutos en trasladarse al lugar de los hechos. Dispuso que dos de sus hombres levantasen acta de lo ocurrido y tomasen declaración a cuantos testigos lo presenciaron.

Ninguno proporcionó una información valiosa. Uno de ellos habló de una máquina de color negro que circuló veloz. Los hombres de Juan Sorrillo estaban acostumbrados a este comportamiento hermético. Desde el golpe de estado de Fulgencio Batista las cosas se habían enrarecido y eran contados los habaneros que abrían la boca e informaban a la policía.

El inspector Juan Sorrillo subió al vehículo y tomó la dirección de la Clínica Cardona. Una vez identificado, su corazón se encogió al recibir la documentación que portaba el herido: Chris Fanon, periodista. La fotografía del pasaporte despejaba cualquier duda. Era él, su amigo norteamericano. El agente de inteligencia con el que investigó el secuestro de la joven millonaria Carolina Bacardí.

Preguntó a varios médicos. Le dijeron que estaba en el quirófano. Había ingresado en estado de suma gravedad. Solo cabía esperar. Quizá rezar, dijo uno de ellos.

Supo lo que debía hacer. Siempre portaba en su cartera el teléfono de George, su amigo del FBI en Nueva York. En recepción del hospital le cedieron un teléfono y llamó. Era una buena hora para localizar a su amigo. Este tardó escasos segundos en comprender lo que le estaban transmitiendo desde La Habana. Colgó y llamó a su contacto en la CIA.

Ray Colmore recibió la noticia, maldijo unas cuantas veces y subió

al piso de arriba por la escalera todo lo rápido que podía permitirse un cincuentón que no estaba en buena forma y fumaba una cajetilla de Camel al día.

Había transcurrido menos de una hora desde que alguien había tiroteado a su hombre en La Habana. Discutió con sus jefes los planes. Estos aprobaron lo que Colmore les propuso y emprendió el camino del aeropuerto en un vehículo de la compañía.

Como casi todos los cargos de la CIA guardaba en su oficina varias prendas de vestir. Las introdujo en una maleta de pequeño tamaño. En el viaje de apenas treinta minutos hasta el aeropuerto pensó en Stanley. Desconocía su estado, suponía que era grave.

Hasta ese momento Cuba no representaba para la CIA mayor interés salvo por la presencia de los hermanos Lansky, y eso era trabajo de los federales. No tenía agentes en terreno, de esos que se dedican a acciones de vigilancia, de reconocimiento, de recoger mensajes en buzones clandestinos. Nada de eso.

Su misión era averiguar quién había disparado a Stanley y sobre todo la razón.

En el mundo del espionaje existían dos momentos críticos, el de la traición era uno de ellos, raro era el agente que a lo largo de su carrera no era tentado por un país enemigo con el fin de convertirse en agente doble. El otro, auxiliar a un compañero que se hallaba en peligro grave.

Dos horas más tarde una avioneta del gobierno estadounidense aterrizaba en el aeropuerto de Rancho Boyeros. Pasaban unos minutos de las dos de la tarde.

Ray Colmore mostró a los funcionarios del aeropuerto un pasaporte a nombre de Joseph Kowalsky, nacido en Nueva York de padres polacos. A partir de ese instante tendría que acostumbrarse a caminar bajo la falsa piel de esa identidad.

Kowalsky tomó un taxi.

No se le iba de la cabeza el recorrido profesional de Stanley Mortimer desde que empezó, muy joven, veinticinco años. Para este momento no había cumplido los sesenta y dos. No fue sencillo para él ganarse el respeto de la CIA. Esta seguía con devoción la tradición del servicio de inteligencia británico de fisgar en la intimidad de los agentes a fin de evitar que los homosexuales asumiesen funciones de espionaje.

Cuanto más en primera línea, menor idoneidad se les confería. ¿Justificación? La había. Estaban en los primeros años de la década de los cincuenta, un buen número de agentes que ocultaban su homosexualidad habían sido víctimas de chantaje por los servicios de un país enemigo. En ocasiones, los obligaban a trabajar como agentes

dobles.

«¿Qué prefieres, que tu barrio y tu pueblo, tus vecinos de siempre, tus compañeros de estudios, tus padres, hermanos, primos, tus abuelos, conozcan que disfrutas retozando con un joven de tu mismo sexo?, le indicaba una voz a quién veía por primera vez a la salida de una estación de metro. Te aconsejo que tomes este periódico que mi mano derecha va a entregarte en este momento, en su interior verás un pequeño papel con una dirección, una fecha y una hora; acude y hablaremos con calma. Tranquilo, quiero que seamos amigos».

De esa manera empezaban. La conversación continuaba.

Siempre con unas amables e insinceras palabras a modo de preámbulo: «nada tenemos contra los homosexuales, son agradables y finos de maneras, nos gustaría llegar a un acuerdo contigo».

Los enemigos de Mortimer en la agencia enseñaban sus cartas.

«La experiencia demuestra que los resultados de contratar homosexuales son catastróficos, tarde o temprano; chantaje, peligro de detenciones, redes de agentes con soporte diplomático o simples agentes dormidos que se derrumban. Y todo a causa de una relación sexual entre hombres, la mayor parte de las veces en un hotelucho o en un cine de segunda clase, en una esquina de un parque o en la parte trasera de un vehículo alquilado. ¿Merece la pena correr ese riesgo?», se pregunta al cabo del tiempo el ex agente, primero víctima y luego delator. Fueron diez minutos de placer fugaz, o veinte, ni siquiera fue un amor con nombre y apellido, un acto clandestino, un final estúpido.

Pese a que la orientación sexual de Stanley Mortimer era conocida por sus jefes desde que empezó a trabajar para el espionaje de su país, la excelente labor que rindió en la guerra de España y en Tánger, en la Segunda Guerra Mundial, consiguió acallar a numerosos oficiales de la CIA durante una buena temporada.

Ray Colmore y algunos otros lo defendieron en Washington. Un agente con la hoja de servicios de Stanley estaba llamado a ser jefe de inteligencia en una capital europea de primera línea. Las reticencias de los jefes en Washington lo impidieron. Les caía mal por ser homosexual.

Estos pensamientos venían a quien ahora se llamaba Kowalsky, cuando se trasladaba a la Clínica Cardona y aún ignoraba el estado real de su subordinado. Temía que a su llegada le diesen la peor de las noticias: que había fallecido. Había en aquellos pensamientos una mezcla de orgullo y tristeza. De lo primero por haberle defendido en condiciones de inferioridad, ante un buen número de jefes para quienes lo cómodo era despachar a Stanley con un par de anualidades y olvidarse de él para

siempre. Ante Philip, sobre todo. A pesar de su brillante carrera, Stanley no había dejado de ser nuestro hombre en Tánger.

Y tristeza porque en el interior de un agente profesional, y Mortimer lo era de los pies a la cabeza (¿por qué reflexionaba en pasado?), siempre está presente la ambición de dirigir tres o cuatro docenas de agentes en un país estratégico para los intereses de su país. Y a Stanley se le había negado.

Volvió a pensar en Philip, su superior. Este había autorizado su viaje a La Habana sin limitación de gastos, como establecía el reglamento para el caso de que uno de los agentes en terreno hubiera resultado herido. Pero no olvidaba sus últimas palabras al despedirle en la puerta de su despacho y tras desearle buen viaje: suerte con Stanley, averigua bien por qué le han disparado, ¿nuestro mariquita habrá bajado la guardia?

Pero en aquel momento, iba a bordo de un taxi y era víctima del monólogo del conductor que no paraba de elogiar las curvas y pechos de las mujeres que ofrecía a cualquier hora del día o de la noche, en el hotel donde se hospedara el cliente o en una cabaña con aire acondicionado, entre boleros o tangos que sonaban en la emisora.

El corazón de Colmore no cesaba de protestar ante preguntas de las que no lograba deshacerse: ¿cometió Stanley un fallo de seguridad y ello provocó que le disparasen en las cercanías del hotel Nacional? ¿No tenía que haber estado en el momento del tiroteo a bordo del Alejandría, rumbo a las costas de Florida como habían planeado? Le molestaba encarar de una forma u otra tales reproches, pues eso eran, y sin embargo no lo podía evitar.

Una vez en la Clínica Cardona, Kowalsky firmó un cheque por importe de mil dólares. Era una buena cantidad en 1953.

Kowalsky entró en el hospital y empezó a realizar las primeras gestiones. El inspector Sorrillo lo observó. Estaba sentado en la esquina de un banco situado al lado del mostrador de atención al público, de modo que le escuchó preguntando por Chris Fanon. Explicó que era su amigo. Añadió que se haría cargo de los gastos, fueran los que fueran.

Sorrillo concluyó que el hombre que se desenvolvía con seguridad ante los empleados del hospital era un jefe. Descartó que Washington hubiera enviado a un subalterno con el fin de preguntar por el herido y pagar la factura. Se levantó para saludarlo.

—Soy Juan Sorrillo, inspector de policía. Yo llamé a Washington.

Se estrecharon la mano.

Kowalsky se tocó la cabeza con la mano derecha.

—Sí, lo recuerdo, su nombre figura en varios informes que me envío Stanley, parece que son buenos amigos —dijo, sonriendo.

—¿Pero ha mencionado a un tal Stanley?

Kowalsky lo entendió.

—Fanon, Chris Fanon, quería decir.

Ambos sonrieron de nuevo.

La Clínica Cardona del Vedado había sido fundada en 1935. En la ciudad pasaba por ser la clínica con los mejores profesionales, los de más prestigio. La mayor parte de estos habían estudiado en el continente.

Al cabo de unos minutos uno de los cirujanos que había intervenido a Stanley les informó.

—Al llegar al quirófano, Fanon perdía sangre de forma abundante. Su rostro estaba pálido, su cuerpo taquicárdico sudaba y la presión era muy baja.

Añadió:

—Tenía una herida por arma de fuego en el costado derecho. Mientras el paciente era anestesiado temimos un hemoneumotórax provocado por múltiples laceraciones pulmonares y lesión cardíaca. El pronóstico era fatal y podía morir en cualquier momento. Le practicamos una transfusión de sangre. Abrimos el pericardio y descomprimimos el corazón. Observamos sangre en diferentes coágulos por lo que le practicamos dos drenajes torácicos. El pulmón volvió a respirar con cierta normalidad. Su estado es muy grave. Estará intubado un tiempo, no puedo precisar cuánto. En apariencia es un hombre de buena salud y fuerte, en la mesa ha respondido bien, pero en cualquier momento puede sufrir una parada cardíaca lo que le llevaría a una muerte súbita.

—¿Si no muere, cuánto tiempo puede permanecer inconsciente? —preguntó Kowalsky.

—Es imposible saberlo.

Colmore estaba dispuesto a cumplir con su trabajo.

—Escúcheme bien, doctor, pese a estar sedado e intubado ¿Es capaz de oír?

Él vaciló. Decidió colaborar.

—No puedo responder con rotundidad. Sí, en algunos casos el herido es capaz de oír los ruidos que hay a su alrededor, incluso a los médicos cuando le llaman por su nombre, pero solo en algunos casos. Deben saber que no está permitido que una persona ajena al hospital le hable. Eso debe quedarle claro.

El cirujano se alejó.

Para ese momento la embajada había enviado a cuatro hombres. Eran jóvenes y estaban armados.

—Vigilaréis esta planta, muchachos. Ese hombre que está ahí dentro es uno de los nuestros. Nadie puede entrar en la habitación sin ser cacheado de arriba abajo e identificado. Algún cabrón ha intentado asesinarle y es probable que lo vuelva a intentar —les

ordenó Kowalsky.

Los cuatro hombres asintieron.

Kowalsky encargó a uno de ellos que le buscara un apartamento cercano al hospital. Necesitaba descansar, al menos un par de horas. Entró con su maleta en una pequeña casita situada a cien metros del hospital. La vivienda no le agradó, vulneraba el protocolo de seguridad, sus ventanas estaban a un metro del suelo y la puerta no resistiría la patada de un hombre corpulento. Aun así, para él era importante descansar a escasos metros de Stanley.

Capítulo 4

El inspector Juan Sorrillo decidió avisar a Martín Ugarte y contarle lo sucedido. Estaba obligado a hacerlo. Stanley no tenía muchos amigos en La Habana. Martín era uno de ellos. Conocía su domicilio y envió a uno de sus hombres a buscarlo.

Ugarte no solía abandonar su apartamento sin un pequeño crucifijo que guardaba en el bolsillo derecho. Era de tamaño pequeño, tres centímetros, de madera. En la parte de atrás se podía leer una pequeña inscripción: maranatha.

Lo agarró con fuerza mientras viajaba con el policía en su vehículo particular en dirección al hospital. Ugarte trató de sonsacarle información. El policía se limitó a decirle que no la tenía.

Al llegar al hospital vio al inspector Sorrillo que fumaba un cigarrillo a escasos metros de la puerta de entrada.

Sorrillo estaba al corriente de que Martín Ugarte y Stanley Mortimer fueron buenos amigos en los tiempos en que el primero se desempeñaba como sacerdote diocesano en la ciudad norteafricana de Tánger.

—Ugarte, lo siento, pero tengo una mala noticia. Alguien ha disparado a Stanley al lado del hotel Nacional —le dijo Sorrillo, tomándolo del brazo.

—¡Santo Dios! ¿Está vivo?

—Muy grave, pero sí, lo está.

—¿Puedo verlo?

—Imposible, quizá desde el pasillo.

Ugarte introdujo su mano derecha en el bolsillo del pantalón y rozó de nuevo su pequeño crucifijo.

—¿Pero quién lo ha hecho?

—No lo sabemos, hemos empezado a investigar, aún no tenemos pistas.

—¿Te vas a encargar del caso? —preguntó Martín.

—Creo que sí, salvo que mis jefes consideren que se trata de un asunto político y pase a los del SIM. Y ahora tengo que dejarte y volver a la comisaría. Tengo asuntos por resolver. Siento mucho lo sucedido, sé que eres un buen amigo de Stanley, por eso quería que lo supieses.

—Me quedaré en el hospital el tiempo necesario —dijo Ugarte.

—Volveré en una o dos horas. Ha llegado a la ciudad uno de los jefes de Stanley, se hace llamar Joe Kowalsky, parece apreciar a

Stanley. Me ha gustado. En cualquier momento aparece por aquí.

—¿Cómo lo identificaré?

—Él te identificará, se trata de un agente de espionaje. Es probable que nuestro Stanley le haya enviado fotografías nuestras, tuyas, mías, de Joan. ¿Has visto películas de Edward G. Robinson?

—Sí, todas las que he podido.

—Tiene un gran parecido con Kowalsky. Y ahora me voy, luego te veo. Te dejo un teléfono, si sucede algo ahí dentro me llamas, hay un teléfono en recepción y he hablado con ellos para que podamos utilizarlo.

Antes del tiroteo, Martín Ugarte había paseado por el Malecón y El Vedado sin ninguna prisa, cavilando sobre las decisiones que debía adoptar en los días siguientes. La academia La Internacional había cerrado y él estaba sin trabajo.

Tenía la posibilidad de regresar a Marruecos donde sus amigos y socios, Cruceta y Lopategi, continuaban con su negocio de pesca en aguas del Atlántico. De vez en cuando recibía una carta de ellos. Le daban cuenta de la marcha del negocio y le hacían saber la parte del beneficio que le correspondía.

Pero deseaba quedarse. Los meses que llevaba en esta ciudad le susurraban al oído que existían otras en el interior de La Habana, otras atmósferas más allá de los cabarés internacionales y los hoteles, incluso del bullicio del Malecón por la tarde. El mar Caribe en el horizonte, lo contemplaba con sus ojos acuosos y tristes, una ciudad de placeres desmesurados de la que, aún no lo sospechaba, sería difícil escapar.

Disponía de algunos ahorros de manera que no tenía prisa.

La noticia transmitida por el inspector Sorrillo lo sacudió. Recordó a Stanley en Tánger. Este, con una excusa u otra, siempre procuraba que se uniese a sus celebraciones. Stanley intuía que su vida habría de encaminarse fuera del sacerdocio y trataba de facilitarle el paso. Y cuando lo dio, fue el primero en asegurarse de que viese el futuro con optimismo, en transmitirle que le esperaban muchos años de buenas noticias:

—Con Joan o sin ella, tienes mucha vida por delante, aprende a disfrutar —le decía.

Stanley le llevaba a Martín cerca de veinticinco años…

Calló al oír sus palabras.

—Pero te daré un buen consejo, en la nueva vida que has elegido, necesitarás paciencia —prosiguió Stanley.

Martín Ugarte permaneció un par de horas en el hospital hasta que

Juan Sorrillo apareció con otro inspector. Ugarte se retiró a su apartamento.

Desde un pasillo, pudo ver el cuerpo inmóvil de Stanley. Se hallaba consternado.

La semana anterior había conocido a unos paisanos. La Habana era una ciudad donde permanecer entre cuatro paredes resultaba difícil. Hizo lo que suelen hacer los vascos cuando se hallan en tierras remotas: buscar otros vascos. Se aproximó al Jai Alai, en la confluencia entre Lucena y Concordia, adquirió una entrada y se sentó en un taburete esquinero en la barra del bar.

No tardó en ver un grupo de hombres que seguían con atención el desarrollo del partido. Por alguna razón sospechó que eran vascos.

Se levantó y acercó a ellos. Sus sospechas se confirmaron. Hablaban en lengua vasca aunque en un dialecto que le sonó extraño. Pese a que llevaba años sin practicarlo, el vasco había sido su primera lengua. Luego llegaron el francés y el árabe.

Eran tres jóvenes de unos veintitantos años y complexión de deportistas. Entre ellos se comportaban con confianza, dándose palmadas en los hombros y tocándose los brazos a menudo. Ugarte se presentó como lo que era, un profesor de francés que residía en La Habana desde hacía poco tiempo.

Habían pasado apenas unos minutos. Eran jugadores de cesta punta y procedían de aldeas cercanas a Markina. No solo eran compañeros de profesión. Habían nacido en caseríos vecinos, eran amigos desde la infancia. Cuando no hablaban de pelota o del frontón lo hacían de temas desconocidos para él, recordaban los tiempos en que tenían quince años. Reían una y otra vez. Le llamó la atención a Martín Ugarte. Era un terreno sobre el que carecía de recuerdos. Sus nuevos amigos compartían paisajes, lugares, sabores, ese tipo de cosas que cuando se dan en personas que acaban de estrecharse la mano ofrecen la sensación de hallarse en familia. Y él no, pese a que los tres habían nacido en el mismo país.

La sesión del Jai Alai finalizó y lo invitaron a terminar la noche con ellos de la forma que tenían por costumbre. Fue la primera de muchas. Unas cervezas en alguno de los Aires Libres del Paseo del Prado y dar cuenta de una cena en el restaurante Miami, en la famosa esquina de Prado y Neptuno.

Le hicieron una buena cantidad de preguntas: ¿Por qué había venido a La Habana? ¿Tenía novia? ¿Cuáles eran sus planes?

Al cabo de un rato empezaron a llamarle Kiputza y uno de ellos, no sin asombro al detectar su desconocimiento de las particularidades de los dialectos vascos, le explicó la razón: hablaba como lo hacen los Kiputzak.

Dos de los jugadores vascos de pelota se convirtieron en sus

mejores amigos. Sus nombres de jugadores eran Eskauriaza y Basterra. Al primero le llamaban Kizkur. Ugarte acudía cada tarde acudía al Jai Alai de la calle Concordia y compartía con ellos unas cervezas y la cena.

Sus nuevos amigos hablaban del pueblo del que procedían, de sus padres y hermanos, de los amigos que allí dejaron, del primer amor que conocieron o de la novia que los esperaba. Él los escuchaba y callaba.

Sus ojos escondían una tristeza infinita. Sus paisanos lo observaron y estaban convencidos de que había algo extraño en el pasado de Martín. Lo hablaban entre ellos cuando Martín emprendía el camino hacia su apartamento.

Martín vive atormentado, Martín esconde algo, se decían. Por más que le habían tomado afecto y deseaban conocer lo que le sucedía no se atrevían a preguntárselo, ni siquiera en las noches que tomaban más tragos de la cuenta.

Así vivía. Era un hombre desterrado que no recordaba el caserío donde había aprendido a caminar. Sus nuevos amigos insistían y le preguntaban sobre su familia. ¿Vivían sus padres? ¿Tenía hermanos? Él evadía responder.

Sus maneras indicaban que había recibido estudios. No era un joven de caserío como ellos, que habían encontrado en el Jai Alai de La Habana una buena manera de ganarse la vida.

Pero Ugarte se mantenía hermético, ofreciendo una respuesta breve y simple: Soy profesor de francés y me gano la vida dando clases.

Los acababa de conocer. No era fácil para él. ¿Cómo explicar a sus paisanos que cuando cumplió ocho años sus familiares lo habían acomodado en un tren en San Sebastián para viajar veinticuatro horas y ser recogido por el presbítero Solaguren, en Tánger donde desarrollaba sus funciones eclesiásticas? ¿Cómo revelar que nunca había regresado a su lugar de nacimiento y que desconocía el rostro de sus dos hermanos, Jose Mari y Dimas? ¿Cómo decirles que había sido ordenado sacerdote diocesano? ¿Cómo expresar lo feliz que había sido en seis años de vida religiosa? ¿Cómo declarar a sus nuevos amigos que había dejado atrás el hábito por el amor de una mujer norteamericana llamada Joan Alison? ¿Cómo contarles que fue la misma Joan la que no quiso comprometerse con él y partió hacía su país para convertirse en la célebre Joan Alison, coautora de la obra de teatro que sirvió para el guion de la película Casablanca? ¿Cómo explicar que la halló de nuevo en La Habana, apenas unos meses atrás y que habían reanudado su amor con la misma pasión que les unió once años atrás? ¿Cómo hacerles saber que Joan Alison había partido a su país sin otra explicación, salvo que lo quería, pero no lo suficiente

como para comprometerse con él y renunciar a su gran sueño: escribir una novela con la que retornar a la gloria que vivió con Casablanca?

¿Cómo decirles que no dejaba de pensar en Joan Alison, la mujer que le había enseñado a besar, con quien había hecho el amor por vez primera, y había sentido esa sensación de intimidad y placer hasta consumar el acto, sudorosos, jadeantes, con el corazón acelerado ambos?

En aquellos días en que conoció a los cestapuntistas vascos, ella le escribió una carta desde Connecticut, el lugar donde se había refugiado.

El tono de la carta era amable aunque no íntimo. Leída y releída, Joan no expresaba frase alguna que le permitiera suponer que sus sentimientos se habían aclarado, como le prometió en su amarga despedida. Le informaba que proseguía su trabajo en la novela para la que aún no tenía título.

Joan daba cuenta en la carta que trabajaba cinco o seis horas al día. El resto del tiempo lo dedicaba a pasear por las playas, a leer y dormir.

Joan y sus dos personalidades tan diferentes: llena de amor y promesas en una; distante y paralizada en su capacidad de amar en otra, pensaba Martín una y otra vez. Aún resonaba en la mente de Ugarte la frase que él le reprochó en la última discusión: No quiero una mujer que me ame por las noches y odie en las mañanas. Esa no soy yo, respondió ella, colérica.

Una frase en la posdata de la carta le llenó de extrañeza: sé que vendrá de nuevo la primavera.

Capítulo 5

Joe Kowalsky consiguió dormir dos horas. Se duchó y regresó al hospital. No había noticia alguna sobre la mejoría de Stanley. Permanecía en el mismo estado: en coma.

Sus hombres le dijeron que un joven español se había interesado por el paciente. Le pidieron el pasaporte, no parecía falsificado y respondía al nombre de Martín Ugarte, de treinta y seis años. Acababa de abandonar el hospital con la promesa de regresar en unas horas.

Kowalsky recordó ese nombre. Lo había leído en los informes que enviaba su agente a Washington.

—Así que tenemos a Sorrillo y a Ugarte, los amigos de Stanley —pensó.

Continuó en sus cavilaciones. Se hallaba sentado en un banco de piedra situado en el exterior del establecimiento. Cada cuatro o cinco minutos un vehículo paraba en la puerta y de él descendían una o dos personas con gesto de preocupación. Algunas lo hacían con un pañuelo en el rostro.

Kowalsky trató de hurgar en su memoria: ¿falta alguno de los amigos de Stanley?

El primero que le vino a la cabeza fue el canadiense Fréderic Miner, su amante. Poco sabía de él, apenas que trabajaba en la recepción del hotel Presidente. Pensó en la posibilidad de que, en alguna de sus noches de intimidad y sexo, hubiera recibido alguna confidencia de Stanley.

Lo descartó. Stanley era de esa clase de personas que jamás confiaría a un amante información sobre un caso que tuviera entre manos. Ello representaba una de las reglas sagradas de su profesión. Lo habían comentado a menudo. Sonrió, recordando esas largas conversaciones, una vez terminado el trabajo, en alguna cervecería de Washington poco frecuentada por colegas, sentados frente a frente y después de revisar debajo de la mesa a fin de comprobar que no estaban siendo escuchados por los chicos del contraespionaje.

Joe Kowalsky era un hombre ortodoxo en sus ideas, defendía que estaban en el lado correcto. Quizá con el paso de los años los agentes de la CIA se tomen el trabajo como algo rutinario, como si trabajasen en una agencia de seguros, admitía. Pero estaban en 1953, los rusos y ellos se peleaban por la hegemonía en el mundo. Nueve o diez años atrás unos y otros habían enterrado a sus mejores chicos. Fueron aliados en Europa, pero ese tiempo acabó, como buena parte de los

episodios en que los hombres se parten el alma por causas dignas, sea cuál sea la lengua en que se expresen.

Los soviéticos habían perfeccionado su servicio de inteligencia en el exterior. Disponían de dinero, no tanto como ellos desde luego, pero les sobraba ideología. Eran rocosos, algo vulgares en la forma de vestir, se sabían de memoria los títulos de las obras de Dostoyevski, Gogol, Chejov, Puskhin, Tolstoi. Amaban la ópera y el ballet, bebían sin llegar a emborracharse y no perdían el control. Jamás jugaban en el casino. Decían aborrecer Occidente, pero caminaban ensimismados por la Quinta Avenida de Nueva York entre luces de neón que no se apagan. Contaban con un factor que les proporcionaba una gran ventaja. En la guerra de España, terminada solo unos pocos años antes, participaron las Brigadas Internacionales, un cuerpo de miles de voluntarios de casi todas las nacionalidades. Habían viajado a los frentes españoles para luchar contra el fascismo. Se sentían unidos por la fe en el comunismo y un deseo poco menos que inquebrantable de dar su vida por esta causa. Eran miles de personas jóvenes desperdigadas por el mundo dispuestas a convertirse en espías activos o agentes durmientes, que no esperaban una recompensa económica y se consideraban honrados en el caso de que Moscú se fijase en ellos. La Oficina de Servicios Estratégicos (OSS) y su sucesora, la Central Inteligence Agency (CIA), no contaban con un arma tan poderosa, y en Langley lo tenían muy presente.

¡Maldita sea! Stanley era uno de los mejores. De eso estaba seguro Ray. Lo había demostrado en el polvorín de Tánger y en la guerra de España. ¿Lo engañaron? Tuvo que bajar la guardia para que lo acribillasen en una calle céntrica de La Habana. La orden tuvo que partir de alguien poderoso. Descartaba una confusión de personalidad o un incidente casual. ¿Quién era ese alguien?

En la agencia habían desarrollado un juego con el fin de desentrañar un crimen complejo. Lo denominaban el Hexágono perfecto y estaba basado en el antiguo aforismo jurídico de que no hay crimen sin un buen móvil. Un hexágono, seis vértices.

Juan Sorrillo le había dado toda clase de detalles sobre quienes habían sido los autores materiales del secuestro de Carolina Bacardí: Francesco Cavalcanti y sus tres jóvenes sobrinos. Se le ocurrió visitar al primero.

Fueron detenidos junto a una parte del dinero que la familia pagó por su rescate. Trescientos mil dólares. Los jóvenes, con la misma convicción que confesaron su participación, negaron conocer la identidad del autor intelectual del secuestro.

El inspector Juan Sorrillo disponía de un nuevo dato. Un banquero cubano, a cambio de un par de favores, había asegurado que el dinero

pagado por la liberación de Carolina era una cantidad mucho mayor que los trecientos mil encontrados en las maletas de los Cavalcanti. El confidente afirmaba que eran dos millones de dólares.

No podía probarlo. Tampoco interrogar a la familia Bacardí y menos aún a la joven Carolina.

Kowalsky y Sorrillo tuvieron el mismo presentimiento. En el apartamento donde fue detenida la familia Cavalcanti se hallaron trescientos mil dólares. Faltaban un millón setecientos mil dólares americanos: ¿Y si Stanley descubrió quién o quienes habían sido los autores intelectuales del secuestro? ¿Y si había descubierto quién se había quedado con esa buena cantidad de plata? Era una buena razón para agujerearle el cuerpo.

Joe volvió al Hexágono Perfecto.

El presidente Fulgencio Batista era el primer vértice. En la CIA habían verificado una y otra vez su carencia de escrúpulos y ansiedad por el dinero.

Vértice 2: los hermanitos, Meyer y Jacob Lansky. Residían en La Habana, en el interior de los grandes hoteles. La extorsión y el secuestro representaban dos de sus inclinaciones. Poseían experiencia, armas, dinero. Y la familia Cavalcanti era italiana. Un cóctel de elementos que los situaba en la primera línea de sospechosos.

Vértice 3: los estudiantes de la Universidad Nacional que luchaban contra Fulgencio Batista. Se los conocía en la ciudad como Los Rebeldes. Se hacían presentes cada vez con más fuerza. No era ninguna estupidez pensar en ellos, las revoluciones necesitan dinero, cash, no solo poesía y discursos.

¿Algún empresario rival de la familia Bacardí? ¿Por qué no? Se conocían entre ellos. No en vano residían en los mismos barrios: El Vedado y Miramar. Frecuentaban los mismos clubes recreativos, El Yacht, El Country. Para ellos sería sencillo averiguar las costumbres de la joven Carolina.

Kowalsky comentó a Sorrillo que en México existían bandas de delincuentes cuya especialidad eran los secuestros. La escasa distancia entre este país y La Habana facilitaba esa posibilidad.

Faltaba un vértice para completar el hexágono. A Kowalsky no le preocupó. Casi siempre falta uno en las primeras indagaciones, caviló. Era una de las características fascinantes de su profesión, averiguar cuál es y dónde está la punta del hilo que le llevará a tirar del ovillo.

No podía permanecer veinticuatro horas en el vestíbulo del hospital de modo que se puso a trabajar. Decidió visitar a Francesco Cavalcanti en la prisión del Castillo del Príncipe. Sorrillo le había entregado una autorización para hacerlo.

Un funcionario avisó a Cavalcanti.

—Tienes una visita y parece un yuma —le dijo.

Llevaba dos meses en prisión y era la primera vez que alguien que no fuera su abogado de oficio le visitaba. Caminaba con lentitud en dirección al locutorio. Le asaltó la posibilidad de que el visitante fuera un enviado del profesor León Valente. En ningún caso se le pasó por la cabeza que este hubiera fallecido. Su rostro resplandeció. Disminuyó la longitud de sus pasos con el fin de ganar tiempo. Su cabeza bullía de ideas y posibilidades. Al fin se vio sentado en un pequeño cuarto de paredes desnudas. Los separaba un vidrio agujereado.

Se cruzaron un saludo convencional. Tras las primeras palabras del visitante se convenció. Sí, desde luego era norteamericano, de edad mediana y buenas maneras. Tenía mirada de hombre vivo, se dijo Cavalcanti.

Lo que expresó a continuación Joe Kowalsky le decepcionó.

—Mire, soy periodista y quiero escribir sobre el secuestro de Carolina Bacardí.

El preso calló durante unos segundos.

—¿Para quién trabaja usted?

—Me pagan diferentes periódicos y una emisora de radio.

—Hablemos con claridad. ¿Qué ganaríamos mis sobrinos y yo? —le dijo.

—Si me cuenta usted lo que sucedió es probable que mis patronos se muestren generosos con usted.

—¿De cuantos miles de dólares está hablando?

Kowalsky conocía bien las reglas de la agencia de la cual era un jefe de rango intermedio. De ninguna manera sus superiores autorizarían el pago de dinero a Cavalcanti. Para ellos, el secuestro de Carolina Bacardí era un asunto de interés menor, interno de Cuba, y había terminado con su liberación. Si él estaba en esa investigación era porque habían intentado asesinar a uno de sus hombres. Se proponía atar los cabos sueltos.

Cavalcanti parecía un tipo difícil.

—¿Cantidades?, no sé. Tendría que hablar con los que me pagan.

—Vuelva cuando lo sepa —zanjó el preso.

—Espere, amigo, tengo amigos en La Habana.

—¿Qué clase de amigos?

—De esos que suelen arreglar expedientes judiciales.

Por alguna razón, Cavalcanti desconfió de aquel hombre. Si le habían facilitado un pase para visitarlo habría de tener una buena conexión con la policía. Especuló con la posibilidad de que el inspector Sorrillo le estuviese tendiendo una trampa. Le pareció burda y tomó la decisión de acabar con la entrevista. En la cárcel no tenía

muchos privilegios, ese era uno de ellos. Se levantó, avisó al guardia y se largó, no sin antes lanzarle una amenaza al periodista.

—Cuando tenga una buena cantidad de dinero me avisa, y no me haga perder el tiempo, que le quede claro. Tengo la información que usted busca, pero me la llevaré a la tumba si no hay dinero. ¡Ah!, y mis sobrinos no saben nada así que no pierda el tiempo con ellos —dijo Cavalcanti con seguridad.

En su rostro había algo de resplandor, como si se sintiese ganador de aquel breve encuentro.

Kowalsky abandonó satisfecho el Castillo del Príncipe. Subió a una guagua, le agradaba hacerlo, se abrió paso en su interior a empujones hasta llegar al Vedado.

No cabía ninguna duda de que Francesco Cavalcanti y sus sobrinos eran los autores materiales del secuestro de Carolina Bacardí lo que reforzaba la posibilidad de que Stanley hubiera descubierto quién lo había ordenado. ¿Una buena razón para que lo asesinasen? Joe comprobaba que, mientras su agente permanecía en estado de coma, él se aproximaba a una conclusión esperanzadora.

Pertenecía a la vieja escuela de agentes, de esos capaces de aplicar una suerte de Ley del Talión si tocaban a uno de sus hombres. Se acordó de Levi, un buen amigo hebreo, uno de los creadores del Mosad en el Estado de Israel. Levi defendía que quien mataba a un agente de inteligencia propio debía sufrir el mismo trato.

Pero no era la forma de hacer las cosas en Langley desde que los abogados y burócratas se hicieron con los mandos, muy a pesar suyo y de numerosos compañeros

Volvió al Hexágono Perfecto. La reunión con Cavalcanti le obligaba a descartar al presidente Batista o a uno de sus allegados. Si fuera así, ese italiano no estaría en la cárcel, lo habrían liberado con cualquier excusa o asesinado. No importaba. Quedaban unos cuantos sospechosos. Sacó una pequeña libreta y un lapicero que siempre llevaba consigo y escribió: ¿Los Rebeldes? Resultaba extraño que contratasen mafiosos. ¿Los hermanos Lansky?, ¿los mejicanos?, ¿algún empresario rival? ¿Quién había ordenado el secuestro de Carolina Bacardí? ¿Quién tenía en sus manos un millón setecientos mil dólares que había pagado la familia Bacardí?

Las pocas noticias que enviaba Carolina Bacardí desde Europa daban cuenta de una recuperación lenta. Permanecía en Europa en compañía de una buena amiga llamada Susana Gómez, en un viaje para el que no había fecha de regreso.

Estuvo secuestrada dieciocho días y cuatro horas.

Durante el día mantenía un buen ánimo: ambas callejeaban, fisgaban en tiendas, tomaban cafés, comían. Las horas pasaban y parecía ser la joven Carolina llena de vida anterior al secuestro. Pero

al llegar la noche retornaban los ataques de pánico que sufrió en los días siguientes a su liberación. Dormía con la luz encendida y había pedido a su compañera de viaje que compartiera la habitación.

Seguía ingeriendo un hipnótico antes de acostarse, a pesar de los meses transcurridos. Había tratado en vano de deshacerse de la pastilla. Pese a esta, solía despertarse dos o tres veces y le costaba recuperar el sueño. Por fortuna para ella no le esperaba tarea alguna por lo que se desperezaba sobre las diez de la mañana y ordenaba al room service del hotel donde se hospedaba dos cafés bien cargados y un buen desayuno con el que comenzaban la jornada.

Pepín Bosch se encargaba de sus gastos, sin ninguna clase de límite. Cada quince días ella se acercaba a la oficina de American Express de la ciudad donde estuviese y recogía un talonario de cheques de viaje.

Sus padres habían fallecido y sus hermanos eran aún adolescentes. Ella había cumplido veintitres años.

La ronera Bacardí continuaba siendo la industria del licor más importante de la isla, exportaba a numerosos países.

Carolina sabía que, a su regreso, debía asumir la dirección de la empresa, ayudada por Bosch, desde luego, en quien confiaba de forma plena. Este se había encargado de los pormenores del pago exigido por los secuestradores y no había considerado necesario informar a la joven de cuánto había pagado y tampoco a quiénes y cómo. Tiempo habría, pensaba para sí. Carolina no había hecho preguntas.

Tampoco había querido conocer Carolina los detalles que los diarios publicaban sobre los autores del secuestro. Por indiscreción de una de sus amigas supo que habían sido detenidos y estaban en el Castillo del Príncipe a la espera de juicio, pero no quiso conocer más. La joven indiscreta añadió que eran italianos.

Desde las ciudades europeas que visitaba procuraba dejar atrás los acontecimientos vividos. Londres le pareció funcional si bien los ingleses con los que trató se le antojaron distantes. Visitó la campiña inglesa y le agradó.

En Madrid apreció el carácter abierto de sus habitantes, siempre bien dispuestos a entablar una conversación con quienes procedían de Cuba, pero la ciudad la encontró pobre y triste.

París le fascinó y pasó un buen número de horas en sus museos.

En Roma se sintió protegida por su historia, narrada por un atractivo guía de treinta años que vestía sotana. Era natural de un pequeño pueblo de la Toscana y mejoraba su magra economía como estudiante de teología con algunas horas en las que acompañaba a turistas adinerados.

Pese a su férrea decisión de olvidar el episodio del secuestro y los tiempos cercanos a este, uno de ellos se le resistía: el rostro de Martín

Ugarte. Pensaba en él con frecuencia y su rostro se iluminaba.

Se atrevía a pensar lo que hubiera ocurrido de no haber existido el secuestro. No eran novios, desde luego, ni se habían cruzado palabras de compromiso alguno, pero la joven estaba segura de que una chispa existía entre ambos, aunque fuera tenue.

Era cierto que les separaban catorce años, una circunstancia desalentadora para lo que eran las costumbres en La Habana en 1953 cuando se trataba de una rica heredera, como era su caso.

Martín Ugarte trabajaba por horas como profesor de francés y ninguna noticia daba cuenta de su pasado o de las razones que le habían llevado a Cuba.

Pese a ello, Carolina Bacardí, desde la lejana Europa, distraída en visitas a museos e iglesias y frecuentando los restaurantes de moda en cada ciudad, pensaba una y otra vez en el vasco y sonreía.

Carolina Bacardí empezaba a pensar en regresar a La Habana. Tarde o temprano tendría que hacerlo. No podía esperar a una recuperación plena, quizá ese momento no llegaría y el peso de la firma Bacardí la abrumaba.

Capítulo 6

Joe Kowalsky decidió caminar por las calles de La Habana. La ciudad le pareció animada. Se cruzó con charlatanes que le proponían remedios médicos importados del continente, lustrabotas que limpiaban los Florsheim que calzaba y fotógrafos callejeros que querían inmortalizarlo mientras caminaba.

Habían pasado unos minutos de las cuatro de la tarde. Los abriles en Cuba suelen ser calurosos, y esa tarde era uno de ellos. Recorrió el Parque Central donde varios fotógrafos de trípode le ofrecieron sus servicios y mostraron instantáneas de niños vestidos de Primera Comunión y parejas de novios provincianos con corbata, rígidos como palos y mirada intranquila.

Tuvo enfrente la mole silenciosa del Capitolio, el lugar al que se dirigía.

Grupos de cubanos de edad mediana charlaban en los jardines situados frente el edificio. Se acercó y tomó asiento en un banco. Su conocimiento del español era bastante bueno, aprendido en los diferentes destinos que tuvo en América, si bien le costó entender la conversación por el acento y el hablar vertiginoso y enfático de aquellos, siempre acompañado de gestos y movimientos corporales. Aguzó el oído y alcanzó a comprender que hablaban de pelota. Unos días después Sorrillo le dijo que era el deporte nacional por excelencia en Cuba y que los peloteros cubanos estaban muy considerados en el continente por ser grandes bateadores.

Continuó su caminata por las calles que rodean el Capitolio. Le sorprendió el bullicio, la gran cantidad de mujeres y hombres que caminaban aprisa y el buen ambiente en las tiendas de las calles Neptuno y Galiano.

La Habana parecía una ciudad próspera y dinámica. Escuchó que la llamaban La Estambul Antillana. También le sorprendió las marcas de los vehículos que circulaban a ritmo lento. Eran las mismas marcas y los últimos modelos que podía ver en Washington o en la Quinta Avenida de Nueva York.

Estaba en la calle San Rafael cuando oyó un campanazo. Provenía del balcón de una tienda que se anunciaba como Cafés Doña Rosita. Al preguntar, le comentaron que al oír el sonido de la campana los transeúntes saben que el café ha acabado de molerse y está listo para ser servido. En ese momento un intenso olor a café se apodera de la calle: las ventanas se abren, las persianas se levantan y buena parte de los vecinos

encaminan sus pasos con el fin de tomarse un buchito de café, en una u otra variedad, expreso, corto, humeante. La propietaria, Doña Rosita, es una señora de unos sesenta años, entrada en carnes, que no pierde la sonrisa. Maneja su establecimiento desde la caja y da órdenes a sus empleados mientras saluda a los clientes, a la mayoría por su nombre o nombrete. Presume de recibir los mejores granos de la isla, los que se cultivan en la provincia de Oriente, en las fincas de La Serena y Doña Manolita, pero también dispone de café carretero para los que andan mal de plata.

Kowalsky continuó su recorrido. De repente, las máquinas se detuvieron y aparcaron de un modo irregular, ni siquiera los agentes del tránsito protestaron. Las tiendas de ropa se vaciaron y los habaneros se agolparon ante los escaparates de los establecimientos que ofrecían aparatos de radio.

Los empleados de cafés y terrazas subieron el volumen de los transistores con el fin de que los viandantes escucharan, nadie caminaba por las calles. Un redoblar de tambores precedía a una voz de varón aún joven que pronunciaba las siguientes palabras: A continuación, capítulo tricentésimo de El último beso, escrita por Lucrecia de la O.

Joe Kowalsky estaba sorprendido. Un hombre lo sacó de dudas.

—Nadie quiere perderse esta radio novela, la emite Radio Progreso a las cinco de la tarde en punto. Su guionista fue bautizada como Lucrecia María Sansegunda, pero firma sus obras como Lucrecia de la O —añadió.

El capítulo comenzó. Kowalsky había tomado asiento en una terraza, la calidad de la audición era notable.

Sarita Almendros se parecía a su madre, una mujer de raíces españolas de buen ver, de mentón agraciado y ojos claros. Por parte de padre era nieta de un militar de alta graduación del Ejército Libertador que dirigió José Martí. Se decía que había heredado de él un carácter fuerte que acompañaba con una paciencia que le costaba sujetar. Estaba casada con un próspero comerciante del textil al detalle, llamado Ricardo Cantalapiedra.

Por alguna razón que los médicos consultados no alcanzaban a discernir, ella no quedaba encinta. Estaba llegando a los cuarenta años. Lo extraño de aquella circunstancia tan turbadora era que los Almendros tenían tantos hijos como Dios deseaba. Sus hermanos eran progenitores de un pequeño ejército de pequeños que revoloteaban alrededor de las mesas en las fiestas familiares. ¿Sería Ricardo Cantalapiedra el culpable de la infecundidad de Sarita? Era una pregunta que nadie se atrevía a expresar en alta voz.

Una vecina le hizo llegar el rumor de que su esposo se entendía con una

mujer de forma estable, se veían dos veces por semana en un apartamento de la calle Paula pagado por él. La vecina se guardó el postre para más tarde.

Sarita Almendros había crecido en el barrio de Marianao, en un ambiente en el que resultaba inevitable consentir que el esposo tuviese una amante o incluso varias. Rebelarse contra ello era de mujeres idiotas, solo conseguiría que el marido abandonase el hogar familiar, por lo que la prosperidad menguaría. Existía en consecuencia un acuerdo implícito, de esos que no era necesario rubricar: los hombres tenían sus amantes, pero no hacían ostentación de ellas, no las mostraban, hacerlo era considerado como una falta de respeto a la familia y a la sociedad.

Las otras quedaban para una vida paralela, dos o tres noches de sexo a la semana en el apartamento de ella, siempre pagado por el protector. Solían ser secretarias de oficinas de gobierno, empleadas de comercio, vendedoras del mercado, dependientas de los Tencents.

En ocasiones las cosas se complicaban con un hijo en el vientre. Para eso estaban las hierberas, esas mujeres entradas en años de los barrios de la periferia de la ciudad. Ellas proveían de una planta con las que impedir el desarrollo del embrión.

Sarita Almendros, en ese momento, pidió detalles.

La voz de la vecina se escuchó clara en las ondas:

Esa mujer ha dado a luz una hija de tu marido, de eso no hay duda, se parece a él, la misma nariz respingona y los mismos ojos rasgados. Una vez crecida será muy hermosa, le dijo.

¿Cómo es ella?, ¿dónde vive?

La respuesta fue interrumpida por una voz acelerada y masculina de un locutor de Radio Progreso: A continuación les ofrecemos anuncios comerciales de nuestros patrocinadores.

Los habaneros reanudaban sus actividades y correrías, los cañoneros volvían a abandonar como exhalaciones vivientes los establecimientos con el fin de hacer llegar los mandados y paquetes urgentes.

Quince minutos después La Habana volvía a quedar prisionera del redoblar de tambores que anunciaba la reanudación de El último beso:

—¿Quieres que te diga la verdad? —se escuchó la voz de la vecina.

Sarita vaciló. ¿De verdad quería saberlo?

—Sí, la verdad.

—Es una joven mulatica, de grandes pechos y unas piernas tan bien

torneadas como pocas veces se han visto en La Habana. Llaman la atención sus caderas, finamente redondeadas. Su cuello es largo como el de un cisne. Sus ojos son de color café. Los hombres vuelven la cabeza cuando la ven pasar a su lado. Siempre va vestida con prendas vistosas y caras de El Encanto. Y posee una sonrisa que encandila. Es una criaturica divina.

Sarita Almendros sacó de su bolso unos billetes y los entregó a la vecina.

Decidió vengarse de él. No le mencionó la confidencia, incluso en esos días se esmeró en prepararle las comidas que él celebraba.

El matrimonio Cantalapiedra Almendros estaba invitado a una boda. Ella adquirió un vestido nuevo en El Encanto, importado de Nueva York. De un color rosáceo que llamaba la atención. A su llegada al convite del brazo de su esposo no le faltaron los halagos: «Sarita estás más linda que nunca, Sarita, hay algo en tus ojos que te embellece como no veíamos hacía tiempo».

Ella agradecía los cumplidos con una sonrisa amplia.

A los postres, el padre del novio solicitó el primer brindis. Ricardo Cantalapiedra bebió un sorbo de champán francés. Ella hizo lo mismo. Él tenía a su lado a Damián Santisteban, otro comerciante exitoso. Sarita esperaba su momento sin perder la sonrisa.

Ricardo era amigo de beber. De hecho, el padre de ella nunca se refería a ellos como «los Cantalapiedra», sino «los borrachos de los Cantalapiedra».

En un gesto que llamó la atención, Sarita susurró unas palabras a su marido: le pidió un beso. Él se extrañó, hacía tiempo que sus labios no se encontraban. Por decisión de Ricardo desde hacía años dormían en cuartos separados.

Él no tuvo más remedio que dárselo. La veintena de amigos y conocidos que se sentaban con ellos en la misma mesa no se perdieron el gesto. Acto seguido, Cantalapiedra volvió la cabeza a Santisteban y reanudó la conversación. Terminó la cena y empezó el baile. La mayor parte de los invitados bailaban. Solo el estúpido de su marido y su vecino de mesa preferían seguir hablando de lo bien que les iban los negocios. Ella permanecía sentada, tomando un sorbo de vez en cuando. Cantalapiedra apuraba su copa de champán cada vez con más rapidez, y pasó al whisky. Santisteban lo celebró y decidió acompañarlo.

Sarita Almendros había elegido un vestido de mangas anchas. Sucedió lo que esperaba. Ricardo se levantó de la mesa para dirigirse al baño. No era un hombre anciano, pero los tragos le empezaban a causar problemas y necesitaba ir al urinario cada dos o tres horas. Ella le sonrió. Los comensales bailaban o permanecían sentados en la larga mesa, disfrutando de los que lo hacían. Ella sacó un pequeño frasquito de su bolso, lo abrió y

acercó el vaso de su marido con el propósito aparente de acariciar el líquido con sus labios. Odiaba el licor, solo el olor le repugnaba. Actuaba según el plan que había trazado la noche anterior, en la soledad de sus sábanas, repitiéndose una y otra vez los movimientos que debía realizar al día siguiente.

Protegida por una de las mangas del vestido, con una mano vertió en el vaso de su marido unas gotitas del pequeño frasco.

La mujer del barrio de La Víbora que se lo había proporcionado le aconsejó dos gotas, suficientes para despachar a un hombre de 250 libras. Esto es lo que necesitas, le dijo. Se llaman «agüitas del descanso eterno».

A pesar de ello, Sarita vertió cuatro gotas en el vaso. Para reforzar sus efectos, se dijo. Guardó el frasquito y agitó el vaso como lo hacen los bebedores de whisky. El líquido incoloro se confundió de inmediato con el licor y los cubitos de hielo. Cantalapiedra regresó a la mesa, sonrió a su mujer, se sentó, tomó el vaso con la mano derecha para sorber un buen trago. Al cabo de unos minutos, no más de cuatro o cinco, el rostro de Ricardo Cantalapiedra era otro, trató de levantarse, lo consiguió a medias y se desplomó. Los gritos de Sarita consiguieron que la música cesase. Ella continuaba gritando: «¡Un médico…! ¡Mi marido…!»

Uno de los convidados, Fabián Salinas, era médico. Ejercía en una clínica privada de la calle Campanario. Auscultó el cuerpo inerte de Cantalapiedra. Su juicio fue inmediato: «A este hombre le ha fallado el corazón».

Ella fingió un vahído. Varias mujeres le acercaron a la frente una servilleta humedecida y le dieron aire con un abanico.

Damián Santisteban propuso que lo trasladaran a urgencias. El médico Salinas meneó la cabeza un par de veces e insistió en que lo adecuado era hacerlo a su casa, aquel hombre estaba muerto. Ella lo escuchaba con los ojos cerrados entre lamentos de terceras personas y aguzaba el oído para no perder detalle de lo que sucedía. Su venganza se había cumplido. Ricardo Cantalapiedra había muerto. Mientras se llevaban el cuerpo se dijo: «Él mismito se mató».

¿Quién era esa mujer capaz de paralizar la ciudad a las cinco de la tarde?, se preguntó Joe Kowalsky. Preguntó a varios parroquianos del café.

Uno de ellos le dio algo de información:

—La guionista tiene unos cuarenta años, quizá menos, nadie ha conseguido saber el año en que nació, no está casada ni lo ha estado nunca, conduce un Buick que nunca descapota y vive en un apartamento de la calle Prado. Dicen que hasta el presidente cierra el despacho a las cinco de la tarde para escuchar El último beso.

Otro hombre, vecino de una mesa, le amplió la información.

—Adora comer marisco, frecuenta el Boris, el Monseñor y la Casa del Marisco.

En una esquina del mismo café, cuatro hombres, viejos y algo desdentados reían de esa manera tan cubana, natural y sonora. Las risas del Malecón, así lo denominaban ellos. Se acostumbraron a reír siendo niños, en los largos paseo de dos kilómetros que repetían varias veces al día. Soñaban con morir cerquita.

Capítulo 7

Kowalsky investigó a la guionista de la radio novela. En la hemeroteca pública de la ciudad vio unas cuantas fotografías de ella en actos sociales. En una primera impresión le agradó. Parecía una mujer con una mirada especial, tendría que comprobarlo cuando la tuviese frente a él.

Solicitó de Juan Sorrillo toda la información que descansase en sus archivos. El inspector no hizo preguntas y el agente norteamericano se lo agradeció con un guiño de ojos.

Sorrillo revisó expedientes, abrió cajas amontonadas en el archivo, solicitó copias de su inscripción en el registro civil, preguntó a sus hombres más experimentados y estos a su vez a confidentes de la alta sociedad, de las clases medias y de la quincalla: ¿Qué se sabía de Lucrecia de la O? ¿Algún bochinche, un antecedente, una circunstancia llamativa, un amor, un desamor? ¿Tenía hermanos? ¿Alguno de ellos había estado implicado en un chivatazo? Las pesquisas dieron un resultado pobre, nada destacable. El padre era funcionario del municipio de La Habana. La madre, una mujer apacible que cuidó de sus tres hijos en una casa de Centro Habana.

Lucrecia era la mayor. Ambos progenitores descendían de familias de España, castellanos, ni una sola gota de sangre negra en sus venas en la sociedad cubana de entonces, en la cual, al salir un bebé del vientre de la madre lo primero en que se fijaban la partera y los presentes en el alumbramiento era en el color de la piel y sobre todo en las hebras de cabello del recién nacido: pelo lacio, buenísima noticia que dar a los familiares que esperan en el pasillo; pelo pasa, rostros de resignación.

Siguió preguntando. Un periodista de la afamada revista Bohemia le ofreció a Sorrillo un dato relevante. La fatalidad de un periodista le abrió a Lucrecia de la O el camino de la celebridad. Por entonces, Rafael García era el primer guionista de Radio Progreso. La audiencia de sus novelas era notable. Sin embargo, una infección acompañada de fiebres altas que le impedían escribir, le obligó a guardar cama durante seis meses.

Los directivos de la emisora pensaron que el mundo se les caía encima, los patrocinadores empezaron a hacer preguntas, nerviosos. Hasta entonces, Lucrecia de la O ocupaba en la redacción un simple papel de correctora de textos. Su jefe la estimaba, pero nunca había leído unas líneas de creación propia.

Ella advirtió la situación, los nervios en la dirección y decidió jugársela. Tocó la puerta de su jefe directo.

—Jefe, tiene un minuto.

La hasta entonces correctora de textos había entrado con un manojo de papeles en la mano. Él se fijó en ellos con una mirada desinteresada.

—No, Lucrecia, no lo tengo, pero pasa y dime. ¿Es sobre alguna corrección en la que trabajas?

—Tengo un guion acabado, da para cien capítulos, al menos.

El director de Radio Progreso dirigió su mirada al manojo y se ajustó los lentes.

—¿Es ese?

—Aquí tengo los dos primeros capítulos.

—¿Puedo?

—Claro que puede, jefe.

Lucrecia de la O le entregó el manojo de hojas.

—El título me gusta— fue lo primero que dijo.

—Gracias.

—Puedes dejarme unos minutos para que lo lea con tranquilidad, ven a verme en veinte.

—¡Claro, jefe!

El despacho del director de la emisora estaba situado en una esquina de la planta tercera de un edificio de los años treinta de grandes ventanales y daba a la calle Infanta. Le separaba de la redacción una media pared de cristal. El edificio entero pertenecía a la emisora, En la primera planta estaba el estudio. La mesa que ocupaba Lucrecia de la O se hallaba en el fondo, junto a cuatro mesas que ocupaban otras correctoras. Ella alzó la vista y con algo de esfuerzo pudo ver que su jefe tenía los pies encima de la mesa. Leía su obra.

Estaban a punto de cumplirse los veinte minutos que le había dado, decidió esperar algo, no quería presionarlo. En ese instante su teléfono sonó.

—Lucrecia, ven. Siéntate —le dijo.

Estaba nerviosa. Había entrado en Radio Progreso como administrativa, su afición a leer le impulsó a pretender una plaza de correctora que había quedado vacante a causa de un embarazo. No comentó a ninguna compañera que escribía en su casa relatos cortos y también radio novelas.

—¿Lo has escrito tú?

Le sorprendió la pregunta.

—Sí, eso que tiene en la mano y cuatrocientas páginas que tengo en la casa —dijo con orgullo.

Él sonrió de la misma manera que cuando experimentaba la sensación de haber dado con un buen producto. Fuera de esta circunstancia era un hombre frío, cordial, de escasa conversación con los empleados. Su actitud cambiaba, sin embargo, con los creadores. Para él eran las columnas que sostenían las cuentas de Radio Progreso,

lo que le daba el prestigio adquirido en cuarenta años de existencia.

Repasó el título en voz alta.

—El misterioso hombre casado con tres mujeres —repitió en alta voz—. Es de esa clase de títulos que interesan a nuestros oyentes, sobre todo a las damas.

El protagonista era un hombre de mediana edad, agente comercial. Pasaba diez días al mes en Santiago, los siguientes diez en Las Villasy los últimos diez días en la capital. Con las tres obtuvo la documentación suficiente para contraer matrimonio civil y con las tres tuvo hijos.

Las andanzas de Evaristo y su habilidad para fingir una vida de esposo ordenado y cariñoso con las tres mujeres preocupó a los radio oyentes. La serie se emitió y tuvo un grandísimo éxito desde el primer capítulo.

El director de Radio Progreso le ofreció un contrato anual. La siguiente que escribió Lucrecia de la O tuvo éxito y fue vendida a emisoras de México, Panamá, Venezuela y otros países. Lucrecia de la O conquistó la cima, pocos recordaban ya a Rafael García.

El inspector Sorrillo y el agente Kowalsky continuaban en la comisaría de policía. Aquel se hallaba despachando asuntos de mero trámite, cerró la puerta del despacho y se dispuso a atenderlo. A pesar de que se habían conocido unos días atrás se caían bien y, en cierta forma, se dedicaban a lo mismo. Y ambos tenían un afecto sincero por Stanley Mortimer.

—Inspector, hablemos de Lucrecia de la O. Usted, que es cubano, ¿qué le parece? No se ha casado, vive sola y tampoco se le ha conocido enamorado, eso me han dicho. ¿No es extraño?

Sorrillo adivinó lo que su amigo estaba pensando.

—¿Si prefiere la compañía de las damas?, ¿eso está preguntando?

—Así es.

—No tengo ninguna razón para sospecharlo. Se comporta con discreción en su vida privada, pero a mí también me parece raro —dijo el inspector.

Capítulo 8

Joe Kowalsky pasó revista a los años que había dejado atrás. Su matrimonio con Margaret había durado siete años. Del mismo habían nacido Marcus y Teddy.

Ella trabajaba en una biblioteca pública. Conocía que su marido trabajaba en la CIA, aunque no la responsabilidad que ocupaba. Él lo dejó claro en el momento de contraer matrimonio.

—Mi trabajo me permite traer un cheque de una cierta cantidad a casa, pero no se hacen preguntas.

Ella lo comprendió.

Con el tiempo, pasados cuatro o cinco años, Margaret empezó a advertir que existían dos Ray: uno, el que salía por las mañanas al trabajo, risueño, optimista, después de preparar el café para la familia, el otro era el Ray que regresaba a media tarde, de carácter adusto e irritable, cansado.

Margaret empezó a sospechar que la familia era una carga para él. Sin embargo, dejó que el tiempo transcurriera.

Ray empezó a viajar al extranjero. Le confesó que empezaba a escalar en el organigrama de la compañía. Ya no era un simple agente, había ascendido a analista, le dijo. Ella se hizo ilusiones, de alguna manera pensó que esa confesión abría la puerta a una mayor confianza entre ambos, pero se equivocó. Ray estaba preparando la despedida, aunque no tenía prisa.

Los fines de semana él se comportaba como se esperaba de un buen padre de familia. Cumplía con el oficio religioso junto a ella y los chicos. Una vez finalizado, preparaba una barbacoa en el patio si el clima lo permitía.

Ambos sabían que eran convenciones y tenían como fin mantener un estado de buena relación de cara a los hijos y vecinos. También el sexo entre ellos se había convertido en otra costumbre: la de los sábados. A medida que pasaba el tiempo resultaba una cuestión de método, bastante aburrido, una rutina con numerosos intentos fallidos sobre los que guardaban silencio.

Margaret se planteó la posibilidad de hablar con Ray, una conversación sincera, palabras que le saliesen del corazón, quizá un último aviso. No podía mantener aquella situación. Quería que él le dedicara tiempo, que la deseara, o al menos que lo fingiese.

Ella trató de propiciar una conversación. Es difícil conseguirlo cuando se tiene enfrente a un agente entrenado para eludir preguntas comprometidas.

Lo comprendió. Se había casado con un acrónimo, CIA, antes OSS. Llegó a la conclusión de que no habría nada que obligase a Ray a renunciar a su mundo. Los periódicos que salían de las rotativas cada madrugada, las novelas que se editaban, las revistas semanales que poblaban los kioscos… era una corriente patriótica que jugaba a favor de Ray, una gran excusa moral, incluso del tamaño suficiente para desatender su matrimonio.

Estaban en los años 50, en plena Guerra Fría. Solo unos años atrás decenas de miles de jóvenes norteamericanos habían perdido la vida combatiendo contra los nazis y los japos. Por todas partes se escuchaba el mismo mensaje: cada uno de los buenos americanos debe devolver al país lo que este ha hecho por la libertad de todos. Los funcionarios del servicio de espionaje eran héroes, sus trabajos, silenciosos y anónimos, justificaban otras carencias. De este modo Ray contaba con un buen número de cartas consigo. Era El Gran Juego, así lo denominaban en Langley. Era su mundo.

Margaret tiró la toalla.

Tomaron la decisión en una conversación cualquiera. Ninguno alzó la voz. Ni siquiera se sentaron. Una tarde, él aparcó el vehículo, ella salió a su paso y le dijo:

—Ray, no podemos seguir así, no quiero perjudicarte en tu trabajo, pero creo que ya no te quiero. No te culpo, Norteamérica nos ha hecho así, tienes un sentido del deber para con tu agencia y tus espías, lo sé, y yo soy una simple bibliotecaria que quiere tener una familia. Lo mejor es que nos divorciemos.

Ray respondió sin pestañear.

—De acuerdo, así lo haremos, mañana alquilaré un apartamento y me mudaré. Dame unos días y te haré llegar mi propuesta económica. Del cheque mensual me quedaré algo para pagar el apartamento, comer y comprar un par de trajes al año. Seguiré pagando la hipoteca de la casa. La venderemos cuando Marcus y Teddy acaben la universidad. No os faltará de nada.

No existió entre ellos drama alguno, dio la impresión de que lo deseaban hacía tiempo. Sin embargo, solo fue una impresión, una mueca del pasado que ya no le pertenecía. En realidad, Margaret se llevó un chasco. La frialdad de Ray la sobrecogió. La idea del divorcio había sido de ella, el breve discurso expresado en un tono suave había brotado de sus labios, sí. ¿Qué había fallado? Hubiera deseado alguna queja por parte de su marido, que se hubiera opuesto, incluso pedido una nueva oportunidad. Nada de esto sucedió y ello la irritó. Pero no podía hacer nada. En las familias de los espías las cosas se hacen así, pensó, y el cheque venía de ese mundo.

Se quedó con el sesenta por ciento del cheque mensual de Ray y residiendo en la vivienda familiar, junto a sus hijos. No derramó una

sola lágrima y se sorprendió a sí misma al advertir que no sentía amargura, tampoco resentimiento. Menos aún odio. La primera noche sin su marido al lado se despertó un par de veces, sobresaltada. No hubo más.

Él, en unas horas, buscó un pequeño apartamento: quería ganar tiempo. Él no leía novelas, solo libros sobre política, historia y biografías, pero trabajaba en un mundo de hombres. Unos cuantos de sus compañeros se habían divorciado. Era una de las conversaciones habituales entre ellos. Si dejaba una rendija abierta a la reconciliación, lo que los consejeros matrimoniales llamaban segundas oportunidades, sus planes se irían a la mierda. De modo que lo aprovechó.

Se dedicó a sus expedientes. Las cosas cambiaron para él de una forma extraordinaria. Incrementó la confianza en sí mismo, las ideas brillantes se acumulaban en su cerebro, era como si hubieran estado esperando turno, atascadas en un vagón a la espera de que la locomotora se pusiese en marcha.

Volvió a ser el mejor Ray Colmore y los frutos llegaron. Los jefazos de la planta de arriba lo nombraron jefe de análisis de los países del Mar Caribe. La cuantía de su cheque aumentó, incluso adelgazó, y en el espejo se veía bien, esbelto hasta cierto punto y muy sonriente.

Solía citarse con amigos de la universidad. Recordaban viejos tiempos y bebían cervezas. También con algunos compañeros de trabajo. Se juntaban solo varones, en aquel año de 1953 eran escasas las mujeres que trabajaban en la CIA en análisis y mucho menos en terreno. Por instrucciones de la compañía no debían comentar asuntos de trabajo. Pero con sus compañeros hablaba en un lenguaje común. Estaban enamorados de su profesión y lo celebraban. También había tiempo para las quejas. El sueldo de los jefes de departamento en Langley no eran nada del otro mundo, lo que un encargado de una oficina de una empresa de tamaño mediano o un jefe de seguros de una ciudad como Miami. Ni siquiera los jefazos se hacían ricos. Se daba por supuesto que servir a su país representaba un alto honor, y hacerlo desde el interior de la comunidad de inteligencia lo multiplicaba, por lo que la paga mensual quedaba relegada a un asunto menor.

A la hora de la jubilación, los agentes con una larga trayectoria contaban con un cheque que les permitía vivir sin sobresaltos financieros. Si fueron ordenados en sus economías contaban con la casa pagada y unos cuantos miles de dólares en la cuenta o en acciones. Con media docena de cervezas, y siempre que estuviera con compañeros de confianza, bromeaban sobre lo que harían si se acercaba a ellos un camarada y les ofrecía un buen fajo.

Dos veces al mes Ray llamaba a Nancy, una antigua secretaria

también divorciada y sin hijos, algo más joven que ella y de origen alemán. Cenaban en el apartamento de esta, daban cuenta de una o dos botellas de vino y disfrutaban de un sexo placentero, ausente de ternura, Él no le regalaba flores por San Valentín y ninguno hacía planes para el futuro.

Capítulo 9

Martín Ugarte pasaba cada semana por la oficina de telégrafos de La Habana.

Llego mañana. Hospedo en hotel Inglaterra. Madeleine Didier.

Se sorprendió y alegró. La última vez que se habían visto fue en Chez Madeleine, el prostíbulo tangerino que ella regentaba con gran éxito de clientela y que le había proporcionado una buena cuenta corriente en un banco parisino, un inmueble con vistas al mar en Monte Viejo y lo que más valoraba, Lègrand, su compañero y amante, casi veinte años más joven y con quién había labrado una complicidad desconocida hasta entonces.

El telegrama no ofrecía detalle alguno. Martín se quedó pensativo: ¿Qué diablos se le habrá perdido a Madeleine en La Habana?, ¿vacaciones? No lo creía, era de esa clase de mujer cuyo mayor recreo era estar al frente de su negocio, vigilando y protegiendo a sus chicas, ofreciendo besos y abrazos a los clientes de las variadas nacionalidades que arribaban a Tánger por cualquiera de las razones que había para ello a finales de la década de los cuarenta: un negocio rápido, una expedición de mercancía irregular tras arrendar un barco de cabotaje, hacerse con pasaportes falsificados en la imprenta de los hermanos Kouro. ¿De qué nacionalidad? No importaba, en Tánger, en aquellos años, se obtenía cualquier cosa si se llamaba a la puerta adecuada. Al anochecer la barra de Chez Madeleine y su dueña acogían a los viajeros con una sonrisa y los oídos bien puestos con el fin de escuchar sus demandas.

Él no esperó a la cita en el hotel Inglaterra. Coligió que llegaría desde Florida en el San Sebastián y la esperó en el puerto con un ramo de rosas rojas.

Madeleine Didier descendió por la escalerilla. Martín la observó. Lucía buen aspecto, apenas había cambiado. Por entonces tenía sesenta años. La francesa se sorprendió al verle.

—*Mon Dieu, estás más hermoso que nunca.*

Se fundieron en un largo abrazo y subieron a un taxi que les condujo al hotel. Esto hay que celebrarlo. Extrajo de su bolso una pequeña petaca. Antes de llevárselo a los labios se lo ofreció a su acompañante. Martín titubeó y al fin aceptó.

—¿Qué es este brebaje?

—*Cherí, absenta, no creo que pueda conseguirlo en esta isla, por si acaso*

han viajado conmigo tres botellas del mejor abshinte francés.

Ella guardó la petaca. Martín quiso saber cómo le había localizado.

—Tus amigos, Cruceta y Lopategi, me dieron la forma de contactar contigo y aquí estoy, cherí.

Eran las seis de la tarde y Madeleine pidió a Martín una hora para darse un baño y cambiarse de ropa.

—¿Me llevarás a cenar al mejor restaurante de La Habana?, yo invito —dijo ella.

Ella cumplimentó el registro en la recepción y subió a la habitación. Ugarte se quedó pensativo durante unos segundos. Debía comunicarle la noticia de que Stanley se hallaba en estado de coma en un hospital, no quería demorarlo. Al cabo de una media hora Madeleine bajó al lobby con un vestido azulado que la rejuvenecía. Sus labios lucían encarnados, en un rostro que sin duda había abusado del colorete; de igual modo Madeleine había punteado con sombras sus párpados en un tono azul que se alargaba hasta la extremidad de ambos ojos.

—Tengo algo que contarte, querida amiga, Stanley se halla en un hospital, en estado muy grave, en coma.

Añadió que lo habían tiroteado desde un vehículo en marcha y que la policía desconocía quién era el responsable.

Madeleine se descompuso.

—No es posible —dijo ella, tras farfullar unas cuantas maldiciones en francés—. Hace unos meses, cinco o seis, vino al bar. Fue breve y se despidió en forma enigmática. No dijo adónde viajaría. Dimos por supuesto que tenía una nueva misión en algún lugar alejado de Tánger.

Ugarte ardía de ganas de conocer la razón de su viaje. Madeleine aún se hallaba alterada por la noticia. Stanley Mortimer no solo era uno de sus mejores amigos, sino la persona que le había proporcionado una buena cantidad de dinero por unos favores once años atrás, en el curso de la Segunda Guerra. Tenía la mirada perdida, aún conmocionada por el peso de la noticia.

—No lo puedo creer. Sé que es un espía, pero Stanley, tan seguro de sí mismo, siempre dando la impresión de que las cosas las tiene controladas. Cuéntame lo que sepas, querido Martín.

Martín Ugarte conocía la amistad que unía a Madeleine con Stanley, pero, aun así, estaba lejos de contarle los hechos. La francesa era de carácter extrovertido y familiar, predispuesta a contar secretos o episodios de cualquier naturaleza; un hábito que se adquiere detrás de una barra, cuando se tiene enfrente a un cliente que ha tomado una copa de más y busca una larga conversación. Esa era una razón, la otra, el peso sacerdotal que aún llevaba consigo; no en vano solo habían pasado cinco

años desde que el Vaticano había autorizado su secularización mediante la correspondiente dispensa firmada por Pío XII. Los sacerdotes saben guardar secretos, lo sabía bien. Secreto de Arcano era el nombre que recibía el secreto de confesión en los estudios de derecho canónico.

—La Habana, el último lugar en el que esperaba encontrarte, y menos aún a Stanley. Cuéntame lo que ha sucedido —insistió Madeleine.

Martín ya no era el joven ingenuo que la francesa había conocido en Tánger. Esquivó la pregunta sin perder la sonrisa.

—Te lo diré en cuanto sepa algo, por ahora no puedo decirte mucho, un inspector llamado Juan Sorrillo está al frente de la investigación. Y ahora cuéntame, ¿qué te trae a La Habana?

—He perdido el apetito, necesito un trago.

Un minuto después se hallaban en el bar del hotel. Ella pidió un amaretto sour. El waiter no dudó, al contrario que Ugarte; este desconocía la clase de bebida que era.

Él pidió una cerveza bien fría.

—Estamos en 1953, las cosas están muy mal en Tánger. La independencia de Marruecos es inevitable, serán meses, un año, tres, pero nada ni nadie lo puede impedir. El sultán y su gente mandarán y organizarán la ciudad a su antojo. Y cuando suceda va a cambiar. Cerrarán casas como la mía. Llegará la islamización y será el fin. Se acabará Chez Madeleine, el Adieu y mi bonita casa con vistas al mar en Monte Viejo. Por fortuna dispongo de algo de dinero y buen ánimo para empezar de nuevo en otro lugar —dijo Madeleine.

—Estoy seguro, lo huelo —prosiguió—. Me lo dicen mis amigos marroquíes, los diplomáticos, los recaudadores de impuestos: Madeleine, lo mejor que puedes hacer es vender tu bonita casa antes de que no cueste nada, empacar y buscar otra ciudad.

Apuró el trago y pidió otro.

—Traté de confirmar las primeras impresiones que recibía. Hablé con mis amigos comerciantes. Uno de ellos, un judío tallador de diamantes que regentaba un pequeño establecimiento en la Mellah lo confirmó: Madeleine, lárgate tan pronto como puedas, yo lo tengo fácil, meto mis piedritas en una bolsa y me largo a Amberes.

—Estos tipos huelen el peligro —remató ella.

Madeleine seguía siendo la mujer dinámica que había conocido en Tánger.

Continuó.

—Así que le dije a Lègrand: Cherì, nos ha ido bien en Tánger durante

veinte años, tenemos nuestros ahorros en un banco de París y una bonita casa que venderemos.

Martín Ugarte alabó su determinación.

Según explicó, lo que denominaba nuestros ahorros constituía una bonita cantidad que gestionaba un banco francés. Le proporcionaban unos intereses suficientes para vivir con decoro, quizá no en Champ Elysees, pero sí en Saint Germán-Des-Prés, sin que le faltase para ello una empleada una hora al día, un aperitivo en una terraza antes del almuerzo y una o dos copas en horas de la tarde en Le Marais.

—Pero esa clase de vida no está en mi carácter. Y Légrand aún es joven como para hacer vida de retirado.

Madeleine había sido puta en París desde muy joven. En los albores de la Primera Gran Guerra. Con quince años había conocido el frío, el hambre, el miedo, los testimonio de los poilus que llegaban a sus brazos después de haber olido el hedor de la muerte. Había empezado en un tugurio sórdido de la Rue de Lappe, mezclado con toda clase de jóvenes mujeres que veían en el comercio de la carne y en el sexo la única manera de llevarse un bocado a la boca y un cuartucho donde acabar cada noche. Eran lugares cargados de humo, olor a sudor, hombres tatuados y siempre prestos a armar camorra. La música estaba a cargo de sesentones, uno tocaba el piano, otro rasgaba el violín y un tercero jugaba con el saxofón. Eran tiempos difíciles en París, algunos lo denominaban La Belle Epoque, pero eso era para los afortunados que alternaban en La Rive Gauche y comían en Maxim.

Unos años después, ya instalada en Tánger, con cada moneda ahorrada noche tras noche y mucha ilusión, abrió su establecimiento con el nombre de Chez Madeleine. En unos pocos años se convirtió en una de las estrellas de la noche tangerina.

Recordaba aquellos tiempos, a las compañeras que dejó atrás y murieron por el arma blanca de algún proxeneta o acabaron en la prisión de La Santé. Cuando lo recordaba, su rostro mudaba y se le escapaban las lágrimas.

Madeleine no paraba de hablar.

—Aún quedan muchos estúpidos en Tánger que rechazan estas historias, dicen que con la independencia de Marruecos las cosas van a continuar como siempre.

—Suena muy probable lo que dices —dijo Martín. Me crié en Tánger.

—¿Y no has pensado en hacer otra cosa, quizá abrir un café?

Ella abrió los ojos cuanto pudo.

—¿Eres el cura que me quiere redimir? —rio.

Él se contagió y echó una carcajada.

—Mira, amigo mío, las putas que hemos tenido éxito, y yo lo he tenido a mi manera, no abandonamos este hueso, lo hemos probado y aún tiene sustancia. Me gusta ser Madame, lo he alcanzado tras mucho trabajo y no estoy dispuesto a deshacerme de ello. Si me echan de Tánger, está bien, lloraré dos o tres días y seguiré adelante, es lo que estoy haciendo. Cuando pensé en otra ciudad donde reanudar Chez Madeleine, mis clientes marineros nombraron varias ciudades. Barcelona, una de ellas. Lo pensé. Es una ciudad mediterránea, con buen clima y muchas aves de paso. Pero indagué y me desanimé. Si en Tánger habría de vérmelas con los musulmanes, en Barcelona gobiernan los franquistas. Ni unos ni otros ven con buenos ojos mi negocio. Algunos clientes mencionaron La Habana, lo hicieron de manera insistente. Eran gentes que habían puesto pie en casi todos los puertos y saben de prostíbulos casi tanto como yo.

—Así que para eso estás aquí, eres una mujer sorprendente, alabo tu decisión —expresó Ugarte.

—No creas que soy una aventurera. Traté de recabar datos antes de emprender viaje. Contacté con una colega francesa que vivió y trabajó en esta ciudad, ahora reside en un pequeño pueblo cercano a París. Le expliqué mi proyecto y me animó desde el primer momento. Me habló de los muchos norteamericanos que vienen a pasar el fin de semana y gastar sus dólares con chicas exóticas. Nos irá bien en La Habana. ¿Por qué no? Mi intuición me dice que esta isla huele a sexo, tienes todo lo que puedas pedir, buen clima y es barato. Nos gusta trabajar, en cualquier lugar los estúpidos de los hombres pagan por unas buenas tetas y unas curvas sinuosas. Las chicas de aquí son de piel canela o negras. Y las mías son andaluzas, polacas, francesas. ¿Existe un hombre que no enloquezca cuando una de mis sofisticadas chicas francesas le susurre al oído: mon amour?

A Martin Ugarte las últimas palabras de Madeleine le parecieron extrañas y alejadas de la realidad. Había conocido a un francés en La Habana, y a más de media docena en Tánger, y por alguna razón daban por sentado que pronunciar palabras en su idioma resultaba suficiente para engatusar a una dama. Y sin embargo era Madeleine Didier quién lo afirmaba. Tenía buenas razones para considerarse una maestra en dicha materia. No era la primera vez que la escuchaba hablar en ese sentido. En una ocasión, recordaba, llegó a decir que entre las cualidades que debe poseer un hombre para convertirse en un buen amante figura la de conocer el idioma francés, al menos unas cuantas frases, tiernas y halagadoras; de esas que, pronunciadas en el tono adecuado, llegan directas al corazón.

Continuaban en el bar del hotel Inglaterra.

La presencia de Martín le despertaba recuerdos agradables. Desde

que se conocieron en Tánger, Madeleine manifestó un sincero afecto por aquel jovencísimo sacerdote de ojos azules que empezaba a sucumbir ante la hermosa y resolutiva Joan Alison.

Joan y Martín tenían en aquel tiempo una edad muy parecida, pero la inocencia del clérigo contrastaba con la impetuosidad de la escritora.

Joan había estudiado en una universidad privada en Boston, criado en una familia de clase media donde recibió afecto y, sobre todo, libertad de movimientos y un mandato implícito para elegir la clase de vida que deseara.

Madeleine lo sabía todo sobre mujeres y hombres, amaba a mujeres como Joan, adelantadas a su tiempo y fulgurantes. La consideraba su amiga, su confidente. No obstante, en aquel remoto año de 1942 en que se conocieron en Tánger, existía algo en ese vínculo que la inclinaba a proteger a le petit basque, como lo llamaba.

Madeleine consideró que había hablado bastante de sí misma y de sus intenciones.

—¿Y tú, Martín?, ¿háblame de ti?, ¿qué sabes de Joan? Estás muy hermoso, los años te han sentado bien —lo halagó.

Lo que le dijo Martín a continuación constituyó una gran sorpresa para la francesa.

—Joan ha pasado una temporada en La Habana. Hemos estado juntos.

Ella quiso saber más.

—Sé que ya no eres cura. Stanley me lo dijo.

—Éramos novios, o eso pensaba. Las cosas iban bien, nos veíamos por las tardes, pasábamos la noche juntos, reíamos, salíamos a bailar. De repente una noche me dijo que se iba a Connecticut a escribir una novela.

Madeleine no pudo evitar una carcajada. Tras ella abrió la boca. Su expresión mudó. Una mueca de compasión se apoderó de ella.

—¡Joan Alison sigue en perfecta forma!

Para añadir a continuación.

—No me interpretes mal, cherí, río porque observo que Joan sigue siendo la niña terrible que siempre fue. No te sorprendas si en este momento entra en el hotel y te dice: ¡Martín, eres el hombre de mi vida, busquemos una habitación!

En absoluto se sentía incómodo en esa conversación. Tiempo atrás lo hubiera estado.

—Tienes razón, Madeleine, Joan es así, caprichosa y voluble, pero yo he cambiado, ya no soy el mismo de Tánger.

—No estés seguro, Joan es poderosa. Me ha entrado hambre.

Decidieron buscar un restaurante en la Habana Vieja. Madeleine

miraba a un lado y otro, le sorprendió la energía que desprendían las calles, la abundancia de mezclas raciales con la que se topaba, la presencia de los sones musicales por doquier.

Le llamaron la atención los olores y fragancias que despedían las mujeres habaneras con las que se cruzaba en hoteles y cafeterías, aun las empleadas de estos establecimientos. Por alguna razón al embarcar en Francia sospechó que en su nuevo destino no sería fácil acceder a las aguas y perfumes a las que estaba acostumbrada e introdujo en sus maletas una buena cantidad de frasquitos de sus marcas preferidas, tanto para su uso como para el de sus pupilas. La Habana le sorprendió. Las casas parisinas estaban establecidas en la ciudad con gran éxito de demanda y pronto se convirtió en cliente de Guerlain, en la calle Prado, entre Colón y Refugio.

Entraron en La Casa del Marisco. Martin conocía al dueño.Un vasco de un pequeño pueblo cercano a Bilbao llamado Ortuella. Era el segundo restaurante que regentaba en América. El primero lo abrió en Panamá.

Después de cenar langosta y pargo a la Bilbaína, y beber sendas botellas de vino blanco Chateaunouf du Pape, Madeleine retomó el asunto de la relación con Joan.

—Contéstame una pregunta.

Él se hallaba achispado y bien dispuesto a hacer confidencias a su amiga.

—¿En este segundo romance que habéis vivido, sospechas que Joan ha tenido alguna aventura?

Él demoró su respuesta unos segundos.

—Diría que no.

—¿Y tú? Sé sincero, te lo ruego.

Martín no esperaba esa pregunta. Recordó sus aventuras con alguna chica de la calle Virtudes, y con Tatalí. La intimidad con que desarrollaban la conversación le obligó.

—He tenido aventuras, pero cesaron en el momento en que llegó Joan.

Madeleine echó de nuevo una risotada que los numerosos comensales que esa noche cenaban en La Casa del Marisco advirtieron.

—No sé si creerte. Los hombres sois estúpidos, unos mentirosos compulsivos. Pero no quiero amargarte la noche, cherí. ¿Qué tal si me aceptas un buen consejo?

Martín la invitó a hablar con un gesto de la mano.

—Para conquistar a Joan de nuevo tienes que comportante de otra manera. Eres un buen tipo, un buen hombre, solo hay que observar tu rostro para saberlo. Las putas tenemos buen ojo. Pero Joan necesita algo más. Necesita un hombre decidido, que la anime en sus correrías

de los libros, y que sea menos virtuoso de lo que tú eres. Un poco de perversidad te vendría bien, no digo maldad; sé juguetón, que no te vea como un hombre previsible dispuesto a llenarla de hijos.

—Explícate.

—No falsifiques tu manera de ser, estoy segura de que eres de lo mejor que se puede encontrar en estos tiempos. Es probable que para Joan sea una cualidad importante, pero deberías hacer algún trabajo en tu fachada exterior.

—¿Quieres que me arregle el cabello?

Madeleine rio.

—Bastaría con que te comportaras de una forma, cómo lo diría, ¿festiva?, al menos cuando estés en grupo. Apuesto a que en la intimidad eres un encanto. Te confesaré algo, Joan me dijo que besabas con una ternura especial, como un ángel, como si en cada uno de tus besos te jugaras algo importante.

No era la primera vez que le decían algo así. La joven Tatalí también se lo había dicho: Mi amorcito, tus besos son extraños, generosos, como si fueran los últimos que vas a dar a una mujer.

—¿Qué quieres decir con que sea festivo? No soy muy hablador, los sacerdotes estamos acostumbrados a escuchar mucho y hablar lo justo.

—Pero tú ya no lo eres. Tu sobrepelliz quedó en Tánger. Piensa en ello.

Mientras Madeleine pronunciaba estas palabras, Martín se decía que el hombre mojigato que definía ella con tanta decisión quizá había existido, pero pertenecía al pasado, de alguna manera. El Martín Ugarte de hacía unos años hubiera corrido detrás de Joan a la menor insinuación, a Connecticut o a cualquier otra ciudad. Él sin embargo, a pesar del dolor que le causó la decisión de ella, le dio un portazo, dejó que se largase y no realizó esfuerzo alguno en reanudar la comunicación, ni siquiera un telegrama saludándola o preguntándole cómo se desarrollaba su novela, ni una carta. Había tomado papel y bolígrafo para empezarla y las hojas a medio escribir habían acabado en el cubo de la basura.

Fue una noche espléndida para ambos. Habían rejuvenecido la amistad después de unos años sin verse. Ella le adelantó sus planes. Legrand, su pareja, habría de llegar en unas semanas y buscarían un lugar donde abrir Chez Madeleine.

Al término del encuentro, Madeleine subió a un taxi que la llevó al hotel. Estaba agotada después de muchas horas de viaje, pero sorprendida por el hombre que no veía hacía años y había reencontrado en La Habana. Al Martín de Ugarte de Tánger lo recordaba con gran cariño como un joven inexperto y atormentado, de

pocas palabras y con tendencia a la introspección, pero con quién había compartido dos horas de charla más que amena,parecía un hombre diferente. La conversación no fue amenazada por el silencio en ningún momento.

Martín seguía amando a Joan y la admiraba.

El segundo episodio que habían vivido en La Habana le ayudó a conocer bien a la norteamericana, pero esa circunstancia no significaba que estuviese dispuesto a consentir sus caprichos y decisiones antojadizas. Martín era un hombre que no quería renunciar a la clase de relación que ansiaba, nunca ocultó a Joan que deseaba formar una familia, vivir rodeado de hijos.

Parecía muy dispuesto a conseguir sus propósitos. Madeleine, de igual manera, repasó como había hallado a Martín en su aspecto físico. La cabellera larga y negra, salpicada de unas cuantas canas culminaban un rostro hermoso, de facciones definidas sobre un mentón tallado como lo hacían los escultores griegos y romanos de la antigüedad clásica. Sus ojos azules, si bien algo tristes, resaltaban en el conjunto. Su esqueleto era el de un hombre en la treintena, que no se había dejado atrapar por la glotonería y el sedentarismo.

Madeleine adoptó la costumbre de caminar por La Habana desde que llegó. Pocas cosas le parecían tan cautivadoras como recorrer el Malecón en horas tempranísimas, con las primeras luces. En otras ocasiones iniciaba el recorrido a buen paso en la calle G y 29, junto a la estatua que recordaba al presidente Gómez. Los habaneros denominan este paseo como la Avenida de los Presidentes. En dirección al mar, atravesaba un paseo arbolado salpicado de laureles y casuarinas y sintiendo el olor a jazmín. Le agradaba caminar al lado del palacio de estilo francés de los condes de Revilla Camargo, entre flambollanes de buen tamaño y palacetes neoclásicos, hasta llegar al parque Menocal, frondoso y tranquilo donde hacía un alto para regresar a continuación a su habitación.

Después de la conversación con la francesa, Martín se dirigió al Malecón con el propósito de dar un largo paseo. Miró su reloj de pulsera. Faltaban unos minutos para las diez de la noche. Soplaba una brisa agradable y numerosos habaneros paseaban, elevaban el volumen de sus voces, reían. Sintió una profunda envidia cada vez que se topaba con una pareja de enamorados que se miraba a los ojos sin necesidad de hablarse. Si hubiera sido de día habría entrado en una iglesia, quizá la de San Agustín, su favorita, en la calle Amargura, con el fin de admirar la cúpula y los vitrales y también meditar sobre lo que había sido su vida hasta ese momento en que había cumplido treinta y seis años. Necesitaba llegar a un acuerdo consigo mismo. Eran muchas las dudas que le asaltaban cada día. Había colgado el hábito de sacerdote, pero seguía necesitando la presencia de Dios en

su vida. Los primeros años transcurridos desde que recibió la dispensa papal los había vivido de una forma extraña, acuciado por un sentimiento de culpabilidad. No dormía bien, adelgazó casi ocho kilos, seguía dando clases en el colegio español de Tánger, pero de una forma automatizada, sin entusiasmo. No era el docente que había sido, sus compañeros de claustro lo decían. El estado en que se hallaba le obligó a renunciar a las clases. Se refugió en Safí, junto a sus paisanos Lopategi y Cruceta. Llevaba las cuentas de la empresa de pesca que habían puesto en marcha y que se desarrollaba con éxito. Alguien acudió en su ayuda. La persona que menos esperaba. Sin aviso previo, el obispo Claudio Olmedo viajó a Safí. Una vez frente a él le habló claro:

—Martín, te conozco desde que eras un niño. Cometiste una falta gravísima al fornicar con esa mujer siendo sacerdote. Pero la misericordia de Dios es infinita. Fuiste sometido a una prueba dura, quizá la más dura a la que puede ser sometido un sacerdote, y caíste. Pero tuviste el mérito de pedir la dispensa, otros habrían seguido en la vida sacerdotal, cometiendo faltas una vez al mes, dos veces. Es difícil renunciar al deseo carnal cuando se ha conocido, es difícil para un sacerdote. Actuaste como era tu deber. Poco importa que ya no seas sacerdote, pero no arruines tu relación con Dios. Eres muy joven, reflexiona, ¿a quién podrás dirigirte, sino a Dios cuándo estés derrumbado? —le dijo.

Las palabras del obispo Olmedo se quedaron grabadas en su mente. Habría de recordarlas una y otra vez en los años siguientes.

Capítulo 10

Cada semana, un funcionario entregaba en el palacio presidencial una carpeta que contenía un expediente elaborado por la dirección de policía. Unas páginas, diez o doce, que daban cuenta de los hechos graves que habían tenido lugar en ese periodo en la ciudad de La Habana y en el resto de las provincias. No se trataba de asuntos políticos. Para estos estaba el Servicio de Inteligencia Militar (SIM) que dirigía el coronel Orlando Piedra. Estos le eran reportados una vez al día al presidente.

El presidente Fulgencio Batista los leía con rapidez. Solían ser crímenes pasionales, escaramuzas entre socios de poca monta y, sobre todo, robos contra la propiedad. En rara ocasión intervenía en ellos, ya fuera para solicitar una ampliación de la investigación o para tener en sus manos antecedentes sobre la identidad de los implicados. Le solían llegar solicitudes de familiares de presos o detenidos que imploraban su benevolencia. Cartas repletas de faltas de ortografía escritas por gentes humildes. Él ponía interés cuando la familia del implicado era de Banes y Holguín, la tierra que lo vio nacer cincuenta años atrás.

Fulgencio Batista dedicaba más tiempo a un servicio que había creado al llegar a la presidencia. Recibía el nombre de Anónimos a la Presidencia, Depósito Especial. Cualquiera le podía escribir dando cuenta de un chisme sobre un cubano contrario a su gobierno. Recibía decenas de cartas y las leía con detenimiento, una a una.

En el expediente de aquella semana de mayo de 1953 detuvo la lectura en el ametrallamiento de un extranjero ocurrido en una de las esquinas del hotel Nacional. No era un asunto habitual, de modo que pidió a su secretaria que convocase a palacio al inspector que se ocupaba del caso.

Se llevó una gran sorpresa cuando el edecán tocó la puerta de su despacho y anunció.

—Inspector Juan Sorrillo.

Lo recordaba a la perfección. El mismo inspector que se había ocupado del caso del secuestro de Carolina Bacardí. El mismo que le había sorprendido por su sagacidad. No lo había vuelto a ver desde aquel entonces.

—Querido inspector, no puedo creerlo. Otra vez usted.

Juan Sorrillo sonrió.

—A sus órdenes, señor presidente.

Lo invitó a sentarse en uno de los butacones, junto a él. Le ofreció una bebida. Sorrillo aceptó un café. Batista decidió retomar el asunto del secuestro.

—Recuérdeme cómo acabó aquello, inspector.

Sorrillo se ajustó a lo que constaba en el expediente.

—Unas personas de origen italiano están en el Castillo del Príncipe, esperando juicio. Confesaron el delito y se les encontraron trescientos mil dólares en un apartamento.

—Que fueron pagados por la familia Bacardí… —dijo el presidente.

—Ellos siempre lo han negado —repuso Sorrillo.

—Como es su obligación —dijo Batista—. ¿Quiere fumar un cigarro?

—No, señor presidente.

—Entonces, tenemos a esos italianos detenidos. ¿Son los ejecutores? ¿O hicieron el trabajo por encargo?

Juan Sorrillo venía preparado para esa pregunta. Desde que su jefe lo llamó por teléfono para convocarlo al despacho presidencial se concentró en las preguntas probables que habría de atender, y en las respuestas que le convenía dar.

—Seguimos investigando, señor, pero creo que fue un encargo.

—Muy bien, me interesa mucho este asunto, le ruego que me informe por medio de mi secretaria, Graciela.

—Así será, señor presidente.

—Mire, en realidad, lo he convocado hoy para que me hable de ese asunto del hotel Nacional. Han metido bala a un extranjero. ¿Cómo se encuentra? ¿De quién se trata?

—Se llama Fanon, es un periodista norteamericano, se halla en la Clínica Cardona y en estado muy grave.

—¿Fanon? No creo haberlo conocido. ¿Periodista político?

—No lo creo, no es muy conocido en el continente. Información general.

—No me gusta que metan bala en La Habana a los yumas. ¿Quién puede tener razones para querer matar a ese tipo?

Juan Sorrillo sabía que si ese expediente adquiría una traza política abandonaría su mesa para reposar en alguna de las del SIM. No tenía ningún interés en que se produjera. Por un lado se trataba de su buen amigo Stanley. Y por otro, apartarse de aquel asunto lo alejaría de Joe Kowalsky y de los agentes norteamericanos. Para ese entonces el inspector sabía la importancia de poseer buenas relaciones con las autoridades del país vecino. De manera que decidió emboscar la respuesta.

—Señor presidente, puede que se trate de un vulgar ajuste de cuentas por un negocio mal acabado, o una disputa por una mujer. Aún no sabemos mucho sobre ese asunto. Si lo desea, lo mantendré al

tanto de la investigación.

—Sí, hágalo, Sorrillo, y ya sabe, aquí tiene un amigo.

Juan Sorrillo abandonó el palacio presidencial preocupado. Fulgencio Batista no era ningún idiota. Había preguntado por ese caso y estaba seguro de que seguiría haciéndolo. Quizá lo había hecho por simple curiosidad, o quizá no.

Batista tuvo ante sí a Orlando Piedra, el jefe del SIM.

—Esta mañana he estado hablando con el inspector Sorrillo. Ha habido algo en sus respuestas que no me ha gustado, ha sido vago, no ha respondido de la manera que corresponde a un presidente de la república.

—Señor, ¿a qué se refiere?

—No lo sé, chico, es una corazonada. ¿Qué pasó con ese asunto de la niña Bacardí?

—Ella viajó a Europa para olvidarlo, junto a una amiga.

—¿Y el maricón de Pepín Bosch? Ese cabrón nos hizo tragar el sapo de que no sabía nada del rescate.

Orlando Piedra llevaba tiempo esperando este momento. Desde que se produjo el secuestro y la liberación de Carolina Bacardí no había dejado de indagar sobre ello entre los banqueros habaneros amigos de la familia Bacardí. No se lo había comentado al presidente pues carecía de pruebas, ni siquiera de indicios, creyó que ese momento había llegado.

—Señor presidente, han llegado a mis oídos algunos rumores.

Batista poseía una mirada penetrante, como si pretendiera grabarla en la persona a la que la dirigía.

—¡Diga lo que sepa, Piedra!

—Un banquero me ha dicho de forma confidencial que los Bacardí pagaron dos millones de dólares por su niña.

—¡Dos millones!

—Sí, en billetes usados y de diferente numeración, de cien, de cincuenta, veinte, diez y hasta de cinco.

Piedra continuó.

—Esa plata se la hicieron llegar unos cuantos banqueros al gerente, Pepín Bosch. Un préstamo para salir de problemas con rapidez, pagar y recuperar a la niña.

—Es muy joven, sí, la recuerdo de alguna fiesta y se parece a su padre, el viejo Bacardí, un gallego testarudo. Así que uno de los banqueros le ha dicho lo del préstamo…

—Ya sabe, en la isla es difícil guardar secretos, sobre todo cuando se trata de esas cantidades.

—Este asunto me interesa. Es decir, la policía encontró trescientos mil. ¿Quién, Sorrillo?

—Sí, señor, fue el inspector que se ocupó del asunto, y lo sigue haciendo, creo.

—¿Dónde está esa plata?

—A disposición del juzgado que instruye el secuestro. Si se demostrase que fue la familia quién pagó, habría que devolvérselo —dijo Piedra.

—Así que algunos banqueros prestaron a Bosch dos millones... Quiere decir que por ahí andan volando un millón setecientos mil dólares.

—Sí, señor.

—Si los que están en el Castillo del Príncipe son los ejecutores, esa plata estará en poder de quién encargó el secuestro.¿Quién será ese gallo tapao? —insistió Batista.

—Estamos investigando, señor.

Fulgencio Batista tenía esa misma noche una cena especial. Llevaba varias semanas preparándola con esmero. En aviones particulares llegaban a la isla los presidentes Rafael Leónidas Trujillo, de República Dominicana; Anastasio Somoza, de Nicaragua; y Pérez Jiménez, de Venezuela. El primero era el invitado especial. Poseía numerosos títulos. Generalísimo, Benefactor de la Patria, Primer Maestro… Fulgencio Batista había repasado su vida, algunas de sus extravagancias le confundían, como la de nombrar a su hijo, Ramfis, coronel del ejército dominicano a la edad de cuatro años y general a los diez, pero llevaba veinte años en el poder. Alguna razón habría.

Mientras se dirigía al hotel Nacional, donde tendría lugar la cena de gala Fulgencio Batista, no dejaba de pensar en aquella bonita cantidad que alguien guardaba en su isla.

Capítulo 11

El preso Francesco Cavalcanti rumiaba una y otra vez la forma de salir del problema en que se hallaba. Cada vez que gruñía el viejo altavoz para anunciar una visita de abogado se despertaba en él el sueño de que lo esperaba alguien con un mensaje oculto del profesor León Valente.

Su vida transcurría en la monotonía de los paseos por el patio, las comidas en el atiborrado y largo comedor con su característico olor a sudor de hombres. Las noches se le hacían eternas, apenas conseguía dormir dos o tres horas. Él odiaba a los negros de mierda, así los llamaban los presos blancos y los mulatos. Y la mayoría de los reclusos eran negros.

Sus sobrinos, Piero, Fabrizio y Alexandro ocupaban una celda de tres literas cercana a la suya. Eran los internos más jóvenes de la penitenciaría y vivían atemorizados.

Una tarde, después del almuerzo, se le acercó un hombre de mediana edad y tez blanca. Se presentó con el nombre de Fabio y lo cogió del brazo.

—Amigo, tenemos que hablar.

Sobre él pesaba la acusación de haber asesinado a su esposa. Durante el juicio admitió el crimen. Arguyó que ella se entendía con un vecino. El abogado alegó la atenuante de celopatía. Le cayeron diecinueve años.

Cavalcanti se soltó del brazo de Fabio.

—Llevo en la cárcel siete años y me dedico a solucionar problemas, señor Cavalcanti. Y usted tiene uno muy serio —le dijo.

—Saldré pronto. Mis sobrinos y yo somos inocentes.

En la cárcel se entra bravísimo y se sale mansito. Era una de esas frases que decían a menudo los funcionarios. Fabio la recordó y calló durante unos segundos.

Conocía el expediente de los Cavalcanti. Siete años son suficientes para hacer buenos amigos en el recinto, también en las oficinas donde se guardaban los archivos de los recién internados. Sabía que estaban acusados de un delito gravísimo y que el abogado que lo visitaba estaba costeado por el estado. Cavalcanti era un don nadie, de eso estaba seguro. Esa circunstancia facilitaba sus propósitos.

—Es posible que salgas pronto, como dices. También es posible lo contrario. Aquí se viene a hacer amigos —continuó Fabio.

Francesco lo miró, expectante.

—¿Qué quieres?

Continuaban en el patio. Fabio le indicó un banco de piedra y lo invitó a sentarse. Un par de presos jóvenes que lo ocupaban se levantaron.

—Siéntate y no abras la boca hasta que termine.

—Llevo unos cuantos años en este asqueroso lugar. No tienes plata para contratar un buen abogado. Y tampoco para dormir en una celda para ti solo, tienes que compartirla con el Chato y el Soplao, este último está loco, es capaz de matarte una noche.

Francesco lo miró con odio. Sin embargo, lo que decía era cierto.

—¿Y tus sobrinos? El director se ha apiadado de ellos, al verlos tan jóvenes, y les ha dado una celda para ellos solos. ¿Hasta cuándo?

Francesco Cavalcanti estaba acostumbrado a tratar con toda clase de maleantes. Lo llevaba haciendo muchos años. Había sido estafador, contrabandista, proxeneta, incluso en una ocasión había asesinado por encargo. Sin embargo, no estaba preparado para lo que estaba a punto de escuchar.

—Tienes algo que te dará poder en este lugar —le dijo Fabio, mirándolo con fijeza.

Él se asustó.

—¿De qué se trata?

—De tus sobrinos.

—¿Qué quieres decir?

—En un lugar como este, tres muchachitos, blanquitos como la leche… ¡eso vale oro!

Comprendió.

—¿Cómo puedes proponerme eso?

—Mira, Francesco, la idea te parecerá repugnante, pero luego, con mi ayuda, las cosas no serán tan difíciles. Sin protección la cárcel será terrible para tus sobrinos, aquí abundan los delincuentes de corta y raja, del barrio de Jesús María y otros peores, desalmados, quincalla. No son maricones, chico, pero tres culos blancos de veinte años no aparecen por estos lados.

Francesco se levantó y alejó de Fabio a paso rápido. Estaba descompuesto, le entraron ganas de vomitar y empezó a sudar.

Fabio encendió un cigarrillo y contempló la escena. Sonrió, supo que tenía el negocio medio hecho, los mandamases del patio del Castillo del Príncipe pagarían bien por aquellos muchachos italianos. Solo era cuestión de esperar.

A partir de ese día procuró no apartarse de sus sobrinos. Examinó las miradas que estos recibían en el comedor y en el patio. Llegó a la conclusión de que la amenaza de Fabio no era en vano. Algunos de los presidiarios los miraban de arriba a abajo, examinaban sus andares,

sonreían entre ellos y gesticulaban con un significado que él comprendía.

Desde que era muy joven, él sentía un profundo desprecio por los homosexuales. Había conocido algunos a lo largo de su vida y jamás estableció amistad con ninguno. No existía mayor mancha en una familia que criar un hijo que lo fuera, y estar en boca del resto de sus convecinos.

Los jóvenes homosexuales, en el mismo momento que tomaban conciencia de sus deseos, emigraban a Roma o ingresaban en un seminario. Rara vez regresaban al pueblo, alguno lo hacía para enterrar a sus progenitores, entre miradas de reproche de amigos y vecinos que le daban el pésame sin mirarlo a los ojos. Era un estigma imposible de borrar y arrastraba a hermanos, primos y parientes.

Cavalcanti conoció a Mateo, un joven de diecisiete años de su mismo pueblo. Se colgó de un árbol después de leer en una de las paredes principales: Mateo, frocio. No lo hizo en un lugar remoto, sino en la entrada del pueblo, al lado de una fuente de agua potable. También eligió la hora, faltaban unos minutos para las once de la mañana de un domingo, una buena hora para que su cuerpo colgando de un árbol fuese contemplado por los vecinos que solían acudir a oír misa en una ermita consagrada a Santa Ana.

Pensó en sus sobrinos. El mayor, Piero, se caracterizaba por sus silencios largos e impenetrables. El siguiente, Fabrizio, seguía al anterior en todos sus pasos, como si fuese su sombra. El pequeño, Alexandro, acababa de cumplir los veinte años, era el más revoltoso, quien pasaba la mayor parte del tiempo en las calles organizando pillerías con sus amigos del barrio de Nueva York donde residían.

Francesco les propuso el secuestro de la joven Bacardí. Cometió un grave error. Su hermano estaba en Italia en ese tiempo. No le pidió permiso para reclutar a sus hijos. Estaba seguro de que el negocio que tenía entre manos habría de resolverse en cuestión de días, una o dos semanas si se demoraba. Ansiaba poseer dinero y su mente se nubló.

Tenía sesenta años, había sido el protagonista de numerosos episodios ilegales a lo largo de su vida y no había pisado prisión, ni siquiera había sido juzgado. Tenía una fe infinita en su buena suerte y, por otra parte, trescientos mil dólares norteamericanos en 1953 era una fortuna con la cual podría cumplir sus sueños, el primero de ellos, regresar con dinero al pueblo donde nació. Procedía de la región de Calabria y nadie preguntaría como consiguió los billetes. Era esa clase de preguntas que carecían de sentido. Compraría una casa soleada, se reconciliaría con su esposa y vería como sus hijas le daban nietos y crecían bajo su protección.

Capítulo 12

Kowalsky decidió acercarse al hotel Presidente donde trabajaba como recepcionista Fréderic Miner, el joven canadiense con el que Stanley mantuvo una relación íntima durante un buen tiempo. Él mismo lo leyó en uno de los informes que su agente le envió desde La Habana. Lo hizo a su manera: Ray, averigua lo que puedas sobre un joven canadiense, Fréderic Miner, ha trabajado en hoteles de Nueva York como recepcionista, ninguna hostilidad, se trata de un amigo.

Debía aproximarse a los treinta y cinco años. Su tez era blanca, algunas pecas destacaban en su rostro, sus facciones eran agradables y desde el sillón que ocupaba en el lobby del establecimiento sus ojos le parecieron claros, quizá entre azules y verdes. Sí, tiene buen gusto mi amigo Stanley, pensó para sí.

Pero para Joe Kowalsky —Ray—, el color de los ojos del recepcionista del hotel Presidente carecía de interés y sí, por el contrario, hacerle saber que su amante se hallaba al borde de la muerte.

Descartaba que su agente se hubiera ido de la lengua con el canadiense, pero quien sabe…Acaso este disponía de algún dato que le facilitase la investigación. ¿Un amigo común con el que se veían?, ¿un bar que frecuentasen?, ¿lo había notado nervioso los últimos días?

Cualquier pista por inocente que pareciese sería provechosa.

Reflexionó sobre la manera de darle la noticia. Tenía presentes las palabras de uno de los médicos: En ocasiones, el enfermo es capaz de escuchar las palabras de personas muy cercanas, aun en estado de coma.

Una vez sentado en el lobby del hotel, Joe fingió leer una revista local. Eligió un momento en la que Miner se hallaba solo. Se acercó al mostrador. Le habló en inglés.

—Señor Miner, escúcheme con atención y no abra la boca. Soy amigo de Chris Fanon. Tengo una noticia que darle, una preocupante noticia, pero este no es el lugar indicado. Dígame una hora y un lugar, mejor en una cafetería concurrida. No me haga preguntas.

Miner le dirigió una mirada extraviada. Obedeció. Por alguna razón Kowalsky le inspiró confianza.

—Lo espero en la cafetería del hotel Nacional en una hora —dijo.

Llegar al hotel Nacional desde el Presidente debe tomar diez minutos para una persona que camina a buen paso. Kowalsky lo recorrió en algo menos de ocho. Cogió recto por Malecón y dobló en

la calle O.

Los cielos de La Habana tenían un color cenizo y al cabo de unos minutos escupían un buen aguacero. Kowalsky disponía de tiempo. Recorrió los pasillos interminables del Nacional, subió en el ascensor a diferentes plantas y bajó las anchas escaleras. Estaba seguro de que en una de las habitaciones se hallaba Meyer Lansky, acompañado de su hermano Jacob y quizá Grandote Bazuko, su primer lugarteniente, un pistolero nacido en Broooklin, hijo de sicilianos. Este era tan fiel a los hermanos Lansky como un perro. La justicia de Nueva York trató de enjaularlo en varias ocasiones, pero los abogados de Meyer se encargaron de su caso y lo libraron.

Grandote Bazuko manejaba el sedal con habilidad. Los polis de Nueva York estaban seguros de que los cuellos de algunas víctimas aparecidas en las calles llevaban su firma, pero no lo habían podido demostrar. Cuando se emborrachaba cantaba La Internacional, nadie sabía la razón, y fuera de Nueva York echaba de menos la silueta luminosa del Empire State.

Jacob, por su parte, reconocía que las tres cosas que más le gustaban eran tener sexo con mujeres delgadas, comer espaguetis en el restaurante Carmina de la calle 44 y contar billetes de cien dólares. Además de ser la sombra de su hermano Meyer al que adoraba.

Frederic Miner salió del hotel Presidente, miró al cielo, escuchó un par de truenos, regresó a la recepción, cogió un viejo paraguas y retomó el camino que le habría de llevar a su cita. Pese a que en el tiempo que duró su relación con Chris Fanon este mantuvo que era un simple periodista, un sexto sentido le indicó que mentía. No sabía la razón, pero sospechó que él era algo más, que se dedicaba a una actividad arriesgada. Y que por alguna razón lo ocultaba.

Chris Fanon, dos personalidades en un mismo nombre. Una era el de la calle, con quien tomaba café en El Carmelo o cenaba en el 1830. Siempre en tensión, mirando a una esquina y otra, eligiendo una mesa y una silla desde las que dominar el recinto, no perdiendo de vista a los que entran, a los que visitan el baño de caballeros. Y otro era el que tenía ante sí en la intimidad, sosegado, cariñoso, ávido por ser abrazado, besado, amado.

A pesar del paraguas, la lluvia persistente lo envolvió, sus zapatos empezaron a calarse, sus pantalones a mojarse hasta la mitad de las perneras. Pensaba en lo que le tenía que decir aquel hombre del que no sabía nada. La lluvia arreciaba.

Al fin, se encontraron. Kowalsky bebía un whisky con hielo. El canadiense lo pidió doble. Un grupo de cubanos charlaban en voz alta a escasa distancia. Parecían celebrar el cumpleaños de uno de ellos pues le cantaban el Happy Birthday.

Dejó de llover. Una vez servidos, Kowalsky invitó a su

acompañante a retirarse a un rincón apartado. Cualquier persona que los observase desde la barra del bar contemplaría las espaldas de dos varones tocados por sendos sombreros Fedora que caminaban con lentitud hacia los cañones de Santa Clara. Se detuvieron. Kowalsky sostuvo el vaso con la mano izquierda y cogió el brazo de su acompañante con la derecha. El oleaje se sentía cercano, con su orla de espuma blanca y el sonido de la resaca al estrellarse en el Malecón.

—¿Está vivo? —preguntó Miner en voz baja.

—No le mentiré, su estado es muy grave.

—¿Qué le ha sucedido?

—Lo han tiroteado en una calle, muy cerca de este lugar. Está en la Clínica Cardona, inconsciente, en estado de coma.

—¿Tiroteado? ¿Quiere decir, disparado? ¿Pero quién es usted?

—No haga preguntas, soy un buen amigo de Fanon, estoy haciendo lo posible para que se salve.

—Pero ha dicho que le han disparado, ¿por qué habrían de hacerlo?

—Mire, Frederic, es una larga historia, lo conveniente en estos momentos es que subamos a un taxi y vayamos a la clínica.

Miner apuró el trago. Tomaron el primer vehículo que esperaba su turno.

—¿Qué sabe de mí?

—Sé que Fanon y usted eran muy amigos.

—¿Se lo dijo él?

—No con esas palabras.

—¿Qué más le dijo? Quiero saber lo que sucede. Es importante para mí. ¿Ha dicho que está vivo?

El chofer seguía la conversación de sus pasajeros con interés, observó Kowalsky. No le extrañó. En ese tiempo la mayoría de los choferes de taxi en La Habana entendían o hablaban algo de inglés. También sabía que buena parte de ellos eran soplones de la policía. Hizo un gesto a su acompañante para cerrar la boca.

Al descender del taxi lo tomó del brazo de nuevo.

—Escúcheme, Fanon y yo somos amigos, compañeros de trabajo, eso explica que usted y yo estemos juntos, dispuestos a hacer lo posible para salvar su vida. Estamos del mismo lado, no lo olvide.

Entraron en el hospital. Dos empleados de la embajada norteamericana fumaban un cigarrillo en el exterior. Reconocieron a Kowalsky y los escoltaron hasta el pasillo que conducía a la UCI. Se acercó a él un médico.

—Oiga, estoy estudiando lo ocurrido a su amigo. Ingresó con una infección grave, causada por un cuerpo extraño, sucio, algo en su organismo olía mal, es la primera vez que lo vemos. Lo estamos analizando, pero creemos que le dispararon con balas contaminadas a

propósito.

Las palabras del médico dejaron boquiabierto a Miner. Miró a Kowalsky con rabia.

—¿En qué asuntos están ustedes? ¿Quién puede querer matarlo con balas contaminadas? ¿Contaminadas con qué?

Se le agolpaban en la cabeza un buen número de preguntas.

—Me resulta imposible creer que Chris tenga esa clase de enemigos. ¿Quién es él en realidad?

No era la primera vez que Joe kowalsky se enfrentaba a una situación de esa clase. Optó por una respuesta evasiva.

—¡Anímese, Miner! Stanley ha salido de otras.

—¿Stanley? ¿Por qué lo llama Stanley? ¿No se llama Chris?

Kowalsky había cometido un error. Si lo hubieran escuchado en Langley se habrían reído de él, segundos antes de amonestarlo. En este caso no tenía consecuencias, pero indicaba que su capacidad de concentración estaba deteriorada. Eran muchas las horas que llevaba en la ciudad sin haber dormido seis seguidas.

Trató de dar una explicación.

—Miner, no se preocupe, Fanon o Stanley, es nuestro amigo. Creo que ambos necesitamos un trago.

Ordenó a uno de los empleados de la embajada que bajasen a la cafetería y pidiesen una botella del mejor whisky que tuviesen.

—Jefe, en el coche tenemos una botella.

Al cabo de unos minutos el joven les entregó una botella de White Label medío vacía y dos vasos.

—Están limpios —aclaró.

Uno de los médicos salió de la UCI y se dirigió a Kowalsky.

—No tengo buenas noticias. Hemos tenido que reanimarlo dos veces en los últimos minutos. Incluso hemos estado a punto de darlo por muerto, pero una de nuestras enfermeras le ha hecho en el pie derecho una prueba de reflejo y ha respondido. Lo hemos reanimado. En términos coloquiales le puedo decir que el hombre que está ahí dentro ha resucitado dos veces. Y ahora, disculpen, tengo que volver.

Kowalsky y Miner quedaron en el pasillo, con la botella y los vasos en la mano. Decidieron salir, tomar el aire, beber un buen trago y fumar un cigarrillo.

—Sabe que Chris y yo hemos sido más que amigos, ¿no es cierto?

—¿Por qué cree que lo fui a buscar a la recepción del hotel? Déjeme pensar unos minutos a solas.

Kowalsky se levantó y empezó a caminar por la calle 14. Era un barrio tranquilo, poblado por casas de buen tamaño y un buen número de árboles. ¿Balas contaminadas? Eso sí que es una pista. Era la primera vez que lo escuchaba. Seguro que sus compañeros de laboratorio de Langley serían capaces de seguirla.

Entró en el hospital de nuevo. Tuvo suerte, se topó con el director.

—Director, necesito que sus médicos me entreguen una de las balas que han extraído del cuerpo de mi amigo. No las manipulen, ni las laven.

—No se preocupe, lo haré.

Al cabo de unos minutos un enfermero entregaba a Joe una pequeña bolsa de plástico con dos balas cubiertas con sangre amarronada. Él no perdió tiempo. Llamó a uno de los vigilantes y le dijo:

—Lo lleva a la embajada y lo envían en el primer avión a esta dirección. Sacó una tarjeta de su chaqueta y se la entregó.

Miner regresó al hotel, o más bien su cuerpo regresó mientras su cabeza le daba vueltas a lo escuchado sobre Chris Fanon, Stanley o como quiera que se llamase.

Por su parte, Kowalsky pensó en el hombre joven que acababa de dejar. Le pareció un buen hombre, confiable.

Su cabeza seguía en el canadiense. Quizá demasiado buen hombre. Decidió seguir una de las reglas del oficio que eligió años atrás: la desconfianza. ¿Y si aquel buen hombre no era un simple recepcionista de hotel, sino un agente de los soviéticos que había conseguido engatusar a Stanley? ¿Y si tenía que ver con su ametrallamiento? ¿El móvil? Los rusos siempre tienen un buen móvil. Quizá Stanley había descubierto algo sobre ellos. Quizá los llamados Rebeldes estaban infiltrados por los comunistas, como predicaba Fulgencio Batista sin mucho éxito.

No debía descartarlo, las reglas de su organización lo impedían. No estaba dispuesto a romper en mil pedazos su reputación, discutir en el intermezzo de su vida profesional con los jefes de la planta de arriba por saltarse el reglamento.

Redactó una nota dirigida a sus colegas de Langley para que escarbasen a fondo en los antecedentes de Miner y en los de sus padres. ¿Por qué no? Acaso ese recepcionista con pecas en el rostro y aire de ángel inocente era el lazo que los rusos habían echado en torno al cuello de su buen Stanley.

Capítulo 13

Habían transcurrido dos días desde la conversación entre Fabio y Cavalcanti. El comportamiento de Francesco respecto a sus sobrinos estaba cambiando. No les dejaba un momento a solas en el horario de patio. Se llevaba la cuchara a la boca en el comedor sin dejar de observar lo que sucedía en las mesas vecinas. Cada vez que uno de ellos necesitaba ir al baño Francesco lo seguía y acompañaba.

Alexandro lo advirtió.

—¿Qué sucede tío? —le dijo a solas.

Él respondió sin mirarlo a los ojos.

—No hay novedades, sobrino.

—Usted me miente, algo está pasando. ¿No tenemos un buen abogado?

A Francesco le gustó el comentario.

—Sí, eso es, me está costando contratarlo, pero lo conseguiré.

Francesco Cavalcanti había tenido mucho tiempo desde que ingresó en la prisión para pensar en lo sucedido. Sus sobrinos lo habían decepcionado. Confesaron su participación en el secuestro de Carolina Bacardí al primer guantazo. Era verdad que tenían alrededor de los veinte años, pero esperaba otra cosa de unos jóvenes que llevaban el apellido Cavalcanti.

Alexandro no se conformó con la respuesta.

—Tío Francesco, algo está pasando, mis hermanos aún están tiernos, pero yo no.

Francesco Cavalcanti examinó sus cartas. Ese hombre, Fabio, le había propuesto algo repugnante. Lo único que se le ocurrió fue hablar con el director o con el sacerdote del centro. Descartó al primero. Era un hombre inaccesible para los reclusos, solo le había visto una vez, en una visita de un director de penitenciaria. El sacerdote oficiaba misa dos veces a la semana, confesaba y alguna vez lo había visto pasear en un pasillo junto a un recluso. Era un hombre de tez blanca, español de origen y respondía al nombre de Matías.

Lo esperó uno de los días al término de la misa.

—Padre, quiero hablar con usted.

El sacerdote lo invitó a sentarse. Estaban en una pequeña dependencia que le servía de sacristía. Francesco se desahogó.

—Algunos reclusos quieren abusar de mis sobrinos, un preso me lo ha dicho.

El sacerdote se sorprendió.

—¿Está seguro?

—Lo estoy. Si acepto colaborar con ellos, me ayudarán, me han dicho.

Matías se levantó. Su semblante había cambiado, parecía entristecido.

—Hablaré con el director, veré lo que se puede hacer, estos asuntos no son fáciles, esta es una prisión para gente desalmada.

Francesco abandonó la estancia esperanzado. Su vigilancia sobre los sobrinos continuó. Al cabo de tres días observó que Fabio le hacía una seña. Estaban en el patio.

—Amigo mío, nadie puede hacer nada por sus sobrinos. Los que me han encargado el trabajo están ansiosos. Quieren una respuesta rápida, quieren saber si usted va a colaborar.

—¿Y si no acepto?

—Me lavaré las manos y actuaran por su cuenta.

Francesco se dio la vuelta.

—¿Quiénes son?

Fabio guardó silencio.

Alexandro los observaba a una distancia de unos diez metros. Junto a él, sus hermanos jugaban una partida de naipes. Fabio aún no había acabado.

—¿Quiere que hable con uno de sus sobrinos, Alexandro Cavalcanti parece un joven inteligente? —dijo Fabio.

—No se le ocurra acercarse a mi sobrino, juro que lo mataré —dijo, enseñándole el puño derecho.

—¡Entonces, muévase, quiero una respuesta!

Al volver junto a sus sobrinos el rostro de Francesco era otro. Caminaba como si estuviera borracho. Alexandro se dio cuenta de que algo grave estaba sucediendo. Le habló con toda la seriedad que pudo.

—¿Qué sucede, tío? ¡No me engañe!

Miró a sus hermanos.

—Acompáñeme a los urinarios, tío Francesco.

Este obedeció. Piero y Fabrizio seguían jugando a los naipes. Se les acercaron un par de presidiarios.

—¿Nos enseñan a jugar?

Piero se asustó. Los presos sonreían. Había algo intimidatorio en su mirada.

Francesco miró a su sobrino. Era un buen ejemplo de varón de la familia Cavalcanti. Hermoso de rostro, cabello abundante y negro, cuerpo bien formado.

—Algo está pasando, tío. Usted está preocupado y se altera cada vez que habla con ese hombre. Fabio, aquí lo llaman el negrito catedrático, asesinó a su esposa.

—Nada grave, sobrino, un negocio que aún no puedo acabar, te lo

contaré en unos días. Por el momento no te preocupes.

—No me tome por lo que no soy, tío.

Francesco lo miró y calló durante unos segundos.

—Si tuvo valor para embarcarnos en esta aventura, actúe como un hombre y dígame lo que sucede —dijo Alexandro.

Las palabras de Alexandro le afectaron. Estuvo a un paso de desmoronarse y contarle lo que estaba padeciendo. Sin embargo, no lo hizo e insistió.

—Asunto de abogados, estoy tratando de conseguir el mejor, no te preocupes, sobrino.

En ese momento Piero asomó la cabeza. Francesco y Alexandro lo miraron. Parecía asustado. El menor de los hermanos Cavalcanti decidió dejar las cosas como estaban y lo tranquilizó.

—Regresa al patio, Piero, nosotros te seguimos.

Piero obedeció. Sin embargo, sospechó que existía alguna controversia importante entre su hermano Alexandro y su tío Francesco.

Pasó una semana. Francesco dejó de advertir las miradas de Fabio. Este apenas se cruzaba con aquél y cuando lo hacía desviaba su mirada. Francesco pensó en la intervención del sacerdote. Su humor mejoró y Alexandro se percató.

Las cosas en la prisión del Castillo del Príncipe permanecían sin variación para los cuatro miembros de la familia Cavalcanti. Estos acudían a la misa del domingo. Francesco miraba al sacerdote con fijeza, con la esperanza de que este le hiciese una señal e invitase a acudir a conversar con él al término del oficio. No se produjo y Francesco lo interpretó como un buen signo. Quizá el sacerdote no deseaba hablar del asunto, lo cierto era que la amenaza de Fabio había cesado.

El segundo viernes de cada mes la dirección de penitenciarías comunicaba a los presos los traslados a otras prisiones del país. Lo publicaban en una hoja manuscrita al lado de la entrada del comedor. Los internos cuyos nombres figuraban en la comunicación debían preparar sus pertenencias para el lunes siguiente.

Francesco Cavalcanti, traslado a la prisión de Isla de Pinos.

Estaba escrito en la comunicación.

Francesco Cavalcanti preguntó a un funcionario. Este dijo que las órdenes llegaban desde la dirección de modo que nadie podía evitar el traslado. Trató de visitar al sacerdote. No se hallaba, le dijeron.

Fue en ese momento cuando se cruzó con Fabio.

—¡Ve lo que ha conseguido con su rebeldía!

—Es imposible, yo no puedo irme sin mis sobrinos.

—Sus sobrinos se quedarán —aseguró Fabio.

Francesco volvió al patio. Sus tres sobrinos seguían jugando a las cartas. Volvió al pasillo donde se había cruzado con Fabio. Este fumaba un cigarrillo.Lo miró complacido.

—¿Qué se puede hacer?

—Ya poco, chico, perdió la oportunidad.

—Le conseguiré dinero en Nueva York, no lo he pedido hasta ahora pues creía que lo iba a arreglar por mis medios en La Habana. Necesito unas semanas para hablar con mi familia.

—Amigo Francesco, sus sobrinos tienen algo más valioso que los billeticos. Se lo advertí y no me hizo caso.

—No puede ser, habrá alguna manera de que lleguemos a un acuerdo.

Fabio estaba disfrutando. Negó con la cabeza.

—Se publicó la lista de traslados para el lunes, usted está apuntado, ahora es muy difícil. Quedan dos días y medio, hoy es viernes. Ya ve que es imposible.

Prosiguió.

—Ni siquiera el cura puede conseguirlo, es un buen cura. Lo intentó, pero él manda en las cosas de Dios. Aquí mandan otros, si fuera un Babalao quién sabe, hay muchos presos que los siguen.

Francesco lo miró sorprendido. No era la primera vez que escuchaba historias sobre la Santería. Para él era superstición, propio de gentes ignorantes.

Se aferró a lo que había escuchado, no obstante.

—¿Algún preso es Babalao? ¡Dígamelo!

Fabio sonrió y se alejó.

A Francesco le quedaban menos de cuarenta y ocho horas para que un vehículo de la policía lo trasladase a Isla de Pinos.

Capítulo 14

Los hermanos Lansky seguían al corriente de lo que le sucedía al periodista Chris Fanon en la Clínica Cardona. Gracias a una buena cantidad de dinero, era informado a diario de su evolución por dos de sus compañeros, entre los que se contaba un médico generalista y una enfermera. Hasta ese momento los partes eran repetitivos: permanece en estado muy grave, en coma.

Jacob Lansky y Grandote Bazuko preparaban un plan alternativo. Algo definitivo para el caso de que su patrón ordenase poner fin a la vida de Fanon. Algo que rectificase el ametrallamiento frustrado de la calle 23.

Meyer no era un hombre que se encolerizara con facilidad. El operativo fue bien realizado, el vehículo no fue identificado, lo habían repintado bajo techo y pronto viajaría al continente de donde nunca volvería. Nadie podría reconocerlo. El hecho de que el periodista no falleciese en el acto respondía a la naturaleza de este, o a un designio sobrenatural y Meyer, además de ser un hebreo que practicaba los ritos de su religión con disciplina, creía en los designios. Tendría que haber una gran razón para cambiar de opinión.

Era una buena temporada para él. La Bella Carmen le proporcionaba tres o cuatro tardes a la semana los placeres mundanos que creía olvidados después de un largo matrimonio con su esposa. Los negocios le funcionaban bien. Su relación con el presidente Batista y otros altos cargos del gobierno era óptima. Cada mes repartían los beneficios y estos resultaban jugosos. Y desde Nueva York y Chicago, sus compañeros de la Cosa Nostra lo celebraban al tiempo que les llegaba la parte que les correspondía.

Capítulo 15

Para la CIA no resultaba difícil conseguir que una revista o un periódico de mediana tirada del continente publicara un reportaje de cuatro páginas sobre un hito radiofónico que sucedía cinco días a la semana en la vecina isla de Cuba. Eran los reportajes de conveniencia, favores que hacían las empresas editoras a las entidades gubernamentales. Uno de ellos, dispensar documentos de acreditación a falsos periodistas.

El reportaje debería incluir dos o tres fotografías, primeros planos de la protagonista en los que saldría favorecida. El titular hablaría por sí mismo: La mujer que paraliza La Habana a las cinco de la tarde.

Joe Kowalsky se había presentado en las oficinas de Radio Progreso con la intención de hablar con el director: quería una entrevista con su guionista célebre. Era una buena excusa para departir con ella un buen rato. Después de unos minutos de conversación amable, el director le concertó una entrevista en el restaurante Monseñor para esa misma semana.

Ray Colmore estaba en La Habana con la intención de investigar el atentado contra su agente, pero de ningún modo descuidaba su trabajo. No lo podría siendo agente de inteligencia y analista del área de los países bañados por el mar Caribe. El ametrallamiento de Stanley era un buen punto de partida. Quien lo había ordenado poseía una buena razón. Le daba vueltas a la cabeza a este asunto cada hora que pasaba para llegar a la misma conclusión: su agente estaba detrás de una buena pista.

Le correspondía buscarla, encontrarla y seguirla. Tenía presente sin embargo las dificultades que presentaba el caso. Su organización carecía en La Habana de agentes y de estructura. Era una de las razones por las que había enviado a Stanley.

Hasta ese momento solo contaba con el inspector Juan Sorrillo. Era una buena ficha por la función que ocupaba y también por su disposición a colaborar. Podían contar con él ¿Qué esperaba Sorrillo de ellos? No era un político, de manera que no aspiraba a dirigir un ministerio o un cargo en el ejército. En la CIA estaban acostumbrados a reclutar jóvenes avispados y ambiciosos cuyo fin era escalar en la estructura estatal, además de los consabidos sobres en cash libres de impuestos. Juan Sorrillo buscaba protección para el caso de que cambiasen las tornas y los Rebeldes derrocasen a Batista. Estaban en 1953 y esa posibilidad se antojaba lejana, pero a él, por el cargo que ocupaba, le llegaban numerosas noticias de que un profundo malestar se estaba creando en Cuba por las diferencias

sociales y la corrupción, acrecentado por el golpe de estado que encaramó a Batista en la presidencia.

Lucrecia de la O se convirtió para Ray Colmore en una buena posibilidad a fin de reclutarla de una u otra manera. Sin duda, poseería mucha información sobre el estado de cosas en la ciudad, se relacionaría con gentes importantes, civiles y militares, no en vano toda Cuba se rendía ante ella por el impacto de El último beso.

Quizá con ella los sobres cargados de dólares no habrían de servir, pero en su poderosa organización contaban con otras contingencias, en algunos casos más útiles y persuasivas que el dinero. ¿Qué tal si le ofrecía una entrevista en uno de las grandes programas de televisión de su país?

A pesar de que las razones mencionadas sonaban bien, Ray también contaba con factores que adversaban la tarea de reclutar agentes sin pensarlo dos y hasta tres veces. No solo la capacidad de obtener información era importante, de igual manera la discreción, lo que no es una virtud que se adquiere, sino que es parte del carácter con que se enfrenta la vida. En su ya larga vida como agente, había conocido un buen número de personas cuya profesión los situaba en un lugar excelente para acercarse a buenas fuentes de información, pero que eran incapaces de guardar reserva sobre ellos. La mejor recomendación que se debía adoptar en estos casos era la de la prudencia, huir de la precipitación.

La entrada de Lucrecia de la O en el restaurante de la esquina de O y 21 se convirtió en un acontecimiento. Había sido citada a las ocho de la tarde. Como tenía por costumbre se adelantó diez minutos para atender los saludos y la firma de autógrafos que solían esperarla en sus visitas a establecimientos públicos.

El norteamericano había dedicado unos minutos a su cuidado. Tenía cejas pobladas, pero su coquetería lo obligaba a cruzar la puerta de un salón de belleza una vez cada dos meses. Se arreglaba las cejas y le cortaban los pelos que asomaban por la nariz y orejas. Se afeitaba dos veces al día y en su neceser de viaje no faltaba un desodorante Old Spice, su marca favorita.

Joe Kowalsky la observaba puesto en pie, con un ramo de rosas en la mano. Numerosos clientes del establecimiento, en mayor medida damas, se acercaban a ella, le estrechaban la mano, la besaban y abrazaban. Ella sonreía y agradecía los cumplidos. El capitán del restaurante trataba de ordenar el homenaje: había llegado una celebridad. Llegó a la mesa reservada por Kowalsky. Saludó a este con un apretón de manos tras quitarse los guantes de piel de cabritilla y color negro comprados la víspera en El Encanto.

Lucrecia llegó con una media melena de color castaño claro. Su

cuerpo era hermoso, mediano de altura, pechos erguidos, con curvas y piernas bien torneadas. El rostro, sin ser muy bello, podría ser definido como atractivo. Destacaban en ella unos ojos, entre azules y verdes, quizá violetas, pensó Joe. La penumbra del restaurante le impidió confirmarlo. Le hubiera encantado hacerlo, mirarla más cerca.

De la O lucía en el cuello un collar de perlas y en las manos dos sortijas de diamantes.

Muy femenina, fue lo primero que pensó Joe de ella.

Pidieron un Martini seco.

—Lo que usted consigue cada tarde a las cinco no lo hace ni Mazantín el torero —dijo con el acento propio de los norteamericanos al hablar español. Era una frase que pronunciaban los habaneros cuando se referían a una hazaña. Él la había aprendido ese mismo día.

Fue una buena manera de comenzar la conversación. A ella le hizo gracia y rio.

Dedicaron los primeros minutos a leer la carta. Comentaron algunos platos que conocían. Un comensal anónimo había enviado una botella de vino tinto y no uno cualquiera, un borgoña. Ella insistió en conocer su identidad y el maìtre movió las manos como signo inevitable de discreción rogada.

Les aconsejó ensalada de langosta y un pescado a las finas hierbas.

Ray Colmore, en La Habana, Joe Kowalsky, eran la misma persona, pero el segundo viajaba con apellido hebreo y por tanto debía observar las exigencias de su raza.

Kowalsky es un apellido común en Polonia. Pensó en el estúpido de Langley que le había proporcionado esa identidad, ahora tenía que cargar con ese apellido judío durante semanas, acaso meses, explicar cómo había llegado el primer Kowalsky a Norteamérica, aprender los rituales de los hebreos. El estúpido era él. Debía haber pensado en ese pequeño lío cuando le entregaron el pasaporte, el carné de conducir, el título de periodista por una universidad de Washington, la media docena de artículos con su firma y fotografía que llevaba consigo como evidencia de que era periodista.

—Dígame, ¿cómo debo llamarla, doña Lucrecia… Lucrecia?

—Lucrecia estará bien.

Él hizo una exposición sobre lo impresionado que había quedado al conocer la repercusión de El último beso, habló sobre ello durante cinco minutos. Ella escuchaba con atención, pero sobre todo lo observaba.

Joe era un hombre de una edad indefinida, sobre los cincuenta, algo achaparrado de cuerpo, pero en ningún caso gordo, sí correoso. Tenía unas facciones correctas, nariz achatada, ojos intensos de color chocolate y una sonrisa agradable.

Ella estaba acostumbradaa tratar con actores y empleados de

televisión y emisoras. Estaba harta de que estos se mirasen al espejo cada diez minutos, se retocasen el cabello, con la sonrisa pegada al rostro a todas horas como si hubieran nacido con ella.

El periodista le pareció atractivo, quizá un hombre de carácter. Puede haber sido una buena idea dedicarle una cena a este yuma, pensó.

Joe extrajo de un sobre de buen tamaño algunos artículos que llevaban su firma. Todos falsificados, pero esa circunstancia solo él la conocía.

Lucrecia los hojeó con rapidez no sin fijarse en la parte superior de ellos. Joe lo advirtió y supuso que estaba memorizando el nombre de las revistas que le mostraba, así como las fechas, lo hizo de forma despreocupada. Le gustó ese detalle.

—Así que desea hacerme una entrevista para una de sus revistas —dijo.

—Puede ser un excelente reportaje para nuestros lectores.

—Y qué desea saber —dijo ella.

Kowalsky llevaba preparado ese discurso.

—La mujer que paraliza La Habana a las cinco de la tarde, será un buen titular si usted lo aprueba. A mis lectores les interesará cómo se fraguan sus guiones, cómo nacen los personajes, si son inventados o tienen nombre y apellidos.

Ella permitió que su compañero de almuerzo llevase la voz cantante. No perdía detalle de sus maneras, tenía una dentadura bien formada, poco amarillenta lo que le sorprendió. O no fumaba o lo había dejado hacía tiempo. Se fijó en sus manos, adoraba las manos de los hombres con dedos largos y bien formados, no huesudas en exceso.

La vida íntima de Lucrecia de la O constituía uno de los misterios de la ciudad, al menos de la que vivía pendiente del mundo de la farándula. Era cierto que vivía sola en un apartamento espacioso de la calle 2 con cuatro balcones que daban al Prado y que recibía el sanador sol de la tarde. Sus vistas eran espléndidas:el Capitolio, el Centro Gallego y el Centro Asturiano.

Tenía cerca de cuarenta años aunque nadie en La Habana conocía la edad exacta. Ella se había encargado de que sus documentos no constasen en archivo alguno de Radio Progreso.

Joe Kowalsky sin embargo lo sabía gracias a su amigo, el inspector Juan Sorrillo. Tenía treinta y nueve.

Con el segundo plato Kowalsky avanzó, lanzó al aire unas preguntas vagas sobre la situación política sin mencionar al presidente Batista.

Ella lo miró con interés. Había conocido a muchos norteamericanos, gentes de los medios de comunicación que

detestaban al presidente, lo mismo que le sucedía a buena parte de la alta sociedad habanera.

Si esa misma noche hubieran hecho entre los comensales del restaurante Monseñor, donde se hallaban, una discreta encuesta sobre Fulgencio Batista las opiniones contrarias ganarían con diferencia.

Quienes cenaban en el restaurante Monseñor, o en La Casa del Marisco, o en Boris, eran banqueros, tabaqueros, representantes de bancos de Nueva York o Chicago, franceses, propietarios de ingenios de azúcar, mineros.

A pocos les gustaba aquel hombre que empezó siendo un simple sargentillo y acabó ocupando el palacio presidencial mediante un golpe de estado. No les gustaban sus maneras, su aspecto de guajiro enriquecido, sus manos de campesino. Se decía de él que rechazaba al médico de palacio cuando le atacaban las fiebres y llamaba a los curanderos tradicionales del Oriente donde se crió.

Menos aún le perdonaban que hubiera roto la tradición de presidentes de su estirpe, hombres educados en colegios como La Salle y Jesuítas, egresados de la facultad de derecho o de medicina. Ellos hablaban un inglés perfecto aprendido en una universidad norteamericana. Contaban con apellidos ilustres que hundían sus raíces en la lucha por la independencia.

Nada de ello tenía Fulgencio Batista y lo despreciaban. Lo que no era obstáculo desde luego para que, al día siguiente de la cena, esos mismos prebostes de la patria partiesen a los ministerios y dependencias gubernamentales con la mejor de sus sonrisas en solicitud de una gabela, una ampliación de una concesión administrativa, un nombramiento para un hermano en una embajada, ¡Rebueno que el señor presidente haya puesto orden en el país!, ¡Los estudiantes comunistas están al acecho y solo él los parará!, proclamaban cuando estaban ante un alto funcionario.

Lucrecia de la O se mostró precavida.

—No suelo opinar de política con desconocidos —dijo.

A él le agradó esa respuesta. La cena duró una hora, hablaron de la repercusión de El Ultimo Beso. Ella respondió con humildad, en modo alguno se pavoneó del éxito y tampoco habló de planes para el futuro. Él preguntó si estaba pensando en incursionar en otros géneros, como el de la novela, incluso se atrevió a expresar algo llamativo.

—Un buen amigo mío dirige una editorial de prestigio en Nueva York.

Ella hizo un silencio de varios segundos para responder:

—Lo pensaré.

Debía reconocer que aquella mujer le estaba impresionando. Desprendía un halo de misterio. Se sintió intrigado, comenzó a sentirse atraído por la mujer que tenía a su lado.

Él vestía una guayabera de lino blanco y ella una blusa en tonos anaranjados que hacían juego con sus pendientes, una ágata en forma de pequeño triángulo. Sus miradas se sostuvieron dos o tres segundos. Eran miradas interesadas, ambos dominaban ese pequeño juego, estaba claro, seguían conversando sobre asuntos livianos e intrascendentes, lo hacían a propósito: las ciudades que conocieron en Europa, las impresiones de ellas, las temperaturas frías que vivieron… En Leningrado estuve a veinte grados bajo cero en una ocasión, expresó ella. La antigua San Petersburgo. La tengo pendiente, respondió él.

—¿Le molesta que fume un cigarrillo? —preguntó Lucrecia de la O.

Joe sacó del bolsillo un encendedor Dupont de oro que llevaba consigo aunque había abandonado el hábito de fumar. Le daba suerte, lo había heredado de su padre, no contenía un diminuto micrófono como ocurría en los encendedores de algunos de sus compañeros.

Se lo acercó a ella y lo encendió. Era un cigarrillo Kool, mentolado, y al hacerlo sus dedos se rozaron. Ella fumaba con elegancia y lo apagó después de tres o cuatro caladas en el cenicero que le acercó uno de los meseros.

La guionista estaba tratando de identificar el perfume de su compañero de mesa. Adoraba ese juego, se consideraba conocedora de las fragancias que se echaban encima las mujeres los primeros años de la década de los cincuenta. Y también los hombres. Tenía una buena amiga en el departamento de perfumería de El Encanto y solían jugar a aciertos y errores con pequeñas muestras que les regalaban los fabricantes. Ella adoraba el Chanel 5, se rociaba con él por las noches, en las mañanas prefería Guerlain.

A los hombres les aconsejaba un eau de toilette con aromas de madera y limón. Si eran fuertes y muy masculinos, les atemperaba la presencia. En cambio, a sus amigos frágiles, de rostro lánguido, mirada algo caída, les venía bien una fragancia con notas de bergamota y sándalo.

Hubo una pausa en la conversación, como si decayera. Habían tomado café y rechazado un licor. Ella miró su reloj de pulsera. Joe supuso que deseaba terminar la velada.

Se despidieron con un apretón de manos. Joe se ofreció para acompañarla al vehículo que habría de trasladarla a su domicilio. Ella lo rechazó.

—No se preocupe, un chofer me espera. Me quedaré unos minutos conversando con mis amigos de este restaurante.

Él no insistió.

Joe Kowalsky también decidió caminar. La noche era hermosa, multitud de estrellas brillaban. Soplaba una brisa agradable.

Capítulo 16

Joe Kowalsky sabía unas cuantas cosas de Cuba y de La Habana. En los últimos días había actualizado sus conocimientos de historia y política con varios libros hallados en la poblada biblioteca de Langley ubicada en la planta baja, a la derecha según se entra por la puerta principal. Estaba a cargo de agentes veteranos que, de forma voluntaria y pese a haberse jubilado, deseaban permanecer en contacto directo con la organización. Para ellos, pasar cuatro horas en Langley ordenando y aconsejando libros a los nuevos agentes era una manera de seguir en activo.

Kowalsky alquiló un vehículo, un Buick de un discreto color gris. Pidió garantías al empleado de que su maquinaria funcionaba a la perfección y examinó las llantas.

Empezó su ruta por El Malecón, contra el cual se levantaron los cimientos de numerosos barrios de la ciudad. Lo recorrió a marcha lenta desde la entrada de la bahía hasta la desembocadura del rio Almendares. Fue en esos momentos cuando empezó a descubrir la belleza de la ciudad en la que habría de permanecer durante un buen tiempo.

La ciudad en marzo y abril es seca y fresca. Alejada aún de la temporada de ciclones de octubre y noviembre cuando entran las fuertes lluvias y vientos que los habaneros denominan los temporales del Norte, y los huracanes amenazan la ciudad.

El cielo azul de La Habana lo cautivó, tanto como lo habría de hacer su negrura cargado de estrellas horas más tarde. De nuevo en el Malecón aparcó el vehículo y se dispuso a recorrerlo a pie. Vio mujeres y hombres, ancianos y niños ofreciendo a los paseantes de la tarde toda clase de cigarrillos, frutas y dulces caseros, peines de plástico y postales descoloridas.

Él había vivido años atrás en el Distrito Federal de México y en otras ciudades como Bogotá, Lima y Caracas. En misiones sin importancia. Tenía entonces treinta años. Se citaba con sindicalistas prominentes que informaban de la influencia de los partidos comunistas entre sus afiliados, atendía a agentes dormidos que esperaban una señal para despertar; nada de secuestrar a un fulano y apalearlo en un viejo almacén; él no estaba en esa área, sabía que existían, pero no era de los que ensuciaba las manos, tampoco Stanley; ellos eran analistas, los que desmenuzaban la información, también obtenida en conversaciones intrascendentes en un salón de espejos dorados y columnas de mármol, de todo había en esos tiempos de la Guerra Fría en los cuales a los servicios de inteligencia se les

consideraba la aristocracia del aparato de Estado. La frase no era suya, sino de Stanley.

En sus estancias en las capitales suramericanas y en Ciudad de México se acostumbró a las penurias de las gentes humildes, al caminar cansado de familias enteras llegadas del campo y de la montaña en busca de fortuna capitalina. Le sorprendieron las caravanas de tristeza que vio, su mirada de frente y su hablar bajito.

Por el contrario en el Malecón de La Habana halló el contrapunto de tanta tristeza. Todo era bullicio, risas, jóvenes cantando a sus enamoradas los últimos boleros de Celia Cruz o Benny More.

Grupos de amigos de diversas edades charlaban en voz alta sobre las últimas hazañas de los peloteros de moda. Algunos muchachos se arriesgaban a bañarse en las aguas. A esas horas del atardecer El Malecón se convertía en lugar de cita para los enamorados. El calor dejaba de ser húmedo y sofocante y la brisa se hacía presente.

Le llamó la atención el nombre de unas cuantas calles, las anotó en un pequeño cuaderno que llevaba consigo. Soledad, Virtudes, Amargura, Desamparados, Mercaderes, Obispo.

Kowalsky disfrutó del paseo y culminó la tarde en el Prado. Cientos de anuncios luminosos brillaban en una ciudad que parecía no dormir. Decenas de personas sentadas en los Aires Libres del Capitolio compartían la conversación. Él escuchó el inconfundible ruido de los tranvías y observó el ir y venir de los lustrabotas, compradores y vendedores de dólares, de las fleteras callejeras, ataviadas con faldas ceñidas y blusas que dejaban ver unas cinturas insinuantes. La ciudad contaba con las casas de putas más refinadas del Caribe.

En su recorrido por las calles se fijó en la riada de muchachos que salían de los comercios corriendo, como en estado de exhalación. En lo primero que pensó fue en que escapaban después de algún hurto. Preguntó y le corrigieron: eran los cañoneros, muchachos que abandonaban los establecimientos como un cañón, recaderos que habían de cumplir los encargos en un tiempo brevísimo.

El agente Kowalsky sabía, sin embargo, que en algún lugar de la ciudad se hallaba una Habana secreta, enigmática, habitada por jóvenes dispuestos a acabar con el gobierno nacido tras el golpe de estado del 10 de marzo de 1952. El cuartelazo, lo llamaba buena parte de la población.

Una Habana con la que él tenía una cita. No olvidaba además que estaba en la ciudad desde la cual Meyer Lansky dirigía sus operaciones en New York, Chicago y las Vegas.

El presidente Batista ordenaba a sus lugartenientes que lo protegiesen. En el mismo tiempo, un puñado de estudiantes de la Universidad Nacional se conjuraron para acabar con aquél. Los habaneros los conocían como Los

Rebeldes, y el agente Kowalsky, al poco tiempo de arribar, tuvo la oportunidad de asistir a uno de sus actos.

El azar intervino, como en casi todos los episodios con que suelen toparse los agentes de espionaje. Él era preguntón, interrogaba a quienes se cruzaban en su camino, fuera para servirle un café, un sandwich o venderle un periódico.

Estaba en una terraza del Prado, disfrutando de un café con hielo. El mesero que le atendió contestó con ganas de una buena propina a unas cuantas preguntas de rutina cuando vio que dos jóvenes circulaban en una motocicleta a buena velocidad. El muchacho de atrás botaba hojas de pequeño tamaño. Kowalsky no lo dudó, se agachó y tomó una de ellas. La motocicleta desapareció entre las calles de Centro Habana dejando atrás un reguero de pasquines.

Con el pasquín en sus manos, Kowalsky observó la reacción de los habaneros que deambulaban a esa hora o se hallaban sentados en las terrazas. Buena parte de ellos guardaron alguna de esas hojas en los bolsillos interiores de sus chaquetas. Tuvo la impresión de que lo hacían como quien hubiera encontrado un pequeño tesoro que habría de compartir con sus amigos. Otros, sin embargo, se preocuparon por destruir la hoja en mil pedazos y con aspavientos, para evidenciar su opinión contraria a lo que se leía en el mismo. Eran diez líneas y denunciaba el asesinato, unas horas antes, de un líder estudiantil.

El pasquín responsabilizaba de ello a la policía del régimen. Al día siguiente, en la iglesia de San Francisco de La Habana Vieja, se oficiaría una misa en su memoria a la que convocaba. Se llamaba Carlos Abad.

Kowalsky se alegró. Era una buena oportunidad para acercarse a esos jóvenes que sembraban las calles de octavillas en horas de medianoche y pintarrajeaban las paredes con consignas que apelaban al derrocamiento de Fulgencio Batista. Él quería verlos, escucharlos, adivinar sus intenciones próximas y lejanas, detectar la clase social a la que pertenecían, fijarse en sus ropas, examinar su vocabulario. Ello le permitiría elaborar un informe y enviarlo a Washington, esa clase de informes que entusiasmaban a los mejores analistas de la CIA, quienes eran los jefes, quienes les pagaban los instrumentos de subversión.

El hombre que hasta desembarcar en La Habana se llamaba Ray Colmore se propuso averiguar si los líderes estudiantiles servían a la causa del comunismo como proclamaba a viva voz Batista y susurraban otros o, por el contrario, eran jóvenes movidos por la intención de acabar con el dictador que gobernaba desde muy cerca del lugar donde se encontraba.

Se hizo pasar por periodista —una de las coberturas que poseía— de un

medio de nombre inventado, un diario regional del estado de Nueva York que respondía al nombre de The Examiner Herald.

Los diarios que apoyaban al gobierno lo habían publicado esa misma mañana: Carlos Abad ha fallecido en un enfrentamiento armado con los oficiales del SIM; él y su hermano Rómulo sacaron sus armas en un retén ordinario y este último consiguió escapar. La policía lo busca.

Era un embuste. Le habían disparado a la entrada de su casa por tratarse de un líder universitario.

Sin embargo, a quien temía el SIM era a su hermano, Rómulo, al que apodaban El Chino Abad, que también impartía clases en la facultad de derecho. Era uno de los grandes enemigos del régimen y empezaba a ser una leyenda en la universidad.

La razón de que lo conocieran como El Chino provenía de sus ojos rasgados. Se los debía a su abuelo paterno, Benigno Abad. Peruano de nacimiento y japonés por un antepasado. Llegó a la isla a finales del siglo XIX y empató con una mujer del puerto de la que no se separó hasta morir.

Abad poseía una voz clara, llamaba la atención por su buena vocalización e hilaba frase tras frase con facilidad, lo que producía en quienes lo escuchaban el ánimo de estar ante un gran contador de historias.

Era capaz de congregar a cientos de jóvenes en discursos encendidos. Llamaba a Batista marioneta de los gánsteres, maricón y eunuco. ¡Qué venga a esta Alma Mater y se enfrente a mí a los puños si es tan hombre como presume!, solía repetir en sus discursos.

El funeral del mayor de los Abad se celebró en la iglesia de San Francisco en la Habana Vieja y una hora antes de su comienzo no cabía un alma. Entre ellos estaba el agente Kowalsky. La mayoría, eran jóvenes universitarios.

En medio de la Eucarístía los cuatro oficiantes que concelebraban callaron. Se hizo un silencio absoluto. Los sacerdotes dirigieron su mirada a la entrada de la nave, luego se miraron entre sí por dos o tres segundos y mantuvieron el silencio. De uno en uno, de banco en banco, los asistentes al funeral se tocaban el codo y advertían con una sola frase: Llegó El Chino; así, desde la primera fila hasta la última.

Rómulo Abad emergió de entre la multitud, cruzó el largo pasillo hasta el presbiterio, inclinó la cabeza ante el féretro de su hermano, se detuvo, dio un beso en la frente a su madre y se sentó junto a ella. Nadie perdía ojo de sus movimientos. La ceremonia continuó. Al finalizar, abandonó San Francisco entre la multitud que lo arropó a propósito y con orgullo. Los agentes del SIM que vigilaban las puertas

de la iglesia y sus inmediaciones no se atrevieron a intervenir. Eran ocho o diez entre miles de asistentes.

Ray Colmore siguió la ceremonia en uno de los bancos de la parte trasera del templo. No era católico sino evangelista, y de vez en cuando movía los labios como si siguiese los rezos. Se fijaba con detenimiento en los rostros de los asistentes que abarrotaban el recinto. Eran mayoría los rostros de hombres jóvenes, algunas mujeres también jóvenes y también gentes de mediana edad. Sospechó que predominaban los universitarios. Llegó a la conclusión de que, en aquel mes de mayo de 1953, no existía en Cuba un sentimiento tan épico y romántico como el de pertenecer, colaborar o simpatizar con los Rebeldes.

Se podía apreciar un estado de ira próximo a la explosión, pasión en la lucha contra la injusticia que representaba Fulgencio Batista. Buena parte de los presentes en la iglesia movió la cabeza al escuchar: No os venguéis vosotros mismos, amados míos, dejad que actúe la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza.

Fueron palabras de uno de los oficiantes, causaron un revuelo que tardó unos segundos en amainar. Ray Colmore barruntaba que entre los miles de jóvenes que lo rodeaban acaso estaban los autores del intento de asesinato de Stanley. No lo podía descartar. Vestían saco y corbata como ordenaban las costumbres de aquel año 1953 para un funeral, aunque no podían ocultar un aire anarquista o revolucionario. Ray recordaba que era una de las posibilidades, uno de los vértices en el Hexágono Perfecto que diseñó al llegar a la ciudad.

Al recibir el parte de lo ocurrido en la iglesia de San Francisco Javier, el presidente Fulgencio Batista exclamó: ¡Ese «hijoeputa» comemierda se atrevió a ir, cojones no le faltan!

Mientras Joe Kowalsky caminaba por las calles Mercaderes y San Ignacio fue repasando las tareas que lo esperaban.

Era un agente ordenado, experimentado, el protocolo exigía un par de hombres a su servicio. No estaba acostumbrado a ensuciarse las manos.

Al pensar en ello le vino a la cabeza que quizá Stanley cometió el error de no reclutarlos. Quizá lo hizo, puede que los matones cambiasen de bando y acabaron vendiéndolo a un mejor pagador. Stanley era sobre todo un buen analista y un mejor estratega, lo había demostrado en sus anteriores destinos. Era cierto que con la edad hasta los mejores agentes cometen errores, pensó Joe. No deja de ser una frase hecha, siguió pensando. Eso sucede en otras profesiones, pero no en la suya.

Con la edad los agentes pierden facultades físicas, pero ganan en agudeza,

en perspicacia, en conocimientos políticos. Lo había estudiado en Langley y contrastado con sus amigos del otro lado del Atlántico, los británicos de MI5. Estos sabían de lo que hablaban, habían inventado el trabajo de Inteligencia. Acaso perdían lealtad. Se convertían en hombres fáciles de ser persuadidos ante algo superior a palabras grandilocuentes como el deber para con la Patria, usadas mil veces, pisoteadas, engrandecidas.

Ray había conocido numerosas historias de final trágico. Compañeros que habían caminado en el mismo borde del acantilado fascinados por esas palabras y que no llegaron a sus destinos.

Momentos después recordó los informes de Stanley en los cuales hablaba de Meyer Lansky. Hablaba de él de una forma amistosa, lo mencionaba como una de las personas que intervinieron en la captura del italiano Francesco Cavalcanti, el autor material del secuestro de Carolina Bacardì. Sabía que no lo hizo por colaborar con la justicia, sino para evitar que la ciudad se convirtiese en atractiva para los delincuentes extranjeros. ¿Se excedió Stanley en sus afectos hacia el gánster? El pensamiento no le agradó. Lo almacenó en un rincón de su cabeza, sin embargo. Habría tiempo de volver a ese asunto.

Entre los planes que tenía en mente figuraba el de visitar por segunda vez al italiano Cavalcanti. El inspector Juan Sorrillo le enseñó el expediente, las cosas estaban claras. Era el autor material del secuestro de la joven Carolina Bacardí, pero no había confesado quien le pagó por ello. El puzzle estaba incompleto, era un buen punto de partida para tirar del ovillo, puede que Stanley lo descubriese, puede que fuese esa la razón por la cual le dispararon en plena calle, a la luz del día. Era una posibilidad, le venía a la cabeza con frecuencia.

Seguía paseando, ahora doblaba la calle Teniente Rey y pisaba Obispo. El bullicio, siempre presente en La Habana, lo acompañaba.

Entró en una farmacia.

Preguntó por un fármaco al que era adicto desde hacía años, Barbital. Quería saber si los establecimientos cubanos disponían de él. El farmaceútico lo miró con asombro.

—¿Barbital? Oiga, eso es una droga, ácido barbitúrico, puede ser letal.

Joe lo miró como lo hace un niño inocente.

—No, de ninguna manera.

No se lo dispensaron y abandonó la farmacia.

Pasó por la librería La Moderna, de la calle Obispo. Observó el escaparate durante unos segundos y continuó su marcha. La visitaría con el fin de adquirir una buena cantidad de libros. Los apartamentos donde los agentes desarrollan sus actividades necesitan una buena cantidad de libros en estanterías ordenadas a finde ocultar mensajes, cifrados o no. Libros con espejo en la tapa interior de la contracubierta, adecuados para observar las reacciones de otra

persona situado a escasos metros.

Ray entró en una tienda contigua a la librería, vendían útiles para escolares. También quería comprar un mapa de la ciudad de buen tamaño y un puntero, pero antes necesitaba alquilar un apartamento. El reglamento aconsejaba un espacio en altura, una cuarta o quinta planta con buenas vistas. Servía también una casa baja con puerta trasera y ventanas a ras de suelo.

Y por encima de todo necesitaba una buena cantidad de dinero en efectivo, dólares y pesos. Un buen número de fajos de billetes con ese sonidito único que hacen al ser contados. El fajo se recoge a hurtadillas, en un sobre de tamaño mediano y color amarillento, mientras dos personas conversan con placidez en un banco de un parque público, o en un cine, o en un café. El sobre abierto pasa de una mano a otra debajo de la tapa de mármol, el agente que lo recibe es capaz de manosearlo y decidir por el grosor si está recibiendo o no la cantidad acordada. En todo caso es un fajo de billeticos libres de impuestos.

Por ahora seguía contando con la autorización de Langley para realizar gastos. Seguía siendo prioritario averiguar quién o quienes habían querido asesinar a Stanley. A buen seguro que Philip permanecía al acecho, a la espera de que no se produjeran avances en su investigación o que Stanley Mortimer falleciera.

Le asaltó la idea de que su carrera estaba ligada a la de Stanley. Si este salía con bien de aquella encrucijada llegarían las felicitaciones, también para él, sobre todo para él. Y lo contrario. Un fracaso en la misión habría de interpretarse como un fracaso de ambos. ¿A quién exigiría cuentas Philips, sino a él? No en vano, había elegido a Stanley para la misión, lo había rescatado de su balneario de Tánger con una serie de razones que sonaron bien en la mesa. Así funcionaban las cosas en Langley.

Cuando se dirigía a su apartamento, en una esquina de Centro Habana, se dio de bruces con Martín Ugarte. Llevaba días pensando en la mejor manera de reunirse con él a solas. Tenía bien presente que este conocía bien a Stanley desde hacía once años. En Tánger habían colaborado y el agente escribió de él de forma halagadora en sus informes. Mencionaba su relación amorosa con Joan Alison, pero lo hizo de forma breve, sin insistir en los pormenores pues no era el objeto de aquellos.

Era un signo de buena suerte haberse topado con Ugarte. Ray estaba seguro de que su preocupación por Stanley era sincera. Tras preguntarle si disponía de tiempo y escuchar una respuesta negativa, caminaron unos minutos y se sentaron en un café.

El norteamericano se esforzó por mostrarse amable e incluso familiar.

—Sé que usted y Stanley eran amigos, desde los tiempos de Tánger —fueron las primeras palabras que eligió.

Ugarte respondió con un sarcasmo.

—¿Stanley? Creí que se llama Chris Fanon.

Ambos sonrieron.

Martín sabía que el hombre de mediana edad con quien degustaba un café pertenecía a la CIA, pero desconocía su rango. Daba por supuesto que se trataría de un oficial de importancia, aunque no estaba seguro. Quiso asegurarse.

—En el hospital se presentó como Joe Kowalsky, pero no recuerdo que me dijera su cargo.

Joe quiso mostrarse amable.

—Soy el oficial superior de Stanley. Desde que supe que algo extraño le estaba sucediendo embarqué en un avión y aquí estoy, preocupado por su estado y tratando de averiguar quienes son los responsables. Le aseguro que serán castigados.

Conversaron durante un buen rato sobre las posibilidades que tenía su amigo común de recuperarse. Como ninguno de los dos era médico quisieron mostrarse optimistas.

Ray estaba interesado en trabar una relación amistosa con el vasco. No dejaba de pensar en su obligación de construir una estructura estable de colaboradores. No tenía Ugarte un perfil interesante, no estaba vinculado a la política, aunque su buena relación con el inspector Juan Sorrillo le proporcionaba importancia. Más le interesó al saber que hablaba varios idiomas, árabe entre ellos.

Ray Colmore simpatizó con Ugarte desde un primer momento. La tensión que experimentaba desde que llegó al aeropuerto de La Habana, las incontables horas dedicadas,así como las noticias que llegaban desde la Clínica Cardona le estaban causando los primeros signos de abatimiento. Sabía que Martín Ugarte había sido sacerdote y, por alguna razón, en aquellos primeros momentos del encuentro, ese hecho le serenó. Estaba acostumbrado a tratar con hombres mentirosos que sermoneaban en un sentido y actuaban en otro, de intereses poco o nada transparentes y en la primera impresión que obtuvo de Ugarte le pareció que estaba ante un hombre bondadoso.

Una de las habilidades que mejor caracterizaban a Ray era la habilidad para colocarse en el lugar de las personas con quienes se hallaba presto a iniciar una conversación. Para ello era necesario con carácter previo conocer sus circunstancias, intereses, situación económica, número de hijos y edades y cuánta mayor información fuese posible incluyendo, desde luego, la identidad de la esposa o amante si la tuviese. Todo ello aportaba una posición de superioridad. Por esa razón los agentes que se dedicaban a la documentación eran importantes y se les prestaba tanta atención.

De Martín Ugarte sabía poco, que había sido sacerdote en Tánger para después secularizarse mediante una dispensa vaticana; que se había enamorado de la escritora Joan Alisony que vagaba por la isla de Cuba, ora trabajando como profesor de francés ora buscando otra clase de trabajos, al parecer esa era su situación actual. Tenía, sin embargo, a su favor otras circunstancias: era joven y bien parecido, se comportaba con educación y no interrumpía conversaciones, sus opiniones solían despertar interés, aunque no se las daba de experto en nada. Caía bien, sin duda, sobre todo a las mujeres.

Pero eran simples pinceladas de información obtenidas de una u otra forma. Lo cierto es que, para quién ahora portaba un pasaporte a nombre de Kowalsky, Martín Ugarte era un gran desconocido, era imposible traspasar el velo que el joven Martín interponía con los desconocidos y él aún lo era; sus pensamientos íntimos, sobre una materia u otra, permanecían en un territorio inaccesible.

Por lo anterior, sospechaba que su conversación con Ugarte iba a transitar de una manera convencional, sin grandes sorpresas, limitada a la situación clínica de su amigo común. La sorpresa le llegó cuando Ugarte tomó la iniciativa y le preguntó:

—Dígame, Kowalsky, ¿puedo llamarle Joe?

—Claro que puede.

—Stanley era un agente, lo conocí bien en Tánger, entraba en un restaurante de moda y los comensales se levantaban para estrecharle la mano. Disponía de grandes amigos entre los cristianos, musulmanes, judíos, y hombres descreídos que en aquel momento abundaban en la ciudad. Estoy seguro que desarrollaba su trabajo con entusiasmo y eficacia.

—Usted lo ha definido muy bien.

—Pero mi pregunta es: ¿esas son las funciones de un agente, no había otras menos… como lo diría… menos espectaculares, dudosas desde un punto de vista de la moral?

Kowalsky no estaba en el mejor momento para entrar en ese terreno con su interlocutor por muy amigo que fuese de Stanley, de modo que decidió concluir la conversación.

—Tengo pendiente una charla con usted, amigo Ugarte. Pero será otro día.

Capítulo 17

El presidente de Cuba Fulgencio Batista tenía en 1953 muchas cosas en las que pensar. Sus amigos del gobierno de Estados Unidos le presionaban para que cesase en sus acuerdos con Meyer Lansky. Los estudiantes de la Universidad Nacional pintarrajeaban las paredes de la ciudad con frases ofensivas para él y llenaban de octavillas las calles de Centro Habana. Los editoriales del New York Times y del Washington Post le recordaban a diario que ocupaba el palacio presidencial por medio de un golpe de estado.

Pero él tenía una capacidad extraordinaria para ocuparse de asuntos menos grandiosos. Estaba en su despacho a las siete de la mañana y lo abandonaba sobre las diez de la noche, hablaba a diario con los comandantes de las guarniciones importantes del país. Era un hombre enérgico y desprendía vitalidad.

Se dirigía al hotel Nacional donde lo esperaban los presidentes Anastasio Somoza, de Nicaragua; Marcos Pérez Jiménez, de Venezuela; y Rafael Leónidas Trujillo, de República Dominicana. Los cuatro estaban unidos por un doble vínculo: el poder y el dinero. Y los cuatro eran militares que de una forma u otra habían alcanzado la presidencia por medio de un golpe de estado. La justificación de la cena era esa, pedirles consejo.

Una vez sentado ante ellos en el salón principal del hotel les halagó.

—Usted, Presidente Pérez Jiménez, está en la presidencia desde 1952 —expresó al venezolano.

Dirigió la mirada al nicaraguense.

—Usted, presidente Somoza, el pueblo lo llama Tacho, dirige su país desde 1937.

—Y usted, Generalísimo presidente Trujillo, su pueblo lo llama con justicia El Benefactor, El Padre de la Patria, entre otros títulos, todos ellos merecidos.

Batista estaba dispuesto a enunciar el resto de sus títulos, los había memorizado. Generalísimo de los Ejércitos, Hijo Benemérito de la República, Primer Maestro de la República, Primer Músico de la República, Gran Protector de la Universidad de Santo Domingo, Primada del Nuevo Mundo… pero el dominicano le interrumpió con un gesto de una de sus manos.

—Siga, presidente, no me abrume.

—Es el más experimentado, desde 1930. Yo solo soy un humilde servidor de mi país que ocupa el despacho desde hace unos meses. Denme consejos, los necesito, orientaciones. Los cuatro estamos en el mismo lado, somos amigos de los gringos y tenemos el mismo enemigo: los comunistas. Para eso les he pedido que viajen hasta La Habana —expresó Batista.

La cena transcurrió en un ambiente de euforia. Sus copas de champán francés se entrechocaron una y otra vez, entre vivas a los países que representaban y por la eterna alianza que estaban forjando. Los camareros que servían usaban guantes blancos.

En la sobremesa pasaron al whisky. Batista abrió una botella de Chivas Regal doce años. A su derecha sentó a Trujillo, con quién deseaba intimar. Quizá era por la proximidad geográfica, por los dichos y forma de hablar que unía a dominicanos y cubanos o por su afición a la pelota y a los boleros, y por la buena cantidad de negros que en ambos países habitaban. Por ninguno de los cuatro allí reunidos corría una sola gota de sangre negra en sus venas, que se supiera y aceptase, aunque sobre el dominicano existía la leyenda de que su abuela materna era de origen haitiana y de piel negra.

No lo decían salvo en ambientes de muchísima confianza, pero los cuatro estaban convencidos de que los negros eran la desgracia de sus países, vagos, propensos a la maleantería, a creer en dioses africanos; gentes sin ningún sentido patriótico. Ninguno de los cuatro sentaba en su gabinete a un ministro de raza negra.

Al término de la reunión, una vez que los presidentes se despidieron tras un buen número de abrazos, sonrisas y carcajadas, Batista invitó a Trujillo a prolongar la conversación. El dominicano era un hombre poco dado a la bebida y se hallaba en buena forma, de manera que aceptó. Solía acostarse temprano y se levantaba al alba. Esa noche constituía una excepción. Estaba interesado en trabar amistad con Batista.

El cubano volvió a halagarlo.

—Lo invito a una reunión privada, necesito sus consejos, Generalísimo.

—Son todos para usted, presidente, siempre.

Trujillo hizo un gesto a su edecán, situado detrás de él a una distancia de dos metros. Este se acercó con un paquete en la mano.

—Es para usted, presidente, un obsequio para que lo tenga cerca.

—¿Cerca? Me intriga usted, vamos a abrirlo.

Era un pequeño revolver Smith&Wesson.

—Está cargado, yo tengo uno igualito, Lo tengo en mi mesa de trabajo, en un cajón siempre abierto.

—Lo tendré cerquita, Generalísmo.

Batista continuó.

—Y ahora, deje que le exponga. Llevo poco tiempo en esta magistratura que Dios me ha enviado, no es sencillo gobernar esta isla.

La mente de Trujillo había preparado unas cuantas frases con el fin de impresionar a su colega. Soltó una de ellas. Sus compañeros de reunión de presidentes habían escuchado su vocecita por las ondas radiofónicas, pero tenerlo a centímetros de distancia y escucharlo con esa voz chillona les llamó la atención.

—¿Presidente Batista, en qué pensó el 10 de marzo de 1952?

A Batista le sorprendió que Trujillo mencionara el día del golpe de estado que le llevó al poder.

—En la gran responsabilidad que tenía ante el pueblo cubano.

—Palabrería, colega, usted me excusará, lo que debió pensar es que de un golpe de estado se sale, o presidente o gusano. Así es siempre, no lo olvide ni un solo día, querido amigo. Y ahora, pregunte lo que quiera.

Batista asintió.

—Los norteamericanos me sacuden a preguntas sobre los hombres de su país que hacen negocios, aquí, en la Habana. Me presionan sin clemencia: ¿Qué hacen en Cuba los hermanos Lansky? ¿Por qué se les protege?

—¿Y usted qué les responde? —dijoTrujillo.

—Les endulzo los oídos, les digo que los vigilo, que no permitiré que crucen la raya con negocios ilícitos. El embajador yuma asegura que su dinero es sucio, que procede de la extorsión y de los asesinatos en las ciudades norteamericanas. Y yo le respondo: entrégueme una evidencia y se los lleva esposados.

—Bien hecho, esos gringos son nuestros amigos, pero son unos mamahuevos —respondió Trujillo.

—Estoy de acuerdo, en Cuba lo decimos de otra manera: comemierdas.

Estaban frente a frente, a una distancia de un metro, sentados en sendas butacas con reposa brazos. En realidad, Fulgencio Batista lo había preparado con el fin de familiarizarse con esa mirada del dominicano, aviesa para muchos, ojos diminutos y resplandecientes, una mirada que producía un sometimiento servil en aquellos sobre los que se posaba. Batista quería aprender de él, de su manera de moverse, de inclinar la cabeza cuando daba órdenes sin abrir la boca.

Trujillo llevaba muchos años en la presidencia y él apenas uno, compartían ambición por mantenerse en la cúspide del poder político. Ambos estaban convencidos de que eran Salvadores de la Patria. Con la boca pequeña aseguraban que los gringos eran unos ahuevados a causa de la democracia.

Sin gentes como ellos, los comunistas se adueñarían de sus países en un abrir y cerrar de ojos.

—Sí, dígame, Generalísimo, ¿cómo ha conseguido mantenerse tantos años en la presidencia?

Los ojos del dominicano se avivaron.

—Con el amor del pueblo, querido colega.

—¿Y algo más?

—Sí, vigilando de cerca a los que tengo a mi alrededor. Usted tiene un problema, querido presidente, los estudiantes. Los que protestan tanto, sí, han conseguido incluso que los periódicos gringos los jaleen. Tenga mano dura con ellos, de lo contrario tendrá problemas, son expertos en infiltrarse en los gobiernos, en la policía, entre los militares, en la judicatura. Es el consejo de un buen amigo.

Hablaba con parsimonia.

—Continúe, por favor —dijo Batista.

—Mire, Presidente, esa muchachada a la que llaman Los Rebeldes, tienen cosas a su favor. Cuentan con el apoyo de los gringos demócratas, de los profesores de las universidades de California y Nueva York. Son jóvenes, hermosos y encantadores, hemos de reconocerlo. Sus mensajes suenan a música. Dígame, ¿cuál es la edad media de sus ministros?, ¿sesenta, setenta? Es difícil luchar contra un enemigo así. Y luego, está el fanatismo.

—Siga, siga, ¿adónde quiere llegar?

—Los jóvenes creen que están representando un papel en la historia. Presidente, lo que tiene que hacer es infiltrarlos con plata, mucha plata. También con mujeres bonitas. Un coñito bonito es más útil que diez fusiles.

Batista lo miraba con detenimiento.

—Míreme, presidente, llevo treinta años en el palacio y no tengo subversión. Alguna ha aparecido, es cierto, pero a base de palo, mujeres y plata lo he cortado a tiempo—prosiguió Trujillo.

Rafael Leónidas Trujillo estaba feliz, sermoneando, disfrutaba con ello. Lo hacía ante un presidente recién llegado al poder que le escuchaba con admiración.

Batista estaba al corriente de las actividades de Jesús Galíndez, el exiliado vasco que, después de residir en Santa Domingo, viajó a Nueva York donde denunciaba los crímenes y trapos sucios de Trujillo. Dudaba entre recordárselo o callar.

—Usted también tiene sus enemigos, Generalísmo. A La Habana viene de cuando en cuando un español llamado Galíndez. Intoxica a nuestros universitarios con grandes mentiras sobre usted. Hemos hallados pasquines.

Trujillo se revolvió.

—¡Ese concha de su madre! Mire, abrimos las puertas a los

republicanos españoles cuando perdieron la guerra. Yo mismo recibí varios barcos en el puerto, les dimos hospedaje, contratos de trabajo en la universidad con buenos salarios, ¿Cómo me lo pagaron? Con mentiras, y ese Galindez es el peor de todos. Pero no se crea, no va a salvarse por mucho que se esconda en Nueva York. Estoy pensando en algo… No se lo voy a contar pues es secreto, pero la próxima vez que nos veamos sabrá cómo pago a los traidores.

—Estaré atento, Generalísimo.

Trujillo se hallaba a gusto.

—Y ese Lansky, ¿qué clase de tipo es?

A Facundo Batista le sorprendió la pregunta. Él mismo lo había mencionado, pero que su colega lo hiciese le extrañó y en cierto modo le contrarió. No se conocía ninguna fotografía en que Lansky y él apareciesen juntos, mucho menos un documento que firmasen ambos. Eran listos como para no dejar un rastro que pudiera comprometerles.

A oídos del cubano habían llegado voces que le hablaban de las intenciones de Meyer Lansky de abrir delegaciones de sus negocios en Santo Domingo y otras ciudades. Cuba y República Dominicana tenían unas cuantas cosas en común: playas hermosas, climas cálidos, mujeres con cuerpos llamativos y un dictador en el palacio presidencial con el que se podían hacer negocios.

Batista se puso en guardia.

—No crea lo que dicen, ese Lansky es un hombre difícil, duro de tratar. Prometió invertir cincuenta millones de dólares con los que crear trabajo y solo ha traído ocho o nueve. Dijo que los gerentes serían cubanos y sus oficinas están repletas de yumas que solo hablan inglés. Yo no lo he visto nunca —mintió—, y espero no verlo.

Batista mentía con una facilidad que sorprendió a su invitado. Acompañaba sus palabras con los gestos que él hubiera empleado en el caso de expresar las mismas palabras. Incluso el tono de voz, medio íntimo y tratando de expresar sinceridad y convicción, parecía estudiado del suyo. Esa circunstancia causó una buena impresión a Trujillo. Quizá los países americanos no estuviesen tan condenados como suponía cuando los gobernantes lo imitaban con tanto empeño.

—¿Por qué se interesa por Lansky? —preguntó Batista, algo inquieto.

—¡Oh!, Alguno de sus emisarios me ha venido con el cometido de que quiere invertir en mi país. Y yo le he despedido sin prestarle atención. ¡Ustedes hacen negocios en el país de mi querido amigo Fulgencio! ¡Confórmense con Cuba!, eso es lo que le he respondido.

Lo dijo alzando sus estrechos hombros y los brazos.

—¡Qué bueno tener amigos como usted, Generalísimo!

Batista no quería poner fin a su conversación.

—Otra cuestión… unos buenos amigos quieren abrir una cuenta en un banco de su país. ¿Sería posible?

Rafael Leónidas Trujillo aventajaba a Fulgencio Batista en treinta años de ocupación del poder.

—Claro que es posible si usted les recomienda. Solo tienen que tramitarlo ante los gerentes bancarios que le indicará mi edecán al suyo. ¿Y porque no lo depositan en el país de los yumas, como usted los llama? Ofrecen mejores intereses.

—Pero los americanos joden mucho, mejor tenerlos como amigos, pero sin demasiadas confianzas —respondió Batista.

Este se revolvió en el asiento que ocupaba. Alzó la mano derecha. Deseaba continuar.

—¿Y por qué no lo hace en España? El Generalísimo Franco es un buen amigo —expresó Trujillo.

—No me fío de ese gallego. El año entrante lo visitaré. Nuestros edecanes están preparando el programa del viaje. Él es el Generalísmo en su país y yo en el mío.

—No sé cómo lo vamos a componer —dijo, para echar una carcajada a continuación.

La conversación quedó interrumpida por unos segundos durante los cuales ambos permanecieron mirándose. Sonreían. Estaban a gusto. Un camarero vestido de blanco les sirvió un nuevo trago.

Trujillo intervino. Para él estaba claro que el cubano no lo había invitado para hablar del dictador español.

—Dígame, Presidente, tengo el honor de que usted me dispense unos minutos. ¿Puede decirme la razón? —expresó Trujillo.

Este hombre es vivo, por algo lleva tantos años en el poder, se dijo Fulgencio Batista.

—Claro, Generalísmo, es una razón sencilla: lo admiro. Lleva muchos años en la presidencia. Su país y el mío son iguales. Mucha oligarquía que maneja la economía. Y los americanos en la sombra que lo manejan todo.

Batista aún no había dicho la última palabra. Era conocedor de la afición de Trujillo a las medallas y condecoraciones. El embajador en Santo Domingo le dijo que le llamaban Chapita, por su obsesión en lucirlas.

—Generalísimo, si me lo permite, he encargado un memorándum para aprobar una condecoración nacional, usted la inaugurará si nos concede el honor. Se llamará Orden Internacional de los Países Antillanos. Será usted el primero en recibirla. ¿Qué le parece?

Trujillo se sintió agradecido. De ningún modo lo esperaba. ¡Qué denominación tan extraordinaria!: ¡Orden Internacional de los Países Antillanos…! ¿Cómo era posible que a Joaquín Balaguer no se le hubiera

ocurrido?

—No lo esperaba, ¿cómo no voy a aceptarla viniendo del hermano pueblo de Cuba? Mire, viajo a España en los próximos meses. Franco me va a imponer la Gran Cruz de Isabel La Católica. ¿Usted qué condecoraciones tiene?

Fulgencio Batista cayó en la cuenta de que no poseía ninguna. Se propuso hablar en las horas siguientes con su canciller para remediarlo, un presidente sin medallas y condecoraciones extranjeras… eso no podía ser.

Trujillo estaba convencido de que había alguna otra cuestión en aquella entrevista privada, sin testigos.

—Siempre a su disposición presidente. ¿Puedo ayudarle en alguna otra cuestión?

—Hay algo, sí. Dígame, amigo, ¿a usted le invistió doctor Honoris Causa una universidad norteamericana?

—Sí, una universidad muy respetada.

—Lo he leído, ya sabrá usted que leo mucho y tengo una buena biblioteca.

—¿Y quiere saber cómo me lo propusieron? —dijo Trujillo.

—Usted me cae cada vez mejor. Sí, es lo que quiero.

—Se lo diré: la Universidad de Pittsbourgh, está en Pensilvania, Costa Este.

Batista se sintió herido.

—Sé donde está Pittsbourgh.

—No se ofenda, presidente, ha sido un error involuntario, sin intención, ¿Sabe? La mayor parte de la gente de mi gobierno no lo sabe. Balaguer lo sabrá, él lo sabe todo.

Trujillo continuó.

—Mire, es cuestión de influencias y de merecimientos, usted los posee todos. Le puedo ayudar con mucho gusto. Si me da su aprobación, escribiré a mis amigos de la universidad, les diré que usted es un gran hombre, que ha devuelto la libertad y la paz al pueblo de Cuba, un hombre que se ha esforzado desde muy joven y cree en la democracia. A buen seguro que lo toman en cuenta y le proponen para el mismo honor.

Le vendría bien a su reputación, pensó Batista. Algo que acallase los desprecios de la alta burguesía cubana, su insolencia. Él, a través de su jefe de seguridad, el coronel Orlando Piedra, tenía acceso a sus conversaciones telefónicas en las que le seguían denominando de forma despectiva: ese sargentillo, el oriental, y calificativos similares.

Nadie desconocía en la isla que había cortado caña junto a su padre a la edad de ocho años, en jornadas laborales de diez horas.

Si hubiera podido, él habría ordenado detenerlos por cualquier razón, una transgresión laboral, una nimiedad administrativa, cualquier excusa que sonase a medida exagerada para que lo tomasen como lo que era, una advertencia para acabar de una vez con esa cantaleta de que era un oportunista iletrado. Por mucho que ellos hubieran nacido en un barrio de caché como El Vedado y él en una casita de barro de Veguita, era el presidente de la república.

Y, sin embargo, no podía hacerlo o no debía. Los yumas por medio de su embajador le habían asegurado que su posición era débil, advertido de que los Rebeldes presionaban en las calles. Y también le aconsejaban que se granjease a toda costa la lealtad de los aristócratas financieros y agrarios, de los dueños de los ingenios azucareros, de los hacendados de café, de los presidentes de los bancos y las aseguradoras. No le pedían que los considerase como amigos, pero al menos que no los convirtiese en enemigos. Y el embajador de Washington era alguien al que debía escuchar, le gustase o no.

—Gracias, Generalísimo, quedaré en deuda con usted —dijo Batista a Trujillo.

Capítulo 18

Meyer Lanski se sobresaltó. Se hallaba en el apartamento de la calle Prado junto a su amante, La Bella Carmen. Recibió la visita de su hermano Jacob. Este llegó con una noticia preocupante.

Los Lansky disponían de varias vías de comunicación con sus hombres de Nueva York y otras ciudades del continente.

Los más utilizados eran los correos humanos, hombres que cruzaban las aguas del Caribe con mensajes orales y a veces escritos.

En este caso, sin embargo, la noticia le llegó por medio de un colaborador de Meyer llamado David, también hebreo. Trabajaba en la oficina del control y emisión de pasaportes de la policía de Nueva York de ocho de la mañana a cuatro de la tarde. A la salida se pasaba por Harleys, un bar frecuentado por pequeños comerciantes. En el dintel de la puerta existía un interruptor que encendía una bombilla situada en la parte inferior de la barra, justo al lado del fregadero. Era rara la vez que se accionaba el interruptor, pero cuando lo hacía, el dueño del Harleys, un hombre que de niño correteó con Meyer en el Lower, sabía que el parroquiano quería entregarle un sobre que contenía una información importante. A continuación se ausentaba del bar diez minutos y tocaba la puerta de una pequeña joyería. Le franqueaba la puerta Simon. Si tenía clientes, esperaba hasta hallarse solos. Le entregaba el sobre, preguntaba por su familia y se despedían hasta el siguiente sábado, día en que habrían de verse en la sinagoga de la calle Eldridge.

Hace unos días, la CIA encargó un pasaporte a mi oficina, a diversos nombres. Lo solicitó con urgencia. Debía contener sellos de entrada y salida en diversos países americanos. Lleva el apellido de Kowalsky, nacido en 1901. Su profesión es la de periodista.

Estas líneas revelaban que algo sustancial estaba pasando, pensó Meyer Lanski cuando lo tuvo en sus manos. No era habitual que la agencia de espionaje exterior solicitase documentos a la policía de Nueva York. Solían confeccionarlos ellos mismos aunque no poseían la destreza de los polis.

Pensó en la posibilidad de que le estuviesen tendiendo una trampa.

Reflexionó. Los hombres a sueldo de los jefes de la mafia se excedieron en algunas ocasiones. Jueces y policías locales de ciudades medianas habían caído bajo sus balas sin haber recibido órdenes expresas. Los autores solían ser italianos jóvenes, alocados, gentes desesperadas por hacer méritos en la

sociedad en la que habían ingresado, les fascinaba disparar sin ton ni son.

Él era un buen conocedor del entramado institucional del gobierno y estaba seguro de que atentar contra la vida de funcionarios de agencias federales representaba incursionar en un terreno peligroso.

Su especialidad era sobornar jueces, policías y alcaldes. Lo hacía de manera delicada y formal. Averiguaba sus costumbres, los cafés que frecuentaban los sábados o domingos, los parques a los que llevaban a sus hijos, las barberías donde se arreglaban la cabellera. Con una excusa u otra, su hermano Jacob conseguía ocupar un asiento al lado del funcionario con el que deseaban llegar a un acuerdo. Era un movimiento inocente, de esos que suceden cada día en una populosa ciudad como Nueva York. Jacob susurraba a su vecino unas palabras:

—Señor, se le ha caído ese sobre.

Y señalaba uno de color manila y de mediano tamaño que reposaba en el suelo.

En la mayor parte de las ocasiones el hombre lo recogía, miraba con perplejidad a su interlocutor y se retiraba al baño. Regresaba después de haberlo abierto y comprobado que contenía una buena cantidad de billetes de cincuenta y cien dólares. Una cantidad que solía sobrepasar su salario mensual en cinco o seis veces, incluso diez.

En algunos casos los hombres respondían sin vacilar que el sobre no era de ellos y se retiraban a otro lugar del establecimiento.

A partir de ese momento las cosas sucedían con bastante normalidad y si el hombre ocupaba un cargo importante, quien se presentaba en la siguiente cita ante él era el mismo Meyer Lanski. Este les trataba con delicadeza, elogiaba el buen hacer de su departamento, fuere cual fuere. Prometía que grandes cantidades de dólares le esperaban si tenía la amabilidad de proporcionar información importante.

Meyer Lanski estaba convencido de que todo ser humano era corrompible, que no existían las almas puras y que hasta un hombre virtuoso tenía un precio. Solo era cuestión de hallar el momento idóneo para ponerlo a prueba y disponer de muchos papelitos con la imagen de Benjamín Franklin en el anverso y la del Independence Hall en el reverso.

¿Había cometido un error al dar la orden de asesinar a Stanley Mortimer?, pensaba mientras reflexionaba sobre la manera de hacer frente a la noticia que acababa de darle su hermano Jacob. Seguramente, se respondió. Pero ya era tarde. Lo que debía hacer era no cometer el mismo error dos veces. La cuestión podía llegar a ser grave, le preocupaba que los norteamericanos le acusasen ante el presidente Batista del intento del asesinato de un oficial de la CIA.

El presidente le había advertido en repetidas ocasiones que de ninguna manera podía incomodar a sus vecinos. Las autoridades

federales acusaban a los Lanski de cometer multitud de irregularidades en el continente, así como de refugiarse en La Habana. En esta ciudad regentaban casinos de dos clases: en unos se jugaba en mesas con dados cargados, mecanismos electrónicos en las ruletas, barajas marcadas, otros eran limpios, sin trampa. También estaban los burdeles. Lavaban millones de dólares, pero ambos sabían que estos actos eran menores. Provocaban solo el enfado de los federales. Para Batista era una situación manejable, aunque si este conociera el episodio de Stanley Mortimer y su responsabilidad en él, podía complicársele la estancia en La Habana. Meyer Lansky era un hombre de cincuenta años y fogueado en las calles del Lower desde niño, sabía bien los límites que no debía traspasar.

Era un escenario incómodo y peligroso. Había llegado a esta ciudad para quedarse, invertido en ella millones de dólares, conocido a Carmen que le colmaba de satisfacción sexual, devuelto a su primera juventud y que no hacía preguntas.

Estaba viviendo una etapa placentera. Tenía a Tedy, una esposa que no le ocasionaba problemas y con quien mantenía una relación de cariño, allá en Nueva York, además de unos hijos a los que mantenía lejos de sus negocios. Y un estatuto en los asuntos de la mafia prominente. No era el Capo di tutti capi, pero tampoco pretendía serlo. Se conformaba con manejar los hilos de una vasta red de negocios a través de los cuales lavaba cientos de millones de dólares.

Le gustaba pasear por las calles de La Habana, no podía permitirselo en Nueva York. Su anonimato le permitía perderse en la ciudad vieja, entrar en las tiendas de sus amigos los talladores de diamantes de la calle Reina y conversar con ellos. Buena parte eran judíos que los habaneros llamaban polacos llegados a principios de siglo desde Rusia y Polonia. Se podía distinguir su establecimiento por el Mezuza en el marco de la puerta.

También le agradaba visitar el barrio chino, el segundo más grande de América después del de San Francisco, con sus restaurantes de comida original de Pekín y Cantón. Los chinos habaneros pagaban la entrada de cualquiera de los cuatro cines que emitían películas en idioma mandarín y se conformaban con aquellas gotas de nostalgia del país que jamás habían pisado.

Meyer comía los mejores pescados y mariscos en Boris, Monseñor y Casa del Marisco. Los sábados acudía a la Sinagoga Beth Israel de la calle Línea.

Cuando Jacob le informó sobre el pasaporte a nombre de Kowalsky siguió dándole vueltas. Estaba claro que un agente de la CIA se hallaba en la ciudad, quizá cerca de los lugares que frecuentaba, quien sabe si metiendo las narices en sus negocios. Resultaba extraño. Se puso en el lugar de cualquier jefe de Langley. ¿Qué haría si uno de sus

agentes es ametrallado en La Habana? La respuesta estaba clara: investigar con rabia hasta dar con el autor. Estaba en peligro lo que había conseguido en La Habana a la edad de cincuenta y un años, en un cuerpo atlético y aún juvenil, de buen ver pese a sus orejas de elefante.

Quizá fue una decisión tomada con precipitación.

Tenía ante sí a su hermano Jacob y a Grandote Bazuko. Estaban al tanto de la confidencia que acababa de llegar desde Nueva York. Se hallaban en una de las habitaciones de la segunda planta del hotel Nacional.

—Examinemos la situación —les dijo.

Jacob intervino. Había conseguido que un médico del hospital Alemán le proporcionase información.

Dos veces al día se pasaba por la sala donde se hallaba Fanon y preguntaba a sus colegas por su estado y evolución. Tenía una buena excusa: aún era joven y se proponía ampliar estudios en cirugía torácica.

—Stanley sigue muy grave, en estado de coma, por ese lado no pueden averiguar nada.

—Sigamos —ordenó Meyer.

—El profesor León Valente, el tipo al que encontramos la maleta con la plata está muerto. El que llevó a cabo el secuestro, un italiano, Francesco Cavalcanti, está en prisión.

—¿Qué posibilidades tiene ese italiano de vincularnos? —preguntó Meyer.

Jacob dejó que transcurrieran unos segundos. Quería estar seguro de su respuesta.

—Cuando hicimos el trabajo de León Valente ese hombre, Francesco Cavalcanti, ya estaba en la cárcel, no sabe nada de nosotros.

Grandote Bazuko intervino.

—Jefe, si quiere podemos hacernos cargo de él, tenemos buenos amigos en la prisión.

Meyer lo miró. Una de las cosas que le separaban de sus socios italianos era la inclinación que tenían estos a resolver los problemas mediante el asesinato, sin explorar otras posibilidades.

—¿Qué sucedería si el tipo de la CIA, ese que ha llegado a la ciudad con el nombre de Kowalsky, va a la cárcel e interroga a Cavalcanti?

—Lo único que puede declarar es que el secuestro lo ordenó un profesor de la universidad llamado León Valente —respondió Jacob.

—Y Valente descansa en los cimientos del hotel Riviera —dijo Meyer—. No veo razones para preocuparnos.

—Sí jefe, ningún motivo —respondieron Jacob y Grandote.

Meyer, una vez que se quedó solo, volvió a pensar en Stanley. Él

había tomado la decisión de ordenar su asesinato, pero el hecho de que hubiera salvado la vida le obligaba a pensar una y otra vez en que acaso la decisión había sido un error. No había muchas razones para repetirlo siempre que Stanley se mantuviese en estado de coma y no representase un peligro para sus intereses.

Capítulo 19

Francesco Cavalcanti fue contando las horas desde el momento en que consideró inevitable su traslado a la prisión de Isla de Pinos. Era domingo, día de visitas de familiares, de celebración de misa a las doce en la capilla del centro penitenciario, de comida algo más abundante que el resto de los días de la semana.

Había perdido toda esperanza de un trato con Fabio. Este le observaba y hacía gestos con la mano, casi imperceptibles como expresando: tuviste una oportunidad y la dejaste marchar.

Aún le quedaba la peor parte. Tenía que hablar con Alexandro y contarle lo que sucedía. Ni este ni sus hermanos estaban al corriente de que iba a ser trasladado a otra prisión. Una vez que almorzaron y abandonaron el comedor, Cavalcanti hizo un gesto a Fabio. Este le señaló el patio. Disponían de unos minutos antes de que por los altavoces les indicasen que tenían que dirigirse a sus celdas.

Fabio lo esperaba en una de las esquinas del patio.

Había llegado hasta ese lugar sin un propósito definido, quizá con la esperanza de que aquel hombre le ofreciese una solución diferente. Estaba pálido, era el retrato de un hombre abrumado.

—Tengo una buena noticia, Francesco —dijo Fabio, luciendo una media sonrisa.

Él lo miró.

—Mis clientes se conforman con uno de sus sobrinos.

Francesco no tuvo fuerzas para responder.

—Sí, entiéndelo bien, con uno basta. Con el rubio.

—Alexandro —murmuró Francesco.

—Un negro jabao se ha encaprichado de él. No lo va a lastimar.

Cavalcanti permaneció en silencio. No ignoraba lo que le esperaba a su sobrino Alexandro en manos de aquel hombre, le repugnaba, su cabeza daba vueltas en busca de una solución.

—Sí ese jabao lo adopta no le pasará nada, y tampoco a sus hermanos. Es el jefe del ala oeste, es oriental y tiene plata de sobra —dijo aquel hombre al que denominaban en la prisión el negrito catedrático.

En medio del estado de conmoción que atravesaba Francesco aún tuvo fuerzas para preguntar lo que le esperaba a él. Faltaban unas horas para su traslado.

—Ese negro, ¿puede impedir que me trasladen?

A Fabio se le notó en el rostro que su respuesta era negativa.

—Mira, chico, eso no se puede, pero quizá puede conseguir que te devuelvan en unas semanas, en uno o dos meses.

Francesco se alejó de Fabio y fue al encuentro de su sobrino Alexandro. Dio la impresión de que el joven sabía lo que le iba a contar Francesco. Lo primero que hizo este al abrir la boca fue contarle que al día siguiente sería trasladado. Lo hizo de forma torpe, tartamudeando.

—Quiere decir que mis hermanos y yo nos quedaremos solos, que tendremos que defendernos por nuestra cuenta —dijo.

Su tío no le respondió, y tampoco le sostuvo la mirada.

—¿Hay algo peor, verdad tío Francesco? Dígamelo tío, o quiere que yo lo adivine.

Alexandro lo sospechaba desde el primer día que entró en la prisión. Unos cuantos presos habían puesto sus ojos en él. Pudo advertir sus intenciones de la misma manera que lo había advertido en las calles neoyorkinas donde se crió al dejar atrás los dieciséis o diecisiete años. Había algo en él que excitaba a cierta clase de homosexuales de edad mediana y avanzada. Quizá fuera su mirada lánguida, o unas pestañas poderosas que escondían unos ojos claros y tristes, de indefensión aparente.

Se había observado en el espejo a menudo y en absoluto había en él un atisbo de feminidad. Sus maneras eran desenvueltas, era el más pendenciero de los tres hermanos, el que se hacía respetar, incluso el que destacaba en los campeonatos de boxeo callejeros que organizaba con sus amigos del barrio. Y sin embargo, aquellas miradas no se posaban sobre Piero y tampoco sobre Fabrizio.

Francesco Cavalcanti no pudo soportar una nueva mirada de su sobrino. Se retiró con paso tambaleante, brazos caídos, mirada al suelo. Alexandro dejó que se alejase. Estaba lejos de imaginar lo que iba a suceder.

Alexandro se enteró al cabo de unos minutos. Un funcionario llegó hasta él para indicarle que Francesco Cavalcanti se había quitado la vida en uno de los urinarios. Uno de los guardias advirtió un reguero de sangre que se deslizaba por el suelo. Abrió la puerta de una fuerte patada. El cadáver yacía sobre el suelo.

—¿Cómo lo hizo? —preguntó.

Lo recordó. Al entrar por primera vez en el Castillo del Príncipe otro preso le vendió una barra de punta afilada.

—Esto es lo primero que debes tener mientras vivas en esta mierda —le dijo al recibir el dinero.

Francesco lo guardó, con la esperanza de no tener que asirlo en defensa de cualquiera de sus sobrinos. Sabía que la vena yugular recibía sangre del cerebro y descendía por el cuello. También sabía

que un corte radical provocaría una hemorragia que tardaría dos o tres minutos en surtir efecto.

El funcionario dio la voz de alarma y sus sobrinos se encontraron con su cuerpo. Permanecían en silencio, contemplando el cadáver, incrédulos. Ni una sola lágrima se derramaba por sus mejillas. Alexandro sentía un temor infinito por lo que les esperaba, aunque mantuvo la compostura y el silencio. El director se acercó a él. Le preguntó si sus familiares tenían dinero para hacerse cargo del cuerpo y enterrarlo según rito cristiano en el cementerio Colón. Él respondió.

—No tenemos nada en Cuba, ni dinero ni familia.

—Entonces le daremos tierra en un pequeño camposanto que existe en el exterior de la prisión. Estará el cura. ¿Querrán ustedes estar presentes?

Alexandro solo pensaba en sus hermanos, que lo contemplaban a una distancia de unos metros, aterrorizados.

—Acabe con esto, señor director, cuanto antes. Mis hermanos y yo estaremos en el oficio.

Tras estas palabras los tres Cavalcanti volvieron a su celda.

La noticia del suicidio de Francesco Cavalcanti llegó a la comisaría a los treinta minutos de haber sucedido mediante una llamada del director del establecimiento. El inspector Juan Sorrillo se presentó en la prisión acompañado de un médico que confirmó la causa del fallecimiento.

Sorrillo, en cumplimiento del reglamento, lo comunicó a la oficina del director del Servicio de Investigación Militar. La noticia tardó una hora en llegar al despacho del presidente Batista.

Sorrillo localizó a Joe Kowalsky en el hospital donde visitaba a Stanley. Quedaron en verse al final de la tarde de aquel domingo para comentarlo. Sorrillo hizo un alto en su camino y aparcó al lado del apartamento que ocupaba Martín Ugarte. Subió y le comunicó la noticia.

Capítulo 20

La noticia del suicidio de Francesco Cavalcanti llegó a oídos de Meyer Lansky por medio del preso al que Grandote Bazuko había encargado que lo vigilase. Unos presos de condenas largas querían para sí a sus sobrinos, manosearlos y zamparles la papaya por las noches. El tío Francesco se quitó de en medio para no verlo, le dijo el confidente, un colombiano condenado por asesinato.

—Los tres jóvenes italianos se van convertir en los juguetes sexuales de los peores criminales de la prisión —añadió Jacob.

—¿Cuántos años tienen? —preguntó Meyer.

—Sobre los veinte —dijo Bazuko.

—¿Cómo se llama el juez encargado de su expediente? Averígualo —ordenó Meyer.

Transcurrieron treinta minutos y Jacob volvió a presentarse en la habitación que ocupaba su hermano en el hotel Nacional con una hoja en la mano.

—Se llama Ladislao Prado, es el juez instructor de la causa, tiene casi sesenta años, aquí tengo el teléfono de su oficina.

A Meyer le vino a la cabeza un plan.

—Llámalo, dile que quiero verlo cuanto antes, esta tarde. Pero antes, dile a nuestro confidente en la prisión que hable con el director, que le haga llegar las siguientes palabras: dice el señor Meyer Lansky que usted responde de que no les suceda nada a los jóvenes Cavalcanti.

El director del Castillo del Príncipe escuchó esas mismas palabras sin inmutarse. Como todas las personas que ocupaban un cargo importante en la ciudad sabía quién era Meyer Lansky, a lo que se dedicaba y la clase de amigos que tenía. Se sintió halagado por el mensaje.

—Dígale al señor Lansky que quedo a la orden —dijo.

Al cabo de una hora de esta conversación, los hermanos Cavalcanti eran trasladados a un cuarto espacioso de la enfermería de la prisión donde se hallaban tres camas individuales vestidas con sábanas limpias. Una botella de agua helada y tres vasos reposaban en una mesa.

Por medio de su secretaria, el juez encargado de la causa recibió la invitación de Jacob Lansky.

Ladislao Prado había sido abogado penalista durante décadas, no había armado una gran fortuna, apenas lo suficiente para que su esposa y sus dos hijos tuviesen lo necesario. El mayor estudiaba

Derecho en la Universidad Nacional y participaba en las acciones de uno de los grupos opositores al gobierno.

Meyer Lansky quiso verlo esa misma tarde. Se lo hizo saber a través de su secretaria. Él sintió un pequeño estremecimiento. Lo primero que se le pasó por la cabeza fue hacerle llegar el horario en el que atendía en el juzgado, abierto a abogados y ciudadanos. Lo pensó mejor. Fueran cuales fueran las intenciones de Lansky, con esa respuesta empezarían mal las cosas de modo que aceptó con una cortés frase de abogado veterano.

—Esta tarde, sobre las cinco, como suelo hacer dos veces por semana, tomaré un trago en la terraza del Hotel Nacional —dijo a su secretaria.

A Meyer le gustó su respuesta. Le habían facilitado su fotografía, tomada de un acto social de jueces celebrado unos meses atrás y publicado en la revista Bohemia. Lo vio con un traje claro, pajarita y sombrero borsalino.

Faltaban dos minutos para las cinco de la tarde. Bajó las escaleras y una vez en la terraza del hotel se acercó a él con una sonrisa franca.

Se estrecharon la mano y tomaron asiento. El juez tomaba un whisky con hielo. Por el color del trago Meyer infirió que se trataba de un J&B, un whisky barato que suelen ingerir los bebedores a los que no les suelen ir bien las cosas. El prefería Chivas Regal 12 años, más suave en el paladar.

Lansky consideró la posibilidad de ordenar al camarero que sirviese una botella de Chivas y dos vasos vacíos, así como una cubitera con hielo. Esas palabras indicarían al waiter que habría de retirar el vaso de bebida barata que tomaba su interlocutor.

Lo pensaba mientras alababa las vistas de la ciudad desde el lugar que ocupaban y se alegraba de la buena tarde de que disfrutaban. Meyer era un hombre de reflejos rápidos, su mente desarrollaba varias estrategias al mismo tiempo.

Seguía pensando en ordenar que retiraran el whisky barato. Quizá era una mala manera de comenzar la charla, o quizá el juez se molestase con ese gesto de poderío, pero, ¿no era lo que deseaba mostrar?

Buscó la mirada del camarero y le dio la orden. El juez depositó el vaso en la mesa sin abrir la boca.

Parece una buena manera de empezar esta conversación, se dijo Lansky.

—Señor juez, no me quiero meter en sus expedientes, pero estoy interesado en uno de ellos.

Ladislado Prado era de esa clase de jueces que aceptaba sugerencias de compañeros que había conocido en la trinchera, como denominaba a la

abogacía de tribunales. Su nombramiento como juez titular era reciente. Y su edad, pasados los sesenta años, le aventuraba pocos años de ejercicio. Desde el día que aceptó el nombramiento se dispuso a aprovechar las oportunidades que el cargo le deparase.

—Siempre trato de escuchar —respondió el juez.

Lansky no era de la clase de hombres al que le gustase perder el tiempo, y menos aún amante de los circunloquios o de las palabras misteriosas. Y estaba acostumbrado a tratar con jueces de Nueva York y Chicago, a buen seguro más experimentados que el cubano que tenía enfrente.

—Estoy interesado en el caso de la familia Cavalcanti. Por las razones que le diré.

El juez se sorprendió y lo miró con fijeza. Era el caso importante de su juzgado. Y ese mismo día, apenas unas horas antes, le habían avisado que Francesco se había suicidado. El procedimiento le obligaba a abrir una investigación.

—Francesco Cavalcanti se ha quitado la vida, me han avisado hace unas horas —dijo Prado.

—Lo sé, ¿conoce la razón, señor Juez?

Había recibido una llamada telefónica del director advirtiéndole de lo sucedido. Para el día siguiente tenía previsto visitar la prisión y recabar los detalles.

—Aún no —respondió el juez.

Meyer Lansky encendió un cigarrillo.

—Se lo diré. Unos cuantos presos quieren culearse a los sobrinos del muerto, es espantoso. No sé si son culpables de lo que se les acusa, pero si sé que no se merecen lo que les espera, apenas tienen veinte años.

El juez lo desconocía. Él también era padre de hijos jóvenes. Se alarmó.

—¿Está seguro de lo que dice?

—Lo estoy.

—Lo comprobaré mañana a primera hora. Señor Lansky, si fuera así, ¿qué está proponiendo?, ¿que los traslade a otra prisión?

Meyer arrugó la nariz. Era uno de los gestos que le brotaban cuando escuchaba algo que no era de su agrado.

—¿No les sucederá lo mismo en cualquier cárcel?

El juez quedó en silencio durante unos segundos. Estaba de acuerdo, en el Castillo del Príncipe o en otra prisión era probable que los jóvenes Cavalcanti sufriesen la misma amenaza.

—Tiene usted razón —le reconoció.

—Me alegra que sea tan comprensivo, señor juez.

Ambos tomaron un sorbo.

—Prosiga, lo escucho con atención —expresó Prado.

—No soy un hombre de muchas palabras. Le propongo dos soluciones. La primera, que usted me garantice que a los jóvenes no les va a suceder nada indeseable.

—Yo soy el juez del caso, no el director de la cárcel, no puedo garantizar lo que pide.

—Entonces, escuche la segunda solución. Busquemos la manera de sacarlos de la cárcel. Ellos le quedarán agradecidos y yo también. Dígame lo que desea, ponga usted la cifra y se la daré sin discusión alguna.

—¿Pero cómo, eso no es fácil? —dijo el juez, ansioso por tirar de la lengua a Lansky.

—Mire juez, Francesco Cavalcanti y sus sobrinos llevan meses en prisión. ¿Me he interesado en ese asunto? Usted sabe que no. Lo hago ahora por las razones que le he dado. Conozco las prisiones. Esos jóvenes no se lo merecen, lo repito.

—¿Y qué propone? Están acusados de un delito muy grave, secuestro, y de una joven de familia conocida. Ellos lo reconocieron, lo aceptaron, y consta en el expediente. Y el caso es público, los periodistas lo siguen con interés. No puedo borrarlo. Me juego el juzgado, mi reputación, no quiero volver a ser un simple abogado —dijo, moviendo las manos.

Meyer Lansky advirtió algo de sobreactuación en él, y eso le agradó. Está tratando de hacer jugosa la recompensa, se dijo. Adoraba los tratos con gente que pone precio a las buenas cartas que tiene en la mano.

—No le estoy pidiendo que los ponga en libertad, conozco su trabajo y sé que no es posible.

El juez Prado esperaba una solución.

—Mire, usted me entrega a los tres hermanos, arrégleselas como pueda. Y yo le entrego a tres muchachos que jurarán apellidarse Cavalcanti. Prosiga usted las actuaciones con ellos. No se preocupe, en uno o dos años buscaremos la manera de ponerlos en libertad y tendrán una plata en los bolsillos que nunca hubieran imaginado.

Ladislao Prado abrió los ojos tanto como pudo.

—Una suplantación de personalidad —dijo—. Usted es un tipo sorprendente. ¿Y el director de la prisión? ¿Y los funcionarios?

—Yo me ocupo, no preguntarán nada. Es un arreglo simple, una buena manera de acabar con este asunto —dijo Lansky.

Prado y Lansky se estrecharon la mano.

—Llévese lo que queda de la botella y disfrútela con sus amigos, es un buen whisky, mejor que el que suele tomar —dijo Meyer al despedirse.

Meyer Lansky pasó por la habitación 129 del hotel y dio instrucciones a Jacob y a Grandote, después de contarles la

conversación con el juez.

Al día siguiente, el juez Prado recibió una llamada telefónica en su domicilio de Centro Habana. Eran las ocho de la tarde, no solía recibir llamadas a esas horas salvo cuando se hallaba de guardia. Siguiendo las instrucciones que había recibido subió al automóvil Ford y condujo hasta el hotel Nacional. En sus jardines, en una mesa le esperaba un hombre de mediana edad que tenía un ligero parecido a Meyer Lansky. Lo invitó a sentarse y bebió de un trago que contenía Whisky Chivas Regal 12 años. Jacob Lansky tenía a su lado un maletín.

—Yo ahora me voy, beba su trago sin apuro y llévese este maletín. Es suyo, se lo ha ganado, y tiene nuestro agradecimiento, lo tendrá siempre.

El juez Prado vio como aquel hombre se alejaba. Asió el maletín, bebió un buen trago y media hora después entraba en su casa. Su esposa departía en la puerta del edificio de cinco plantas con unas vecinas. Sus hijos habían crecido y vivían por su cuenta. En una de las habitaciones y, teniendo como único testigo a un gato blanquinegro al que llamaba Samuel, contó uno a uno los billetes usados. Sumaban la bonita cantidad de veinte mil dólares. Este hombre es muy generoso, pensó.

El director de la prisión, al cabo de unos días, recibió en su casa otro maletín con la misma cantidad de dinero. Lo único que cambió entre un caso y otro fue que, en este último caso, no se podía abrir sin una clave que le facilitó por teléfono una voz que no se identificó, y que en la apertura no había un gato como testigo.

Meyer Lansky decidió pasear hasta el apartamento de su amante, La Bella Carmen. Para él era un momento delicioso, sumergirse entre la multitud que deambula en horas del atardecer por las calles de La Habana, siempre plenas de bullicio, caminar sin guardaespaldas a su lado pendiente de que un tirador le disparase. Era algo que no se podía permitir en Nueva York, lo desconocía desde los veinte años.

Capítulo 21

El pequeño de los Cavalcanti supo que algo había cambiado. El trato que recibían en la enfermería de la prisión era considerado y los alimentos abundantes. Lo extraño era que el cambio se produjo poco más tarde de que su tío Francesco muriese.

La ceremonia tuvo lugar en la pequeña capilla de la prisión con el cuerpo presente. Junto a él estaban, además de los sobrinos y el sacerdote, el director, el subdirector y el jefe de guardias. Le dieron tierra en el pequeño cementerio que existía en el recinto. Un funcionario colocó una cruz de madera con su nombre y fechas de nacimiento y muerte.

Unos días después, el director llamó a Alexandro a su despacho. Pese a que era el de menor de edad, por alguna razón sabía que se representaba a sí mismo y a sus hermanos, con los que tenía un parecido extraordinario.

—Alexandro Cavalcanti, usted y sus hermanos deben preparar sus ropas, serán trasladados mañana a las ocho, después del desayuno.

—¿Trasladados? ¿Adónde?

—No sé, yo cumplo órdenes.

El director de la prisión señaló con la mano el teléfono que reposaba sobre su mesa.

Alexandro era un chico flaco como un palillo, listo y duro. Se había criado en una familia en la cual los pequeños delitos como el contrabando y la extorsión sindical formaban parte de un mundo fascinante e irresistible en el que los italianos brillaban.

Al día siguiente, los tres hermanos abandonaron la prisión en un furgón. El propio director se despidió de ellos. Lo hizo con amabilidad. Alexandro le dijo a sus hermanos:

—Las cosas no están mal, después de todo. No viajamos esposados.

—¿Y el tío Francesco?, ¿Por qué se quitó la vida? —preguntó Fabrizio.

Alexandro mostró las palmas de las manos y frunció el ceño.

Al cabo de treinta minutos de haber iniciado la marcha el vehículo se detuvo en la carretera. La parte trasera del furgón se abrió. El conductor, una vez detenido, señaló con el dedo índice de la mano derecha el vehículo Ford de color negro que les precedía. Los Cavalcanti bajaron del furgón y se acercaron. Un hombre fornido estaba al volante y los invitó a subir. Les habló en italiano. Por el acento, Alexandro llegó a la conclusión de que era del Sur, como ellos. No les ordenó que cerrasen los ojos ni les entregó vendas o anteojos

oscuros. Alexandro deseaba preguntar al chofer quién era y qué sucedía, pero cerró la boca. Fuera por una razón u otra las cosas habían mejorado para ellos.

Una vez reanudada la marcha, el chofer les ofreció cigarrillos. Una hora después entraban en el garaje de una casa del Vedado. Grandote Bazuko los invitó a pasar y los alojó en una habitación de gran tamaño con tres camas que comunicaba con un baño. Bazuko les indicó que contaba con agua caliente. Sobre una de las camas había una buena cantidad de pantalones, camisas, calzones, medias y zapatos.

—¿Quién es Alexandro? —preguntó Grandote.

—Yo —respondió él.

—Pasaré a recogerte a las siete de la tarde. Solo a ti.

Grandote se largó en el mismo Ford.

Decidieron fisgar por el resto de la casa. Estaban en la planta de arriba de una mansión compuesta por cuatro habitaciones y el mismo número de baños en suite. Bajaron a la planta que daba a la calle. Entraron en la cocina y abrieron el refrigerador. Vieron una buena cantidad de filetes de carne sobre un plato, dos docenas de huevos y otros alimentos. Encima de la mesa había varios paquetes de pasta y latas de tomate. No hallaron cervezas ni licores.

Llegaron a la conclusión que su estancia en esa casa se habría de prolongar por un tiempo. Para su sorpresa el televisor que había en el salón funcionaba. Alexandro reparó en un teléfono, lo descolgó y advirtió que la línea estaba cortada.

La puerta de la calle estaba cerrada y las ventanas traseras y delanteras enrejadas.

Unos minutos después de que el furgón con los hermanos Cavalcanti abandonara El Castillo del Príncipe se produjo la entrada en prisión de tres jóvenes. Eran habitantes de un barrio de La Habana llamado La Lisa y fueron ingresados con los nombres de Piero, Fabrizio y Alexandro Cavalcanti, a disposición del Juzgado 5 de lo Penal.

Grandote Bazuko llegó a la hora prometida. Los saludó, siempre en su idioma natal y marchó poco después con Alexandro. Este se había vestido con la ropa nueva. Bazuko elogió lo bien que le quedaba.

Desde el comienzo del secuestro de Carolina Bacardí los jóvenes Cavalcanti estuvieron en la certeza de que su tío había sido comisionado por alguien que había ideado el secuestro. Alexandro supuso que iba a encontrarse con él. Las buenas noticias se sucedían una tras otra para él y sus hermanos, a pesar de que se habían iniciado con el suicidio de su tío Francesco.

—¿A quién voy a ver? —preguntó a Grandote Bazuko.

Este permaneció en silencio. Lo rompió al cabo de unos segundos.

—Cálmate, a su debido tiempo lo sabrás —respondió en italiano.

El vehículo recorrió las principales calles de la ciudad en una tarde de mucho tráfico, como era habitual sobre las siete.

Alexandro apenas había podido conocer la ciudad y miraba a través de la ventana. Le asombró la gran cantidad de vehículos de grandes marcas y últimos modelos que circulaban junto al Ford que manejaba aquel simpático hombretón que no perdía la sonrisa, fumaba un habano y le hablaba en italiano con acento del sur.

El vehículo se detuvo en la puerta de un edificio de apartamentos de color rosado. Bajaron y tomaron el ascensor. Bazuko abrió la puerta del penthouse. Les esperaba un hombre de tez morena, delgado y orejas de soplillo. Se levantó, le ofreció la mano y lo invitó a tomar asiento. Bazuko se retiró.

El joven italiano lo reconoció. Era uno de los hombres que unos meses atrás habían irrumpido en el apartamento donde su tío Francesco y ellos se escondían con una maleta debajo de la cama que contenía trescientos mil dólares. Trató de atar cabos sin abrir la boca.

—Sírvete lo que quieras —dijo señalando una mesa con licores y vasos—. Grandote traerá hielo.

—Me llamo Alexandro Cavalcanti, gracias por sacarnos de la cárcel —se adelantó a decir.

—Eres bienvenido en esta casa. Te explicaré lo sucedido —dijo Meyer.

Cavalcanti se había servido una pequeña cantidad del primer whisky que encontró.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinte.

—Muy joven —dijo Lansky—. Lamento la muerte de tu tío Francesco. Tengo alguna información sobre lo que le sucedió, pero me gustaría confirmarlo contigo. Se quitó la vida, ¿por qué crees que lo hizo?

Por la cabeza de Alexandro pasaron varias posibilidades. Decidió ser sincero.

—Mi tío no pudo soportar que a mis hermanos y a mí nos dieran por el culo noche tras noche y no halló forma de resolverlo, de modo que…

—¿Qué quieres decir? ¿Que fue un cobarde?

Alexandro se quedó sorprendido. No esperaba esas palabras y guardó silencio.

A Meyer le gustó la valentía y sangre fría de aquel joven. No debía ser fácil expresarlo de una forma tan clara. Sin embargo, notó rabia en sus palabras.

—¿Le guardas rencor por algo?

—¿Rencor? ¿Por habernos metido en este negocio? No, desde un principio supimos que se trataba del secuestro de una joven

millonaria. Nuestro tío nos lo pintó sencillo, dijo que no había riesgo, apenas, pero sé que los asuntos en que se mete mi familia lo llevan. No debió suicidarse. Fue un cobarde. Debió ser claro conmigo. Entre los dos habríamos buscado una solución.

—¿Qué solución?

—No sé, alguna.

Meyer hablaba con lentitud, como si deseara averiguar la clase de joven que era, hasta donde estaba dispuesto a llegar.

—Aun muerto, tu tío debe ser respetado. Él comenzó un negocio, salió mal, unos desalmados iban a deshonrar a sus sobrinos así que... El valor de una persona se mide por la manera en que ha elegido vivir, y también morir.

Alexandro asintió.

—No quiero que mis hermanos sepan lo que ha ocurrido, tampoco mi familia de Nueva York o Italia.

Meyer se levantó de la butaca, dio unos pasos y le ofreció un cigarrillo.

—Nadie se enterará.

—¿Cuánto iba a pagaros Francesco?

Alexandro decidió jugársela.

—Mis hermanos y yo íbamos a ganar cincuenta mil dólares y regresar a Nueva York.

—¿Cincuenta mil cada uno?

—Esa es la cantidad que nos correspondía. En la maleta había trescientos mil, en billetes de veinte, cincuenta y cien dólares, la mitad era nuestra.

Meyer Lansky guardó silencio por unos segundos, aunque se le escapó una ligera sonrisa. Estaba seguro de que en ningún caso su tío Francesco habría de entregarles la mitad del botín. Que Alexandro, con veinte años, se atreviese a competir con él en astucia le sorprendió.

Lansky clavó su mirada en el joven.

—Cincuenta mil para cada uno. ¡Hum!, no está nada mal.

—Sí.

—No te pases de listo conmigo. Así que tu tío cobró trescientos mil por el trabajito. ¿Y el resto? ¿Dónde está el resto del rescate que pagó la familia Bacardí?

Alexandro se volvió a quedar sorprendido y en silencio. Desde muy niño se había acostumbrado a aguzar el oído ante las conversaciones que mantenían sus padres y tíos al otro lado de la puerta de la pequeña habitación que compartía con sus hermanos. No tenía conocimiento cabal de la clase de negocios que trataban, pero en sus conversaciones abundaban frases como: ¿Y cómo lo repartimos? ¿Hay que untar a los polis?

Por entonces Alexandro Cavalcanti apenas tenía diez años, pero ya sabía que los billetes que entraban en su casa procedían de negocios ilegales. Aprendió la importancia de guardar silencio.

—No lo sé. Supongo que en manos de las personas que encargaron a tío Francesco el trabajo —respondió el joven.

—Así está mejor. También lo supongo yo. ¿Quiénes son ellos?

—No sé, nunca los he visto.

—Me agradas.

El muchacho lo había sorprendido. Decidió terminar la reunión. Le sonrió. Tenía que meditar sobre su destino y el de sus hermanos. Le dijo que debían permanecer confinados unos días, quizá unas semanas, antes de tomar una decisión. Tendrían toda clase de comodidades, aunque no podrían salir a la calle.

Meyer se levantó en ademán de despedida. Esperaba del joven unas palabras de agradecimiento. No en vano él les había sacado de aquel tenebroso lugar. Se sorprendió al escuchar a Alexandro.

—¿Por qué lo ha hecho? ¿Qué quiere de nosotros?

—Por ahora que descanses junto a tus hermanos. Que me obedezcas y no tratéis de huir. Complicaría las cosas. Luego hablaremos y nos entenderemos.

—De acuerdo. Una última cosa.

—Dime, Alexandro.

—¿Quizá podría trabajar para usted?

Meyer Lansky le dirigió una mirada dura.

—¿Quieres seguir mis pasos? ¿Pasarte la vida entre rejas, o que te maten a los veinte años? Más me valdría no haberte sacado de la prisión.

Alexandro quedó sorprendido. Con un movimiento de la mano derecha, Lansky le enseñó la puerta. Al otro lado lo esperaba Grandote Bazuko.

A lo largo de su vida Meyer Lansky había visto la mirada de Alexandro en numerosas ocasiones. La misma ambición por poseer las mejores chicas, vestirse con trajes italianos, calzar zapatos Florsheim. Muchos habían muerto con esa misma edad, veinte, veinticuatro, treinta. Siempre corriendo detrás del dinero, de las mujeres bonitas de las que alardear, de los mejores vehículos, de las mejores joyas. Él no podía dar marcha atrás, tampoco Jacob, pero…

Capítulo 22

Madeleine Didier había deambulado por la ciudad hasta encontrar lo que buscaba, una casa en el barrio del Nuevo Vedado, cercano al Bosque de La Habana.

La casa era de buen tamaño, idónea para el propósito que deseaba. Pertenecía a una familia establecida en Miami, se hallaba en un estado de conservación aceptable y disponía de dos plantas. La planta de arriba constaba de siete habitaciones. Cada una de ellas disponía de un pequeño baño.

Una escalera de buena anchura unía ambas plantas.

No tenía mucha gente a la que consultar en La Habana. En Tánger era una Madame de buena reputación, con una casa acreditada y una red de cómplices y amigos que la sacaban de problemas, pero en La Habana no tenía a nadie salvo a Stanley Mortimer y a Martín Ugarte. Esa circunstancia no la arredró. Se citó con el vasco y decidieron pasear por el Malecón hasta la Habana Vieja.

—Tengo el lugar, en la planta de arriba estarán las habitaciones.

Estaba ansiosa por ofrecerle detalles de lo que bullía en su cabeza.

—Los clientes entrarán y se toparán con una barra redonda de buenas dimensiones, habrá numerosos espejos a través de los cuales mis chicas jugarán entre miradas de insinuación. La luz será tenue. La casa me la han ofrecido a un buen precio y las obras llevarán dos semanas. Lègrand llega en unos días, pero necesito ayuda. Lo primero: tener la seguridad de que la policía no va a joderme.

Martín no lo dudó.

—Lo mejor es que tomes un café con el inspector Juan Sorrillo, es un buen amigo.

La entrevista entre Sorrillo, Ugarte y Madeleine Didier tuvo lugar al día siguiente en el bar Floridita. El inspector llegó bien dispuesto a complacer a la francesa.

Madeleine sonrió al verlo. Era de esos tipos que caían bien a la primera impresión, pero sobre todo era Monsieur l’inspecteur, un hombre con el que habría de llevarse bien.

Madeleine le habló de Tánger, de Chez Madeleine, y de cómo los acontecimientos políticos en Marruecos la obligaron a hacer las maletas. Él asintió.

—Mire, aquí son bienvenidos. La Habana está llena de españoles republicanos y es una ciudad acogedora.

Ugarte había sido claro: a Sorrillo le había contado al detalle la

clase de negocio que regentaba su amiga.

Juan Sorrillo prometió ayudarla con los permisos, tramitarlos con suma brevedad.

—Bien, cherí, Chez Madeleine podrá inaugurarse en unas semanas.

Sorrillo negó con la cabeza.

—Señora Didier, no le aconsejo ese nombre.

—¿Por qué? Es un buen nombre, me ha dado suerte.

—Excúseme que sea sincero, ese nombre suena mal. Yo le puedo ayudar, pero tengo que ser prudente. Hay otros policías que ocupan altos cargos, no sé, busque otro nombre. ¿Por qué no le llama Martín? Suena inocente.

Los tres echaron una carcajada. A Madeleine la contrariedad le duró unos segundos.

—Tiene razón, inspector, Chez Madeleine suena a casa de putas.

—¿Y Tánger? —dijo Martín.

Madeleine Didier y Juan Sorrillo lo miraron.

—¿Por qué no? Esa ciudad me dio suerte.

—Bien, que sea Tánger, tiene una ventaja, muchos de los marineros que recalan en La Habana la conocerán.

Juan Sorrillo estaba ansioso por ayudar.

—¿Qué otra cosa necesita?

Madeleine Didier era Madame desde hacía treinta años y antes había sido puta en París, en el mismo Pigalle. Tenía amistad con otras mujeres que se dedicaban al mismo negocio en diversas ciudades del mundo. Sabía que un negocio como el de ellas exigía un buen padrino. Solía ser un hombre con influencia política, capaz de solucionar los problemas que con frecuencia aparecen a cambio de un buen número de billetes. El inspector Juan Sorrillo era un buen contacto, no tenía dudas.

—Inspector, seré sincera. ¿Usted me garantiza que mis chicas y yo podremos trabajar? Quiero saber si con su amistad es suficiente.

Sorrillo entendió. Y Martín Ugarte también.

Madeleine Didier llevaba una blusa de seda en tonos rosáceos y un pañuelo también de seda que colgaba al cuello de una manera informal. Lo combinaba con unos pantalones azules de buena confección con una raya impecable. Lucía un maquillaje llamativo al que dedicaba una buena cantidad de tiempo al levantarse. Ello le daba un aspecto de mujer optimista y agradable. Ni siquiera cuando era joven podía decirse que era de una belleza fuera de lo común, pero la naturaleza la había obsequiado con un rostro de rasgos afinados, un cuerpo armonioso y una sonrisa agradable. Lo que acompañaba con una simpatía reconocible.

Juan Sorrillo pensó en ello. Protección a cambio de un jugoso sobresueldo, era lo que le proponía aquella mujer de buenos modales,

que hablaba español con dificultad y parecía muy determinada a cumplir lo que se proponía, con su ayuda o sin ella.

Madame Madeleine conservaba una mirada ágil, en ningún caso cansada. Era lo que admiraba de ella su compañero Lègrand, al que superaba en veinte años. Madeleine morirá el día que deje de tener entre manos un nuevo desafío, lo hará de forma abrupta, solía decir él.

La francesa llevaba unos cuantos días en La Habana y confirmaba sus primeras impresiones. Estaba en una ciudad de tránsito, con un constante deambular por las calles de gentes de razas variadas, impresionaban los grandes vestíbulos de los hoteles y de las cafeterías, el ambiente elegante de los casinos. El mejor escenario para triunfar, pensó. Cada día que pasaba le recordaba a Tánger, quizá fuera el horizonte calmo e interminable del mar.

Desde que sucedió el secuestro de Carolina Bacardí el inspector Sorrillo había cambiado. Hasta ese momento no pasaba de ser uno entre la nómina de inspectores habaneros a los que se destinaban a comisarías ordinarias. Ningún caso importante le aguardaba encima de su mesa. Sin embargo, la notoriedad que adquirió con la investigación del secuestro de la joven Bacardí lo puso en boca del resto de inspectores, subinspectores y fiscales. Se corrió la voz de sus entrevistas con el presidente Batista y, dado que apenas sobrepasaba los cincuenta años, se le pronosticaba una carrera con ascensos rápidos. Tenía escasos enemigos en la institución policial. Sin embargo, entre los seguidores del régimen se le consideraba un policía poco entusiasmado con los golpistas del 10 de marzo de 1952.

Como todos los cubanos estaba convencido de que los gobiernos de su país debían contar con el beneplácito del amigo de Washington. Cualquiera que pensase lo contrario en aquel año de 1953 era tachado de loco y estúpido.

Juan Sorrillo caviló. Se mostraba dispuesto a estudiar la propuesta de la francesa siempre que los norteamericanos le apoyasen, y por alguna razón intuyó que así sería. De modo que respondió a Madeleine.

—Usted es amiga de Martín Ugarte, y por lo que he sabido también lo era de Stanley Mortimer, al que todos tenemos en nuestras oraciones. Desde este momentico considéreme su amigo.

—Entonces el club se llamará Tánger. Los invito a cenar. Elija usted el restaurante, inspector.

—¿Puedo llamarla Madeleine? —dijo él.

—Sí, puede.

—Le deseo suerte, creo que la tendrá.

—Insha'Allah —dijo ella.

Capítulo 23

Joan Alison poseía la cualidad de aparecer y desaparecer en la vida de Martín Ugarte cuando lo desease.

Una vez que tuvo certeza de la fecha de inauguración de Tánger, Madeleine no tuvo demasiados problemas para localizarla. Le bastó enviar un telegrama a la productora de Casablanca que tanta fama le proporcionó en su condición de coguionista de la obra de teatro original que dio pie a la película. Esta recibió el telegrama en Connecticut, donde se hallaba escribiendo la novela. Quedó sorprendida al escuchar a Madeleine al otro lado del hilo telefónico. Esta le contó que llamaba desde La Habana. Hacía once años que no se veían si bien la amistad que habían labrado en la ciudad norteafricana permanecía sólida.

La conversación se prolongó treinta minutos. Lo primero que le transmitió Madeleine fueron las razones que la habían obligado a abandonar Tánger, así como los planes que tenía para La Habana.

—No puedes faltar a la inauguración de mi club, querida amiga. No te lo perdonaría. De repente, buena parte de los extranjeros que llevábamos muchos años en Tánger y que pensábamos morir en ella, nos hemos dado cuenta de que somos aves de paso. ¡Merde!

Joan celebró su decisión.

—Admiro tu capacidad para recoger tus bártulos y empezar de nuevo.

A continuación, Madeleine le contó lo que le había sucedido a Stanley Mortimer.

La noticia conmocionó a Joan. Hizo preguntas, pidió detalles. Madeleine no supo responder. Le adelantó que un amigo de Stanley que se hacía llamar Joe Kowalsky se hallaba en la ciudad. De él dijo que se había presentado como un compañero de trabajo de Stanley. Añadió que se comportaba como un buen amigo, con preocupación sincera.

Joan se comprometió a llamar con frecuencia a Madeleine con el único fin de conocer el estado del amigo común. No era la reacción que la francesa esperaba.

Aún estaban hablando por teléfono.

—¿Has visto a Martín? —preguntó Joan.

Madeleine aguardó un par de segundos. Estaba preparada para esa pregunta.

—Lo veo cada dos o tres días, me dijo que habíais estado juntos en La Habana, pero no me contó gran cosa; ya sabes, los vascos son

herméticos como cerraduras, pero lo vi bien, hermoso y varonil.

Joan no respondió.

Madeleine tenía presente el cúmulo de aventuras que Martín, Joan, Stanley, Legrand y ella misma, vivieron en Tánger once años atrás. También la buena recompensa que habían recibido de Stanley por su participación en la Operación Antorcha, durante la Segunda Guerra, que el agente coordinó con éxito y en la que todos participaron. Hubiera deseado que al recibir la noticia del ametrallamiento de Stanley sus primeras palabras hubiesen sido: subo a un avión y viajo a La Habana.

Madeleine seguía esperando esas palabras.

Joan era una mujer adelantada a su tiempo, fuerte de carácter, que se comportaba sin complejo alguno ante los hombres, de esa clase de mujeres que se podían contar como unas cuantas decenas en aquellos años.

Madeleine, a pesar de la admiración que sentía por Joan, consideraba que seguía siendo una mujer acostumbrada a manejar a sus amigos según sus caprichos e intereses. La francesa dio otro paso. Alguien tenía que hacer saber a la señorita Alison, a la célebre Joan Alison, que un amigo de ella llamado Stanley estaba entre la vida y la muerte en un hospital de La Habana. Recibiendo las visitas preocupadas de sus mejores amigos, como eran Martín Ugarte y ella misma. Y que ese estado de cosas no se solucionaba con una llamada telefónica, ni siquiera diaria.

—Joan, creo que su estado es muy grave, en tu lugar embarcaría en el primer avión. Agradecerás mis palabras.

Para Joan, abandonar su reclusión en Connecticut aun por una semana era una idea espantosa. Significaría romper el ritmo de trabajo que había conseguido después de muchos años sin creación. Lo estaba consiguiendo a base de esfuerzo y disciplina. Su novela avanzaba y se sentía satisfecha. Era una razón difícil de explicar a una mujer apasionada como la francesa.

—Tomaré el avión, pero no todavía. Te llamaré cada día. Por el momento no le digas a Martín que hemos hablado, te lo ruego.

Ambas mujeres se despidieron. Madeleine supo lo que tenía que decir en cuanto empezó a hablar con Joan. Había sobrepasado con creces el intermezzo de su vida y contaba con la sabiduría y el entusiasmo suficiente para salirse con la suya y meter en cintura a su caprichosa amiga. Obligarla a estar en el lugar donde debía en aquellos momentos, y ese lugar en aquel mes de mayo de 1953 era la ciudad de La Habana. Se habían congregado en esta el mismo grupo de amigos que en 1942 lo hicieran en Tánger. Lo consideraba un amuleto de la buena suerte.

Ella creía en la causalidad y también en su Dios, al que agradecía cada mañana su despertar.

Cada paso que daba le afianzaba en la idea de que recalar en La Habana había sido una magnífica idea. En Tánger, con la islamización que se pronosticaba, dejarían de pasar cosas y su negocio exigía estar en un lugar donde sucediesen, donde los barcos atracasen, la marinería se desparramase por sus calles en busca de alcohol y mujeres, los negocios sobre cargas y viajes de cabotaje concluyesen en las esquinas de los bares ante botellas de ron u otros licores servidos por mujeres amables y bien dispuestas para cualquier clase de servicio.

En La Habana, por el contrario, estaban a punto de pasar muchas cosas, lo olía. Ella seguía siendo la misma soñadora que pasó de ser una puta parisina, no de una gran belleza, pero sí graciosa y con carácter, una más en Pigalle, a hacer la maleta con cien francos de ahorros conquistados noche a noche, hombre a hombre, pinga a pinga, como lo llamaban en Cuba.

En aquel momento en que estaba a punto de iniciar un nuevo rumbo, Madeleine recordó el momento en que abandonó París, el barrio de Pigalle y viajó a Marsella.

¡Ay, Marseille! Quedó enamorada del puerto y la ciudad. Conoció e intimó con un cargador de puerto de gorro rojo que la llevó en su pequeña barca a pasear al castillo de If y luego la paseó por la Cannèbiere y las callejuelas que la circundan.

En su compañía visitó cafés, uno tras otro, tabernuchas, restaurantes con terrazas. Entró en pescaderías y envidió las fachadas de los burdeles. En las esquinas sus propietarias la miraban con sospecha. ¿Su vestimenta y afeites la delataban? Una puta no puede dejar de serlo y no puede disimular que lo es, se vista como se vista, se pinte como se pinte, escuchó en Pigalle siendo muy joven. Las putas de las esquinas de Marsella le gritaban en silencio que no había sitio para ella.

Y de ahí viajó a Orán, para terminar en Tánger. Entendió en un abrir y cerrar de ojos que había llegado al lugar donde quedarse para siempre. Era aún joven, tenía la cabeza fría, conocía su oficio y a los hombres, entreveía los obstáculos a distancia y sabía cómo vencerlos.

En las esquinas de Tánger no había putas que la expulsasen con la mirada ni chulos que la examinasen de arriba abajo. Descubrió a los tanjawis, a los fumadores de opio, y también a los españoles, italianos, judíos, musulmanes, griegos, egipcios, turcos, negros exóticos de labios llamativos y cuerpos de dioses.

Solo hablaba francés. Aprendió un mal español y reía cuando decía que en inglés solo sabía decir: Pay the bill, dear. Con sus ahorros abrió Chez Madeleine. Quiso bautizarlo con su nombre pese a que otras voces le aconsejaban nombres sugerentes y estereotipados como La derniere nuit o

La maison de l'amour.

Empezó a trabajar durante las primeras semanas con dos chicas y ella misma. A los doce meses contrató tres pupilas y ella ejercía de madame. Y al cabo de dos años Chez Madeleine se había convertido junto al Parade en la estrella de la noche tangerina.

Había quedado con el inspector Sorrillo en el Paseo del Prado. Lucía un sombrero de color anaranjado vistoso aun para las calles de La Habana. Sorrillo se lo elogió.

—¿No le molesta que lo vean conmigo? —dijo Madeleine.

—En absoluto, ¿Por qué habría de estarlo?

—No sé, cosas mías —dijo ella.

La francesa le dio cuenta de sus pasos. Le enumeró la clase de empleados que habría de necesitar. Entre ellos le citó un portero, alguien con agallas que fuese capaz de enfrentarse a golpes a un borracho.

—Quizá un negro.

Sorrillo se sorprendió.

—¿Por qué un negro?

—No sé, es una idea, me parece que imponen mucho.

—Aquí todos somos negros, en mucho o en poco —dijo Sorrillo, riendo—. No es una buena idea. Usted necesitará un hombre de confianza, listo, simpático; los cubanos amamos a los simpáticos… alguien con carácter y que sepa cómo responder a los contratiempos.

—¡Búscamelo!

Juan Sorrillo consultó en su oficina un listado de hombres habaneros que bien podían cumplir esa función. Fue descartando un nombre tras otro. Delincuentes, ex presidiarios, policías expulsados por conductas equívocas. Lo que Madeleine necesitaba era un hombre que hubiese probado su arrojo en algún otro lugar y al tiempo necesitase una oportunidad para buscarse la vida. No un sinvergüenza.

—Creo que lo tengo —se dijo.

Un año antes había conocido a Israel, un español de edad aún joven que había llegado procedente de España. De voz dulce y cálida. En ese tiempo los españoles arribaban por docenas cada día.

Israel había nacido en Toledo. En Madrid, al finalizar la guerra había empezado a trabajar en una empresa de instalación de cables telefónicos. Aprendió el oficio tan rápido que un día se dijo: este negocio lo puedo hacer yo. Lo hizo, bajó los precios y comenzó a contratar instalaciones. Trabajaba dieciséis horas al día. Pronto su pequeña empresa empezó a ser demandada.

Sin embargo no contaba con que sus antiguos patrones lo acusaran de comunista. Era una acusación grave en España en 1950, imposible desasirse de ella si no contaba con buenos padrinos, como era su caso.

Antes de que lo encarcelaran tomó un barco en Vigo y desembarcó en La Habana.

Tomó la decisión en un santiamén. Tuvo ante sí, con menos de treinta años, ese momento trascendental que determina un destino sin ser capaz de medir la importancia de la decisión. ¿Y si no hubiera embarcado? Quién sabe, sus enemigos eran poderosos, afectos al régimen que por entonces desplegaba la totalidad de su esplendor, estandartes al viento, muchedumbres entusiasmadas, brazos en alto al paso de los nuevos líderes.

Una vez en La Habana descubrió la otra España, la de los hombres que habían traspasado las fronteras de un modo u otro, sin otro bien que una pequeña maleta de madera, lo puesto. Era uno de ellos.

Israel dibujaba y pintaba, lo había hecho desde que era un niño y empezó a hacer retratos de viandantes ante un caballete en la Plaza de Armas. Los que se detenían ante sus obras le decían que poseía genio, talento y, de vez en cuando, le compraban un lienzo con el que podía pagar el hospedaje, el café de la mañana donde Doña Rosita, un plato de moros y cristianos con picadillo, chicharritas de plátano y una copa de helado de coco.

Juan Sorrillo le encargó un retrato de su esposa. El resultado le agradó y cada vez que pasaba por la plaza se detenía a charlar unos minutos con él.

Unos días después volvió a estar con Madeleine Didier y le habló de Israel.

—Es español, mide un metro setenta, tiene sobre los treinta años. Está sano y no está casado. Sé poco de él, creo que quiso ser cura.

Ella rio.

—¿Otro cura? Además, le faltan veinte centímetros para ser el hombre que necesito.

—No he terminado. Israel es listo, intuitivo y fiable. Le he dado vueltas. En tu establecimiento no necesitas un hombre de dos metros que expulse a los borrachos. Necesitas un hombre que tenga buena capacidad de relación con otra clase de personajes que abundan en la ciudad y que visitarán tu club.

—Sigo sin entender, inspector.

—Madeleine, te hablaré claro, si te va mal en las primeras doce semanas nadie reparará en ti. Serás una más de los extranjeros que prueban fortuna en La Habana y desaparecen al poco tiempo. Tu problema empezará si te va bien, si los clientes acuden a tu local, si se empieza a hablar de Tánger con admiración, si ganas platita.

—Empiezo a entender —dijo Madeleine.

—Necesitarás un hombre que trate con los que se te echaran encima, que llegue a acuerdos con ellos. Que estos permitan que el club sobreviva.

—Sigue —rogó Madeleine.

—¿Conoces la palabra extorsión? Te acecharán, estarán pendientes de ti, y en ese momento necesitarás al hombre del que te estoy hablando. Yo no puedo ser ese hombre, soy inspector de policía. Tu socio Lègrand tampoco, es francés, no lo conozco, pero lo engañarían. No tienen escrúpulos, son gentuza. Maleantes que apretan el gatillo con la misma tranquilidad que un inglés toma un té a las cinco. Por no hablar de funcionarios del gobierno, querrán cobrar su parte del negocio, de lo contrario te lo cerrarán, o te lo quemarán una noche. Este país es una mierda. Necesitas a alguien que trate con ellos, alguien que se haya hecho a sí mismo, que conozca la calle, y que al mismo tiempo caiga bien. Ese es Israel Pí.

—Todos los países son una mierda —repuso ella, para añadir a continuación—: ¿Pí?

—Así se apellida.

—¿Y tú lo tienes? ¿Tienes cerca de ti a alguien de esas características?

—Sí, lo tengo. Eres muy lista, Madeleine, te irá bien en La Habana. Y hay otra cuestión.

—Te escucho.

—La gente que trabaja para los hermanos Lansky… En cuanto se enteren de que tu club marcha bien querrán comprar a tus chicas para alguno de sus clubes. O tratarán de comprarte a ti. No lo podrás evitar salvo que tengas a ese hombre del que te hablo. Para unos u otros necesitarás a Pí, no para que se ponga en lucha con ellos, sino para que llegue a tratos.

—¿Ese Israel es judío?

—No sé, es español, eso dice, puede que no lo sea, pero habla como los gallegos, no tan rudo. Es pequeño de altura, ojos marrones y muy vivos, suave de voz, simpático como pocos, ya te he dicho que los cubanos amamos a los simpáticos. A distancia no llama la atención, pero frente a frente se crece. Es el hombre adecuado para tratar con los italianos de los hermanos Lansky y con la gentuza que abunda en La Habana.

—Una pregunta, si no te gusta, no la contestes. Ese tipo del que me hablas, Pí, ¿es socio tuyo?

Juan Sorrillo sonrió.

—¿Preguntas si me dará una parte del sueldo que le vas a pagar? No, no es mi socio, es mi amigo y lo respeto, sé que es el hombre que necesitas y te lo propongo después de haberlo pensado, no lo haría si no estuviese seguro. Te costará un buen salario, pero te ahorrará el doble o el triple.

—Una última pregunta, ¿es amigo de Stanley?

—Stanley lo conoció, yo se lo presenté. Si han hecho negocios

juntos es algo que desconozco, no me sorprendería, sería propio del carácter de ambos.

—Bien, preséntamelo —dijo una rejuvenecida Madeleine.

Capítulo 24

Madeleine Didier y Martín Ugarte estaban sentados en uno de los Aires Libres de moda del Paseo del Prado y escuchaban una orquesta de mujeres que les obsequiaba con boleros.

—Te he llamado para darte una noticia, Joan llegará en unos días, quizá antes. He hablado con ella y su rocoso corazón se ha ablandado. Debo reconocer que lo esperaba. Incluso, por el tono de su voz, apuesto a que ha estado a punto de romper en sollozos cuando le he contado lo de Stanley.

Martín Ugarte se sorprendió.

—Te ha pedido ella que me lo digas.

—No, ha insistido en que no te lo dijese.

Se sorprendió.

—¿Qué quieres decir?

—Querido Martín, si te lo hago saber es para que te prepares. ¡Mon Dieu!, para que decidas de una vez si estás dispuesto a luchar por el corazón de esa mujer o para que la olvides para siempre. En este último caso te aconsejo que abandones La Habana pues será la única manera de no volver a caer en sus trampas.

El punto de vista de Madeleine era de gran importancia para Martín.

—Continúa, por favor.

Madeleine Didier hacía tiempo que había tomado partido por el joven vasco.

—Cheri, ¿la amas?

—No dejo de pensar en ella.

—¡Bon! Esa era la respuesta que esperaba. Ahora solo nos falta trazar una estrategia para que esa escritora caiga en nuestras redes. La vieja Madeleine os dará el mismo consejo a ambos, un ruego, tenéis que tomar una resolución definitiva cuanto antes si queréis disfrutar del amor el resto de vuestras vidas.

Para Martín contar con la complicidad de Madeleine lo situaba en una posición ventajosa. No quiso terminar la conversación sin una pregunta explícita.

—¿Y si ella no está dispuesta a convertirse en una mujer menos egoista? ¿A pensar menos en sus intereses inmediatos?

—Entonces, querido amigo, no habrá nada que hacer, por mucho que te esfuerces y yo te ayude. Serás como un barco en alta mar que hace aguas hasta naufragar de forma irremediable. Joan te dejará otra

cicatriz: cuanto más profundas, más rápido te recuperaras, sanarás; así son las heridas que dejamos las mujeres.¡Cherí, estás en la mitad de la treintena!

Estaban a punto de despedirse. Ella tenía pendiente un encuentro con un mayorista de bebidas con el que quería pactar precios y plazos de entrega. Él, como todas las tardes, quería pasar por el hospital alemán y recibir el parte diario sobre el estado de Stanley. A buen seguro se encontraría allí con Joe Kowalsky y quizá con Juan Sorrillo. Luego, sobre las siete de la tarde acudiría al Jai Alai para estar un buen rato.

Para él se había convertido en una cita que no quería perderse.

Sus paisanos le hablaban en la lengua de la tierra de sus padres, un lugar para él desconocido, pero que era el suyo. Sus relatos le conducían a una atalaya singular y sorprendente. Había algo en ellos de aparición sobrenatural. Le hablaban de las romerías que celebran los pequeños pueblos en honor de sus patronos en los meses de primavera y verano, de las excursiones dominicales de grupos de amigos a los montes cercanos, de los partidos de pelota que habían visto y que jamás olvidarían, de sus platos preferidos y de los rincones donde los preparaban con mejor tino; y él los escuchaba y le daba la impresión de haber estado presente en esos mismos lugares en una vida anterior.

Cuando de nuevo estuvo a solas pensó en las palabras de Madeleine Didier. Lo dejaron en un cierto estado de aturdimiento. El corazón le palpitaba como si fuera un adolescente.

Extrañaba caminar al lado de Joan como lo había hecho unos meses atrás por las calles de La Habana, detenerse ante los escaparates de las calles Galeano o Neptuno, rozándose los brazos desnudos, continuar la marcha hasta un café cualquiera y acabar la tarde como el resto de enamorados recorriendo una y otra vez el Malecón. Y, sin embargo, también tenía presente que si la Joan Alison que estaba a escasos días de desembarcar en La Habana, se comportaba de la misma manera que unos meses atrás, como una mujer caprichosa, voluble y autoritaria, se vería obligado a no seguirle los pasos aunque para ello hubiera de renunciar a su amor para siempre. Ambos sentimientos se hacían presentes en él de forma soterrada.

Capítulo 25

Fulgencio Batista no había olvidado su última conversación con el inspector Juan Sorrillo. Así que casi dos millones de dólares en efectivo están en poder de alguien en La Habana, pensó.

Habían transcurrido unas semanas de aquella charla. Apropiarse del dinero lo excitaba, pero ese placer aumentaba porque este procediese de la fortuna de la familia Bacardí, una familia por la que sentía antipatía.

Decidió convocar a palacio al inspector Sorrillo. Evitó hacerlo por medio de su superior jerárquico, el Director de la Policía. Tampoco quiso que lo supiese el director del Servicio de Inteligencia Militar. Graciela, su secretaria, se encargó de llamarlo por teléfono.

Una vez en su despacho, el presidente saludó a su invitado y le invitó a tomar asiento.

—¿Qué le ofrezco de tomar? —le dijo.

Fulgencio Batista estaba vestido de civil, con una guayabera blanca de lino y unos pantalones marrones. Lo acompañaba con unos zapatos Brown&White. En los primeros años de los cincuenta se habían puesto de moda en Nueva York.

—Estoy de servicio, señor Presidente, un café estará bien.

—Relájese, amigo Juan. Y no, no está de servicio, esta es una conversación privada, entre dos amigos. ¿Qué le sirvo?

Batista se hallaba a unos centímetros de la mesa de licores.

—Entonces, un roncito Strike me vendrá bien.

—¿Prefiere Bacardí?

Sorrillo trató de adivinar el sentido de su pregunta: Bacardí.¿El presidente está tratando de decirme algo o tiene el día bromista?

—Bacardí estará bien, gracias.

—Querrá saber para qué lo he llamado.

—Sí, señor.

—Mire, vayamos a lo concreto. Hace unas semanas hablamos del secuestro de la joven Bacardí, ¿lo recuerda?, seguro que sí. Encontraron trescientos mil dólares en un apartamento y detuvieron a unos italianos, los ejecutores del crimen. Bien por la policía de La Habana.

—Fue como usted dice —dijo Sorrillo.

Batista estaba de pie, junto a uno de los balcones. Lo miró con fijeza.

—Inspector, le he pedido que me informe de sus pesquisas, incluso

de sus sospechas.

El inspector Sorrillo tenía el vaso de licor en la mano. Lo depositó en la mesa baja que tenía junto a él.

Reaccionó.

—Señor presidente, siempre hay sospechas en una investigación, cabos que suelen quedar en nada, rumores, chismes. Consideré que no debía molestarle con ese tipo de cosas.

Batista asintió.

—Magnífica respuesta, señor inspector. Pero es palabrerío, mierda pura, chico, no es lo que quiero. Dígame de inmediato cuáles son esos chismes de los que habla.

El tono de su voz era otro.

Juan Sorrillo entendió las palabras del presidente. También él había escuchado el rumor de que los banqueros habían prestado a Bosch dos millones.

—Le comentaré uno. Parece ser que varios banqueros, aún sin identificar, juntaron en aquellas fechas dos millones de dólares.

—¿En qué fechas? —preguntó el inspector.

—Cuando secuestraron a la niña Bacardí.

En otro momento Batista hubiera fingido un ataque de cólera y es posible que lo hubiera despedido de su despacho a gritos.

—Bueno, así está mejor, señor inspector. El presidente debe estar enterado de lo que sucede en su país, ¿no le parece? Y ya estaba enterado de ese chisme, hace días que me avisaron.

Sorrillo se aflojó un poco el nudo de la corbata. Fue un movimiento espontáneo.

—¿Algo más, señor presidente?

—Nada por ahora, inspector, recuérdelo, quiero saberlo todo, todito.

Juan Sorrillo se dio la vuelta y dirigió a la puerta.

Al poco tiempo de su golpe de estado, Batista observó que algunas personas de las que le visitaban se retiraban dando pasos atrás. Él corrigió esa costumbre. El edecán se encargaba de advertirles antes del comienzo de la audiencia: cuando el presidente acaba la reunión, usted se da la vuelta hacia la puerta y la abandona. Lo hacía desde que ocupó un alto cargo en el ejército: era bueno que sus subordinados notaran su mirada en el cogote, sintieran un cosquilleo desagradable.

Juan Sorrillo abandonó el palacio preocupado. El poder del presidente era absoluto, un hombre peligroso, le podrían inventar cualquier chisme, a un compañero díscolo le habían acusado de chichar con un carajito, lo que era falso y lo expulsaron. Una orden suya podía convertirlo en un simple policía administrativo de una provincia remota. Le entró un sudor frío. Debía de obrar con cautela. Mientras manejaba hacia su oficina con las

dos manos en el volante pensó en un plan alternativo. Sus buenos amigos Stanley y Joe Kowalsky le vinieron a la cabeza. Con el primero no podía contar, desde luego, pero con Joe estaba entablando una bonita amistad.

¿Por qué no? Si Batista lo despachaba quizá los yumas podrían encargarse de él y de su familia.

El presidente, mientras tanto, una vez que Sorrillo hubo abandonado el palacio, dedicó unos minutos a ese asunto. Lo hizo con la tranquilidad de quien se sentía seguro en el poder. Unos días antes, había reunido a los generales de la república y estos le confirmaron su adhesión. No tenía nada que temer por parte de ellos, eran los únicos que podían destituirle de la misma manera que él lo hizo con Prío Socarrás. Fue suficiente un paseo al frente de unos tanques y una unidad de infantería desde el cuartel Columbia al palacio presidencial. El paseo duró quince minutos. Bastó que un edecán informara al presidente Prío para que empacara sus retratos y cosas personales y abandonara el palacio.

Estaban los Rebeldes, era cierto, sobre todo ese joven llamado Rómulo Abad que lo insultaba ante cientos de estudiantes en las escalinatas de la Universidad Nacional y regaba de pasquines los barrios humildes acusándolo de toda clase de crímenes. En la clandestinidad sus compañeros lo conocían como Jacobo López. Los intentos de detenerlo habían fracasado. No era ningún idiota y disponía de una buena red de colaboradores que lo escondían. Cuando el coronel Piedra le contaba lo último que había protagonizado Abad se molestaba, tiraba al suelo algunos vasos, pero su preocupación duraba apenas unos minutos. Los Rebeldes eran unos cientos de jóvenes que apenas rebasaban los veinte años. Una pequeña china en su zapato izquierdo. Si alguien le preguntase en ese momento si sentía temor por sus bravuconadas echaría una buena carcajada.

Fulgencio Batista siguió pensando en los dos millones. Quizá había llegado el momento de actuar por su cuenta. No hacerlo suponía pagar un alto precio. Dar por perdidos esa buena cantidad de dólares en cash. Y perder autoridad, lo que de verdad lo inquietaba. Ese asunto estaba en boca de demasiada gente: los banqueros, Pepín Bosch, los inspectores de policía, el SIM por medio de Orlando Piedra. No era buena idea fingir ignorancia, ello significaba lo contrario a un golpe de autoridad que su mentalidad de guajiro aconsejaba.

La pregunta que se hizo fue: ¿Y cómo lo hago? Debía hacerlo por medio de alguien ajeno a estas personas. Alguien resolutivo, ¿Quién mejor que su buen amigo y socio, Meyer Lansky.

No quería perder tiempo y lo localizó a través de Jacob. Y a este por una llamada a la operadora del hotel Nacional. Una contraseña

pactada. Graciela la tenía apuntada en una libreta que guardaba en una pequeña caja fuerte marca Gruber.

—¿Hotel Nacional, dígame?

—¿Me puede comunicar con la habitación 2020?

Esta habitación no existía. Las operadoras lo sabían, y también que si alguien pedía comunicación con esa habitación debían desviar la llamada a la 129 donde reinaban Jacob Lansky y su lugarteniente, Grandote Bazuko.

Respondió el italiano.

—Lo llaman de la Coca-Cola.

Jacob estaba sentado fumando un habano Partagás y se puso en pie como un resorte. Era el presidente, mejor dicho, era Graciela que era como decir el presidente.

—Él quiere verlo mañana, a las 10 am. ¿Está en la isla?

—Sí, está, a las diez estará. Saluditos bonita, le enviaré un ramo de rosas de esas que a usted tanto le gustan.

—Gracias, corazón. A las diez de la mañana, entonces.

Meyer recibió el aviso de su hermano unos minutos después. Le extrañó. Rara vez lo llamaba. Ambos tomaban toda clase de precauciones para que no se les viera juntos. Era la fotografía que mucha gente deseaba: el presidente Batista y Meyer Lansky, lo que afianzaría las acusaciones de los yumas, de las editoriales del Washington Post y del New York Times, de los pasquines de los Rebeldes, del comemierda de Rómulo Abad, alias Jacobo Lopez.

Pero para algo tenían a sus segundones, para preparar encuentros que no podían evitarse. Ambos disfrutaban estrechándose la mano, fundiéndose en un abrazo ligero y lleno de simbolismo, mirándose a los ojos y llamándose mi Hermano sin necesidad de mover los labios. Jamás hablaban de dinero. Eso lo dejaban para Orlando Piedra y Jacob, este sí, su hermano de sangre.

—Presidente, ¿qué sucede?

—Nada grave, hebreo.

En contadas ocasiones lo llamaba Meyer, y mucho menos Lansky. Le agradaba llamarlo hebreo desde que se conocieron en Florida muchos años atrás. ¡Hey hebreo! ¡Hey cubano!, respondía Lansky en aquel tiempo lejano.

Pero ahora no, desde marzo de 1952 lo llamaba señor Presidente, o presidente a secas.

—Tengo un asuntito para ti, hermano. De los que no quiero que nadie meta la nariz, ni siquiera el coronel Piedra.

—Siempre a la orden. ¿De qué se trata?

—Recuerdas el secuestro de Carolina Bacardí, hace unos meses.
Meyer Lansky se inquietó.
—Claro que lo recuerdo.

—Pues el comemierda de Pepín Bosch, el gerente de Ron Bacardí, pagó dos milloncitos para que liberaran a la niña —afirmó el presidente.

—¿Dos millones?
Meyer silbó.
—Sí, como lo oyes, en billeticos, uno tras otro —expresó Batista.

Meyer palideció, pero de tal modo que resultaba imposible que la persona con quien hablaba lo advirtiese. El presidente había abierto una de las ventanas y la luz de la mañana alumbraba el rostro de Lansky. El Chico más listo de la Combinación, como era llamado Meyer en los billares donde los profesionales del hampa jugaban al billar en Nueva York y Chicago, se hallaba en un apuro.

Estaba preparado para escuchar a continuación: He sabido que esa platica la tienes tú y no me has dado mi parte, estoy muy sentido, no lo esperaba.

Su cabeza ideó una respuesta a velocidad infinita: Su parte está bien guardada, señor, estaba esperando la oportunidad de verlo para darle una sorpresa, usted se ha adelantado.

Pero no, Batista no pronunció esas palabras ni ninguna parecida. Se sirvieron un trago, Meyer eligió un Chivas Regal con mucho hielo y el mandamás de la isla un Fruitponch.

—Te lo encargo. No quiero que los míos hagan rueda con ese asunto. Primero lo sabe Orlando, luego una de las amantes de este, después el director de la policía y la noticia llega hasta el último timbirichi de La Habana. ¿Y si se enteran los yumas?

Meyer Lansky no estaba seguro de si el presidente le estaba tendiendo una trampa.
—Me pondré a trabajar en ese asunto, de inmediato. ¿Qué información tiene, señor presidente?
En su respuesta iba a estar el meollo, pensó Lansky.
Pero no había trampa. Batista habló con convicción.

—Parece ser que algunos banqueros prestaron la plata, esa información me interesa mucho: saber quiénes fueron, llamarlos y escupírselo a la cara, a ver si tienen los cojones de negarlo, amenazarlos con llevarlos a los tribunales por colaborar con los criminales, pisotear su nombre en El Diario de la Marina y en el resto de los periódicos. Luego no lo haré. Entenderán que me deben un gran favor y los tendré en mis manos, mansitos.

Lansky se tranquilizó.

—La policía halló trescientos mil toletes en el apartamento donde detuvieron a los culpables —dijo Meyer.

—Unos pobres diablos italianos, sí, pero nadie sabe donde está el resto. Fueron dos millones lo que prestaron los banqueros al cabrón de Bosch.

—¿Y qué otra cosa desea, presidente?

—Descubrir al comemierda que tiene la plata. Es nuestra, tuya y mía.

—Usted es un hombre sagaz, seguro que sospecha de unos cuantos —trató de sonsacarle Lansky.

—No sé, le he dado muchas vueltas. Sospeché de ti y tu gente, pero de inmediato lo borré de la cabeza. No me harías eso a mí, que te he dado hospitalidad, a quien trato como a un hermano.

—Gracias, señor presidente.

—He pensado en los Rebeldes, necesitan dólares para imprimir esas grandes mentiras que cuentan sobre mí, pero no creo, solo son unos chiquillos malcriados.

Meyer Lansky no sabía cómo hacer para continuar tirándole de la lengua.

—Yo tampoco los veo capaces. ¿Algún ambicioso de su gobierno?

—Lo he pensado, pero no he llegado a sospechar de nadie con nombre y apellido.

—No será sencillo. Y menos con lo que ha sucedido ayer en el Castillo del Príncipe.

Fulgencio Batista se levantó de la butaca.

—¿Qué ha sucedido?

—¿No le han informado, señor presidente?

—¿De qué?

—El ejecutor del secuestro de la Bacardí, un italiano llamado Francesco Cavalcanti, se ha suicidado.

Guardó silencio durante unos segundos.

—No lo sabía.

—Yo pensaba, señor, que le habrían informado.

—No es tan extraño, no me informan de todos los muertos que amanecen en la ciudad. ¿Y dime, Meyer, tú cómo te has enterado?

—Presidente, tengo ojos y oídos en la cárcel. Me han avisado.

—¿Por qué se habrá quitado la vida?

—No aguantó la presión.

—Puede ser, nuestras prisiones no son fáciles. Hay que saber culebrear y ese tipo no era cubano.

Lansky asintió.

—Bien Meyer, es bastante por hoy. Te encomiendo este asuntito. Cuando tengas noticia me avisas por el mismo medio y nos vemos. No lo olvides, me interesa saber quiénes son los banqueros que prestaron

la plata a Bosch. Les voy a ajustar las cuentas. Hace tiempo que tengo ganas de joderles —terminó Fulgencio Batista.

Lansky abandonó la reunión con una sensación extraña. No había nada en la conversación por lo que debiera preocuparse, examinó las preguntas y respuestas una a una, pero aún así una corazonada le indicaba que algo estaba fallando.

Capítulo 26

El inspector Sorrillo y Martín Ugarte se hallaban sentados en un café de la calle Neptuno. Habían pasado unos minutos de las diez de la mañana. Vieron pasar por la acera a Joe Kowalsky. Lo llamaron por su nombre, este se acercó y pidió un café.

En una esquina del amplio salón se hallaban varias personas, tres mujeres y dos hombres.

—Tenemos cerca una mujer importante. En aquel grupo de cinco personas, en la esquina —dijo Sorrillo.

Kowalsky la reconoció.

—¡Lucrecia de la O!

—Sí, Radio Progreso está cerquita y suelen tomar café aquí.

—Dígale que esta mesa les invita a tomar algo, lo que quieran —dijo Joe a un mesero.

Tras las palabras del empleado, los invitados giraron la cabeza. Joe saludó con la mano a Lucrecia. Esta lo reconoció y correspondió al saludo agitando su mano derecha. Sin embargo, rechazaron la invitación por falta de tiempo. Tenían que regresar a la emisora.

Pasaron al lado de la mesa de Joe y sus amigos. Estos se levantaron dirigiendo su mirada a Lucrecia. Los compañeros de esta se adelantaron y caminaron hacia la puerta de salida.

Presentó a sus amigos.

—El inspector Juan Sorrillo, de la Comisaría de Centro Habana, y Martín Ugarte, un buen amigo español, de paso por La Habana.

Lucrecia sonrió.

A continuación musitó alguna palabra, quizá un placer, aunque sin ofrecer la mano. Su mirada se posó durante un segundo en Martín Ugarte. Ella se despidió y se perdió junto a sus compañeros de trabajo entre la multitud que a esas horas caminaba por una de las calles transitadas de la ciudad. Llevaba anteojos oscuros de gran tamaño y sombrero, a buen seguro para evitar ser reconocida en la calle. Se quitó los anteojos al ser presentada al vasco.

—Esa mujer te ha mirado de una forma especial —dijo Sorrillo a Martín.

—Sí, yo también lo he visto —corroboró Joe.

Martín Ugarte lo había percibido. Fue un instante, pero sí, sus ojos se cruzaron con intensidad.

Ugarte preguntó por ella a sus amigos.

Sorrillo habló durante unos minutos de la afición cubana al género de la

radionovela y de la repercusión de El último beso. Ugarte conocía la radionovela aunque no la seguía a diario.

Hasta el momento de encontrarse con la guionista hablaban de Stanley Mortimer. Kowalsky les contaba que permanecía en estado de coma, sin agravamiento ni mejoría. Permanecieron en el café un buen rato.

A Lucrecia de la O le habían llamado la atención los ojos azules de Martín Ugarte. Le calculó unos treinta y cinco años. Ella había cumplido los treinta y nueve pocas semanas atrás. Reparó en el cuidadoso corte de sus cabellos en el que resaltaban algunas canas. Había sido un segundo, pero se había fijado.

Desde muy joven había sido una mujer decidida y ahora lo era aún más desde que obtuvo el éxito con El último beso y se había convertido en una star, como la definían en los medios de comunicación.

Se propuso concertar una cita con aquel joven español y llamó a la comisaría al día siguiente del encuentro. Después de algunos trámites, se puso Juan Sorrillo.

Estaba intrigado desde el instante en que un subalterno le dijo que Lucrecia de la O quería hablar con él.

—Inspector, ¿cómo se encuentra? Nos conocimos ayer, en el café —dijo ella con voz firme.

—Doña Lucrecia, cómo no voy a recordarla. Soy un admirador suyo. ¿En qué le puedo colaborar?

—Mire, estaba con usted el periodista yuma, Kowalsky se llama. Fue quien nos presentó. Y otra persona, un español. ¿Me equivoco?

El inspector quedó sorprendido.

—No se equivoca. Estábamos los tres tomando un cafecito.

—Le daré mi teléfono. ¿Puede decirle al español que me haga una llamadita?

—Lo haré de inmediato, es buen amigo mío.

Ella no le dio explicación alguna, y él no se la pidió. Se despidieron después de que el inspector anotase el número.

Al cabo de una hora de aquella llamada, Martín Ugarte recibió en su apartamento la visita del inspector Sorrillo.

—Bien, esto es lo que tenía que contarte, palabra a palabra, es lo que ha dicho ella.

—¿Y qué crees? ¿Cuál será su interés?

—Mira, Martín, mientras manejaba he estado pensando. Una de dos: o le has interesado como hombre o piensa en ti como informante, o las dos a la vez.

—¿Informante?

—Sí, por lo que sé, los escritores y los guionistas alimentan sus historias de personas reales, de carne y hueso. En este caso, tal vez

esté escribiendo sobre un personaje español para uno de sus guiones.

—Puede ser —dijo Martín—. La llamaré, pero no hoy, quizá mañana o pasado.

—¿Mañana, pasado…? ¡Un cubano la estaría llamando cada cinco minutos hasta quemar la línea!

—Pero yo no soy cubano.

Sorrillo se excusó. Tenía un compromiso de trabajo y se marchó.

Es posible que Martín Ugarte no fuese un hombre experimentado en tratar con las mujeres. A sus treinta y tantos años no más de cuatro habían tenido relaciones íntimas con él. Joan, en un buen número de ocasiones, en Tánger, y después en el reencuentro en La Habana.

Luego Tatalí a quién extrañaba a menudo. Allí estaría, en alguna ciudad de los States como solía decir, con su voz dulce, al frente del Beso cubano. Un luminoso brillaría durante la noche: Mi niño que se llama como un santo, le susurraba meses atrás la sensual Tatalí al oído.

Y alguna otra mujer de la calle Virtudes.

Su instinto le dijo que la mirada que le había dirigido la guionista en el café tenía que ver con la primera posibilidad que enunció Sorrillo.

Al día siguiente llamó a Radio Progreso. Tuvieron que pasar por varias administrativas hasta que una voz hermosa dijo:

—Señor Ugarte, ¿es usted?

—Sí, Martín Ugarte.

—Ayer nos conocimos, fue solo un instante, me gustaría hablar con usted, lo invito a cenar.

—¿Hoy?

—Sí, ¿por qué no?

—Encantado, dígame lugar y hora.

—Qué le parece en El Perro Chico a las ocho, un restaurante de la calle 23. Es pequeño y poco visitado por los turistas. Pregunte por Santiago, es su dueño, reservaré una mesa discreta.

—Allí estaré —dijo Martín.

—¿Cuál sería la razón de aquella invitación? —Se lo preguntó una y otra vez el resto de la tarde.

El Perro Chico era un restaurante de apenas doce mesas y un reservado para cuatro comensales. Sus paredes, pintadas en azul cobalto, estaban cubiertas por lienzos de jóvenes autores de la ciudad. A Santiago Díaz, su dueño, le agradaba relacionarse con pintores y escritores. Era un hombre grueso y muy querido. Antes de abrir el restaurante había regentado una librería de nombre Tango. Recibía a los clientes con un beso o un apretón de manos, según la confianza y le agradaba tratarlos por su nombre. Recordaba sus platos favoritos y la botella de vino que habían elegido en una visita anterior.

Martín llegó al restaurante vestido con un traje negro, camisa blanca y corbata azul oscuro. Calzado con unos zapatos Florsheim de cordones negros y recién lustrados. El traje le sentaba bien.

Ella se había adelantado y se hallaba en el reservado compartiendo una botella de vino francés con Santiago. Este se levantó y le estrechó la mano con la sonrisa que le caracterizaba. Lucrecia de la O llevaba un vestido en color rosa pálido con un buen escote. De su cuello colgaba un collar de perlas. Estaba hermosa. Ella permaneció en su asiento y le sonrió.

—Querido amigo, gracias por aceptar mi invitación. Empecemos por tratarnos de tú, ¿te parece?

—Claro que sí.

Ambos se dejaron aconsejar por Santiago. El primer plato consistió en una ensalada de langosta, regada con un vino blanco, siempre francés. Lucrecia le formuló algunas preguntas de simple cortesía. Estas tenían como fin dejar que el vino hiciese su trabajo y el vasco comenzara a desinhibirse.

Desde el primer cruce de palabras ella llegó a la conclusión de que tenía enfrente a un hombre tímido, al menos en el trato con las mujeres; costaría sacarle unas palabras. Contaba con la complicidad de Santiago al que había advertido de su propósito de llamar la atención de su invitado. Al sentarse, este le había servido un Martini seco bien cargado.

Santiago les sirvió el segundo plato. Ella continuaba al mando de la conversación.

—Me han dicho que apenas llevas unos meses en esta isla bendita. Cuéntame, ¿de dónde vienes?

Ugarte unía su carácter reservado altotal desconocimiento sobre esa mujer, así que decidió evitar una respuesta.

—He vivido en varios países.

—Pero eres aún joven.

—Tengo treinta y seis años.

Ella se conformó con la respuesta. Sabía que había nacido en algún lugar cercano a la frontera entre Francia y España. Un vasco. Había escuchado que eran trabajadores, viajeros y testarudos.

—¿Qué te parece la ciudad?

Ugarte se alegró de que la conversación girase. No le agradaba hablar de su vida anterior. Elogió la belleza de la ciudad y su modernidad. Había nacido en un pueblo pequeño, contó, del que ni siquiera dio el nombre. Añadió que apenas podía hablar de Madrid. Concluyó que La Habana le recordaba de alguna manera a Tánger, ciudad donde se había criado. Y también a España.

—¿A España?

—Esto es España, lo veo en cualquier esquina: los bodegueros, los

tenderos, las mujeres sentadas en las aceras de los edificios remendando la ropa, los chiquillos jugando a las canicas, los hombres silbando a las mujeres y criticando al gobierno mientras fuman un cigarrillo, y los cafés llenos.

Ugarte prosiguió.

—También me recuerda mucho a mi ciudad, Tánger, que también es España, pero de otra manera. La vida nocturna que nunca cesa, extranjeros de cualquier país moviéndose de un lugar a otro con una maleta en la mano, los barcos de multiples banderas en los puertos.

Ella lo halagó.

—Te expresas muy bien.

—¿Has escuchado hablar de Tánger? —preguntó él.

Ella asintió

—¿Quién no conoce Tánger en estos tiempos? Pero no he estado. He leído sobre ella en revistas americanas. Gentes de todas las razas: blancos, negros, árabes, cristianos, musulmanes...

—En Tánger se ven pocos negros. Lo contrario que en La Habana.

—¿Negros aquí? Sí, claro. Te diré algo, ¿has visto alguno en este restaurante? —preguntó ella.

—Ninguno.

—Me alegra que lo hayas advertido. Escucha, a muy poca distancia de esta isla, hoy en día, los negros comen en la parte trasera de los restaurantes, no entran en los hoteles, ni siquiera en los de tres estrellas, viajan en asientos reservados para ellos en los buses, y buena parte de sus habitantes piensan que esa es la vida que merecen. ¿Lo sabías?

Claro que lo sabía. Se lo había escuchado a Joan Alison un buen número de veces. Parecía estar viéndola en ese instante. Quienes estaban con ella y la escuchaban abrían los ojos y se daban codazos para guardar silencio. Aquella periodista bostoniana les hablaba con pasión de la segregación por razón del color de la piel que existía en su país, en lugares como Missisipi, Georgia y Alabama.

—¿En Cuba no? —inquirió Ugarte.

—Escucha, querido amigo. Aquí la segregación es sutil. Te lo explicaré en pocas palabras. Para empezar, aquí el que no tiene de Congo, lo tiene de Carabalí. Es un dicho hermoso, significa que estamos muy mezclados. Los blancos dominamos la sociedad, los negros viven rezagados. De una forma u otra, al margen.

Cada minuto que pasaba aquella mujer le recordaba a Joan Alison. Tenían una edad parecida, quizá la cubana algunos años mayor, pensaba. ¿Treinta y siete años? ¿Cuarenta?

Él se hallaba a gusto en aquella conversación, Habían tomado el postre, casero, dijo Santiago al anunciárselo. Fue acompañado de un

digestivo italiano.

—Dime, Lucrecia de la O, ¿es este tu nombre de bautismo o lo adoptaste para la radio?

—Esa pregunta me la han hecho muchas veces, pero nunca de esa manera tan hermosa: adoptar un nombre, ¿eres escritor?

—No.

—¿Solo eres un profesor de francés?

Martín enarcó las cejas.

—Eres escritora, adivínalo —dijo Martín.

—Juguemos a eso, sí, es una buena idea —dijo Lucrecia.

—Enseñas francés. ¿Has trabajado en algún instituto como profesor?

—Te estás acercando…

—¿Prometes no mentirme?

—Lo prometo.

Ambos sonreían con picardía. Se hallaban a gusto.

—Sigamos jugando. Has vivido en España y en Tánger, te expresas con corrección, me he fijado en tus manos: no son las de un trabajador manual. Tus modales son educados, hablas francés, has estado cerca de la docencia. Creo que me lo estás poniendo fácil. ¿Eres sacerdote?

Martín Ugarte calló. Unos segundos antes le había prometido no mentir.

—Sí, lo fui —aceptó él, no sin sorprenderse. ¿Cómo lo has sabido?

—Ja, ja, ja,

—¿Te ríes?

—Lo he adivinado, las escritoras tenemos ese don.¿De manera que has sido cura? Me gustaría hablar de ello, es un tema que me interesa.

Martín se mantuvo en silencio sin perder la sonrisa. Se hallaba bien al lado de la guionista, pero de ninguna manera deseaba satisfacerla. Le recordó a Joan Alison: siempre aprovechando cualquier situación para curiosear en la vida del resto de los mortales.

Dado que había sido ella quien había propuesto la cena, consideró que había llegado el momento de acabarla. Lucrecia hizo un gesto a Santiago Díaz, le susurró unas palabras al oído.

—Ha sido un buen rato, amigo mío, espero que sea el primero de muchos.

—Para mí también, la próxima vez invito yo.

Para la guionista había sido una noche agradable. Martín no le defraudó, en ningún caso. Demostró ser un hombre educado, con una conversación interesante y no había incurrido en la grosería de invitarla a continuar la velada en su apartamento, como le ocurría a menudo con acompañantes cubanos. Poco sabía de él. Meditó sobre los motivos que le habían llevado a La Habana, la vida que habría

dejado atrás. Quizá en esa información tenía un buen material para alguno de sus guiones.

Había sido una noche extraña, pensaba Martín mientras dirigía sus pasos al apartamento. Pese al alcohol ingerido, la noche era agradable, soplaba la brisa e invitaba a caminar.

Pensó en los dos Martín Ugarte que habitaban en él. En el que amanecía y avanzaba durante el día, atenazado por los miedos generados en su niñez de la que guardaba recuerdos vagos: un joven indeciso, apiadado de sí mismo, obsesionado por conquistar el corazón de Joan Alison sin plegarse a su toque de corneta; y otro luminoso que atraía a mujeres inteligentes, como había comprobado aquella noche una vez más.

Alejado como estaba de Alison por la decisión adoptada: Me voy a Connecticut a escribir una novela, y sin que hubiera recibido noticias de ella, la cena con Lucrecia de la O le había dejado un gusto agradable. Una mujer inteligente, sin duda. Apuesta y elegante, además.

La luna resplandecía. Caminaba despacio, aspirando el olor a mar inevitable en las cercanías del Malecón. El aire tenía un gusto fresco. Deambulaba bebido, pero no borracho. Se cruzó con un buen número de parejas de jóvenes que se besaban, grupos de amigos que reían, introdujo su mano derecha en uno de sus bolsillos y rozó el pequeño crucifijo de madera que siempre llevaba consigo. Volvió a pensar que aquello, quizá, era la eternidad.

Capítulo 27

No era el asunto de Alexandro Cavalcanti y sus hermanos lo que preocupaba en aquellos momentos a Meyer Lansky. El presidente Batista fue claro al pedirle que investigara donde se hallaban los casi dos millones del secuestro de Carolina Bacardí.

Ambos mantenían una buena sociedad. Los Lansky lo necesitaban, era el presidente y quién mandaba en el cuartel Columbia. ¿Y Batista a él?, se preguntaba con frecuencia. No, era la respuesta. Estaba seguro. Se lo decían algunos de los edecanes de la presidencia. El embajador yuma insistía cada semana. Querían que Batista lo entregase. O que lo echase de la isla. Mejor lo primero. En Nueva York lo esperaban unos cuantos fiscales con cargos de toda clase. Una vez se les había escapado.

No podía aguanajarse, como decían en La Habana. Otros estaban al acecho, amigos suyos incluso, como Santo Trafficante o Joe Stasi, dispuestos a ocupar su puesto y continuar entregando al presidente las maletas que le correspondían, llenas de dólares, dispuesto incluso a aumentar su porcentaje si fuera necesario.

Trafficante era el más peligroso, estuvo en la Conferencia de La Habana de 1946, en el hotel Nacional, y presumía de ser un gran amigo de Meyer. En realidad soñaba con ocupar su lugar.

Cavilaba. Cuando manejaba a solas el vehículo por las calles de La Habana hablaba en voz alta. Era su manera preferida de repasar sus cosas. Se lo tenía prohibido a sus hombres. Por entonces los federales ya habían inventado pequeños aparatitos de escucha que instalaban entre las paredes de los autos y debajo de las alfombrillas. Pero a él le gustaba hacerlo.

¿Quiénes saben dónde está esa platica que ansía el presidente?, se preguntó mientras manejaba un Oldmosbile por las grandes avenidas de la ciudad. A lo largo del Malecón, por la Avenida de los Presidentes, por la carretera de Rancho Boyeros. En alguna ocasión incluso viajaba hasta Santa María, tomaba dos cervezas y regresaba. Era un gran lujo que no se podía permitir en Nueva York. En esta ciudad hacía tiempo que no sabía lo que era introducirse en un vehículo sin tres o cuatro hombres bien armados que lo acompañasen. Está Stanley. No cuenta pues está grave, en estado de coma, ni oye ni habla. Para qué rematarlo, se dijo, aún en el automóvil.

Le había caído bien aquel hombre de la CIA, lo visitó en su casa de Key Biscaine, cenó con él a solas, solucionaron entre ambos el asunto de la niña Bacardí. Lástima que metiese la nariz demasiado.

Además de Stanley, el secreto que le preocupaba lo conocían su

hermano Jacob y Grandote Bazuko, su lugarteniente desde hace veinte años. Este le había disparado con las balas mosca, hizo bien su trabajo, pero la suerte estaba con Stanley y sobrevivió.

A veces pensaba en la fidelidad de Bazuko: ¿Era posible dudar de él? No, no lo era. Sin embargo, de esta misma manera pensaba Enzo Caporelli de su primo Rogelio, de la misma sangre, que le guardó las espaldas durante treinta años hasta que lo traicionó una víspera del día de San Valentín.

Santo Trafficante y Grandote Bazuko eran buenos amigos. A veces tomaban tragos en cualquiera de los hoteles que regentaba una u otra familia. Convertirse en Capo di tutti capi de los negocios en La Habana. ¿Por qué no va a proponérselo Santo si era con lo que soñaba?

¿Y Grandote?, siguió cavilando. Halló una buena razón para que aceptase convertirse en un traidor. No era dinero. No lo traicionaría ni por diez millones de dólares. Trabajando para Meyer y Jacob tenía todo lo que podía gastar. Sin embargo, había algo en él que podía funcionar como detonador: fundar su propia familia. Dejar de ser un matón y convertirse en un respetado capo al que le besaran la mano aunque fuera de un pequeño distrito de Chicago o de Atlantic City. Siempre que Santo Trafficante se lo propusiera…

Una vez de regreso en La Habana pasó la noche junto a La Bella Carmen, en el apartamento de esta en el Paseo del Prado. Cenaron juntos milanesa con papa frita, abrieron una botella de champán francés, hicieron el amor y durmieron hasta las ocho de la mañana. Antes de las doce de la noche sonó el teléfono. Era Grandote que lo llamaba para comprobar que había regresado y que las cosas marchaban bien.

—Bien, jefe, ya me puedo acostar tranquilo —dijo Grandote.

Al día siguiente Meyer se levantó temprano, como era su costumbre. Preparó café y unos huevos fritos para su amante y para él.

Se dirigió a la habitación 129 del Nacional. Grandote Bazuko había llegado y tomaba un café. Jacob lo hizo unos minutos más tarde.

Como lo hacían cada mañana, Bazuko les leyó la facturación de la víspera de los casinos que regentaban. Dio cuenta de un par de peleas entre clientes, solucionadas en unos minutos.

Bazuko se encargaba a primera hora de organizar a los empleados de los casinos que transportaban el dinero de las recaudaciones hasta una oficina donde otros empleados lo contaban de nuevo. Dos terceras partes se ingresaban en tres cuentas bancarias cuyos titulares eran sociedades controladas por Jacob y Meyer. La tercera parte restante se guardaba en una caja fuerte. Era el dinero que habría de entregarse a diferentes funcionarios del gobierno y de la policía, entre ellos al presidente Fulgencio Batista. Se entregaba acompañado de un informe minucioso revisado por Meyer a fin de declarar menos ingresos de los

habidos.

Era una tarea metódica que ocupaba a Bazuko tres horas de cada mañana.

Con su hermano Jacob lo compartía todo. El apellido Suchowljansky que a los empleados de emigración en Ellis Island les parecíó demasiado largo y demasiado ruso, y lo rebautizaron como Lansky, a secas. Meyer tenía nueve años y los ojos bien abiertos al llegar a Nueva York.

Esa mañana, Jacob, desde que cruzó el primer Buenos días con su hermano, adivinó que algo extraño le sucedía.

Una vez que Bazuko abandonó la habitación, esperó unos minutos y le dijo:

—¿Qué sucede, Meyer?

Este lo miró. Era una mirada extraña, caída, seguida de una serie de gestos con la mano durante unos segundos sin abrir la boca. Grave tiene que ser, se dijo Jacob.

—Tengo malas noticias, Jacob. Ayer por la tarde estuve reflexionando sobre los peligros que están ahí, al otro lado de la puerta. Tenemos uno muy grave.

Meyer le había contado el desarrollo de la entrevista con el presidente Batista. También la petición de este para que averiguara el destino del dinero que había pagado la familia Bacardí por el rescate de la joven Carolina. Era uno de los asuntos que Jacob tenía en la cabeza. Dejó que su hermano hablase.

—Sí, Batista pregunta una y otra vez por esa plata, la misma que tenemos en una de nuestras cajas fuertes. O invertida en La Habana, en nuestros hoteles, casinos, en nuestros negocios —dijo Meyer.

—Ok, y nos da unos rendimientos excelentes —respondió Jacob.

—Sí Batista nos echa del país será nuestra ruina. Volveremos a estar en la pobreza, como cuando éramos niños, y perderemos el respeto de las familias, estorbaremos, es probable que traten de matarnos.

—Meyer, ¿y por qué va a ocurrir? Tenemos una buena relación con él, le pagamos con generosidad.¿Quieres que le aumentemos la comisión?

—Jacob, eleva tu mirada, dijo Meyer, algo molesto. ¿Qué pasaría si llega a enterarse de que nos apropiamos de la plata del secuestro? ¿Qué sucedería si se entera de que Stanley fue ametrallado por uno de los nuestros? Batista entregará nuestra cabeza a los federales, estoy seguro.

Jacob entendió la gravedad que encerraban las preguntas de su hermano. La buena relación con Batista se sustentaba en los fajos de billetes que este recibía. Un motivo suficiente para que rechazase las

peticiones del embajador de la Casa Blanca en orden a los hermanos Lansky.

No hay evidencias directas, señor embajador, entrégueme una y los botaré de inmediato. Y si hicieron algo en su país, bueno, es cosa de ustedes, en Cuba se comportan como hombres de negocios, pagan los impuestos y no se meten con nadie, ni siquiera se emborrachan, son buenos ciudadanos, repetía una y otra vez el presidente.

—Lo de los Bacardí es grave, sí, pero lo de Stanley… —repitió Meyer.

—Continúa —rogó su hermano.

—Es norteamericano, quizá nos equivocamos.

—Metió la nariz demasiado, así lo dijiste, nos habría denunciado —dijo Jacob.

Meyer asintió.

—¿Entonces? —dijo Jacob.

Meyer dejó que transcurrieran unos segundos.

—Solo cuatro personas estamos al tanto de estos asuntos. Stanley, Grandote, tú y yo.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que estás pensando.

—¿Grandote?

—No hay otro remedio. Es duro, lo sé, le tengo tanto afecto como tú, dame una solución y la aceptaré gustoso.

A Jacob le sobrevino un escalofrío.

—Se dejaría matar antes de delatarnos.

—¿Estás seguro de ello? Querido Jacob, no quiero hablar mal de Grandote, pero no olvides que Trafficante quiere ocupar nuestra silla. Y algún otro, quizá Joe Stasi. ¿Cuánto pagarían en Nueva York por vernos en la morgue? Ellos saben lo que ganamos cada noche. Dame otra solución, Jacob, búscala, te lo ruego.

Estaba excitado, como pocas veces lo había visto Jacob. Prosiguió.

—Esa gente que busca nuestros negocios, esos que besan mi mano… primero es un simple pensamiento, después un razonamiento, al fin se transforma en una conspiración, así funcionan las cosas.

Jacob le daba vueltas a lo que expresaba su hermano. Era verosímil. Pero había algo que omitía. Él también estaba entre esas cuatro personas que conocían lo que había sucedido. ¿Sería Meyer capaz de ordenar que lo asesinasen para quedarse tranquilo, sin peligros a la vista? No se atrevió a expresarlo, pero lo pensó. ¿Sería el siguiente?

—Pensemos, busquemos otra manera de hacer las cosas, no necesito tomar una decisión hoy, puede ser mañana, la semana próxima —dijo Meyer.

Jacob dedicó las siguientes horas a ese asunto. Grandote y él se conocían desde los veinte años. Habían sido compañeros de las primeras aventuras con mujeres del barrio que los vio crecer. En incontables ocasiones Grandote lo había esperado horas y horas sentado en un vehículo hasta verlo salir de un portal donde había tenido una aventura con alguna de sus novias de paso.

Y sin embargo lo que expresaba Meyer tenía sentido. No necesitó que transcurriesen muchas horas para retomar la conversación.

—Me duele mucho, pero no hallo solución —expresó Jacob.

Meyer tomó la palabra. Sus palabras se amontonaban, como si hubiera ingerido una anfetamina.

—Me he vuelto loco buscándola, incluso he pensado en acudir a Batista y confesarle nuestro error, ofrecerle el doble de la cantidad que le damos a cambio de que las cosas continúen como hasta ahora. Él diría: bien, Meyer, acepto el trato, perdonados Jacob y tú, seguimos siendo socios. Y no tardaría una hora en estudiar cómo se deshace de nosotros y pactar con Trafficante o con Stasi. O quizá nos entregue a los federales para que estos le cuelguen una medalla. No, es probable que nos mate y envíe los cadáveres a la embajada; de esa manera se quita dos preocupaciones y deja satisfechos a sus amigos. Batista es capaz de todo.

—Seamos prácticos: tenemos dos tareas, una Bazuko, otra Stanley —dijo Jacob.

—Stanley sigue en estado de coma, así estará unos días, semanas, meses, años… nadie lo sabe.

—¿Has pensado en algo?

Era una pregunta innecesaria. Meyer jamás tomaba una decisión sin haber examinado la forma de llevarla a cabo.

—Buscaremos la mejor manera. No hay otro remedio. Vamos a comportarnos con él como siempre. Creo que ayer consiguió que los muchachos Cavalcanti embarquen rumbo a Italia. Allí alguno de nuestros amigos los protegerá. Quiero que Alexandro y sus hermanos busquen un buen empleo, quizá puedan aprender un oficio.

Capítulo 28

Martín Ugarte no se demoró en llamar a Lucrecia de la O.

—Quiero invitarte a cenar, donde quieras —le dijo tres días después del primer encuentro.

Lucrecia lo sorprendió.

—Acepto, pero te propongo algo diferente; viste lo que ocurrió en el restaurante hace unos días. Tuve que estrechar unas cuantas manos, firmar autógrafos. No, esas cosas halagan y molestan a partes iguales. La consabida serie de clientes en demanda de un recuerdo con la célebre guionista de El último beso. Las preguntas que se repiten: ¿Es una historia real? ¿Por qué en tus novelas las mujeres son vengativas? ¿Cuál será tu próxima obra? Esta noche prefiero privacidad.

—¿Qué me propones?

—Te invito a una excursión, te recogeré en mi auto, mi chofer nos llevará y verás la ciudad que no has visto hasta ahora.

—¿Por qué no? —aceptó Martín.

—Eugenio, mi chofer te recogerá a las ocho. Sube y tómate algo mientras termino de arreglarme, solo serán unos minutos, quizá quince.

Él obedeció.

Habían pasado unos minutos de las ocho de la tarde y Martín accedía al apartamento de Lucrecia. Ella le condujo al salón, un espacio amplio con tres balcones que daban a la calle Prado. Estaba dividido en dos ambientes: el salón y el comedor. Una buena cantidad de cuadros colgaban en las paredes. Era un lugar agradable.

Le indicó una cómoda sobre la que reposaban algunas botellas de licores.

—¿Qué te puedo servir mientras me esperas? Tengo hielo en la cocina.

—Ugarte se había aficionado al ron desde que llegó a la ciudad.

—Yo mismo me serviré. Ron está bien, gracias. ¿Te sirvo algo?

—Lo mismo, strike.

Cogió una botella de ron Arechavala, su favorito, Se sirvió un buen trago y siguió curioseando. Ella se había retirado a su habitación. En una esquina del comedor había varias fotografías enmarcadas. En ellas la propietaria era la protagonista junto a otras personas cuya identidad desconocía. Supuso que eran de la farándula.

La mujer que apareció unos minutos después era otra, muy diferente de aquella con quién había cenado en el Perro Chico. El

vestido lo había cambiado por unos pantalones negros ceñidos y una blusa abotonada, también de color negro. Calzaba botines. Había recogido su cabello y lucía un sombrero. Su tez era blanquecina. Nadie diría que era la misma mujer.

—Así estará mejor —dijo ella, sonriendo.

Él lo confirmó.

—Eres otra persona.

Una vez en la calle entraron en un café que disfrutaba de una buena clientela. No era la primera vez que ella incursionaba en solitario por los cafés y bares de la ciudad, siempre bien caracterizada. No encontró a nadie que le preguntase: ¿Oiga, se parece usted a Lucrecia de la O? Era lo que pretendía.

En Centro Habana, en el Vedado, en la calle 23, La Habana Vieja. La ciudad contaba en aquel año de 1953 con un buen número de cafeterías, sodas y terrazas donde era frecuente encontrar mujeres jóvenes en grupo o incluso en solitario, esperando a un hombre o a compañeras de trabajo.

Cuando Lucrecia salía sola, y eso ocurría al menos una vez a la semana, solía elegir una esquina donde la iluminación fuera tenue. Siempre lo hacia arreglada y maquillada de manera que resultaría difícil averiguar su identidad. Para ella era excitante entablar una conversación con los ocupantes de una mesa contigua con cualquier excusa, indagar cuáles eran sus radios novelas favoritas. Llevar la conversación con habilidad hasta El último beso, conocer lo qué opinaban, cuál de los protagonistas era su favorito, qué sabían de la autora.

Subieron al vehículo. Eugenio, el chofer era un hombre de unos cincuenta años fornido y de pocas palabras. Trataba a su patrona como Señora.

El vehículo era un Cadillac Seville, alargado y elegante, de color gris oscuro. Los asientos estaban revestidos de piel de color negro.

—Empezaremos por el Sloppy Joe, fascina a los Jhonnis, a esta hora tiene un buen ambiente.

Un grupo de norteamericanos ruidosos bebían su décima cerveza y jugaban a los dardos, otros se amontonaban en la extensa barra y pedían su copa a gritos.

—Creo que nos va a costar pedir un trago.

Propuso abandonar el bar. Para añadir:

—Es una buena hora para ir al Sans Souci.

El chofer tomó la carretera que conduce a Marianao y les dejó en la puerta.

Los acomodaron en una pequeña mesa alejada del escenario, así lo pidió Lucrecia. Sobre el escenario un numeroso grupo de mujeres negras casi

desnudas bailaban al son de tambores batá y entonaban canciones en un idioma desconocido para él. Martín mostró interés.

—Es Yoruba, un idioma africano. Después de una buena cantidad de tragos, los clientes tienen la sensación de estar en la selva oyendo ritmos desenfrenados de mujeres salvajes. Fíjate en los clientes, son norteamericanos sencillos, empleados de oficina, granjeros que pasan un fin de semana diferente entre amigos. Sus esposas se han quedado en casa al cuidado de los niños. Acaban hipnotizados, se excitan y gastan plata y más plata. Luego pasarán al casino. Los hay de dos clases: los de groupiers con smoking y sillas de escaleras donde vigilan los inspectores; y los populares, sus clientes son los taxistas del turno de noche, los camareros del Prado, las prostitutas de las calles Virtudes o Ánima, o de la Gatica de Angora de la calle Chacón. En estos últimos los techos que alumbran las mesas de juego no son lámparas de cristal que imitan a las de los palacios europeos, sino simples reflectores en una atmósfera embriagada de sudor. Pero en ambos casos, es solo cuestión de tiempo que los desplumen en el black jack, en la ruleta o en las mesas de póker.

Lucrecia de la O había hablado de corrido. Como todas las palabras que brotaban de su boca, escogidas, pronunciadas en un tono íntimo y seductor, daba la impresión de estar escuchándola a través de las ondas.

Martín Ugarte quedó sorprendido.

—¿Lo has improvisado?

—Sí, ¿cómo lo sabes?

Las había escrito el día anterior para una radio novela, las memorizó y Martín era el primero que las escuchaba.

Él rio, fue una risa espóntanea. Esa misma actuación se la había visto a Joan Alison. Memorizar un pequeño discurso plagado de frases ingeniosas, y escogidas para pronunciarlo ante un pequeño auditorio.

Lucrecia se sorprendió y dijo.

—¿Te ríes de mí?

—No, disculpa, son recuerdos.

Esa mujer lo estaba deslumbrando pasito a pasito, como lo había hecho Joan Alison muchos años antes, en Tánger. No obstante, se sentía bien, algo borracho, pero a gusto.

—Creo que después del Sans Souci nos vendrá bien tomar un trago en Tropicana.

—Ya lo conozco, he estado varias veces con mis amigos —dijo él.

—Déjame pensar, podemos hacer un tour por lugares que no habrás conocido.

—Estupendo —respondió él.

—Eugenio, demos un paseo por el Parque Central, la noche es agradable y clara —ordenó al chófer.

Este circuló con lentitud por los alrededores del Parque Central.

—Es peligroso bajar de la máquina —siguió explicando ella. Las prostitutas en decadencia y los putos merodean por estos lugares. Cobran poco, pero hacen platita porque es matar jugada y ya, cinco pesitos por aquí, diez pesitos por allá, sin que el cliente baje de la máquina. A estas horas estará frecuentado por jóvenes de las provincias, la oscuridad es su cómplice, una mamada, una culeada rapidita. Tienen que pasar la noche por estos lados. ¡Qué remedio!, viven en cuarterías donde los portones de la calle cierran a las doce de la noche.

Les habían dado las dos de la madrugada y decidieron acabar la noche en El Faro, un bar cercano al puerto cuya clientela solían ser marineros y gentes de paso. Tenía fama de ser un lugar de mala muerte, refugio de marihuaneros. A Lucrecia le fascinaba.

Ella entregó con disimulo un billete al portero y los dejó entrar.

La dueña era una mujer de una edad mediana y de ojos saltones. Daba órdenes desde una esquina de la barra. Por su acento podría ser alemana, expresó Martín. Los muchos años pasados en Tánger le habían proporcionado una facilidad extraordinaria para averiguar procedencias y nacionalidades solo con escuchar unas pocas palabras. Se sentaron en dos sillas Tonet ante una minúscula mesita redonda. Ambos pidieron un ron añejo.

No era una buena noche para El Faro. Una docena de hombres vagabundeaba una y otra vez alrededor de la barra.

Lucrecia calculó que Martín tenía en su cuerpo una buena cantidad de alcohol. Quiso saber más sobre él.

—Cuéntame de ti, corazón. ¿Estás de paso en la ciudad?

Acompañó la pregunta con una sonrisa pícara.

Le sorprendió. No tenía respuesta. No sabía si estaba de paso. Los tragos ingeridos y la semioscuridad del bar eran propicios para una larga confidencia. La austeridad de palabras aprendida en sus muchos años de seminarista y sacerdote vino en su ayuda.

—No tengo mucho que contar. No sé el tiempo que estaré en La Habana ni cuál será la próxima ciudad donde me instale.

Ella, sin embargo, parecía estar dispuesta a no soltar a su presa.

—Tendrías que ser amable conmigo, soy guionista, vivo de las historias reales, luego les doy mi estilo, eso me permite escribir, vivir. Cuéntame algo de tu vida sentimental. ¿Has dejado mujer en Europa? ¿Algún pequeño? ¿Tienes alguna enamorada esperándote?

Ella le agradaba, era cierto. Conforme iban pasando los minutos y las horas veía en ella detalles que la engrandecían. Miraba a los ojos con sentimiento y estaba seguro de su inteligencia. Las mujeres de cabeza vacía no le llamaban la atención. Así había sido con Joan, así estaba siendo con Lucrecia.

Las preguntas de ella eran tan precisas que escabullirlas habría de ser tomado como un signo de mala educación. Se rindió y se mostraba dispuesto a saciar la curiosidad de su acompañante al menos en parte, con respuestas vagas y sin embargo respuestas. Ella introdujo en la conversación un asunto embarazoso.

—Háblame de ti. ¿Sigues siendo católico?

Era la pregunta que menos esperaba en aquella noche larga y extraña.

—¿Por qué lo preguntas? ¿Te interesa?

—Me interesa todo lo que concierne a uno de mis personajes. Tú podrías serlo, un joven español que fue sacerdote y vaga por el mundo en busca de un amor…

Bien fuera por el alcohol ingerido o porque hacía tiempo que no hablaba de ese asunto con nadie, no rehuyó el envite.

—Sí, lo soy —dijo.

Para añadir.

—¿Y tú?

Lucrecia de la O lo era por nacimiento, pero no estaba dispuesta a responder a no ser de una manera vaga. Le interesaba conocer lo que había en la mente de Martín, de ninguna manera confesarse. Optó por una respuesta equívoca.

—No sé si lo soy, estoy atravesando un periodo de crisis, de descreimiento —dijo.

No había sido él quién había introducido ese asunto, pero una vez encima de la mesa emergió el Martín Ugarte que una vez vistió sotana y estudió teología. Pidió otro trago.

—Solo responde a unas preguntas. Cuando estás hundida, cuando te hallas en una encrucijada y no sabes qué dirección tomar, cuando te sientes sola, cuando el peso de la conciencia te aplasta… cuando eso ocurre, ¿a quién pides ayuda?, ¿con quién hablas en la intimidad? ¿O es que nunca has estado en esas circunstancias?

Lucrecia de la O calló por unos segundos, desconcertada y fascinada. Era la primera vez que le hacían unas preguntas tan simples y, sin embargo, insólitas en el mundo que vivía: el mundo de la farándula, de las noches sin fin, de las ambiciones por alcanzar la fama, de los titulares de Bohemia en los que figuraba su nombre.

La puerta del bar se abrió, las cosas dieron un giro. Eran dos de los nuevos amigos de Ugarte, los cesta puntistas vascos, algo embriagados y eufóricos.

—¡Paisano! —le dijeron en lengua vasca al reconocerle.

Martín se levantó, se abrazó con ellos y presentó a Lucrecia como una buena amiga.

Después de unos minutos de conversación convencional ella

decidió dar por terminada la velada con unas palabras de despedida.

—Bien, Martín, me retiro, te dejo en buena compañía, Cuídense muchachos. Nos veremos.

—De ninguna manera, te acompaño —dijo él.

—Tengo al chofer esperándome. Seguiremos otro día, ha sido una noche deliciosa. Seremos buenos amigos, lo presiento.

Llegaron hasta el vehículo. Ella tomó la iniciativa y le adelantó la mano. Este gesto lo cogió de sorpresa. Hubiera esperado otra clase de despedida, un beso en ambas mejillas.

Él regresó junto a sus amigos y tomaron otro trago. Se hallaba fatigado, pero decidió prolongar la velada junto a sus paisanos tanto como sus fuerzas se lo permitiesen.

Al cabo de un buen rato decidió que había llegado el momento de dar por terminada la noche. Regresó a su apartamento. Mientras caminaba volvieron a su cabeza las palabras sostenidas con Lucrecia de la O, las mismas con que la había interpelado: ¿A quién pides ayuda cuando te hallas sola, en una encrucijada, sin salida? Recordó su época de sacerdote. Estando en el confesionario había escuchado a personas desesperadas implorar ayuda, consuelo, pedir respuestas que transmitiesen paz, necesidad de hablar con el cura al que escuchaba a través de una celosía de madera agujereada. Por unos instantes, extrañó aquella etapa de su vida.

Capítulo 29

Madeleine contrató a Israel Pí bajo una condición: las pupilas del club estaban prohibidas para él, ni siquiera en aventuras de una sola noche. Podía ser su amigo, en ningún caso amante. Él aceptó. La francesa aún no había terminado.

—Creo que vas a cumplir mis órdenes como un buen muchacho, pero, ¿cómo sacias tus necesidades sexuales, ¿vas a un burdel?, ¿tienes una novia?

No eran malas preguntas para el comienzo de una relación laboral. Él se mantuvo en silencio.

—¿O eres maricón?

Israel se dio la vuelta y se alejó sin respuesta alguna.

A ella le agradó su gesto. En realidad, no tenía obligación de contestar. Demostraba carácter, ninguna sumisión, la clase de hombres con los que ella se llevaba bien.

Lo contrató porque venía recomendado por el inspector Juan Sorrillo, porque lo podía despedir al día siguiente y porque su compañero Lègrand había sufrido un accidente en Tánger. Su estado no era grave, pero le impedía caminar y viajar al menos durante unos meses. Madeleine recibió la noticia con un doble pesar, perdía al hombre en quien debía apoyarse para inaugurar el club y también al amante joven que de vez en cuando le recordaba los dulces ecos del sexo. Había cumplido los sesenta años y de cuando en cuando le agradaba sentir los besos de un hombre aunque fueran fingidos, sentir que una verga vigorosa la penetrase.

No obstante, la francesa olvidaba rápido los contratiempos y pidió a Lègrand que acabase los tratos con las mujeres que ambos habían elegido para su nueva aventura empresarial. Él habría de negociar las condiciones y vigilar que las elegidas embarcasen a tiempo.

No eran muchas las compañías marítimas que en ese tiempo hacían las travesías de Europa con La Habana. Reservó cuatro camarotes en el vapor Aquitania.

Las mujeres embarcaron en Tánger con un buen número de maletas y sombrereros. El barco recogió pasajeros en Lisboa y llegaron a la Habana una semana antes de que se inaugurase el club.

A Israel Pí la propuesta de Madeleine le sorprendió y agradó. Los ahorros que había traído menguaban y apenas le encargaban retratos callejeros. A pesar de ello, comenzaba los días de buen ánimo y estaba seguro de que las cosas habrían de mejorar. Contaba con su don para conversar, con sus palabras cargadas de ingenio, su facilidad para

provocar sonrisas en los que le escuchaban. Eran numerosos los extranjeros que se detenían al verlo, casi todos se hallaban en una situación incierta, necesitados de la vitalidad y calidez que provocaban personas como quién se hacía llamar Israel Pí.

Para ese entonces, Israel y ella habían elaborado un mapa de la ciudad, con sus prostíbulos pequeños, medianos y grandes. Visitaron los hoteles de lujo, los de precio medio y las pensiones baratas. Hablaron con sus gerentes y porteros a fin de que recomendaran Tánger a los clientes que buscaran pasar un rato en compañía de una mujer europea, en un lugar donde no habrían de temer que los robasen o acuchillasen.

Israel Pí tuvo una idea que entudiasmó a Madeleine.

Los jóvenes que pertenecían a familias de dinero eran socios de clubes recreativos como el Yacht Club, El Country y el Biltmore.

A partir de la adolescencia iniciaban el cortejo de mujeres de su misma edad y clase social que acababan en noviazgos y, tras un tiempo breve, en matrimonios. Era raro que una joven de la alta sociedad habanera perdiese la virginidad antes de la noche de bodas.

Los varones solían frecuentar prostíbulos donde mujeres profesionales los iniciaban en el sexo. Solían ser mujeres de las provincias, mulaticas con curvas bien formadas y pechos erguidos como reflectores de foco de automóvil. Eran de cabellos largos y azabaches, que susurraban al oído palabras como Mi Príncipe, Papito, Mi Rey.

La cabeza de Israel siguió trabajando. Mediante un buen trabajo de información, las mujeres europeas del club habrían de despertar un deseo irrefrenable en los jóvenes de la alta sociedad. Sería la primera vez que en los salones de un burdel cubano alternasen mujeres que hablaban francés o alemán, luciesen cabelleras rubias y coqueteasen con sus ojos azules o verdes y que, además, tuviesen experiencia de primera clase en las artes amatorias.

Israel se puso a la tarea. Como se trataba de un hombre joven y extranjero no le resultó difícil averiguar los nombres de los cafés y heladerías que solían frecuentar esos jóvenes. Se trataba de establecimientos del Paseo del Prado, El Vedado y Marianao. Israel Pí era audaz y estaba convencido de que la suerte lo acompañaba, lo supo desde el momento en que consiguió burlar las amenazas de los que quisieron enjaularlo en España.

Pí puso un buen billete en los bolsillos de los encargados de estos negocios. Los jóvenes solían acudir en pandillas. Entre estos existían, por lo general, uno o dos que llevaban la voz cantante, bien por su simpatía, por su patrimonio o por ambas razones.

Para Israel se trataba de que alguien le facilitase sus nombres, el club al que pertenecían y con una u otra razón conseguir una

conversación con ellos.

Los primeros resultados fueron prometedores. Los jóvenes abrieron los ojos, admirados por una propuesta tan sugerente. Israel les propuso noches de sexo sin precio alguno, y tragos libres durante una buena temporada.

Al conocer la propuesta Madeleine fue sincera y le dijo:

—Querido Israel, solo con esta idea te has ganado tu salario de sobra. No lo había visto nunca, ni en Tánger ni en París.

Israel sonrió.

Cada día que pasaba le agradaba más Israel. Poseía un carácter alegre, bromeaba con las chicas, trataba de enseñarlas español y estas le correspondían con palabras en francés. Se enfrascaba con ellas en la cocina y preparaban comidas. La patrona había prohibido a sus chicas que curioseasen en la vida del español antes de llegar a La Habana. Les costó hacerlo, pero cumplieron.

El nombre que ella eligió para el club, Tánger, tenía algo de amuleto. La ciudad norteafricana le había dado suerte; los ahorros con los que contaba se habían generado en aquel lugar. Algo había terminado en Tánger, algo estaba comenzando en La Habana.

Israel era un hombre que adoraba pasar el día entre mujeres, olerlas, piropearlas, coquetear con ellas.

Madeleine decidió que Tánger no debía competir con los grandes burdeles de escenarios lujosos. Estos estaban en manos de los capos norteamericanos y contaban con la protección de las autoridades.

Tratar de arrebatarles un pedazo de tarta le ocasionaría problemas.

Además de atraer a los jóvenes de la clase alta, ella concluyó que el secreto de su éxito habría de estar en que el club se diferenciase del resto de prostíbulos de la ciudad por una atmósfera sofisticada y extranjera.

Las obras menores del club avanzaban y se proponía inaugurarlo en dos semanas. Los permisos estaban firmados con la ayuda del inspector Sorrillo.

Continuaban los preparativos para la apertura. Israel se encargó de negociar con los proveedores los precios de las bebidas y licores. Se reveló como un maestro en las artes del regateo.

Negoció porcentajes, demoró pagos, exigió regalías y ventajas, estableció un sistema de trueque por el cual ellos entregaban licores y mercancía, y Madeleine correspondía con tragos gratuitos algunos días de la semana.

Madeleine se empeñó en lo que habría de ser decoración del club. Quería inspirarse en aquellos de la calle Pigalle que recordaba con charme. Alfombró los pasillos y las habitaciones. Adquirió sofás de segunda mano, mandó tapizarlos y sobre ellos hizo descansar un buen número de cojines de tacto agradable.

Colgó en las paredes espejos de gran tamaño. En los lugares principales del salón principal se podían contemplar reproducciones de óleos de mujeres escasas de ropa y galantes, en un estilo muy francés.

Se detuvo en el diseño de la iluminación. Una lámpara de brazos de gran tamaño colgaba del salón principal y ofrecía una luz tenue. Pequeñas lámparas colocadas encima de mesitas esquineras proporcionaban al establecimiento una atmósfera íntima.

En cuanto a la música, Tánger huyó de la música cubana en boga en aquellos momentos. Si los clubes de la competencia se caracterizaban por la sexualidad del mambo, Madeleine decidió que sonasen las voces de Josephine Baker, Georges Milton y Edith Piaf. Esta última habría de convertirse en un símbolo del club. Con frecuencia se podía escuchar L'accordeoniste, canción en la que una mujer se enamora de un acordeonista que marcha a la guerra, La Vie en Rose, o Milord. La voz de Piaf encantaba a los clientes. Su voz acariciadora les embriagaba.

Todo estaba listo para la inauguración de Tánger. Madeleine se enfrentaba a un nuevo acontecimiento. Poseía una gran confianza en lo inesperado, una fe en las circunstancias que propician los avatares del azar. Cuando los hechos de la islamización de Tánger llegaron, una vez que lo aceptó, se convenció de que a la vuelta de la esquina la esperaban nuevos hechos, apariciones inesperadas, noticias con efectos balsámicos.

Capítulo 30

Madeleine llamó por teléfono a Joan Alison.

—Inauguro mi club el 30 de mayo. Espero que estés presente.

Joan Alison lo había dudado una y otra vez, desde el primer momento en que Madeleine le comunicó la noticia del atentado. Una voz interior le sugería que Stanley estaba acostumbrado a vérselas con una muerte probable en razón de su oficio y había salido indemne. No hay razón para realizar ese viaje, se decía. Hasta que un día comprendió que era una pequeña trampa que ella misma se había estado haciendo con el único fin de no abandonar Connecticut y permanecer ante la máquina de escribir para construir la novela que aún no tenía título.

Se levantó para comprobar que su pasaporte no estaba caducado.

Viajaría a La Habana. Quería ver a Madeleine, abrazarla, hacerle saber que necesitaba su amistad pues estaba sola, en compañía del borrador de su novela y sus recuerdos. Se lo dijo con estas palabras. Madeleine quedó reconfortada. La norteamericana había reaccionado como esperaba.

También quería visitar a Stanley. Sabía que no habría de encontrarlo en buen estado. El agente de espionaje que le cantó las cuarenta por su altivez; el que reconocía su inteligencia; el que le decía una y otra vez que se cuidase si no deseaba convertirse en un barril de licor que navega en alta mar a la deriva. En una escritora prometedora derribada por su propia naturaleza.

Y sobre todo quería desembarcar cuanto antes en La Habana para volver a fijarse en los ojos azules y hermosos de Martín Ugarte. El tiempo de Connecticut, los largos paseos por las playas mientras descansaba del fervor ante la máquina de escribir, los silencios que la acompañaban solo roto por el batir de las olas: extrañaba sus abrazos, su mirada honesta, el candor que emanaba en las escasas ocasiones que hablaba de su niñez. Por primera vez no estaba segura de que el vasco habría de bailar al son que tocase. Lo cierto es que le hubiera gustado recibir una carta firmada por Martín, un simple telegrama anunciando su visita a Connecticut, pero esa carta nunca llegó. Ella la esperaba y habían pasado muchos meses sin noticias suyas.

Desembarcó en el puerto de La Habana donde la esperaba su amiga. Se alojó en su apartamento. Esta insistió. Después de que ambas despachasen un Martini seco la francesa le dio la noticia.

—Querida amiga, no puedo asegurarte nada, pero he escuchado que Martín tiene una mujer, o al menos que se ve con ella dos o tres

veces por semana.

Joan quedó sorprendida. No abrió la boca, ni siquiera mudó de expresión.

—Joan, cheríe, lo verás en unos días, en la fiesta que organizaré. Salvo que quieras buscarlo en su apartamento, sigue viviendo en el mismo lugar.

—No lo haré —dijo ella, tratando de mostrar indiferencia.

La francesa advirtió que las palabras de Joan escondían una emoción compleja.

Madeleine Didier había conocido la noticia unos días antes. Para ella también había constituido una sorpresa. Con motivo del papeleo de la inauguración del Tánger se veía con el inspector Juan Sorrillo varias veces a la semana. Y este le dio noticias de Martín Ugarte, el amigo común.

—Ese vasco es candela, se escucha que tiene enamorada a Lucrecia de la O, me han dicho que ella ha perdido la cabeza por él, aunque puede que sean chismes. Cuentan que se ven cada tarde, pasean por el Prado, se recogen en el apartamento de ella y salen por la noche. Es lo que se escucha, pero no hagas mucho caso, a los cubanos nos fascina chismear —dijo el inspector.

Así había sido, después de los dos primeros encuentros, ella lo llamó con una excusa.

—Querido Martín. Mira, no sé si puedes ayudarme, estoy escribiendo un borrador y una de las escenas se desarrolla en el Jai Alai de la calle Concordia. ¿Sería posible que nos viésemos con alguno de tus amigos jugadores?

Ugarte concertó un café con Kizkur Eskauriaza y Besterra. Ella preguntaba detalles sobre el juego, las apuestas, la posibilidad de que estas estuviesen amañadas como se rumoreaba.

Siguieron otros encuentros entre Lucrecia y Martín. Solían acompañarlos los deportistas vascos. La revista Bohemia publicó unas fotografías de una de esas cenas y el periodista se preguntaba: ¿Quién es el misterioso y atractivo joven español que acompaña a la célebre Lucrecia de la O en sus salidas nocturnas desde hace semanas? ¿Se trata de una conquista de la escritora?, ¿acabará con su soltería legendaria?

Madeleine tuvo Bohemia en sus manos y tras dudar un instante se la enseñó a Joan. Esta llevaba unas horas en la ciudad.

Pese a la indiferencia que mostraba ante su anfitriona, Joan se hallaba desconcertada. Cabía la posibilidad de que formase parte de una estrategia de Martín para llamar su atención. Deseaba encontrarse con él, pero no quería tomar la iniciativa de manera que solo quedaba esperar.

Madeleine e Israel Pí habían preparado una inauguración discreta, un grupo de amigos de ambos, con la intención de desear suerte al nuevo negocio que iniciaba su andadura. Brindar por su éxito. Entre ellos estaba Joe Kowalsky, Juan Sorrillo, Martín Ugarte y Joan Alison. Kowalsky invitó a Fréderic Miner, el amante de Stanley.

Martín desconocía que Joan Alison había llegado a La Habana.

Estos dos últimos llegaron al establecimiento casi al mismo tiempo. Joan descendió de un taxi y Martín se acercaba caminando bajo una llovizna fina. Este detuvo el paso. Estaban separados por unos ocho o nueve metros. Ella introdujo las manos en sus bolsillos y miró al cielo. Madeleine e Israel los observaban en la puerta del club.

Él reanudó la marcha mirándola a los ojos. Se dirigió al lugar donde estaba. Se dedicaron una sonrisa extraña y se abrazaron sin rozarse las mejillas. Ambos sintieron unas ganas enormes de besarse en la boca y sin embargo no lo hicieron, fingieron indiferencia. Joan lo hizo de forma calculada, Martín era víctima de un estado de aturdimiento que le impedía actuar conforme a sus deseos.

La norteamericana habría pedido permiso a Madeleine para subir a su habitación y poseerlo, con rabia, de una manera salvaje, asirle de sus largos cabellos mirándole a los ojos con fijeza, interrogarle con autoridad para saber si se había acostado con la guionista cubana. Pero no lo hizo y se dispuso a asistir al acto de la inauguración del club con toda la indiferencia que le era posible simular.

Se unieron al resto de invitados. Estos contemplaban los detalles del establecimiento. Llamaron la atención una serie de grabados japoneses enmarcados que se sucedían en la larga escalera que conducía a las habitaciones. Madeleine los había adquirido en Tánger, a un cliente inglés arruinado, y decía a unos y otros que eran del siglo precedente y originales. No simples reproducciones, apuntillaba. Los grabados eran una invitación excitante al sexo, ofrecían un testimonio de costumbres y fantasías, con profusión de posturas sexuales. No faltaban las ilustraciones en las que el sexo era grupal, en que varias mujeres atendían a un hombre que suspiraba de placer. De lo que estaba segura Madeleine era de que ningún prostíbulo de La Habana decoraría sus paredes de una manera tan excitante y singular.

Madeleine había tenido la idea de inaugurar el club con el himno de su país.

Inició la Marsellesa que siguieron sus empleadas con fervor y en posición de firmes.

Allons enfants de la Patrie

Le jour de gloire est arrivé…

Joe Kowalsky quedó impresionado ante la escena de las mujeres

ataviadas con sus mejores vestidos, adornadas con una faja con la bandera tricolor que cruzaba su torso en medio de la canícula caribeña mientras entonaban el himno.

Madeleine pronunció unas palabras, agradeció a sus pupilas la ayuda, las citó por su nombre. Recordó a un amigo ausente que también nombró: Stanley, y luego presentó a Joan de una forma solemne.

—Brindemos por la llegada a la ciudad de Joan Alison, una gran amiga. Nos conocimos en Tánger, hace años, en circunstancias extrañas. Buena parte de ustedes no sabe que la película Casablanca no existiría sin su participación. Por encima de todo, es una mujer inteligente y como pueden ver, muy hermosa.

Lo limitado del número de congregados impedía que se dispersase el grupo. Lo componían doce personas que mezclaban francés y español.

Joan se había distanciado de Martín. Este se dio cuenta del gesto y sintió una punzada de dolor.

La patrona había encargado a un restaurante una notable cantidad de platillos. Quiso celebrarlo con un buffet generoso y compró varias latas de caviar ruso que vendía un colmado propiedad de un armenio. Lo acompañó con vino y champán, naturalmente francés.

A Joan y Martín se les veía alejados. Madeleine observaba cada movimiento de ambos. Israel Pí, a quien Madeleine le había revelado la historia que unía al vasco y la bostoniana, animaba la conversación con el ingenio que lo caracterizaba.

El primero en abandonar el club fue el inspector Juan Sorrillo. Joe Kowalsky lo siguió. Quedaron los anfitriones, Ugarte y Alison. Como quiera que Alison era huésped de Madeleine debía esperar al final de la fiesta.

Al día siguiente empezaría a trabajar de cara a sus clientes de modo que Israel, Madeleine y las tres prostitutas ataron los últimos cabos. Estas mostraban en sus rostros el contento de quienes iniciaban una nueva aventura en una ciudad desconocida.

La patrona les había ofrecido un contrato ventajoso: un salario y la tercera parte de los servicios. A Israel Pí le ofreció el diez por ciento de las ganancias.

Les costó unos días adaptarse al ritmo perezoso de la ciudad. No habían trabajado en otro lugar que no fuese París o Tánger. Alguna de ellas trabajó en Marsella. Cuando el compañero de Madeleine les habló de cruzar el Atlántico para establecerse en La Habana, lo primero que les vino a la cabeza fueron unas putas sentadas frente a una cantina de color azul bajo un sol abrasador.

Visitaban el Malecón, lo recorrían, recibían el aliento de la brisa

calurosa del mes de mayo y regresaban al club que les servía de lugar de trabajo y morada. Era la primera vez en su vida de prostitutas que una patrona las hacía socias. Con el tiempo, albergaban el sueño de convertirse en Madames. No importaba el lugar del mundo donde habrían de cumplirse sus sueños. La suya era una profesión sin fronteras ni idiomas, pero de tiempos definidos.

Madeleine les había enseñado a ahorrar. Para cuando empezaron a trabajar con ella, Tánger era una ciudad comercial. Numerosos bancos franceses habían abierto oficinas. Ellas depositaban en sus cuentas una cantidad por semana. En La Habana encontraron un buen número de bancos. En este caso, eran norteamericanos. Nombres como Chase Manhattan Bank y First National of Boston, y que a ellas les sonaban a empresas solventes en las que podían confiar. Abrieron cuentas sin contratiempos.

Madeleine, por si acaso, ordenó a un herrero que instalase rejas en las ventanas de las habitaciones. En el interior de estas guardaban sus ahorros en diferentes lugares, debajo de la cama, en cajoneras… Cada día elevaban la mirada al altarcito que Madeleine había encargado para ellas, con sus santos favoritos, la mayoría de ellos patronos o vírgenes de los pueblos donde nacieron o se criaron. Les rezaban a diario, al levantarse y al cerrar los ojos, estuviesen fatigadas o no, hubiesen pasado un buen día o no, y también les pedían que las librasen de las fiebres del Trópico.

En lo referente a las drogas, Madeleine tenía un punto de vista drástico. Quiso que Israel lo tuviese en cuenta y no admitiese excepciones. Por medio del inspector Sorrillo supo que a La Habana llegaban cantidades importantes de cocaína y morfina procedentes del continente para ser consumida en los burdeles y salas de fiestas. En el Barrio Chino de Centro Habana existían varios establecimientos donde se fumaba opio. Ella lo prohibió, fue tajante y amenazó a sus empleadas de enviarlas a Francia si les encontraba cualquier clase de drogas en sus habitaciones, o permitían que los clientes lo consumiesen. Fue igual de rotunda con ellas al advertirlas que no iba a permitir riñas de burdel. Las había conocido desde que empezó en el oficio, aquellos tiempos lejanos en que cambiaba de establecimiento cada tres meses y recalaba en una u otra maison d'abattage que inundaba Pigalle. Las riñas solían acabar con ropas rasgadas, siempre en lucha por un cliente, aunque rara vez se hacían sangre, y los clientes lo contemplaban entre excitados y divertidos.

Madeleine las conminaba a ser buenas putas. No necesitaban maquillarse en exceso y en sus rostros brillaba la juventud. Los susurros en francés como mon petit chien resultarían adecuados para el preámbulo, los primeros veinte minutos durante los cuales el cliente se calienta. El clima en la alcoba aumentaría y la proximidad de una buena propina también.

Madeleine les insistía: Un hombre satisfecho de forma absoluta olvida las penurias que atraviesa su bolsillo, incluso un tacaño puede soltar cincuenta dólares. Cuesta trabajo, sin embargo, les decía, ellos tienen pinga y cartera, no corazón. Para eso han llegado ellas a La Habana en 1953, para amontonar billeticos con la efigie de Washington que les acerque a su sueño de convertirse algún día en Madame.

Joan y Martín quedaron solos en una esquina de la barra.

El vasco la quiso halagar.

—Estás muy hermosa, Joan.

Ella había tomado apenas un par de tragos. Él se sorprendió. Le pareció que había moderado su afición a los licores. También advirtió que había dejado de fumar.

—No te he visto encender un cigarrillo.

—Lo he dejado. Me encuentro mejor. Deberías hacerlo también.

Había dejado de fumar, era cierto, durante su estancia en Connecticut. Lo hizo porque se había convertido en una fumadora compulsiva. Escribía unas líneas, completaba trescientas palabras y encendía un cigarrillo L&M, su marca favorita. Se miraba en el espejo, fea, demacrada, pálida, de forma que tomó la decisión de abandonar los L&M. No le costó demasiado y se sorprendió. Ganó en vitalidad, las páginas de su novela llegaban una tras otra. Aun así, seguía sintiendo placer cuando aspiraba el olor de un cigarrillo.

Martín acababa de encender un Marlboro.

—¿Te molesta? Si es así, lo apago.

—De ninguna manera —dijo ella.

Joan Alison estaba lejos de preguntarle sobre su relación con la guionista de la que hablaba la prensa cubana. Pero deseaba saberlo todo. ¿Quién era ella? ¿Cuántos años tenía? ¿Era hermosa? ¿De qué hablaban? ¿Dormían juntos? Eran preguntas que flotaban en el aire.

Algunas de estas preguntas las había formulado Joan a algunos meseros la víspera, en su primer paseo por la ciudad. Las respuestas que recibió le confirmaron que se trataba de una mujer admirada y sobre quien, sin embargo, pendía un extraño halo de leyenda. Dos de sus interlocutores, sendos encargados de un hotel de lujo y un restaurante, le confiaron en voz baja que la Lucrecia, en la intimidad, prefería la compañía de mujeres aunque aclararon que solo eran rumores. Joan se sorprendió.

El estado de salud de Stanley les vino bien para cubrir buena parte de los primeros momentos de la conversación, una vez que habían quedado a solas.

Martín la puso al corriente de lo que había sucedido y de las informaciones que le transmitía el inspector Sorrillo y Joe Kowalsky. Este se había mostrado amable con ella y se interesó por el tiempo que pensaba permanecer en La Habana. Joan advirtió que Martín estaba

muy pendiente de esa respuesta.

—No sé —dijo—, dependerá de cómo evolucionen las cosas.

Era una respuesta imprecisa. Natural en Joan, pensó para sí Martín.

—Mañana quiero ir al hospital —dejó caer.

—¿Quieres que te acompañe?

Joan le miró.

—Me acompañará Madeleine —mintió.

No había motivo para prolongar la conversación. Ambos habían levantado un parapeto en aquel primer encuentro. Madeleine e Israel estaban enfrascados en los preparativos de la apertura que habría de tener lugar al día siguiente.

Se despidieron con un apretón de manos que ella inició. Martín quedó sorprendido por el gesto. Madeleine también. Se habían saludado con un abrazo poco entusiasta, pero abrazo, y se despedían estrechando la mano.

Joan concilió el suelo unas cuantas horas con la ayuda de un hipnótico. Seguía considerando la posibilidad de pedir a Martín que le informase sobre la noticia que había llegado a sus oídos. Pero hacerlo significaba enviarle un recado equívoco. Era cierto que la situación en que se hallaban tuvo su origen el día que ella metió sus cosas en una maleta y se largó a Connecticut tras el anuncio de que quería escribir una novela. No le permitió a Martín discusión alguna, lo admitía.

Pero de igual manera recordaba que ofreció a Martín la oportunidad de visitarla, lo que no había hecho. Ella lo imaginó como un paréntesis en su relación, él lo tomó al pie de la letra. Ella desapareció. También pensó que, quizá, la historia entre ambos fuese como un reloj al que se le había acabado la cuerda. El minutero y el segundero habían dejado de correr.

Al día siguiente Joan Alison se trasladó en un taxi a la Clínica Cardona. Preguntó por la habitación de Chris Fanon. La suerte estaba con ella. En ese mismo momento visitaba la clínica el inspector Juan Sorrillo. Este le facilitó el acceso a la habitación 27, tras hablar con los funcionarios de la embajada norteamericana que la custodiaban.

El rostro de Stanley le sorprendió. Por alguna razón esperaba encontrar un hombre al que le faltaba poco para iniciar el tránsito al más allá y, sin embargo, quien reposaba en aquella cama lucía un estado de relajación llamativa.

—Sigue en estado de coma —le dijo una de las enfermeras que lo atendía.

Ella le pidió que la dejase cinco minutos con Stanley.

Tomó una silla y se acercó a la cama.

—Querido Stanley, aquí estamos, once años después de Tánger. No te veo

cara de morir. He venido a La Habana, no para ver a Martín, sino a ti, para poner mi mano encima de tu pecho para darte fuerza, para que te recuperes. Para que volvamos a estar con Madeleine, como en Tánger, riéndonos de lo que nos acontece a unos y otros, bebiendo sus cócteles. Su club ya no se llamará «Chez Madeleine», sino «Tánger», creo que ha elegido ese nombre para homenajearnos, para que sus amigos tengamos un lugar al que acudir. ¡Ah!, disculpa, no te había entendido, creo que me falla el oído izquierdo. Me preguntabas por Lègrand. Sí, Madeleine y él continúan juntos, como socios, como amantes, como siempre.

»He pensado tantas veces en el momento en que nos conocimos. Era el año 1942. Estabas en la puerta del consulado americano en Tánger, despidiendo a los últimos invitados de la fiesta del 4 de julio, junto a tu cónsul. Bajé del taxi y dije: "Es 4 de julio, ¿no hay una copa para una americana?".

»Tomamos unos martinis, me diste un paseo por la ciudad. Me llevaste al Mirador de Pericardis. En aquel momento pensé que eras uno de esos frescos que quieren acostarse con una chica la primera noche que se conocen. Y después me presentaste a Martín, ¡Martín! Mi curita vasco.

»¿Cómo estoy? A medias. Estoy escribiendo una novela, me han pagado un magnífico anticipo. Si la termino, no sé si lo lograré, la editará una de las grandes.

»Pesó el que Casablanca tuviera tanto éxito. ¿Cuál es el argumento? No sé, por ahora escribo y escribo, un escritor inconsciente me dicta. Creo que es la historia de una mujer que vaga su soledad por las calles de Tánger. ¿Mi historia? No sé, tal vez. Escenas de Zoco Grande, la Casbah pintada de azul, burros en el mercado y muchos americanos buscando un buen lugar para una fotografía con una Nikkon. Pasé allí once meses, pero es como si fuesen once años. Lo intento, pero no consigo desembarazarme de Tánger.

»¿Martín? ¿Preguntas por él? Necesito que me aconsejes. ¿Qué hago? No, no me regañes, no me digas que él no es un muñeco al que debo tratar según mis caprichos, lo que me has reprochado tantas veces. Lo quiero, lo sabes, incluso lo quiero ahora más que en Tánger, pero dudo…

»¿Y él? Recién desembarco en La Habana, lo he hallado hermoso como nunca, los años le sientan bien. Ya no es aquel jovencito con sotana que conocí.

Continuaba hablando en voz baja. Sentada frente a él, casi susurrándole.

»Me han dicho que Martín tiene una novia, que sale con una mujer. Lo extraño es que se parece a mí. He visto fotografías. Tiene unas facciones agradables, mirada inteligente y, ¡asómbrate!, también es escritora. Y tiene éxito. Reconozco que me ha desconcertado. ¿Qué hago? Si estuvieses sano

me aconsejarías. Sé lo que me dirías. Y ahora te dejo que solo me han dado unos minutos. Volveré a verte, mañana, cada día que permanezca en la ciudad. Cuídate, mi Stanley querido, te necesito, te necesitamos, qué haríamos tus amigos si nos abandonas».

Joan regresó al apartamento de Madeleine.

Pensó por un instante adelantar su viaje de regreso. Meter sus cosas en la maleta y tomar un taxi que la llevase al puerto. A buen seguro que en unas horas saldría un barco hacia Florida. Ese pensamiento se convirtió en una imagen atrayente. Sentirse en alta mar, dejando atrás La Habana. No lo hizo, sin embargo, no podía hacerlo en caso alguno. Estaba Stanley, estaba Madeleine y también estaba Martín. Tampoco se desplazó a un bar cercano a sumergirse en un trago tras otro.

Estaba celosa, rabiosamente celosa. No se le iba de la cabeza la imagen de Martín y Lucrecia. Decidió caminar por las calles de la ciudad sin un rumbo determinado. Pensó en sentarse en una terraza y escribir, pero no tenía las fuerzas necesarias de manera que continuó vagando. En una esquina de la calle San Lázaro unos jóvenes estudiantes pintaban Libertad y Abajo Batista en letras rojas y de gran tamaño en una pared antaño blanquecina. Salieron corriendo una vez que acabaron.

Capítulo 31

Joan había cambiado, pensó Martín.

Repasó una y otra vez su encuentro. La voz de Joan era apagada y distante. Pensó en que quizás estuviese fingiendo para darle una lección. Era escritora, hablaba como lo hacen las escritoras, pensaba como ellas, mentía como ellas, las palabras y los gestos eran su terreno de juego. Los escritores son expertos en establecer escenarios, anudar tramas, dar vueltas a las cosas, crear imprevistos. No podía descartar que estuviera intentando encubrir sus sentimientos.

Él lo había comprobado tiempo atrás, en Tánger, en cenas o encuentros en los que también estaban Stanley, Madeleine, Legrand y él mismo. En aquellas veladas Joan y Stanley rivalizaban por el protagonismo.

Una vez él preguntó:

—¿Qué te sucede, Joan? ¿En qué estás pensando?

Fue en los buenos tiempos, cuando paseaban cogidos de la mano, casi cosidos, cuando hacían el amor y amanecían en el apartamento del vasco.

Ella respondió:

—No me gusta esa pregunta, ni ahora ni en el futuro. Mis pensamientos son solo míos.

La respuesta le resultó chocante. Le mostraba un aspecto de la personalidad de Joan que desconocía.

La noticia del affaire de Martín con Lucrecia de la O había provocado en ella una conmoción. A veces le quitaba importancia y se inclinaba a pensar que para él se trataba de un entretenimiento. Continuaba pensando que le seguiría como un corderito en el momento en que lo decidiese. Conocía al Martín enamorado, con qué espontaneidad se comportaba en la cama, sus besos eran sinceros, de eso estaba seguro, plenos de pasión. Joan sabía que él la admiraba, que había sido la mujer con la que conoció el amor por vez primera hasta el extremo de abandonar su vocación.

Pero Joan no se comportó de la forma convencional en que lo hubiera hecho cualquier mujer en aquel año de 1953.

Ella era novelista, creadora de situaciones de manera que decidió establecer una estrategia de alejamiento, de leve indiferencia. Quería, al fin, que Martín se arrodillase, que fuera él quién se adelantara y le hiciera saber que no había otra mujer para él, que los devaneos con Lucrecia eran un pequeño juego sin culminación amorosa.

Ugarte acudía cada tarde al club, antes de que este empezase su

actividad. Siempre acompañados de Israel, Madeleine y, en ocasiones, Juan Sorrillo.

Joan a veces se mostraba fría con Martín, al día siguiente era cálida y bromeaba con él.

Y mientras tanto seguía informándose sobre Lucrecia de la O.

Un hecho vino a confundirla. Israel Pí, convertido ya en su confidente, le dijo una de aquellas tardes, después de visitar a Stanley en la Clínica Cardona.

—He visto a Martín hace unas horas.

Israel había sucumbido a la personalidad de Joan. Como mujer le parecía atractiva, aún capaz de provocar las pasiones de cualquier hombre. Pero no era lo que más deslumbrase al toledano. Cualquiera que tuviera la oportunidad de compartir unas horas con Joan Alison advertía que se hallaba ante una mujer de un talento fuera de lo común, aguda en sus intervenciones, brillante, capaz de atrapar a cualquiera con su tono de voz, con sus gestos, con sus palabras.

Israel estaba predispuesto a ser seducido por la personalidad de la bostoniana. Antes de conocerla, su patrona, Madeleine, le había contado con detalles su historia, cómo y dónde se habían conocido. Remarcó que se trataba de una mujer compleja y vulnerable. También le habló de su primer gran amor, el mago Eugene Temple, y cómo fue asesinado en un lejano día cuando ella tenía veintidós años. Le causó un gran dolor, se vio incapaz de seguir adelante. ¿Cómo consiguió salir de su estado de conmoción? Sí, le salvó Tánger. Leyó en algún lugar que la ciudad norteafricana era perfecta para los que habían perdido la esperanza. Y en Tánger renació. Conoció a Stanley, a Madeleine, a Lègrand y sobre todo a Martín Ugarte. Este aún era un joven sacerdote diocesano. Vivieron un romance apasionado. Y sucedió lo mismo que hacía unos meses. Ella dio por acabada su etapa tangerina y tomó varios aviones que la llevaron a Nueva York. Había estudiado periodismo, pero también era una escritora. Tenía en la cabeza una gran historia, estaba segura. Escribió el guion que sirvió de base para la película Casablanca y empezó una nueva vida para ella.

Joan e Israel se hallaban en un café cercano al club. Continuaban conversando.

—Era él, Martín Ugarte, seguro. Tomaba algo, creo que era un licor, con una mujer muy joven y hermosa. Él no me vió. Los observé durante un buen tiempo, escondido tras una mata de buen tamaño. Se comportaban de forma distendida, con confianza. Estaban frente a frente. Ella hablaba y reía y él también. No sé qué relación les une, pero parecen buenos amigos —dijo Israel.

—¿No era Lucrecia?

—No, era una chiquita joven, tendrá unos veinte años.

—¿La has visto antes?

—No, ¿quieres que averigue?

—No, lo haré yo. Basta con que me des el nombre del café donde estaban.

—El Potín, en La Línea.

Joan Alison no quiso perder el tiempo. Tomó un taxi que le acercó al Potín, en El Vedado. Llevaba consigo una fotografía: Martín y una mujer joven, una de esas instantáneas del Parque Central, de hacía unos meses.

Se sentó y pidió un emparedado de jamón y queso con pepinillo y una coca cola bien fría. Observó al camarero. Era un hombre de mediana edad, vestido con pantalón negro y camisa blanca.

—Señor —le dijo, ¿conoce al hombre de esta fotografía?

Él la tomó en sus manos.

—No lo conozco, pero sí a la joven.

—Dígame, ¿quién es?

—¿Él o ella?

—Ella.

El camarero comprendió. Estaba ante una peleíta de jóvenes. Poseía una información que costaban unos buenos billeticos.

—Déje que observe bien la foto…

Joan tomó el bolso en las manos y se dispuso a abrirlo.

—La joven es de una familia muy distinguida, Se llama Carolina Bacardí y la secuestraron unos bandidos hace unos meses. Gracias a Dios salió con vida.

Joan Alison se sorprendió. De modo que Martín se ve con Carolina Bacardí, pensó.

—Parece ser que la joven Carolina ha regresado ya, repuesta de su viaje a Europa, lo ha publicado Bohemia hace unos días —remató el mesero.

Joan dejó el emparedado sin probar, dio un sorbo a la bebida y abandonó El Potín. Dejó un billete de cinco dólares en la mesa, una cantidad generosa y justa para la información que acababa de recibir.

No salía de su asombro. En el tiempo que ella estaba en Connecticut las apariencias indicaban que Martín Ugarte se había convertido en un seductor de éxito. En cualquier caso estaba confundida y alterada. Y era un estado que le disgustaba. Le impedía concentrarse en su novela, su gran proyecto en ese tiempo. Esa novela para la que aún no tenía título. Recordaba que Carolina Bacardí había coqueteado con Martín Ugarte en el tiempo que este había sido su profesor particular.

Era el momento de tomar decisiones, pensó.

Capítulo 32

Madeleine aporreó una y otra vez la puerta del apartamento de Martín. Este abrió. Ella miró al interior desde el rellano.

—¿Dónde está Joan?

—No sé, la dejé ayer en el hospital.

—¿A qué hora?

—No recuerdo, sobre las cuatro de la tarde.

—¿Discutisteis?

—No, apenas hablamos, ella entró en la habitación donde se encuentra Stanley, habló con él y…

La interrumpió.

—¿Qué quieres decir con que habló con él? ¿Stanley habla?

—Quiero decir que se sentó a su lado y ella habló, así durante unos minutos, quizá diez. Yo me quedé fuera. Luego salió, nos despedimos y nos fuimos cada uno por separado.

—Entonces, ¿no ha pasado la noche en tu casa?

—No —dijo un Martín extrañado y confundido.

—No puede ser, han pasado muchas horas. Tal vez veinte.

—Deja que me de una ducha y te acompaño. ¿Quieres un café?

—Sí, lo necesito, me lo preparo yo. Date prisa.

Se hallaba desnudo, a punto de entrar en la ducha, cuando con la mano derecha trazó una cruz en el aire. Dejó que el agua templada le cayese en la nuca durante un largo tiempo, casi un minuto. Trató de buscar una explicación. Pensó que Joan había entrado en un bar y conocido a alguien con el que decidió pasar la noche. Pero algo fallaba: en ese caso habría vuelto al apartamento de Madeleine a media mañana. Eran las cuatro de la tarde. Resultaba muy extraño.

Pasaron apenas unos minutos. Madeleine y Martín tomaron el café y bajaron las escaleras. Israel Pí los esperaba en un vehículo.

—¿Adónde vamos? —dijo Israel

—Déjame pensarlo —dijo Madeleine—. Quizá el americano tenga alguna idea. ¿No es un agente de inteligencia?

—¿Joe Kowalsky? Sí, y amigo de Stanley —dijo Martín—. Creo que sé dónde lo podemos encontrar. Suele estar en el hospital a estas horas.

Kowalsky acababa de repasar el parte diario sobre el estado de Stanley con el director del hospital. Ninguna novedad, le había dicho este. Su amigo sigue en estado de coma.

Joe se sobresaltó al verlos llegar. Veinticuatro horas antes había

brindado con ellos en el club Tánger. Él se había retirado a su apartamento. Algo había ocurrido.

—Joan ha desaparecido. Nadie sabe nada de ella desde hace muchas horas, casi veinticuatro —dijo Madeleine.

Martín Ugarte continuó.

—Estuve con ella ayer, en este mismo lugar. Nos despedimos en la puerta.

Kowalsky se quedó pensativo. No conocía lo suficiente a Alison, apenas que era una mujer hermosa y con carácter, de esas que llaman la atención por su personalidad. Sabía que había sido amante de Martín Ugarte, primero en Tánger y luego en La Habana, de eso hacía poco tiempo. Y que había sido un romance extraño, así lo denominaba Madeleine.

Lo primero que le vino a la cabeza a Joe fue localizar al inspector Juan Sorrillo y explicarle el caso. Pero antes quería despachar a solas con Madeleine. Pidió permiso para hacer un aparte con la francesa. Ambos se retiraron a una esquina del largo pasillo que conducía al comedor.

—Veamos, Madeleine, ¿Joan se hospeda en tu casa?

—Sí.

—¿La conoces bien? ¿Descartas que haya decidido tener una aventura con alguna persona? Ya sabes, tomar unas copas y prolongar la fiesta…

—Imposible, ella es caprichosa, pero no hace esa clase de locuras. De haberlo hecho habría regresado a mi casa esta mañana. Además, su estado era otro, reflexivo. Se debatía entre hacer las paces con Martín o volver a Connecticut.

—¿Te he preguntado si la conoces bien?

Dudó.

—Ok, en realidad hace once años que no la veo. Fuimos amigas en Tánger. Y creo conocerla, pero…

—En once años pasan muchas cosas.

—Es verdad.

—¿Y ese vasco? ¿No es posible que hayan discutido?

—¿Qué quieres decir?

—Trato de descartar posibilidades.

—Ese vasco es como un santo, sería incapaz de hacerle daño, aunque sí, quizá es demasiado silencioso. Oye, ¿en qué estás pensando? —expresó Madeleine.

—No he visto un santo en mi vida. Lo mejor es que visitemos al inspector —contestó Kowalsky.

Lo que menos esperaba Juan Sorrillo aquella tarde era recibir a un grupo de cuatro personas en su comisaría sobre las cinco de la tarde, justo en el momento en que pensaba recoger sus cosas y dar por

acabada la jornada. Había sido un día tranquilo.

Aún estaba impresionado por la escena del día anterior en el club, las siete francesas y Madeleine entonando La Marsellesa para dar por inaugurado el Tánger.

—¿No me digan que sigue la fiesta? —les dijo.

Los rostros de la comitiva eran muy serios, como para advertir que su visita no era festiva.

—¿Qué sucede?

Sorrillo pensó en Stanley.

—¿Le ha pasado algo a Stanley?

—No, él sigue en el hospital, en el mismo estado —dijo Kowalsky.

—Joan Alison ha desaparecido —soltó Madeleine.

Sorrillo los invitó a sentarse. Ordenó a uno de sus ayudantes que trajesen café y pidió que no le molestasen.

Le contaron lo que sabían de las últimas horas de Alison.

El inspector recomendó calma. El caso era de su competencia, había sucedido en el centro de la ciudad, a unos centenares de metros de su comisaría.

—Israel y tú, Madeleine, debéis regresar al club. Martín, sería interesante que te quedaras conmigo, tenemos que hablar. Joe, tómate algo por los alrededores y regresa en una hora —ordenó Sorrillo.

Sorrillo y Ugarte se habían visto un buen número de veces. Se llevaban bien. El primero estaba al tanto de la relación que mantuvo con Joan. Y de que esta había acabado y no de buenas formas. Tenía un buen concepto de él, pero era inspector de policía, no podía descartar nada.

—De manera que Joan y tú os despedisteis en la puerta del hospital sobre las cuatro de la tarde y no has vuelto a verla. Ahora son las cinco pasadas del día siguiente, han transcurrido veinticuatro horas.

—Ese comportamiento no es de Joan, la conozco bien. No desaparece tantas horas. Salvo que haya cambiado mucho en los últimos meses.

—¿Cambiado? ¿Qué quieres decir?

—Se fue a Connecticut con el propósito de escribir una novela hace tres meses. En este tiempo no hemos hablado.

—¡Chico, ¿pero vosotros qué sois…? ¿Novios, amigos?

—No sé.

—No tiene importancia ahora.

Tres meses…, se dijo Sorrillo. El tiempo suficiente para iniciar un nuevo romance. ¿Y si alguien la siguió desde Connecticut? ¿Un hombre enamorado enfadado por el modo en que están sucediendo las cosas? ¿Un hombre celoso? Los crímenes más horribles que había investigado tenían que ver con hombres arrebatados por los celos.

Por la cabeza de Ugarte pasó la misma posibilidad.

—¿Está sospechando de alguien que la haya seguido desde América?

—Mira, Martín, en este momento el único sospechoso eres tú. ¿Sabes lo que significa en nuestro trabajo tener un motivo? Eres la última persona que la vio. ¿No erais novios hasta hace poco tiempo? Vuestro adiós fue una ruptura brusca, extraña, incluso, me lo ha dicho Madeleine. ¿Cómo no vas a estar bajo sospecha?

—¿Crees que la he matado y después he tirado al cadáver a la bahía?

Juan Sorrillo sonrió.

—Si lo creyese estarías con las esposas puestas y una lámpara alumbraría tu rostro. Vuelve a tu apartamento. Puede que Joan esté teniendo una aventura, se lo esté pasando bien y quiera demorarse. Puede que quiera que sufras. Puede que toque tu puerta en cualquier momento.

Ugarte abandonó la comisaría. Sentía una preocupación creciente, preso de una agitación que no había conocido antes y solo comparable con lo que vivió años atrás en aquellos días en que decidió solicitar la dispensa sacerdotal. Lo recordaba. Era aún muy joven, no había cumplido los veintiséis años. Estaba convencido de que el mundo en que habría de penetrar estaba dominado por las tinieblas, alejado de la mansa vida religiosa en la que sobresale la previsibilidad, las horas de los rezos, la liturgia, las clases en el colegio, la certeza de que en el seno de la iglesia no ha de faltar una cama y un plato de comida aunque fuera ligera.

El joven Martín Introdujo la mano derecha en uno de los bolsillos de su pantalón y tocó el pequeño crucifijo de madera que llevaba consigo. ¿A quién podía acudir sino al Dios al que había aprendido a rezar cuando era niño, pedirle que no le estuviese sucediendo algo grave a la mujer que amaba?

Joe Kowalsky entró en la comisaría.

—He visto salir a Martín Ugarte. ¿Sospechas de él?

—No lo creo, ese vasco no parece un criminal —respondió el inspector.

—Me tiene intrigado, Parece una buena persona, quizá lo parece demasiado, ha sido sacerdote, dejó la sotana por una mujer, sigue enamorado de ella, no visita burdeles, parece que no le interesa el dinero.

—¿Por qué lo dices? ¿Le has propuesto trabajar para ti?

—No, es una historia vieja.

—Me gustan esa clase de historias.

—Stanley trató de reclutarlo, no una vez, varias. Cuando se

resolvió el secuestro de Carolina Bacardí y él se quedó sin trabajo, Stanley lo abordó, le dijo que no le pediría que matase a nadie, si acaso que instalase un micrófono debajo de una mesa. Nos pidió autorización para ofrecerle un buen salario.

—Y Martín se negó.

—Le contestó que tenía dinero para vivir, que no necesitaba mucho más que varios cafés al día, pasear por el Malecón y un plato de arroz con pollo. Y que en ningún caso habría de espiar a nadie. No sé, demasiado perfecto —insistió Kowalsky.

—¿Cómo Stanley?

—No, Stanley no lo era, era implacable cuando necesitaba serlo, ¿Por qué digo era?

—Stanley volverá a la vida —aseguró Sorrillo.

—¿Tú crees?

—Lo intuyo, cosas de los cubanos… Volvamos a lo de Joan Alison. ¿Qué opinas, Joe? —le preguntó Sorrillo.

—No sé, es raro.

—¿Tu gente puede averiguar algo sobre su vida en Connecticut?

—He pensado en eso. Mi gente no, pero sí los del FBI. Una norteamericana desaparecida en el extranjero es un asunto que nos compete.

A pesar de la noticia Juan Sorrillo tenía un día bromista.

—¿Extranjero dices?

—Sí, eso he dicho.

—Recuerda que lo del Maine fue un asunto vuestro —dijo Juan Sorrillo.

Joe Kowalsky entendió. Decidió seguirle la corriente.

—¿El acorazado Maine? ¿No fue un barco que los españoles bombardearon y a causa de ello nos obligaron a declararles la guerra?

—Sí, una guerra que perdió España —dijo Sorrillo.

Ambos echaron una buena risotada.

—Hablaré con Washington, entonces —dijo Joe.

—Sí, que investiguen los pasos de Joan en estos últimos meses. Quién sabe, quizá obtengamos una pista. ¡Oye Joe! ¿Y si estamos siendo engañados por la propia Alison? ¿Y si ha sido ella la que ha decidido quitarse de en medio, desaparecer?

—¿Con qué motivo?

—No sé, es una mujer, y las mujeres tienen una cabeza diferente a la nuestra, y si es escritora, no sé… puede que sea una estupidez.

—Pensaré en ello. ¿Tomamos un trago en el Sloopy Joe? Yo invito —propuso Kowalsky.

—Ok, ordeno unos papeles y nos vamos.

Como solía ocurrir a esas horas de la tarde, el Sloopy Joe estaba repleto de turistas norteamericanos bebiendo cervezas y toda clase de

licores. Se sentaron en una terraza de la calle Prado.

—Es misterioso lo que está sucediendo. Primero ametrallan a Stanley, un agente nuestro, luego desaparece Joan, una escritora célebre, ambos norteamericanos. Y ambos sucesos en la misma ciudad, La Habana. Mi gobierno no estará satisfecho con lo que está sucediendo. ¿Qué ocurre en La Habana? —comentó Joe.

—Me preocupa que me quiten este caso.

—¿Es posible?

—Lo es si Joan no aparece en unas horas. Que desaparezca un cubano no tiene mucha importancia; que lo haga una ciudadana norteamericana, sí. El reglamento me obliga a dar parte al SIM. Puedo aguantarlo unas horas. Una vez que lo envíe al SIM, el presidente tardará minutos en saberlo. Puede decidir que el caso se quede en mi comisaría, o encargárselo a Orlando Piedra.

Ambos se dedicaban al mismo trabajo, de una u otra manera. Juan Sorrillo trataba de detener a los culpables de delitos comunes. Y Joe Kowalsky descubrir actividades políticas de los enemigos de su país. Ambos se quejaban a menudo de sus jefes respectivos; no entendían sus decisiones y las lamentaban. Los dos estaban enamorados de su profesión y confiaban en su cabeza para esclarecer los casos que tenían encima de la mesa.

—Dime Juan, qué sabes de ese tipo, Israel, el hombre de confianza que ha contratado Madeleine.

El inspector lo miró sorprendido.

—¿Por qué?

—Me gustaría saber algo de su pasado.

—Yo se lo recomendé a la francesa, no te preocupes.

—Un poco tarde, mis hombres en Washington preguntaron por él en España. Parece ser que lo acusan de comunista.

—Lo sé. Él me lo dijo. También me dijo que era una acusación interesada de unos empresarios rivales de una pequeña empresa que formó. Por eso vino a Cuba. ¿Sabes? Yo le creo. Conozco a unos cuantos españoles republicanos. Mis simpatías están con ellos. Para mí Franco es un comemierda, un dictador.

—Como tu presidente.

Sorrillo sonrió. Hacía poco tiempo que se conocían y entre ellos existía buena relación, simpatía incluso. A pesar de ello, expresar su opinión sobre Batista a un agente de inteligencia norteamericano era una imprudencia que el inspector no estaba dispuesto a cometer.

—Lo has dicho tú, no yo —respondió impávido.

En otro lugar de la ciudad, Martín Ugarte, entretanto, no dejaba de pensar en Joan. Los recuerdos le venían a la cabeza: sus besos, sus risas, su mirada siempre escrutadora e inteligente, incluso su ambigüedad de sentimientos, eran caricias de nostalgia

entremezcladas con las dudas sobre si aquellos tiempos fueron reales.

Capítulo 33

Al día siguiente, lo primero que hizo el inspector Sorrillo fue conducir su vehículo hasta el apartamento de Ugarte. Este le confirmó que no tenía noticia alguna de Joan.

Una vez en su oficina escribió un informe breve, lo introdujo en un sobre y ordenó a un asistente que lo llevara a las oficinas del SIM. El sobre iba dirigido al Coronel Orlando Piedra, Director.

Juan Sorrillo permanecía sentado, con los pies encima de la mesa y la mirada en el teléfono. Estaba seguro de que sonaría en cualquier momento.

Y sonó.

—Inspector Sorrillo, ¿qué coño es esto de esa mujer yuma? —expresó en tono enrabietado el coronel Piedra.

—Señor director, estamos investigando, no puedo asegurar que estemos ante un secuestro, pero es una posibilidad que crece cada minuto que pasa.

—¿Otro secuestro?

Piedra exigió información sobre Joan Alison. ¿Cuánto tiempo había vivido en La Habana? ¿Con quién vivía? ¿Se le conocían simpatías políticas?

—En este momento salgo para palacio. No te muevas de la comisaría. Es bien posible que él quiera verte.

Fulgencio Batista acababa de cerrar el periódico el Diario de la Marina, el más leído en la isla. Leía la primera plana y el titular de las páginas interiores. Se detenía en las páginas que reseñaban los actos sociales: la pedida de mano de la hija de un importante cafetalero, la fiesta de celebración de los cincuenta años del matrimonio formado un empresario importante. Rara vez era invitado, eso le enojaba.

Fulgencio Batista, cuando fue informado de la desaparición de la joven por Orlando Piedra, tomó dos decisiones.

—Graciela, que venga el inspector que está a cargo, y convoque al embajador yuma. Por este orden.

Al cabo de quince minutos Batista recibió al director del SIM y al inspector. El presidente no disimulaba su enfado. Caminaba de un sitio a otro, movía los brazos, gritaba. Piedra y Sorrillo se hallaban sentados en sendas butacas.

—¡Otro secuestro! ¡Cómo es posible! ¡Y una norteamericana escritora! ¡Los comunistas, son los comunistas! —exclamó una y otra vez.

Sorrillo y Piedra pasaban por un mal momento.

—Estamos investigando, señor Presidente —dijo el director del SIM.

—¡Cóño! ¿Qué quiere decir? ¿Que no saben nada?

Antes de que Orlando Piedra abriera la boca su secretaria le avisó de que el embajador norteamericano estaba subiendo las escaleras.

—Salgan por esa puerta —les dijo indicándoles una puerta lateral que daba a la escalera del servicio—. Este arroz con pollo me lo como yo solito.

El embajador Willard L. Beaulac era un buen amigo del gobierno. Solía pasar algunas tardes en Kukine, la finca que Batista poseía a una hora de la capital.

Una hora antes de la cita con el presidente, había recibido un cable cifrado en la casa que le servía de domicilio. La CIA le confirmaba la posibilidad del secuestro.

Así funcionaban las cosas. A primera hora de la mañana los embajadores recibían dos informes elaborados por fuentes diferentes: uno del Departamento de Estado, político y en un lenguaje formal; y los hombres de la CIA enviaban otro, en lenguaje diferente.

Joe Kowalsky se había movido con velocidad. Se había adelantado a los diplomáticos y a la prensa. Lo contrario hubiera sido un desastre para su reputación.

El embajador tenía prisa por empezar la conversación. Despachó el saludo protocolario en un santiamén.

—Señor Presidente, parece que estamos ante un secuestro de una ciudadana de mi país, y no una cualquiera. Se trata de Joan Alison, una escritora reconocida, tuvo algo que ver con el guion de la película Casablanca.

—Lo sé, mi gente está trabajando desde hace hora. Le puedo asegurar que detrás están los comunistas.

—Presidente, lo mismo me dijo cuando secuestraron a Carolina Bacardí y no he visto que detengan a ningún comunista, apenas a unos delincuentes italianos.

Batista lo miró.

—Ese juego no ha terminado, y se lo repito, lo de la periodista de su país son los comunistas, lo huelo, lo escucho. Con estas mismas orejas que la tierra se tragará.

El embajador preguntó:

—¿Lo escucha? ¿A quién?

—Cosas mías, embajador.

—Usted tiene muchos enemigos en la prensa, Presidente. Si esta noticia se confirma ayudará a los que aseguran que ya no tiene el control de la situación. Herbet Matthews estará frotándose las manos.

Matthews era un periodista del New York Times de gran predicamento. Sus artículos eran leídos a primera hora de la mañana con interés y reproducidos durante el día por las emisoras de radio. Uno de esos periodistas que creaban opinión. Su hostilidad hacia Batista era absoluta. Lo acusaba de dirigir un régimen basado en la corrupción y en la alianza explícita con el chico más listo de la combinación, en alusión a Meyer Lansky.

—Si el rumor es cierto, le aseguro que haré lo necesario para detener a los culpables —respondió el presidente.

El embajador decidió apretarle.

—Presidente, lo mismo nos dijo cuando sucedió el secuestro de Carolina Bacardí. Y sí, los que lo ejecutaron están en prisión, esa familia italiana. Pero aún no sabemos quiénes estuvieron detrás. En Washington me lo recuerdan con frecuencia.

Batista acusó el golpe. Tenía que aceptarlo.

El embajador aún no había acabado.

—Y al líder de los Rebeldes, Rómulo Abad, no lo capturan. Aparece y desaparece cuando quiere.

—Ese canallita caerá pronto, se lo aseguró —respondió él.

Batista se hallaba lleno de rabia. Cuando supo que el embajador yuma estaba en camino se cambió de indumentaria. Entró en el vestidor vestido de civil, con una simple guayabera, y salió de General del Ejército de Tierra, cargado de medallas.

El embajador norteamericano prosiguió.

—Presidente, la situación es seria. Usted es amigo de mi país, lo sabemos, pero hay que demostrarlo con hechos. Y también esta el asunto de Meyer Lansky. Continúa al frente de sus negocios ilegales en Nueva York y otras ciudades. Los maneja desde aquí, desde el hotel Nacional. ¿Quiere que le digamos la habitación desde la que llama por teléfono? Se lo diré, la 129 es una de ellas. Y sus investigadores no hacen mucho por ponerlo a disposición del FBI, que es lo que le hemos pedido.

Fulgencio Batista escuchaba con atención las palabras del embajador. Estaba atónito, nadie en Cuba se atrevía a hablarle de esa manera.

Guardó silencio durante unos segundos. El embajador yuma le había propinado un verdadero rapapolvo. La sola mención de los tres asuntos lo sacaba de quicio. Apenas llevaba un año en la presidencia. Sabía que su permanencia dependía de lo que Washington decidiese. Tenía claro que los militares del Cuartel Columbia, que le juraban fidelidad cada vez que los visitaba, empezarían a pensar en un reemplazo si la embajada mostrase interés.

Bastaría una insinuación, una frase que cayera en una de las múltiples reuniones que funcionarios diplomáticos de rango mediano sostenían en el cuartel con el propósito de conocer cuántas armas necesitaban, cuántos pertrechos, cuántos helicópteros y vehículos. Unas simples frases servirían: pareciera que el gobierno no tiene tan controlado el país como nos asegura. Oiga, coronel Sánchez, esos Rebeldes se multiplican como hongos, en Washington se preguntan si están infiltrados en el gobierno.

¿Su buena fortuna estaba en entredicho?, se preguntó Batista. Nada peor para un país donde abundaban las prácticas de brujería, curanderismo y espiritismo. Si se propagaba entre la población que la suerte le había abandonado, que alguien le había echado mal de ojo, sus horas estaban contadas.

Tomó la palabra.

—Señor Embajador, hago mías sus preocupaciones. Le pido confianza en mi gobierno.

Con esas buenas intenciones ambos dieron por terminada la reunión. El embajador abandonó el palacio con rostro preocupado y satisfecho, sin embargo.

En realidad, pensó, había cumplido el papel que le correspondía. Unos minutos más tarde escribiría al Departamento de Estado dando cuenta de la reunión que había mantenido con el presidente.

Batista daba vueltas por el despacho. Tomó una decisión. Tardó unos minutos en concertar una reunión con Meyer Lansky. Las cosas se estaban poniendo feas. Necesitaba resultados y no solo promesas, que era lo que le proporcionaban Orlando Piedra y Juan Sorrillo. Estos habían regresado a sus respectivas oficinas por la puerta de servicio. Se alegró de ello.

Meyer Lansky, avisado por Graciela, tardó poco en llegar al lugar que tenían por costumbre: un apartamento de Centro Habana. Jamás había pisado el palacio presidencial.

Batista entró en el garaje del edificio sentado en la parte trasera de un vehículo de color negro, con cortinillas del mismo color y conducido por un chofer mulato. Subió unos peldaños de la escalera interior. La puerta de la única vivienda de la planta primera estaba entreabierta.

Lansky lo recibió en la entrada. Entraron en una pequeña habitación ocupada por dos butacas y una mesa baja sobre la que había un ramo de flores en un jarrón de cristal. Parecía la decoración de la vivienda de una dama. El presidente lo pensaba siempre que lo visitaba.

A través de la ventana veía un patio interior con ropa tendida.

—Lansky, estoy en un aprieto. Parece ser que una norteamericana ha desaparecido. Una mujer llamada Joan Alison, escritora. ¿Vio usted

la película Casablanca?

Seguía hablando de corrido. Meyer Lansky asintió. Claro que la había visto y no una vez, sino varias. Y se había emocionado, sobre todo en las escenas en que Víctor Laszlo ordena a la orquesta del café Ricks que toque la Marsellesa con el fin de acallar las canciones de los oficiales alemanes.

Batista había llegado vestido de civil. Prosiguió.

—Esta mañana ha venido a verme el embajador de su país. Me ha restregado en la cara los pocos resultados que puedo ofrecer. Ha empezado por lo de Carolina Bacardí, ha continuado con los Rebeldes; sí, como lo oye, hasta él los llama así, y ha terminado contigo

Lansky lo miró, tratando de concentrarse en sus gestos, en cómo movía las facciones. Tratando de adivinar si las palabras del presidente escondían una trampa. Se relajó cuando este abrió la boca.

—También me ha reprochado que no detengamos al comemierda de Rómulo Abad. Y tiene toda la santa razón. ¿Por qué se nos escabulle? No sé. Los imbéciles de mis hombres siempre me dicen que están a punto, que poseen una pista, que esta vez se trata de una buena pista. Y a la hora de la verdad no puedo tenerlo cara a cara, enjaulado, esposado de pies y manos, para decirle a la cara: ¿Por qué eres tan cabrón? Para preguntarle cuál es su precio: ¿Qué quieres?, ¿una embajada en Europa?, ¿una finca de café en Oriente?, ¿un millón de dólares en una cuenta de Miami?

Se levantó y se acercó a una de las ventanas. Miró al cielo. Volvió a tomar asiento. Estaba encendido.

—Pero amigo Meyer, lo que me ha dolido de verdad es lo que ha dicho a continuación. Ese embajador yuma me ha insultado a la cara, es lo que ha hecho al pedirme que te entregase a los del FBI. Ha dicho que eso los calmaría, que te andan buscando con multitud de cargos y que yo te protejo. Saben donde vives, que recibes a tus hombres del continente en la habitación 129 del hotel Nacional. ¿Es cierto? Saben en cuantos apartamentos diferentes duermes, quienes te guardan las espaldas, a ti y a tu hermano Jacob. Sí, me ha insultado. Discúlpame, Meyer, tenía que haberle dicho que yo no entrego a mis amigos. No se lo dije porque es el embajador, pero así lo pienso. Puedes estar tranquilo. Mientras yo sea presidente, La Habana es tu casa. Cuando deje de serlo, ya se verá. Necesito unos años para convertir este país en una nación próspera, quizá quince o veinte, pero no quiero eternizarme como Trujillo en Dominicana. Luego me retiraré a Kukine, tal vez haga un largo viaje por Europa.

Lansky asentía con un leve movimiento de cabeza mientras hablaba. El presidente estaba satisfecho de su oratoria. Ensayaba a menudo ante un espejo de cuerpo entero. Y el río de palabras que acababa de soltar le había salido convincente. Estaban dirigidas al amigo que le proporcionaba algo más de cincuenta millones de dólares

en efectivo por año.

—Presidente, ¡cómo le agradezco esta muestra de confianza! —respondió Meyer.

Se hizo el silencio. Duró unos segundos.

Meyer Lansky miró a un lugar indefinido del suelo. Se llevó las manos al rostro. Parecía un chiquillo avergonzado por una travesura.

Batista nunca lo había visto de esa manera.

—¿Qué te ocurre? ¿Te sientes bien?

—Estoy avergonzado, señor Presidente.

—¿Avergonzado?

—Sí, lo estamos mi hermano Jacob y yo desde ayer.

—¿Ayer?

—¿Recuerda que hace unas semanas me pidió que investigase sobre el dinero que la familia Bacardí pagó por la liberación de Carolina?

Pronunció estas palabras en un tono bajo.

—Claro que lo recuerdo. Casi dos millones de dólares. Un millón setecientas mil, para ser exactos —dijo Batista.

—Son suyos, presidente.

Fulgencio Batista no salía de su asombro.

—¿No me digas que fuiste tú quién ordenó el secuestro de Carolina Bacardí?

Meyer Lansky se revolvió.

—¿Cómo se le ocurre, señor?

—Estoy esperando una explicación.

El tono de Batista se había endurecido.

—La historia es larga, señor, necesito unos minutos.

—No te interrumpiré, habla.

—Desde que usted me encargó ese asunto mi hermano y yo nos pusimos a trabajar. ¿Y qué averiguamos? Algo inesperado, horrible, me avergüenzo, pero no puedo mentirle, a usted no. Descubrimos que uno de mis hombres gastaba dinero en mujeres, en joyas, enviaba sobres a sus parientes en Nueva York. Su madre recibió de una peletería un abrigo de visón costoso.

—Sigue —ordenó el presidente.

—Investigamos. Hicimos inventario del dinero de los negocios que pasaban por sus manos: no faltaba ni un solo dólar. Preguntamos a nuestros encargados de los casinos si la suerte le había favorecido: nunca jugaba más de cien dólares, ni a la ruleta ni al póker. Seguimos sus pasos. Jacob lo hizo y al fin, ayer noche, entramos en su apartamento y lo encontramos. ¿Sabe lo que hacía? Contaba la plata que había en una maleta, escondida entre ropa de caballero.

Jacob lo interrogó. Él no tardó en confesar. La avaricia lo había vencido. Resulta que Francesco Cavalcanti…

—Espera —Batista lo interrumpió—. ¿Ese Francesco no es el italiano que se suicidó en el Castillo del Príncipe?

—Sí, el mismo.

—Continúa.

—La historia es breve. Cavalcanti y nuestro hombre se conocían de las calles de Nueva York. Se encontraron en La Habana y planificaron el secuestro. Nuestro hombre cobró el rescate y le dio a Francesco trescientos mil palos.

—¿Y el resto es lo que encontró Jacob en el apartamento el día de ayer? —dijo Batista.

—Sí, en una maleta debajo de una cama. Un millón setecientos mil, menos lo que había gastado: unos cincuenta mil. Suyos son, señor presidente.

—Espera, aún no me has dicho quién es el traidor.

—Me avergüenzo, señor.

El presidente ladeó la cabeza. Como si no diese crédito a su sospecha.

—Estoy pensando en una persona, no me digas que es él.

—El mismo —dijo Lansky.

—¡No lo puedo creer! ¡Pero si es tu mano derecha!

—Y mi izquierda, ¡Grandote Bazuko!. Lo consideraba un amigo, un hermano.

—¿Lo confesó?

En la medida que Meyer narraba la historia, su mente se adelantaba a las preguntas que habría de hacer Batista. Tuvo la sensación de que en esos segundos se estaba jugando su presencia en La Habana, su vida.

—Todo señor, con pelos y señales. En realidad, no tenía remedio, el dinero estaba ahí, en sus manos. Lo confesó antes de…

Batista lo interrumpió.

—¿Antes de…? —dijo el presidente.

—Jacob sabía que Grandote jamás salía sin una pocketgun, una 22. Mi hermano extendió la mano para que él se la entregase. Grandote fue más rápido, la sacó, introdujo el cañón en la boca y se disparó. Murió en el acto.

Batista se quedó pensativo.

—Dime, amigo Meyer, ¿qué habría sucedido si él no se hubiera quitado la vida?

Respondió rotundo.

—Una bala de Jacob habría acabado con él, quién nos traiciona una vez lo seguirá haciendo.

Batista asintió.

—¿Tenemos el cadáver?

—Lo tenemos. Jacob y yo hemos pensado en darle cristiana

sepultura bajo otra identidad.

—No lo hagas, quiero solucionar este asunto de una manera oficial.

Meyer Lansky se había tranquilizado, su capacidad inventiva había dado resultado.

—¿Qué quiere que hagamos?

Batista prosiguió.

—¿Buscábamos a la persona que planeó el secuestro de la niña Bacardí? Ya la tenemos. Te has librado de un traidor y mis policías han capturado al secuestrador. Hablaré de inmediato con el coronel Piedra. Limítate a entregarle el cadáver.

—Como quiera.

—Bien, ahora me tengo que ir, tengo mucho trabajo —dijo Batista.

—¿Y el dinero, señor Presidente?

—Mitad y mitad, ¿qué te parece? —dijo el presidente.

—Es usted muy generoso, señor.

Al día siguiente los diarios de la isla publicaron en primera plana una fotografía de un hombre con rostro ensangrentado a causa de un disparo en la cabeza. Yacía en una camilla de la enfermería del Servicio de Información Militar. Era un hombre sin rostro.

Numerosos periodistas asistieron a la rueda de prensa. El coronel Orlando Piedra se sentó. Tenía ante sí un buen número de documentos. Dio cuenta de ellos.

—El SIM dispone de un informe forense, buen número de fotografías, un informe de reconstrucción del enfrentamiento y otro de balística.

Orlando Piedra se alargó en la explicación.

—Hacía tiempo que la seguridad del estado investigaba los pormenores del secuestro de la señorita Carolina Bacardí. En primer lugar se detuvo al autor material, un italiano de nombre Francesco Cavalcanti, así como a sus sobrinos. Nos faltaba el autor intelectual. No se quiso entregar y falleció en el tiroteo. De esta manera damos por terminada la investigación sobre el secuestro de Carolina Bacardí. El gobierno ha cumplido con su deber.

A continuación el director del SIM explicó a los periodistas que el cadáver que tenía a su lado correspondía a un hombre de edad mediana, también italiano y residente en Nueva York. Dijo que portaba documentación a nombre de Giacomo Fortezza, nacido en Milán, en mayo de 1910.

A lo largo de las horas siguientes Fulgencio Batista recibió numerosas llamadas felicitándolo. La primera fue la del embajador de Washington.

—Presidente, le felicito en nombre de mi gobierno.

En otro lugar de la ciudad, Pepín Bosch, el gerente de Bacardí, lo leyó y dijo: Caimanes, nada dicen de la plata.

Meyer tuvo prisa en abandonar el apartamento donde se había reunido con Batista. Unos minutos después se reunió con su hermano Jacob.

—El coronel Piedra se ocupará del cadáver de Grandote —le dijo.

Capítulo 34

Joe Kowalsky se hallaba junto a Madeleine Didier en el momento en el que el coronel Piedra ofrecía la rueda de prensa.

—Ese Fortezza del que hablan los noticieros es un muerto de paja, estoy seguro —dijo él.

En ese momento llegó Martín Ugarte.

—Ahora debemos esforzarnos en averiguar dónde está Joan, lo que le ha sucedido. ¿Por qué no nos reunimos en mi club por las tardes? Por las noches será difícil. Antes de abrir las puertas podremos compartir un vaso de vino o una cerveza, y así podremos contrastar información sobre cómo van las cosas —dijo Madeleine.

—Una idea excelente —festejó Kowalsky.

Establecieron una rutina que les permitía verse cada atardecer, sobre las cuatro de la tarde. Juan Sorrillo se daba una vuelta a las cinco, al término de su jornada en la comisaría. Martín Ugarte lo hacía un rato antes y ayudaba a Israel Pí a organizar el almacén y a recibir las provisiones. Entre tanto, Madeleine examinaba las cuentas de los gastos y Joe Kowalsky la acompañaba con su conversación. Ambos habían establecido una buena relación.

Madeleine y Martin Ugarte se habían visto, pero no en el club, sino en un café de Centro Habana, en una calle poco frecuentada por extranjeros.

Martín Ugarte llevaba varios días sin apenas dormir. Estaba demacrado, ojeroso.

—¿Qué ha pasado? —dijo la francesa—. ¿Tienes alguna explicación?

—Ninguna —respondió Martín—. ¿Me he pasado de la raya? —añadió él.

—¿Por las fotografías tuyas con Lucrecia de la O? ¿Qué quieres decir?

—No sé, estoy confundido, apenas duermo, solo pienso en ella.

—Joan no se quitaría la vida al ver en una revista a su hombre con otra mujer —dijo ella.

—Algo ha sucedido —dijo Martín.

—Lo reconozco, yo también estoy aturdida. Fui yo quien te aconsejó un comportamiento algo travieso con Joan, para que espabilase y sintiera celos.

—No te culpes, yo lo acepté.

Lucrecia de la O le había invitado a salir unos días atrás. Incluso

una revista de la ciudad publicó una fotografía de ambos preguntándose si existía un romance entre la famosa guionista y aquel hombre apuesto del que no se sabía el nombre ni su nacionalidad.

—¿Y qué ha sido de Lucrecia? —preguntó Madeleine.

—Me ha llamado de nuevo. Le he dicho que por el momento no puedo verla por asuntos personales.

—¿Se ha molestado? A las mujeres nos molestan esas respuestas.

—No sabría decirte, nuestra conversación ha sido por teléfono.

—¿Crees que se ha enamorado de ti? —insistió ella.

—No sé, actúa de un modo afectuoso conmigo, pero no nos hemos acostado, si es lo que deseas saber.

—¿Nada? ¿Ni unos besos profundos?

—Tampoco.

—Es extraño.

—¿Qué es lo extraño?

—Cosas mías, chéri.

Capítulo 35

Joe Kowalsky se dirigió a la Clínica Cardona.

—Su amigo sigue igual, lo visito cada día, leo su expediente y lo comento con mis colegas. Sigue en un estado de coma absoluto. ¿Por cuánto tiempo? Nadie lo sabe, quizá el de arriba —dijo, levantando el dedo índice de la mano derecha—. No hay respuestas, no hay movimiento ocular, la vida se detuvo para él, es un apagón absoluto, pero no está muerto.

De este modo se expresó el doctor Valverde al encontrarse con Joe Kowalsky en la puerta de la clínica.

Salvador Valverde estudió medicina en la Universidad de La Habana y se especializó en Neurología, en París. En esta ciudad, había atendido algunos casos como el de Chris Fanon. Además, había realizado estudios de psiquiatría, también en la capital francesa. Era un hombre enamorado de su profesión. Impartía clases en la universidad de La Habana y colaboraba varias horas al día en la Clínica Cardona.

En cuanto llegó a sus oídos que un paciente llamado Chris Fanon se hallaba en un estado de coma profundo pidió a la dirección que le permitiesen visitarlo a diario.

Entró en la habitación 27 de la primera planta. Examinó y revisó los informes. El paciente era un hombre maduro de poco más de sesenta años, en buen estado físico en apariencia. El diagnóstico no ofrecía dudas: un estado de coma a raíz de heridas de bala. Era un milagro que estuviese con vida.

Joe quería prolongar la conversación.

—¿Quiere que fumemos un cigarrillo? —le dijo.

Se dirigieron a la puerta de la clínica. Joe sacó su paquete de Camel y se lo ofreció.

—Dijo que no se puede saber si el paciente escucha a las personas que tiene a su alrededor.

—Es algo que la ciencia no ha podido descubrir con precisión aún. ¿Por qué lo pregunta?

Kowalsky era un experto en repreguntar sin responder.

—¿Ayudaría que una persona cercana le susurrase al oído palabras, frases?

—¿Cómo de cercana?

—Una esposa, un buen amigo, alguien con quien haya compartido buenos momentos.

Valverde pestañeó.

—Es difícil saberlo de antemano. Los médicos no lo sabemos todo, Somos certeros cuando tenemos un paciente que se ha roto un brazo, pero en casos como los de su amigo caminamos a ciegas.

Kowalsky estaba pensando en Fréderic Miner, el amante de Stanley. Seguía al frente de la recepción del hotel Presidente.

Abandonó el hospital y se dirigió al hotel. Quería poner en práctica la idea que le había dado el doctor Valverde.

Miner daba por terminada la jornada laboral. Abrió los ojos al ver a Kowalsky.

Se hallaba solo en ese momento.

—¿Le ha sucedido algo a Stanley? —dijo.

—No, pero le necesito. ¿Puede acompañarme al hospital?

—¿Qué sucede?

—Mire, Fréderic, uno de los doctores que le atienden ha sugerido que Stanley puede reaccionar ante una persona querida.

—¿Reaccionar? ¿De qué manera?

—Hablándole de recuerdos, no sé muy bien. El doctor le orientará.

Una vez en la clínica, Kowalsky y Miner esperaron unos minutos. Valverde se unió a ellos. Este no quiso preguntar el lazo que unía al joven con el paciente, lo sospechó, sin embargo.

—Puedo autorizarle a que entre en la habitación del paciente y acerque una silla a su cama. Si han pasado buenos momentos juntos, recuérdeselos. Si rieron al ver una película, dígale el título; si disfrutaron de una buena comida, recuérdele el plato.

—¿Puedo tocarlo? ¿Tomar su mano?

Valverde tuvo a varios homosexuales entre sus compañeros de aula en la universidad de París.

—Hágalo, háblele, tóquelo. Solo tiene unos minutos, las reglas impiden que esté mucho tiempo.

Al cabo de unos minutos Miner se hallaba junto a Stanley. El rostro de este era de placidez. La primera impresión que obtuvo Miner fue reconfortante. Tiene buen aspecto, se dijo. Se atrevió a tocar sus cabellos de manera que le soltó y puso sobre su frente el mechón que tenía por costumbre llevar. A continuación acercó el rostro hasta rozar su pecho. Sintió el latido del corazón. Era extraño, repetía el gesto que había vivido con Stanley un buen número de ocasiones. El norteamericano tenía hombros anchos, un pecho algo velludo y su temperatura era templada. A Fréderic le resultaba agradable hacerlo después de un rato de sexo.

La habitación estaba separada del pasillo mediante una pared con la parte superior acristalada. El doctor Valverde y Joe Kowalsky observaban que Miner movía los labios.

—Chris, querido, hace unos días me enteré de que te llamas Stanley. No creo que aguante muchos minutos sin llorar. Los doctores

dicen que cabe la posibilidad de que mis palabras te lleguen, de que las escuches. No están seguros. Chris, no sé qué decirte. Comprendí lo que te amo al recibir la noticia. Un dolor absoluto me impide pensar en otra cosa que no sea en ti.

»Sentí morirme cuando me dijiste que te ibas de La Habana, que no nos veríamos más. No te lo reprocho, nunca me prometiste un amor duradero. Me lo advertiste la primera vez que nos vimos. Recuerdo que el día que nos despedimos recorrimos un largo trecho del Malecón en silencio. No sé de donde saqué fuerzas para caminar a tu lado, estaba destrozado, aterrado ante el horizonte de no verte más. También recuerdo tus palabras: En el negocio del corazón no sé jugar con las cartas marcadas, en otros sí.

Desde el primer beso, desde la primera noche, sabía que nos estábamos embarcando en un viaje que tenía término, pero me enamoré de ti como un adolescente. Nunca había sentido lo mismo por otra persona. Cúrate y sigue tu camino, yo seguiré amándote.

Capítulo 36

Desde su llegada a La Habana, Joan Alison no conseguía conciliar el sueño.

Habían quedado atrás las noches de Connecticut en las que después de largas jornadas ante la máquina de escribir y paseos por la playa el sueño la vencía y dormía ocho horas sin interrupción. Se levantaba feliz, preparaba un café cargado, ingería unas piezas de fruta y unas tostadas con mermelada y regresaba a la cama por un buen rato. En su mesilla descansaba un cuaderno donde escribía las notas que le habrían de servir para el capítulo del día. A veces, escribía dos. Alcanzaba un promedio de mil palabras. El resto de asuntos se habían convertido en un estorbo para ella.

Según sus planes, en seis meses habría terminado el primer borrador de la novela. Era además el compromiso que tenía con la editorial. Más tarde, el segundo y así hasta el definitivo, cumplidos los dieciocho meses desde la firma del contrato.

Se hallaba golpeada a causa del estado de gravedad de Stanley Mortimer. Eran muchos los recuerdos que guardaba junto a él en Tánger. Recuerdos en los que estaban Madeleine y, sobre todo, Martín.

Pero la reconcomía que Martín Ugarte frecuentara a dos mujeres: Lucrecia de la O y Carolina Bacardí. Sobre todo a la primera.

Una mujer de las características de Lucrecia de la O no era rival pequeña. Había visto una y otra vez fotografías de ambos en la revista Bohemia. La guionista y Martín Ugarte juntos, él sonreía y la agarraba del brazo mientras entraban en un restaurante de moda. Aquello parecía un romance. Le extrañaba, sin embargo.

El Martín Ugarte que recordaba no era un hombre aficionado al mundo del espectáculo y la farándula. Esa circunstancia no casaba bien con el carácter del vasco. ¿Habría cambiado?

Su primer impulso fue hablar con él. Pedirle sinceridad. No habían adquirido compromiso alguno, hacía meses que no mantenían una conversación, ni siquiera telefónica, pero lo cierto era que en el avión que la transportó a La Habana unos días antes daba por hecho que Martín Ugarte la estaría aguardando. El encuentro en la fiesta de inauguración del club de Madeleine había sido frío, como si fueran amigos, dos seres que se miraban a los ojos estableciendo distancia entre ellos, como si en ese momento olvidasen las decenas de tardes que recorrieron juntos el Malecón, las calles de Habana Vieja, como si no hubieran existido anocheceres entre abrazosy besos llenos de pasión.

Descartó hablar con él.

Ella era guionista, aspiraba a convertirse en escritora, debía ocurrírsele un movimiento audaz. Concibió un plan y quedó encantada, seguía en buena forma, se dijo.

La decisión no fue fácil, sin embargo. En las horas previas le asaltó un humor horrible, vagó de un lado a otro por el Malecón sin rumbo definido y perdió el apetito.

Joan Alison sabía quién era Lucrecia de la O, aunque no tenía una idea clara de lo que representaba Martín Ugarte para ella, las especulaciones y sospechas le causaban dolor y rabia.

En Joan Alison en aquellos momentos se juntaban una mezcla de curiosidad y celos.

Una hora después salió del apartamento de Madeleine vestida de manera elegante. Eran horas del mediodía y eligió unos pantalones que afinaban su figura y una camisola en tonos azules. Se maquilló. La cabellera la llevaba suelta. Estaba hermosa.

Subió a un taxi.

—Lléveme a Radio Progreso.

La emisora estaba situada en Centro Habana. En la amplia recepción entraban y salían un buen número de personas de edades muy diferentes. Cuando le tocó el turno la recepcionista se sorprendió.

—Me llamo Joan Alison. Quiero estar con Lucrecia de la O.

Si había una persona en aquel edificio por la que preguntaban cada día decenas de personas era ella. La mayoría para solicitarle un autógrafo, aunque también con la pretensión de que modificase el rumbo de alguna de las radio novelas.

Las recepcionistas se limitaban a pedir una dirección postal y a expresar la promesa de que, en las semanas siguientes, un sobre conteniendo una fotografía dedicada llegaría a su domicilio. La orden de la dirección era rotunda: nadie podía visitar a Lucrecia de la O sin autorización.

Por alguna razón la recepcionista que atendía dudó. La mujer que tenía al otro lado del mostrador no era cubana, con seguridad norteamericana y se mostraba muy dispuesta a rechazar una respuesta insatisfactoria.

—Lucrecia de la O tendrá una secretaria. ¿Me comunica por teléfono con ella?

La recepcionista era una mujer de mediana edad, una mulatica clara. Rogó a la visitante que tomara asiento en el amplio hall del edificio. Se levantó, dio unos pasos y abrió una puerta. Salió acompañada de otra mujer de mayor edad, vestida de calle, al contrario que la recepcionista que vestía uniforme de trabajo.

Joan Alison sospechó que se trataba de una supervisora.

—¿En qué le puedo ayudar, señorita Alison?

Joan sabía lo que iba a suceder a continuación, preguntas con el fin de averiguar lo que deseaba, palabras que expresaban la imposibilidad de que Lucrecia de la O recibiese a las muchas personas que querían verla, petición de que abandonase la recepción dejando un número de teléfono o una dirección con la promesa de que sería contestada en las semanas siguientes.

Alison no estaba dispuesta a pasar por aquellos trámites, ella era una estrella aunque aquellas personas lo ignorasen.

—Señora, ¿ha visto usted la película Casablanca? —expresó Joan en un tono amable, dirigiéndose a la supervisora.

Claro que la había visto. Casablanca había sido estrenada en La Habana en 1942 con el mismo éxito que en el resto de ciudades del mundo.

—Soy la guionista de Casablanca —aseveró. Al pronunciar estas palabras era consciente de que estaba alterando el dato. Ella era la coguionista de Every body comes to Ricks, la obra de teatro que sirvió para el desarrollo del guion de la película, pero a través de ese pequeño engaño se le abrían numerosas puertas y no estaba dispuesta a renunciar a él.

Extrajo de su bolso el pasaporte y lo abrió con la página que confirmaba su identidad.

—Disculpe, puede esperar unos minutos, tome asiento —dijo la supervisora.

Pasaron unos cuantos minutos que a ella le parecieron demasiados. Se hallaba nerviosa. Le ofrecieron un vaso de agua que rechazó con una leve sonrisa. Pudo ver a una persona que la observaba detrás de una cortina. Abrió el bolso y extrajo un espejo de pequeño tamaño. A pesar del estado de nervios de los últimos días no se veía mal, se dijo. Mientras esperaba le vino a la cabeza su vida de Connecticut, las horas ante la máquina de escribir, la lectura en voz alta de aquellos párrafos que no acababan de satisfacerla, los paseos por la playa al atardecer cuando terminaba la tarea. Ni siquiera solía salir para hacer la compra de alimentos. La casa contaba con un teléfono y llamaba cada dos o tres días a un colmado cercano, y un joven adolescente se acercaba en una bicicleta pintada de amarillo con los recados. Cenaba poco, un sándwich de pavo o pollo con algo de lechuga y una rodaja de tomate. Para desayunar ingería cereales ahogados en leche.

Diez minutos después la supervisora regresó. Mostraba una amplia sonrisa.

—La señorita Lucrecia de la O la recibirá encantada. Acompáñeme, por favor.

A Lucrecia de la O la habían avisado de que una mujer norteamericana que respondía al nombre de Joan Alison se hallaba en el hall del edificio y deseaba verla. La empleada añadió que decía ser la guionista de Casablanca.

La cubana había visto la película tres veces y se enamoró del guion.

También conocía la historia entre aquella mujer y Martín Ugarte. Sin embargo, desconocía la verdadera relación que existía entre ambos. Martín había sido poco charlatán sobre su vida privada en los encuentros sostenidos, pese a que ella intentó sonsacarle información. Era una característica del vasco que le agradaba, daba la impresión de ser un hombre amigo de guardar secretos.

Joan Alison recordó lo que le habían comentado unos días antes, que Lucrecia de la O prefería la compañía de mujeres. Quizá fuese su imaginación de guionista, quizá le convenía pensarlo, o incluso influía la circunstancia de que tuviese casi cuarenta años y no se le hubiera conocido enamorado. Lo había preguntado y parecía ser un hecho, no un chisme. Ello explicaría las fotografías junto a Martín Ugarte de las que se habían hecho eco algunas revistas. ¿Y si Martín Ugarte era para ella un simple acompañante de conveniencia, uno de esos que se usan para evitar rumores incómodos?

Entró en el despacho. Lucrecia de la O la esperaba con una sonrisa amplia, puesta en pie, al lado de su mesa. Se estrecharon la mano.

—Es un placer conocerla.

—Puedo decir lo mismo —respondió la norteamericana.

Tomaron asiento, Lucrecia apretó un timbre y apareció una joven vestida con el mismo uniforme que la mujer de la recepción.

—¿Qué le podemos ofrecer, un café, una soda, algo fuerte…?

—Un café, gracias —dijo Joan.

La norteamericana se fijó en el despacho, Una mesa amplia de madera que rebosaba papeles en montones de pequeño tamaño, supuso que se trataban de radionovelas en borrador. La decoración era austera, sin ninguna muestra de lujo. Dos pinturas destacaban en sendas paredes; una de ellas, la más pequeña, representaba la Virgen con el Niño y daba la impresión de ser antigua.

Al lado de la mesa de trabajo había un pequeño altar con un santo que no identificó y una pequeña vela encendida.

—Es San Lázaro, nos protege la salud —dijo Lucrecia, atenta a la observación de su invitada.

También se fijó en las manos de la guionista, hermosas como pocas veces había visto en una mujer.

Joan Alison y Lucrecia de la O estaban frente a frente, ambas sonreían.

Lucrecia había ordenado que no se la interrumpiese, en ningún caso.

El plan que había diseñado la norteamericana llegaba hasta ese momento. Entrar con una u otra razón en la oficina de Lucrecia de la O, observarla a escasos centímetros e instruirse sobre cómo vestía, en los zapatos que calzaba, la clase de perfume que usaba, si abusaba del

maquillaje… Esos pequeños detalles, junto a su cerebro de escritora, le ayudarían a averiguar cuales eran sus intenciones respecto a Martín Ugarte.

Tras el saludo inicial y una vez servidos los cafés y acercadas las tazas para un primer sorbo, sin dejar de mirarse a los ojos y sonreír, la cubana inició la conversación con una expresión sorprendente.

—¡Así que eres tú la mujer por la que suspira el vasco!

Joan no respondió y en su lugar sonrió.

Lucrecia aceptó de buen grado la falta de respuesta y quiso llevar la conversación a un terreno cómodo para ambas. Halagó con entusiasmo sincero la película Casablanca.

—La trama es excelente y los diálogos alcanzan la perfección, te envidio.

Joan desconocía si esas palabras contenían algo de ironía, habida cuenta de que era la autora de la obra de teatro y no de la película, pero no halló una buena razón para aclararlo.

—Tú también tienes mucho éxito con tus radio novelas —dijo Joan.

—Lo mío es otra categoría, entretenimiento para mujeres que trajinan en sus cocinas —respondió Lucrecia con humildad.

Habían empezado bien. Se sentían a gusto.

—¿Qué te parece Martín? —preguntó Joan.

Lucrecia sonrió.

—Es una criaturica tan tierna…

No era la respuesta que Joan esperaba, pero no quiso apurarla. Prefirió dejar para otro momento su impaciencia y seguir la conversación sin tensión.

—¿Qué te parece La Habana?

Hablaron sobre la ciudad unos cuantos minutos. Lucrecia se ofreció para enseñársela. Joan aceptó.

Lucrecia de la O advirtió que se le presentaba una posibilidad extraña y a la vez difícil en la ciudad: conocer a una mujer sin duda interesante, con una biografía fuera de lo común a pesar de que aún era joven, extranjera, que había residido en otras ciudades y se dedicaba a lo mismo que ella. Compartían los mismos sueños, iguales momentos de frustración y bloqueo ante las páginas en blanco, una soledad que parecía no tener fin cuando aparecía. Y cuando escribían el final de un capítulo llegaba la recompensa en forma de sonrisa que no duraba demasiado.

—Te propongo algo. Cierro el capítulo en el que estoy trabajando, subimos a mi máquina y vamos a mi apartamento donde prepararé una cena.

—Una idea excelente —dijo Joan.

Joan y Lucrecia se esforzaban en seducirse. Un terreno en el que

ambas eran expertas.

La velada en el apartamento de Lucrecia de la O empezó con una cerveza muy fría. Lucrecia preparó la cena, apenas unos quesos franceses y un poco de jamón italiano. Descorchó una botella de vino francés y brindaron por ellas.

Joan también brindó por la salud de Stanley Mortimer. Explicó a su acompañante de quién se trataba, las circunstancias en que se conocieron, incluso le confesó que era agente de inteligencia del gobierno norteamericano.

—¿Espía?

Joan asintió.

Para sorpresa de Joan, Lucrecia llevó la conversación a la situación política de la isla. No pareció tener demasiado interés en Martín Ugarte.

Lo hizo con una intensidad que a Joan le sorprendió.Estableció con claridad sus preferencias: para ella Fulgencio Batista era un dictador, además de un hombre corrompido. Alabó a los estudiantes de la Universidad Nacional y mencionó a Rómulo Abad, uno de sus líderes. Lo definió como un hombre inteligente y valiente.

Al cabo de dos horas de conversación, ante una taza de café, las dos mujeres se sentían como si el encuentro acabase de empezar, ávidas de permanecer en aquel estado, deseosas de descubrir detalles de la personalidad de su compañera de cena, así como los secretos que poseían para crear tramas y personajes. Dedicaron a ello un buen rato.

Para Joan, en ese momento el motivo que le había llevado a la emisora había desaparecido, pensó en ello durante un par de segundos. Martín Ugarte no estaba en la conversación, al menos esa noche. Fue un descubrimiento turbador.

Lucrecia estaba más excitada que Joan. Esta llegó a pensar que había ingerido algún estimulante. No sería extraño. En Nueva York y en California una buena parte de los escritores consumían anfetaminas en momentos en que requerían que su mente funcionase a mayor velocidad.

La cubana le propuso un juego de ideas.

—Escribamos un pequeño guion.

—¿Ahora?

—Sí, ¿por qué no? Apenas son las diez de la noche. ¿Alguien te espera?

—Nadie.

Lucrecia se levantó, buscó hojas en blanco y dos bolígrafos, los esparció en la mesa del comedor, apartó las tazas de café, sacó una botella de agua del frigorífico y trajo dos vasos.

—Tengo tragos: whisky, ron Bacardí, ginebra, vodka, lo que quieras, aunque te sugiero un cóctel que aprendí de un español que

vivió en Tánger.

—¿En Tánger?

—Sí, tu querida ciudad, qué cosas curiosas tiene la vida.

—¿Cómo se llama? Me refiero al español

—Oh, sí, Alberto Gómez Font, vino a La Habana a un congreso, no recuerdo bien de qué, de gramáticos o algo parecido. Al final del congreso nos invitó a un bar y él mismo se instaló al otro lado de la barra y preparó un cóctel al que bautizó como Cabo Espartel. Se compone de whisky, limón, dátiles y hierbabuena, ¿te lo preparo?, es excelente.

—Claro, con ese preámbulo tiene que serlo.

—Me serviré lo mismo.

Joan se había descalzado.

—¿De qué se trata este juego?, ¿en qué estás pensando? —dijo Joan.

Lucrecia continuó.

—Estamos en La Habana, en 1953, las mujeres menores de veinte años que llegan a la ciudad del interior, han dejado atrás pisos de tierra, letrinas inmundas y un padre que corta caña doce horas al día. La única posibilidad para que lleven unos pesos a sus casas es que ellas los ganen dando vueltas por las puertas de los hoteles donde los yumas se hospedan. Estos vienen cargaditos de dólares que gastarán el «weekend» en licores, casinos y en mujeres; les fascinan las nuestras, sus curvas, sus cuerpos de color ébano, su habladito.

—Ahora te toca a ti —propuso Lucrecia.

—Empiezo a entender, me gusta este juego —contestó Joan.

—La ciudad y el país está gobernado por un tipo sin escrúpulos que llegó al palacio presidencial liderando un golpe de estado. Tiene una alianza con gánsteres de Nueva York y Chicago.

Era el turno de Lucrecia. Hablaba mientras garabateaba ideas en una de las páginas.

—En ese escenario, los habaneros parecían estar presentes como simples convidados de piedra. No había grandes manifestaciones en contra del gobierno, solo un reducido grupo de estudiantes se fajaba en las calles para denunciarlo, a menudo los detenían y después aparecían con una bala en la cabeza en una esquina de un barrio remoto

—Los grandes periódicos norteamericanos tenían ante sí un gran dilema. El gobernante no les gustaba, era un simple golpista, había suprimido los partidos políticos y tenía tratos con gente como los hermanos Lansky. Sin embargo, Fulgencio Batista les advertía que los muchachos que protestaban era comunistas esperando su momento, lobos con piel de cordero —expresó Joan.

Lucrecia sirvió otro trago. Miró con fijeza a Joan.

—Escucha lo que te voy a decir, querida amiga.

—Los Rebeldes necesitan que alguien los ayude, alguien que no sea de la isla, alguien que grite al mundo lo que sucede, alguien que sea escuchado. Por sí solos los estudiantes no alcanzan otra cosa que no sea pintarrajear paredes con frases como ABAJO EL DICTADOR —dijo.

Las dos mujeres se clavaron una mirada que parecía no tener fin.

Joan cerró el cuaderno donde tomaba notas.

—No me sobrevalores —dijo Joan—. Puedo volver a Nueva York y hablar con algunos amigos periodistas, decirles que he estado en La Habana, contarles lo que está pasando. Me dedicarían una pequeña sonrisa, unas palabras de simpatía y complicidad, pero no publicarían una sola línea.

Lucrecia de la O la escuchó. Asintió.

—Sigamos con nuestro juego.

—Continúa tú, no sé adónde quieres llegar —dijo Alison.

—Desaparece una afamada guionista norteamericana que se encuentra de visita en la ciudad.

Lucrecia se puso en pie. Elevó la voz, enfatizando sus palabras.

—Los Rebeldes asumen su secuestro por medio de una llamada telefónica a un diario de Ciudad de México. La noticia es primera plana en los diarios de la isla y en los más importantes del continente. En Europa le dedican grandes espacios. Las emisoras suspenden sus programas para dar la noticia.

Joan Alison la miró, enigmática.

—Eres una mujer extraordinaria —le dijo.

—Gracias, pero es en mi país donde están sucediendo cosas extraordinarias.

Joan Alison comprendió lo que le estaba proponiendo. Se levantó de la butaca, descorrió una cortina y contempló el cielo. Era una noche tranquila y despejada.

—¿Y qué tendría qué hacer?

—Nada. Una pregunta, ¿has contado a alguien que venías a la emisora?

—No.

—Entonces espléndido, nadie te buscará en esta casa.

—¿Estás segura?

—Joan, me juego mi trabajo, lo que he conseguido, la vida incluso. Si nos descubren a ti te deportarán, yo acabaré peor.

—¿Por qué lo haces? ¿Por tu país?

—Mira, Joan, escribo guiones, la vida me sonríe, no siempre ha sido así, pero miro a mí alrededor y no me gusta lo que veo, no es mala idea convertirse en heroína al menos una vez en la vida.

—Ellos, los Rebeldes, ¿son comunistas?

—No lo son, los conozco bien. ¿Crees que yo puedo serlo? Vivo de las radio novelas, de los patrocinios de las empresas, adoro la democracia.

—¿Lo tienes todo pensado? —preguntó Alison.

—Ignoraba que ibas a venir a la emisora, lo pensé al cambiar contigo las primeras palabras, después de quince minutos de conversación, fue un fogonazo, me sucede de vez en cuando, estalla en mi interior una idea al escribir, supongo que te pasará lo mismo.

—Sí, de vez en cuando. Mi intención era conocerte, saber de ti.

—¿Y preguntarme si amo a Martín?

—No sé si te hubiera hecho esa pregunta, quizá sí.

—Joan, te confesaré algo, después de nuestro juego no quiero mentirte.

—Adelante.

Por alguna razón, Joan adivinó las palabras que estaba a punto de pronunciar Lucrecia.

—¡Ese hombre, ese hombre!, Martín es un joven delicioso, no lo pierdas.

Estas palabras permitieron que avanzase.

—¿Lo amas? —preguntó Joan.

—Seré sincera, rara vez lo soy con desconocidas. No me interesan los hombres, salvo para alimentar mis guiones.

Joan iba a responder: Lo sospechaba; calló, no obstante.

—Esta parte de nuestra conversación me recuerda la última frase de Casablanca: Esto es el principio de una larga amistad, ¿no era así? —añadió Lucrecia esbozando una amplia sonrisa.

Acto seguido, quiso tranquilizar a Joan.

—No tienes que tomar una decisión en estos momentos. Quédate a dormir, la cama de mi habitación de invitados es cómoda. Mañana desayunaremos y quizá debas decidirte. Las circunstancias son favorables para mi plan. Ninguno de tus amigos sabe que viniste a visitarme. Las empleadas que te atendieron en la entrada olvidarán tu nombre, de eso me encargo yo. Nadie te ha visto entrar en este apartamento. Quizá no volvamos a encontrar unas circunstancias tan favorables. Descansa y mañana temprano seguimos hablando, no quiero presionarte.

—Estoy confundida, no sé. ¿Es necesario tomar una decisión ahora? Tal vez en unos días, una semana… Nos acabamos de conocer, tendremos tiempo.

—Claro querida, pero te diré algo: muchos jóvenes cubanos están en peligro cada día que pasa con Fulgencio Batista en la presidencia.

A Joan Alison le gustó la habitación de invitados del apartamento

de Lucrecia de la O: amplia, con un balcón que daba al Prado y baño privado. Un buen lugar para pasar unos días de cautiverio. El closet estaba repleto de ropa femenina. Las dos mujeres se despidieron con un beso en las mejillas. Habían pasado tres horas en conversación sin apenas tregua, ninguna de las dos recordaba haber vivido una experiencia semejante. Joan pidió a su amiga una pastilla que le ayudara a dormir. La necesitaría. Sin ella, la excitación intelectual que aún la poseía impediría que conciliase el sueño, se acabaría levantando, tomaría unas hojas y algo con lo que escribir, el sol saldría y ella aún estaría escribiendo. Dibujando una minúscula flecha en la esquina inferior derecha, uno de sus amuletos, significaría que su trabajo al día siguiente continuaría.

Joan se acostó. Repasó lo que le había sucedido. Había acudido a la emisora con el fin de conocer a la mujer que coqueteaba con Martín Ugarte —imaginaba ella—y horas después era la protagonista de un secuestro, la víctima del mismo, su nombre estaría en la primera plana de los periódicos importantes del continente denunciando a un gobierno que ni siquiera era el suyo.

Había viajado a La Habana dejando atrás Connecticut y lo que le importaba, la novela, su construcción palabra a palabra, frase a frase, párrafo a párrafo, capítulo a capítulo; también había viajado con la finalidad de visitar a su amigo Stanley Mortimer en el hospital. Y sobre todo, para mirar a los ojos a Martín Ugarte. Para preguntarle en silencio, sin necesidad de abrir la boca, si seguía siendo ella la mujer que deseaba para siempre, a pesar de los desencuentros y las discusiones.

Se sentía feliz. Quizá se hallara en buena situación para avanzar en algo que la obsesionaba en los últimos tiempos: la búsqueda de su yo verdadero, dejar atrás la ilusión de brillar en las fiestas de Manhattan por medio de frases ingeniosas.

Los hechos vividos en las últimas horas confirmaban su audacia, una de las características de las que se sentía orgullosa.

Y, además de todo eso, acababa de escuchar de labios de Lucrecia de la O su desinterés por Ugarte. No había firmado con esta un documento que formalizase el pacto de no hablar de Martín, era innecesario. En aquel momento, solo ellas eran las protagonistas. Qué manera tan hermosa de definirlo, se dijo Joan: no me interesan los hombres, salvo para alimentar mis guiones. ¿Y a ella? ¿Le interesaba el amor de una dama? Alguna vez se lo había preguntado. Sí, más de una y más de dos, pero para explorar esos caminos en 1953 había que ser atrevida, como lo era Lucrecia de la O, guionista, además de guerrillera.

La invadió un pensamiento. Cualquiera sabría en Cuba lo que haría

Batista si supiese que la célebre Lucrecia de la O sostenía a los Rebeldes, los cortejaba; una mujer sin miedo, como lo fui yo una vez al desembarcar en Tánger, de la que sabía solo en aquel tiempo que era una ciudad norteafricana, acogía a los que habían perdido el Norte. El Café de París, el Zoco Chico, los atardeceres desde el Marshan… decenas de hombres y algunas mujeres nos encontrábamos en los mismos lugares, ocultábamos algo; un presente, un pasado, caminábamos indecisos en busca de alguien que nos transmitiera vida, en mi caso apareció: se llamaba Stanley, se llamaba Madeleine, se llamaba Martín, sobre todo Martín.

Como colofón de aquella noche, se aproximaba a confiar en el plan trazado por la guionista. Entendía la excitación de esta, peleaba por su gente, arriesgaba lo que había conseguido. Y Lucrecia le transmitía seguridad. Tenía la mirada de quién comprende y atraviesa las cosas a la primera y de quién se empeña con decisión en causas por empinadas que parezcan. Y una última consecuencia, y no desdeñable para Joan Alison: ella estaba acostumbrada a manejarse en los despachos de las grandes editoriales y productoras de su país. Quién sabe si podría obtener provecho de la propuesta de la cubana. Este pensamiento la animó.

Si con el paso de los años había menguado su prestigio, si ya los periodistas apenas la mencionaban, los titulares que aparecerían en las noticias en las horas siguientes resucitarían su nombre y con una fuerza extraordinaria. Nada mejor para la Joan Alison que estaba a punto de acabar la novela. Los ejecutivos de la editorial con los que había firmado el contrato estarían a punto de recibir un regalo inesperado.

Al amanecer lo vio claro. Fueron apenas tres horas de sueño, precedidas de otras en duermevela. Tuvo la impresión de que en ese momento inauguraba un episodio que habría de recordar lo que le quedase de vida. Decidió aceptar la propuesta sin atisbo de resignación y tampoco de entusiasmo. Lo hacía porque representaba un peldaño en su vida inquieta de más de treinta años. Negarse con una excusa u otra era negar a la Joan Alison que llevaba dentro, a la que cruzó el Atlántico y desembarcó en Tánger en solitario una tarde de un 4 de julio sin otra propiedad que una chequera de viajes de American Express, en cantidad limitada, una pequeña maleta y una pregunta que espetó a Stanley Mortimer, secretario del consulado norteamericano, al término de la recepción oficial: ¿No hay una copa para una americana?

Solo quedaba cruzar los dedos para que las cosas saliesen como Lucrecia había planeado.

Capítulo 37

El periódico El Excelsior, de Ciudad de México, publicó la noticia: La escritora norteamericana Joan Alison secuestrada en La Habana por los Rebeldes.

Tardó unos minutos en ser reproducida en los medios de comunicación de Cuba.

Joe Kowalsky recibió una llamada de su oficina de Washington. Le ordenaron que investigase.

Fulgencio Batista se hallaba visitando un colegio. Suspendió el acto, volvió a la casa presidencial y convocó a sus hombres.

—Quiero aquí, de inmediato, a Orlando Piedra y al inspector Sorrillo. ¿Qué está sucediendo? Llega a La Habana una periodista norteamericana y la secuestran unos comemierdas. ¿Para qué quiero un ejército? ¿Para qué una policía ¿Para qué están ustedes? —Fue lo primero que escucharon una vez en el despacho.

Ninguno de los presentes podía ofrecer una explicación, ni siquiera una especulación.

—Solo sabemos que el secuestro ha sido reivindicado en El Excelsior —dijo Orlando Piedra.

—¿Donde están nuestros confidentes de la universidad? Les dije que los reclutaran, que les pagaran con unos buenos billeticos —añadió Batista, encolerizado.

En ese momento Graciela entró en el despacho, le susurró unas palabras al oído.

—Salgan —ordenó.

Orlando Piedra sabía quién era la persona que lo llamaba, solo una persona podía interrumpirle en cualquier circunstancia y a cualquier hora.

—Embajador, ¿cómo está? —dijo Batista.

La conversación duró un minuto. Batista bajó el tono de voz.

—Estamos en ese asunto, embajador, en cuanto tenga noticias le llamo.

—¡Este comemierda siempre jodiendo! —exclamó, al colgar el teléfono.

En la antesala esperaban Sorrillo y Piedra.

—¡Qué se jodan!, se dijo.

Pensó en Rafael Leónidas Trujillo, su buen amigo dominicano. Llevaba treinta años en el poder, a buen seguro que le aconsejaría mucho mejor que sus subordinados que se mordían las uñas a unos

pocos metros, en la antesala.

Alzó el teléfono y ordenó a Graciela que le comunicara con Santo Domingo.

Trujillo lo sabía desde hacía unos minutos, desde el momento en que le dijeron que Fulgencio Batista estaba tratando de hablar con él. Con urgencia, llamó a un funcionario de la cancillería para que averiguara si había sucedido en Cuba algo extraordinario en las últimas horas.

Así que te han secuestrado una gringuita, rumió para sí Trujillo antes de alzar el auricular.

Después de los saludos de protocolo, el dominicano le preguntó.

—¿A qué debo el honor, presidente?

—Generalísimo, no sé si se ha enterado de lo que ha sucedido en La Habana.

—Estaba inaugurando una carretera cuando me han avisado de que usted quería hablar conmigo —mintió—. Como es natural lo he dejado y he venido de inmediato para Palacio. ¿Qué ha sucedido?

—Parece ser que han secuestrado a una periodista americana, lo ha publicado El Excelsior.

—Y quién es ella?

—Se llama Joan Alison. Escribió el guion de la película Casablanca o algo así, no estoy seguro.

—Ah, sí, la vi. ¿Qué saben?

—Estamos investigando. Estoy seguro que se trata de los comunistas.

—Es probable. ¿Y me llamas para que te aconseje?

—Nadie mejor que tú, con tu experiencia.

—Déjame pensarlo y te llamo, Fulgencio.

Le devolvió la llamada al cabo de treinta minutos.

—Necesitas un golpe de efecto, una gran manifestación de apoyo, que miles de cubanos salgan a la calle para expresar el cariño que sienten por ti, que pronuncies ante ellos un discurso encendido, atacando a los comunistas y advirtiéndoles que jamás conseguirán sus propósitos. ¿Puedes llenar una gran plaza?

Batista pensó en las decenas de miles de empleados del estado.

—Claro que puedo llenar una plaza.

—Será un día espléndido. He pensado en algo más —expresó el dominicano.

—Dime, amigo.

—¡Qué te parece si ese día estamos tus amigos para acompañarte? Anastasio Somoza, de Nicaragua; Pérez Jiménez, de Venezuela; y este, tu humilde servidor.

A Batista le sorprendió la propuesta.

—¿Quieres decir, aquí, conmigo, en el balcón del palacio presidencial?

—En el mismito balcón, a tu lado. Buscamos dos efectos: el primero, que los cubanos vean que no estás solo en esta lucha contra los comunistas; y el segundo, que la gente de Washington entienda el mensaje, que comprenda que tu pelea es la de todos nosotros. Ese gesto te reforzará ante ellos.

—¡Extraordinario! ¡Y si invitamos a Franco!

—Ese gallego no sale de España, ni lo intentes, tiene pavor a que lo maten los republicanos. Hace unos años le condecoramos con la Gran Cruz de La Orden de Cristóbal Colón, y nada menos que en Placa de Oro. Le invitamos a que la recibiese en nuestra capital, como era lógico. Primero aceptó, y al cabo de unas semanas se arrepintió —expresó Trujillo.

—¿Y no crees que yo merezco esa condecoración aunque sea en Placa de Plata? —dijo Batista.

El dominicano se sorprendió.

—General, llevas un año, yo llevo muchos y me han condecorado solo algunos países. Se necesita tiempo…

—Tienes razón —reconoció el cubano.

Fulgencio Batista se recreaba pensando en la escena del balcón ante miles de habaneros que ondeaban banderas de la república y pancartas con su nombre. Por alguna razón pensó en el uniforme que debía mostrar ese día de gloria. Tenía que esmerarse. Una vez más, el ejemplo de Rafael Leónidas Trujillo le aturdió. Uno de sus edecanes le acababa de informar al detalle de la indumentaria que solía portar el dominicano en las grandes solemnidades:

Casaca con faldones de frac, de tela azul de vicuña cubierta con entorchados de oro, pantalón con iguales entorchados de oro, un bicornio adornado con plumas de guacamayo, espadín que cuelga del cinturón, bastón de Gran Mariscal, guantes blancos de cabritilla y zapatos de charol con hebilla de oro.

El edecán recibió el encargo de contratar al mejor sastre de la ciudad de La Habana. Confeccione un uniforme que lo supere en espectacularidad, le ordenó.

Pero con la misma rapidez que Rafael Leónidas Trujillo había propuesto el acontecimiento se truncó. Y no fue por una indiscreción del mandatario, sino por mérito de Joe Kowalsky. Este seguía reuniéndose con Martín Ugarte, Juan Sorrillo y Madeleine Didier en horas de la tarde en el club Tánger. Sus preocupaciones estaban en el secuestro de Joan Alison.

Juan Sorrillo había acudido esa misma tarde al despacho presidencial. Batista lo había convocado junto al coronel Piedra para organizar la

seguridad de los tres presidentes que llegarían a La Habana para acompañarlo. Sus ministros se habían puesto a trabajar para conseguir que los empleados del gobierno estuviesen presentes en la gran marcha convocada bajo el lema: estamos con usted, presidente.

Pese a que Batista exigió discreción a Piedra y a Sorrillo pidiéndoles que guardasen silencio absoluto sobre la presencia de los presidentes, pues su aparición en el balcón era la gran sorpresa que ofrecería, Juan Sorrillo entendió el valor de la confidencia. Para ese momento, la inestabilidad que se respiraba en el poder de la isla era notable. Bien haría en reforzar sus relaciones con los agentes norteamericanos, como lo había hecho con Stanley Mortimer, como lo estaba haciendo con Joe Kowalsky.

Este se quedó sorprendido, la confidencia de Sorrillo tenía un valor extraordinario. Abandonó el club de Madeleine y se dirigió a la embajada de su país.

Alzó el teléfono. Al otro lado del hilo, en Langley, le escuchaba Philip.

—Así que están organizando ese asunto. ¿Tenemos confirmación absoluta?

—Se lo ha dicho el presidente Batista a uno de mis confidentes, el inspector Juan Sorrillo.

—Bien, entonces se trata de una confirmación A. Procederemos. Haré un informe de inmediato y estará en el departamento de Estado en unos minutos. Ray, esta es la clase de averiguaciones que justifican nuestro trabajo.

Eran palabras que proviniendo de Philip tenían suma importancia.

—¿Ray? Me llamo Joe.

Su jefe rio.

—Sí, lo sé, Joe Kowalsky.

Los políticos de Washington analizaron la cuestión. El gobierno de Eisenhower no veía con buenos ojos las alianzas regionales, ni siquiera cuando se trataba de países amigos. Un país era un país, cuatro juntos significaba algo diferente, otra clase de presión. Preferían seguir siendo los dueños del guiñol y mover las marionetas según sus intereses.

Acto seguido, envió el siguiente mensaje al departamento de Estado destinado a sus embajadores en Santo Domingo, Managua y Caracas: Evítenlo, díganles que lo vemos inoportuno. Añadan que estamos preparando una reunión de todos los presidentes de América en la cual responderemos a la expansión de los comunistas. Lo haremos o no, pero no vemos conveniente que actúen a su antojo.

Bastó con que los embajadores norteamericanos lo sugiriesen a los

cancilleres de las naciones implicadas, para que Trujillo llamara a Batista.

—¡Nos jodieron la balconada, Fulgencio! A los gringos no les gusta la idea, Siempre jodiendo, tú sabes cómo son, chico.

—¿Pero qué alegan?

—Nada, en realidad, lo desaconsejan, no hay explicaciones, yo seguiría, pero Somoza y Pérez Jiménez se han ahuevado. ¡No cojas lucha, así son ellos!

Joe Kowalsky se dirigía a la Clínica Cardona, pocas veces se había hallado tan contento. Un golpe de suerte, sin duda, un buen augurio, lo siguiente sería la recuperación de Stanley, se dijo.

Tenía por delante unas cuantas preocupaciones, la primera el secuestro de Joan Alison. Desde que El Excelsior dio la noticia no se le quitaba de la cabeza que había algo extraño en ese asunto. ¿Qué motivo pueden tener los Rebeldes para secuestrar a una periodista de no ser la publicidad para su causa? Se lo decía su intuición. En ese caso, la vida de Joan no estaría en peligro. Sin embargo, la situación se agravaría si la policía descubriera el lugar donde se escondía la periodista.

Kowalsky se puso en el caso de que Batista y sus hombres llegaran a la conclusión de que se trataba de un secuestro arreglado con el fin de dañar la reputación del régimen. ¿Qué decisión tomarían en ese supuesto? Sintió un escalofrío ante la respuesta que él mismo se dio. Sin duda, matarían a Joan Alison so pretexto de un tiroteo con los secuestradores en el momento en que trataran de liberarla. Con ello el régimen eliminaría a una propagandista de los estudiantes de la Universidad Nacional eficaz y persuasiva, una star, y también representaría un aviso a aventureros: con Fulgencio Batista no se juega.

En la Clínica Cardona se encontró con Martín Ugarte. Este lo estaba buscando. Lo acompañaban sus amigos vascos, los jugadores de cesta punta en el Jai Alai. Desde que se enteraron del secuestro procuraban pasar con aquel buena parte de su tiempo libre.

Al cabo de dos días el periódico El Excelsior, de Ciudad de México, publicó una entrevista realizada al líder rebelde Rómulo Abad firmada por Joan Alison.

El contenido de la entrevista no expresaba noticias extraordinarias, los Rebeldes repetían las ideas que inspiraban a los estudiantes: fin de la corrupción, expulsión de los gánsteres norteamericanos e italianos establecidos en La Habana empezando por Jacob y Meyer Lansky, renuncia de Fulgencio Batista, elecciones libres y respeto a la democracia liberal cuyo espejo era el país vecino.

Lo extraordinario de aquellas grandes palabras era que, a través del artificio del secuestro, estaban siendo reproducidas por los periódicos

de Nueva York, Washington, Ciudad de México, Buenos Aires y otros muchos países.

Para cuando El Excelsior publicó la entrevista en una edición vespertina, Joan Alison descansaba en una habitación de un hotel de Villa del Carmen, a pocas millas de Cancún.

Lucrecia de la O había obrado con rapidez y organizado la escapada. Solo tuvo que repetir las formalidades que tenía por costumbre una vez al mes. Embarcaba en una nave turística que hacía el recorrido entre La Habana y la costa mexicana. Ella solía viajar en compañía de una o dos asistentes, siempre mujeres ensombreradas y con anteojos para protegerse de la luz solar. Los funcionarios del puerto las recibían y agilizaban el papeleo sin demora alguna, los pasaportes pasaban de mano en mano con celeridad expedita y sin examen; todo eran sonrisas y peticiones de autógrafos a la gran guionista. ¿A quién se le iba a ocurrir en 1953 molestar con trámites a Lucrecia de la O y sus amigas?

De ese modo, Joan Alison, portando un pasaporte falsificado de calidad regular y bastante caracterizada puso el pie en México.

Lucrecia y Joan tomaron caminos separados. La guionista regresó a la isla, quería seguir su quehacer y sobre todo tener los oídos prestos en las consecuencias de la noticia. Se despidieron con un abrazo y un beso. Lucrecia acarició con un beso la comisura de sus labios. Al separarse unos metros, en direcciones opuestas, ambas se giraron en el mismo instante y se guiñaron el ojo.

Una vez que Joan llegó al hotel, envío un cable firmado con su nuevo nombre a Madeleine.

—*Estoy bien, besos. Uno grande al vasco.*

El corazón de Martín Ugarte comenzó a latir de forma acelerada en el momento en que Madeleine le leyó el cable.

No era una simple frase. En el encierro obligado en el apartamento de Lucrecia de La O, Alison había dispuesto del tiempo suficiente para repasar su vida y preguntarse si no estaba dando demasiados rodeos. Quedó sorprendida por un descubrimiento sobre el que reflexionó horas y horas: ¿qué era el guion que había escrito once años antes para la obra de teatro en la cual se basó Casablanca, sino una historia de amor frustrada?

Ella y los directivos de Hollywood se quedaron sorprendidos por el éxito que tuvo. De ninguna manera esperaban la sucesión de premios Oscar que recibió.

Casablanca se rodó en medio de la Segunda Guerra Mundial y los productores le sugirieron que enfatizase la gesta de Viktor Laszlo, el líder de la Resistencia contra los nazis. Fue la gran orientación que recibió.

Daba la impresión de que no les importaba demasiado la historia de amor entre Rick Blaine e Ilsa Lund. Los productores se emocionaron cuando Viktor Laszlo levanta a la orquesta del Rick´s para tocar La Marsellesa y acalla las canciones nazis bajo la batuta del Mayor Strasser.

Al escribir una gran historia de amor frustrado, ¿no estaba anticipándose a sí misma, a su propia historia, con una sinceridad despiadada? Todas ellas eran preguntas que se hacía Joan en aquellas horas y para las que no tenía respuesta.

Joe Kowalsky dedicó un buen tiempo a pensar en la entrevista publicada en El Excelsior. Aquello era una operación política extraordinaria fuese quién fuese su organizador. Los hechos señalaban a los Rebeldes. Si eran capaces de organizar algo así, no solo eran unos cuantos cientos de estudiantes de la Universidad Nacional que pintarrajean paredes y arrojan pasquines en Centro Habana, como les aseguraba Batista. Estaba convencido de que detrás de la entrevista en el diario de Ciudad de México había una mano maestra, una operación de inteligencia y propaganda bien diseñada y ejecutada.

¿De quién se trataba? Alguien poderoso y con grandes conocimientos en asuntos de Inteligencia había persuadido a Joan Alison y ejecutado la operación con rapidez, maestría y sin bajas. Su obligación era averiguarlo.

El estado de Stanley era su prioridad pero era el jefe de análisis del Caribe de la CIA y no olvidaba que Stanley había sido enviado a Cuba con la misión de responder a una serie de interrogantes no esclarecidos que preocupaban en Langley: ¿los denominados Rebeldes eran comunistas, como aseguraba el presidente, o jóvenes demócratas románticos hartos de la corrupción, como se podía leer en las editoriales del Washington Post y el New York Times? ¿Quiénes estaban detrás de ellos? ¿Estaban bien organizados? ¿El régimen del general Batista estaba en peligro de colapso?

Capítulo 38

Chris Fanon llevaba doce días ingresado y el doctor Valverde acabó la visita que a diario le hacía. Al escuchar lo que parecía un quejido, se dio la vuelta, tenía ya la mano en el pomo de la puerta, pero dio unos pasos atrás y miró al paciente durante unos segundos. Este permanecía impávido, decidió tomar asiento y lo observó, la mejilla derecha de Fanon se movió.

Disponía de tiempo así que acercó la silla a la cama y se sentó frente al paciente. Levantó la sábana que lo cubría, deseaba advertir los movimientos de su cuerpo, en el caso de que se produjeran. Acaso el quejido solo había existido en su mente.

Movió la mejilla de nuevo.

Valverde puso su mano en la frente de Fanon, la temperatura del cuerpo seguía estabilizada. La atmósfera pesada, triste e incierta que se cernía sobre la habitación empezó a desvanecerse.

En ese momento entró una enfermera.

—¿Necesita algo, doctor?

—No, gracias, hasta que termine mi turno, estoy haciendo tiempo con este paciente.

La enfermera observó que la sábana no cubría el cuerpo.

—Quiere que lo cubra.

—No, déjelo así, gracias.

Valverde tomó la mano derecha del paciente. Entrelazó su mano, sintió en ella un deseo de transmitir vida. En ese instante Chris Fanon abrió los ojos. Miró al doctor con fijeza.

—¿Quién es usted?

—Soy el doctor Valverde, uno de sus médicos.

—¿Médicos?

—Está en la Clínica Cardona, tuvo un accidente.

—No recuerdo nada.

—¿Cómo se llama? —preguntó el médico.

La mirada de Fanon se perdió en un punto del la pared que tenía enfrente.

—Voy a levantarme —dijo.

—No, espere. Primero hagamos unos ejercicios, lleva tiempo en la cama y conviene hacerlos.

—¿Ejercicios?

—Sí, espere.

Valverde llamó a la enfermera. Esta quedó asombrada al ver a Fanon con los ojos entreabiertos.

—Vamos a masajearle las piernas y los brazos.

Comenzaron, el paciente se dejaba hacer. La enfermera le hablaba.

—Usted, relájese, piense en cosas bonitas.

Una vez que transcurrieron unos minutos, Valverde dijo.

—Ahora, vamos a tratar de incorporarle, vamos a colocar unas almohadas detrás de su espalda para que esté cómodo.

Lo hizo. Valverde se hallaba extrañado de una recuperación motora tan rápida.

—Le ayudaré a flexionar la pierna derecha.

Fanon pudo hacerlo con mediana lentitud. Lo mismo sucedió con la izquierda.

—Esto marcha excelente, señor Fanon.

—¿Quién es el señor Fanon?

—Usted, ¿no lo recuerda?

No respondió y volvió a clavar la mirada en un punto de la pared que tenía enfrente. Valverde se hallaba emocionado. Tenía un problema, en unos minutos empezaba su turno en otra dependencia de la clínica. No lo dudó. Abandonó la habitación y en unos segundos tocaba la puerta de su jefe.

—Director, el señor Fanón ha salido del coma.

—¿Estás seguro?

—Sí, acabo de hablar con él.

—¿Hablar? ¿Y qué dice?

—No recuerda quien es.

—Bajo contigo. Quiero examinarlo.

—Cree que pueden sustituirme en medicina general, quiero seguir la evolución de Fanon en las próximas horas.

—¡Cómo no, doctor!, adelante, en unos minutos ordeno que lo sustituyan, yo me ocupo, pero ahora bajemos.

La enfermera continuaba hablándole y masajeándole los pies. Había ingerido algo de agua a base de pequeños sorbos.

—Bien, señor Fanón, acá estoy de nuevo con usted, tenemos mucho tiempo, me llamo Salvador Valverde. Me acompaña el director de la clínica, el doctor Federico Delgado.

Fanon le dirigió una mirada borrosa y no pronunció palabra alguna.

El médico insistió.

—¿Se llama Chris Fanon? ¿Cómo llegó al hospital?

—No sé.

—¿Cómo se llaman sus padres? ¿Tiene esposa? ¿Hijos? ¿A qué se dedica? ¿Es periodista? ¿Es norteamericano? —preguntó el director.

Ninguna de las preguntas obtuvo respuesta. Valverde se excitaba por momentos. El director era un hombre cercano a los setenta años, risueño.

—Qué alegría nos ha dado, señor Fanon —expresó tomándole la mano.

—¿Quién es el señor Fanon? —contestó el paciente.

Valverde y el director cruzaron una mirada. Este último le hizo un gesto. Salieron de la habitación y cerraron la puerta.

—¿Qué opina, doctor Valverde?

—Es temprano para saberlo. Un cuadro de amnesia, parece. Ahora toca esperar para averiguar el alcance de las lesiones.

—Bien, siga con él.

Hasta ese momento, en las visitas que hacía a la habitación 27, el doctor Valverde se acercaba al paciente Fanon y le preguntaba: ¡Ey!, ¿hay alguien ahí? Ahora sin embargo había despertado. Le vino a la memoria uno de los casos que había tratado en París. Un estado de coma estabilizado a causa de un trauma, en aquel caso un accidente automovilístico que al cabo de unos días sufrió una mejoría funcional.

Joe Kowalsky llegó a la clínica. Saludó a los agentes que custodiaban la habitación. Entró tras tocar la puerta y halló a Valverde y al director, a uno y a otro lado de la cama de Fanon. Una enfermera le masajeaba las piernas y los pies.

—¡Fanon! —exclamó.

El paciente no reaccionó a la interjección de Kowalsky. Continuaba con los ojos abiertos, clavados en un punto indefinido de la pared que tenía enfrente.

—¡Fanon, soy yo, Joe Kowalsky! —insistió.

—Disculpe, podemos hablar aparte —le dijo el doctor Valverde.

Salieron de la habitación. El director había regresado a su despacho.

—Su amigo ha salido de peligro, el corazón funciona bien y el resto del organismo también. Sin embargo no reconoce a nadie, al parecer.

—Explíquese, doctor —dijo Kowalsky.

—Es temprano para asegurar algo, déjemos que transcurran unas horas, quizá algunos días. Oiga, este caso me interesa mucho. Lo importante ahora es que se ha recuperado, no tememos un fallo orgánico, su fortaleza explica que no se haya producido.

Regresaron a la habitación. La enfermera les dijo:

—El señor Fanon está cerrando los ojos, parece que desea dormir.

Valverde se acercó y lo examinó.

—Así es, se está durmiendo, sin duda agotado por el esfuerzo.

—¿Despertará de nuevo? —preguntó Kowalsky.

—¡Eso espero!

—¿Cuál es su situación?, tenga en cuenta que debo informar a nuestros jefes.

—Un cuadro de amnesia.

—¿Amnesia?¿Quiere decir que no va a recordar nada? —dijo Kowalsky, alarmado ante la idea de que su amigo no pudiera llegar a aclararle lo ocurrido en el tiroteo.

—Ya se lo he dicho, puede ser una amnesia leve, pasajera, o una amnesia retrógrada severa, pero hay que esperar la reacción en las próximas horas, días. Es temprano para saberlo.

Kowalsky y Valverde reanudaron la conversación.

—Los casos suelen ser muy parecidos… en cambio el de su amigo... Lo más normal es que los pacientes se vayan recuperando poco a poco; que un día muevan un pie, horas después una pierna, al día siguiente los brazos y en una semana empiecen a pestañear y despierten. Pero, como le digo, el caso de su amigo es singular, ha abierto los ojos y aunque no recuerda quién es, sus extremidades superiores e inferiores flexionan. Es como si acabara de despertarse de una larga siesta.

Kowalsky le prestaba atención sin despegar los ojos de Stanley.

—Dígame, ¿a qué se dedica su amigo? Sus manos son suaves. Estoy seguro de que no las usa para ganarse la vida. ¿Me permite examinar las suyas?

Joe se sorprendió. En ese momento estaba dispuesto a cualquier cosa con el fin de ganarse la amistad de aquel médico.

—Aquí las tiene —dijo.

Valverde le preguntó.

—¿Escribe con la derecha?

—Sí.

Valverde se la tomó y examinó la palma.

—¡Interesante!

—¿A qué se refiere?

—Resulta curioso. Tiene usted unas líneas muy parecidas a las de su amigo.

—Doctor, ¿lee las manos?

—Ja, ja, ja, no se asuste, todo lo que tiene que ver con el cuerpo humano me interesa. No soy un quiromante ni le voy a decir que sus días en el mundo terrenal están contados o que le va a tocar la lotería.

El doctor Valverde llevaba la medicina en la sangre. Su abuelo y padre habían sido médicos y estaba casado con una enfermera.

—Deje que le acabe de contar... A los pocos días de despertar, el paciente es capaz de caminar, incluso al ritmo habitual. Hay que volverles a enseñar prácticas elementales de higiene y rutinas diarias: a afeitarse, a usar los cubiertos... Recuerdo un caso en concreto que comía con buen apetito, sobre todo disfrutaba con el pescado. La carne, sin embargo la aborrecía.

Kowalsky empezaba a impacientarse. Al parecer, el médico no tenía prisa alguna en resumir la experiencia con sus pacientes.

—¿Y se curó?

—Deje que prosiga —dijo el médico con rostro contrariado—. Se daba la circunstancia de que aquel hombre del que le hablo carecía de familia, incluso de amigos íntimos. Residía en un pequeño apartamento y trabajaba como empleado de una librería a orillas del Sena. La única persona que lo visitaba era el dueño de esta, un anciano muy agradable. Mostraba una preocupación sincera por su estado. Incluso se hizo cargo de los gastos.

Joe Kowalsky y el médico se hallaban en una de las salas de la clínica, acomodados en sendas butacas, uno frente al otro. La enfermera permanecía en la habitación 27, advertida de que fueran avisados si el paciente despertaba.

El norteamericano empezaba a conocer a los isleños y su afición a meter tremenda muela, una expresión que le agradaba. Sin duda, ese doctor era uno de ellos, cruzó las manos detrás de la cabeza y se dispuso a continuar escuchando el torrente de palabras que despachaba. Su testimonio le estaba interesando.

Otra enfermera avisó al doctor Valverde. Lo necesitaban para atender una llamada telefónica urgente.

—Solo serán unos minutos —dijo mientras se alejaba.

—No se preocupe, doctor, aquí sigo yo, esperando que me cuente el desenlace de ese interesante caso.

Le empezaba a caer bien el doctor Valverde. Habría de rondar los cuarenta años y tenía una buena estatura. Sus facciones eran de tamaño ordinario en un rostro pequeño lo que, unido a unos anteojos de pasta de buen tamaño, le daba una apariencia singular e incluso graciosa. Al caminar, envuelto en una bata blanca, las libras que le sobraban se movían de izquierda a derecha. A Joe le recordaba a algún personaje del cine, pero en ese momento no recordaba a quien.

Valverde regresó y tomó asiento.

—¿Dónde estábamos?

Uno de los entrenamientos que reciben los agentes de espionaje consiste en retener en la memoria palabras, frases enteras, a la espera del momento adecuado para transcribirlas en una hoja en blanco, horas después de haberlas escuchado.

—Me estaba contando que su paciente había aprendido a afeitarse y tenía buen apetito, y que le agradaba comer pescado.

—¡Ah sí! ¡Un caso sorprendente el del bueno de Pierre! Recuerdo que al principio le costaba trabajo reconocerse ante el espejo del baño, no estaba seguro de que el rostro que tenía enfrente fuese el suyo. Incluso la primera vez que los enfermeros le quitaron la bata y le ofrecieron una camisa preguntó, manoseando los botones: ¿Para qué son estas cosas?

Kowalsky exclamó.

—¡Fascinante! Oiga, continúe, pocas veces he escuchado algo tan

singular.

Valverde se hallaba satisfecho.

—En unos días mejoró su movilidad. Se puede decir que caminaba bien y erguido, pues se trataba de un hombre aún joven. Pero su cabeza seguía siendo un misterio para los médicos que lo atendíamos. Pasadas unas semanas organizamos una reunión de especialistas. Estábamos obligados a ofrecer un diagnóstico. Los médicos somos así, aunque no estemos seguros hay que hacerlo.

—¿Y qué decidieron?

—Después de discutirlo un buen rato llegamos a la conclusión de que padecía una amnesia retrógrada severa o fuga disociativa, compatible con un Síndrome de Korsakov.

—Doctor, no entiendo nada.

—Se lo explicaré en palabras sencillas. La amnesia retrógrada también es llamada autobiográfica, es decir, el aquejado no recuerda nada de su vida anterior.

—¿Nada? ¿Quiere decir que no recuerda quién es, no sabe quiénes son sus padres, no reconoce a su esposa ni a sus hijos?

—Exacto.

—Y tampoco nada de su trabajo.

—Tampoco.

—¿Durante cuánto tiempo?

Valverde se acarició el mentón.

—Es imposible asegurarlo, semanas, meses, años, incluso para el resto de su vida. La vida se borra, sufre un apagón, como si atravesase un túnel oscuro. Los franceses lo llaman la belle indiference.

Kowalsky se hallaba impresionado.

—¿Y cómo de frecuente se da ese, como lo ha llamado, el apagón de Korsakov. Por cierto, ¿ese hombre es ruso?

—Serguei Korsakov, ruso de pura cepa, del siglo XIX. ¿Frecuencia? Es difícil decirlo, en ocasiones esa patología se solapa con el alcoholismo crónico, sobre todo en varones de cincuenta o sesenta años. Como su amigo. Por cierto, ¿él bebe mucho?

—¿Chris Fanon, bebedor?

Joe se quedó en silencio por unos segundos.

—No. Quiero decir, no más que yo o cualquier otro hombre.

Además de Neurólogo, Valverde tenía estudios en Psiquiatría.

—Dígame, ¿a qué se dedica su amigo? He leído en su expediente que es periodista.

—Sí, lo es.

—¿Y usted?

—¿Yo? También lo soy.

—Se comprende que sean amigos, entonces.

—Perdone, doctor, no abandonemos el diagnóstico sobre mi amigo, volvamos a Korsakov.

—Es cierto, disculpe, a veces me pasa, pierdo el control en las conversaciones, estoy hablando con un compañero de asiento en el hipódromo un domingo y comienzo a interesarme por su estado mental.

Kowalsky sonrió. Una de dos, pensó, o ese médico era un loco o un extravagante al que le gustaba tomar el pelo al primero que agarraba. O quizá un hombre enamorado de su profesión.

—Sí, volvamos a Korsakov. ¿La frecuencia? Ya se lo he dicho, es raro pero se puede dar hasta en un dos por ciento de la población.

—¿Tratamiento?

—Es algo que nos fascina a los especialistas, tratar a un Korsakov es cómo subir al pódium en unas olimpiadas. Por esa razón estoy tan emocionado.

Joe Kowalsky tenía una pésima opinión de los psiquiatras. Langley contaba con media docena de ellos en su plantilla y los agentes huían de ellos tanto como de los del FBI. Dejó que continuase.

—Se persigue activar el inconsciente por medio de recuerdos que han tenido peso en la vida del paciente, como el primer amor, el mejor amigo de la infancia, los franceses lo denominan efecto Deja Vu. También hay otra clase de estrategias, como llevarlo a su casa o a su oficina para que reconozca objetos cercanos, su reloj de pulsera o de bolsillo, una fotografía de sus padres colgada en el salón, el bate de béisbol con el que jugaba de adolescente.

—¿Y si el apagón continúa? —dijo Joe.

—Entonces habría que recurrir a la hipnosis. ¡Es fantástica!, suele dar resultados extraordinarios. En una ocasión conocí…

Kowalsky le interrumpió.

—Perdone, doctor Valverde, sé que usted es muy rico en experiencias. Estaré encantado de escucharlo otro día, pero ahora regresemos a mi amigo. ¿Qué me decía de la hipnosis en casos de Korsakov?

—Se llama Síndrome de Korsakov —matizó Valverde. La hipnosis en estos casos persigue que el paciente consiga olvidar que olvida.

—Comprendo. ¿Y si no funciona?

—En ese caso solo caben dos posibilidades: una no inmediata, esperar a que el enfermo recupere la memoria, lo que puede suceder o no. La otra es suministrarle algún fármaco para conseguir que reaccione, aunque no es fácil.

—¿Existen esos fármacos?

—Amital Sódico. Según las dosis, puede causar depresión cardiorespiratoria y comprometer la vida del paciente.

Kowalsky sacó su cuaderno y un lapicero.

—¿Puede repetirme el nombre de ese fármaco?

Valverde se alarmó.

—Oiga, amigo, ¿usted qué pretende?

—Le aseguro que soy buen amigo de Stanley.

—¿Stanley? ¿Quién es Stanley? En el expediente de ese hombre se puede leer que se llama Chris Fanon.

Ambos se quedaron en silencio.

—Creo que he hablado más de la cuenta, señor Korsakov.

—No soy Korsakov, mi nombre es Kowalsky.

—Bueno, a partir de ahora me limitaré a indicarle el estado de su amigo, se llame como se llame. No quiero tener problemas con la dirección del hospital. Tengo esposa e hijos a los que cuidar.

—Pero no me ha dicho cómo acabó la historia de su paciente de París.

Valverde gruñó.

—Veremos si el próximo día se lo cuento. Lo mejor es que nos deje trabajar con su amigo. Mire, voy a esperar a que se despierte y seguiré trabajando con él. Usted váyase y regrese en unas horas. Mejor mañana. Yo estaré en la clínica, se lo aseguro, no se ven muchos casos como el de su amigo en La Habana, estoy entusiasmado.

Kowalsky aceptó. Necesitaba tiempo para acercarse a la embajada a fin de informar a Philip sobre la novedad que se había producido. Sin embargo, le preocupaba que se corriera la voz de la recuperación de Stanley. Era el momento de aclarar las cosas. Subió a la planta segunda y tocó la puerta del director, el doctor Delgado.

—Estará usted contento, su amigo ha salido del coma —le dijo.

—Sí, claro.

—Está en manos del doctor Valverde, quédese tranquilo, es un excelente neurólogo.

—Señor director, necesito hablar con usted, se trata de un asunto confidencial.

—¿Confidencial? Dígame.

—El paciente no se llama Chris Fanon y tampoco es periodista.

—¡Caramba!

—Es una historia breve. Somos oficiales de inteligencia norteamericanos.

—Empiezo a entender, por eso usted ha pagado la factura.

—Y lo seguiré haciendo, pero no es lo que me trae a su oficina.

El director lo miraba con fijeza, parecía satisfecho con la conversación.

—Necesito llevarme a Stanley a un lugar seguro.

—Asi que se llama Stanley. Pero no puedo permitir que se lo lleven hasta que esté en condiciones, entiéndalo, ustedes tienen sus normas y

nosotros las nuestras.

Kowalsky no disponía de la infraestructura para llevarse a Stanley y su estado era delicado de modo que le pareció razonable.

—De acuerdo, pero nadie debe conocer que Fanon se ha recuperado del coma.

—No le entiendo bien.

—Mire, alguien ha tratado de asesinarlo, es probable que lo intenten de nuevo, necesito seguridad hasta que pueda llevármelo a un lugar donde se encuentre a salvo.

—¿Seguridad? Tiene cuatro hombres en la puerta. Está bien, no importa, daré órdenes para que solo el doctor Valverde se ocupe.

—¿Y la enfermera?

—¿Fraülein Ilse? No se preocupe, ella es de toda confianza, es alemana.

—¿Alemana? ¿Y qué hace en Cuba?

—Oh, es una vieja historia.

—Entonces, acordamos que nadie salvo el doctor Valverde y la enfermera Ilse atenderán a mi amigo, ¿es así?

—De acuerdo, en cuanto a la enfermera trátela siempre de Fräulein. ¡Oiga es la primera vez que tenemos un caso como este en la Clínica Cardona.

—Una última cuestión: nadie debe conocer lo que le he pedido, ni siquiera el doctor Valverde y menos aún la enfermera.

El director dio su palabra y le estrechó la mano.

Capítulo 39

Federico Delgado era el director de la Clínica Cardona, pero no poseía acciones. Había sido contratado por los propietarios después de una carrera larga y brillante en otros hospitales. Poseía una vivienda de una planta en El Vedado donde residía con Mari Lou, su esposa. Disponían de algunos ahorros, un vehículo Oldsmobile y un perro al que llamaban Viralata. Pese a haber cumplido setenta años seguía trabajando porque disfrutaba con ello y porque le venía bien el buen salario que percibía. Mary Lou y él querían cumplir un gran sueño: un viaje a Europa durante seis meses, visitar cada una de las capitales importantes, hospedarse en los mejores hoteles, asistir a conciertos de ópera a la que ambos eran aficionados.

Días atrás, Jacob Lansky había llamado por teléfono a la Clínica Cardona y preguntado por su director. Este, una vez con el auricular en la mano, escuchó:

—Doctor Delgado, soy un hombre de negocios de Nueva York, estoy interesado en hacer negocios con la Clínica Cardona. ¿Por qué no viene al hotel Nacional y se toma un trago conmigo?

Delgado no se extrañó. Era cierto que el establecimiento que dirigía gozaba de buena fama. Y en aquellos primeros años de la década de los cincuenta eran numerosas las empresas norteamericanas que deseaban invertir en la isla. Solo había que recorrer las calles de La Habana a cualquier hora del día para apreciar que la ciudad estaba viviendo una edad dorada. La sanidad pública era muy deficiente, una naciente clase media pujaba por hacerse un hueco, la alta sociedad demandaba servicios sanitarios de calidad y estaba dispuesta a pagar por ello.

Lo hizo, tomó su sombrero y al cabo de un rato se hallaba en el lobby del hotel, donde el misterioso hombre de la llamada telefónica lo había citado con una advertencia: no se preocupe, lo reconoceremos.

Los hermanos Lansky habían tenido el cuidado de pedir a uno de sus hombres que fotografiase el cuadro de dirección de la clínica donde el doctor Delgado figuraba como director del establecimiento.

Federico Delgado esperaba sentado en uno de los sillones del lobby del hotel Nacional. Se preguntaba quienes eran las dos personas que se dirigían hacia él a paso firme y sin perder la sonrisa. Era un buen observador y le parecía que tenían rasgos comunes. Quien llevó la voz cantante destacaba por sus orejas de elefante. Advirtió que no se habían presentado. Él lo hizo y esperó a que aquellos caballeros lo

hicieran.

—Me llamo Meyer Lansky, este es mi hermano Jacob.

Se estrecharon las manos. A Delgado el apellido Lansky le sonaba, pero en aquel momento lo último que se le podía ocurrir era que estaba ante dos gánsteres conocidos del continente.

No dejaban de sonreírle y lo invitaron a subir a la habitación 129 tras las mismas palabras que le habían expresado por teléfono: Tenemos que hablar de negocios, amigo.

Una vez sentados le ofrecieron un trago. El lo rechazó con la excusa de que se hallaba en horario de trabajo y debía regresar a la clínica. Se conformó con una botella de agua mineral.

En el trayecto llegó a la conclusión de que quizá se había precipitado al aceptar una reunión con desconocidos en un hotel. Si aquellos señores deseaban hablar de negocios, lo ordinario hubiera sido recibirlos en su despacho de la clínica. Pero había una razón para no hacerlo. Él era el director, no el propietario del establecimiento. Existía la posibilidad de que sus misteriosos acompañantes le hiciesen una propuesta de adquisición. No estaría mal ser él quién lo transmitiese a los dueños.

Lo que no esperaba el doctor Delgado era escuchar de quién se había presentado como Meyer Lansky:

—Doctor, le pagaré lo que pida, diga usted la cantidad, solo le pido ser la primera persona en conocer el estado de salud de uno de sus pacientes, el periodista Chris Fanon. No me pregunte la razón.

Estaban en la habitación 129.

—Disculpe, ¿pueden repetirme sus nombres?

Meyer no tenía intención alguna de ocultarse.

—Soy Meyer Lansky, este es mi hermano Jacob.

Esta vez sí. El doctor Delgado cayó en la cuenta. ¿Quién en La Habana no había escuchado una y otra vez los rumores de que se ocultaban en la ciudad y dirigían sus negocios con la complacencia del presidente Batista?

Desde que se presentaron con sus nombres verdaderos supo que no podía levantarse, darles la espalda y salir por la puerta.

—No me queda otra opción, señores —dijo—. Les escucho.

Meyer le sonrió.

Federico Delgado ató cabos. Por un lado el paciente había sido identificado como oficial de inteligencia del gobierno norteamericano. Y le habían disparado en una calle de la ciudad. ¿Ordenado por quién? No había que ser muy inteligente: por la misma persona que le acababa de proponer un trato. No era una propuesta, sino un tómalo o déjalo con consecuencias que eran fáciles de suponer en caso de rechazarlo.

De manera que cada día, a las tres de la tarde en punto, llamaba por teléfono a la habitación 129 del hotel Nacional y, una vez que Jacob respondía, expresaba:

—Seguimos trabajando en el caso del señor Stephan.

Significaba que Chris Fanon seguía en estado de coma.

La mañana en que el mensaje del doctor Delgado se modificó, Meyer Lansky se hallaba en la 129, junto a su hermano y fumando con placidez un habano. Jacob tenía el auricular en la mano derecha y alzó la izquierda para captar la atención de su hermano.

—Hoy empiezan las obras de reparación en la sala de urgencias —escuchó Jacob.

Era Federico Delgado. Habían acordado que una hora después de que el doctor pronunciara estas palabras habrían de verse en el mismo lugar que la vez anterior, la nombrada 129.

—De manera que el señor Fanon está mejor —preguntó Meyer.

—Salió del estado de coma, pero no ha recuperado la memoria, Tiene amnesia retrógrada severa, así se llama.

—¿No recuerda nada?

—Ni siquiera su nombre.

—¿Quién le atiende?

—El doctor Valverde, un neurólogo que estudió en París.

—¿Está seguro de lo que dice, doctor Delgado?

—Lo he visto y comprobado yo mismo, no recuerda nada —repitió.

—¿Y esta situación, cuánto tiempo puede durar?

—No se sabe, un día, una semana, un mes, un año, toda la vida —dijo Delgado.

—Doc, lo quiero ver con mis ojos, arregle las cosas para que pueda visitar la clínica.

—¿Quiere visitar al paciente?

—Eso es.

—No es posible, el norteamericano, el hombre que paga las facturas, se llama Joe Kowalsky, tiene cuatro hombres custodiando la habitación. No permiten la entrada a nadie.

—¿A nadie?

—Salvo al doctor Valverde, a la enfermera Ilse y a mí.

Meyer discurrió de inmediato.

—Vea cómo hace, pero esta misma tarde quiero entrar en esa habitación.

—No puedo, no puedo.

A Meyer Lansky no le agradaba la amenaza directa. Sin embargo lo hacía cuando era necesario.

—Señor director, su nombre está escrito en un papel, sigamos siendo amigos.

Federico Delgado se sorprendió. Escrito en un papel, solo podía representar que le esperaba algún contratiempo de no cumplir lo que aquel hombre le estaba exigiendo. No tenía alternativas. Había aceptado las reglas de Meyer Lansky y no podía volverse atrás. Sabía las consecuencias de su decisión. Y no tenía a quién acudir. ¿A la policía? Era conocida la protección que el mismo presidente Batista le dispensaba, de manera que aceptó con resignación.

Desde otro ángulo, pensó, los hermanos Lansky le recompensaban cada semana con un sobre que contenía mil dólares norteamericanos en billetes de veinte, cincuenta y cien. Con esos billeticos se podrían permitir algunos lujos en Europa.

Los hombres de Kowalsky no abandonaban el pasillo que daba a la habitación 27. La clínica había dispuesto una habitación en la planta primera para que descansasen, provista de dos pequeñas camas sándwich. Para ellos era frecuente ver entrar al doctor Valverde, así como al director Delgado y a la enfermera Ilse.

Contó a Meyer Lansky esta circunstancia. Este no tardó en responder:

—Busque una solución, para eso es el director de la clínica, pero quiero ver al señor Fanon hoy mismo, y a solas, sin estar presente ese americano.

Se refería a Joe Kowalsky. Pero la conversación con los hermanos Lansky no había concluido.

—Oiga, doctor, ustedes tendrán una sala de radiografías, un equipo donde se hacen las placas —dijo Meyer Lansky.

—Sí, claro.

—Esa es la solución, trasladen a ese hombre a la sala para hacerle una placa, allí estaré yo, con una bata de médico. Si es necesario, me cuelgo del cuello un estetoscopio.

El director de la clínica no abrió la boca. La propuesta de Lansky le pareció audaz y sin embargo realizable. Necesitaba la complicidad de Ilse, pero la podía conseguir. Era una mujer complaciente en todo aquello que ordenaba. Le parecería extraño, pero con unas cuantas palabras precisas y estando él presente al lado de la camilla no lo objetaría, y si lo hacía le prometería una explicación para otro momento sin añadir detalles.

De manera que una hora después, Ilse y el director de la clínica entraron en la habitación 27.

—Fräulein Ilse, vamos a llevar al paciente a la sala de radiografías, necesitamos ver cómo está su cerebro —dijo Delgado.

En ese momento había dos hombres de guardia. Vacilaron.

—El señor Kowalsky no nos dijo nada.

—¿Qué es lo que les dijo?

—Que nadie debía entrar en la habitación, salvo ustedes o él.

—Mire, nadie extraño entrará, como su jefe les ordenó. Y además, en esta clínica mando yo. A este señor tenemos que hacerle una placa y se le hará. Ustedes nos acompañarán hasta la puerta de la sala y esperarán a que terminemos. Luego el paciente regresará a la habitación. ¿Lo han entendido?

Se miraron entre ellos y asintieron, lo que decía el director tenía sentido.

La sala de radiografías estaba sin servicio, lo había ordenado el doctor Delgado. Este conducía la camilla sobre la que reposaba Fanon. La enfermera Ilse caminaba al lado de su jefe. Les seguían los dos guardaespaldas.

La sala permanecía a oscuras. Chris Fanon permanecía medio dormido. Delgado pidió a Ilse que abandonase la sala. Insistió en que le daría explicaciones al cabo de unos minutos. Ella obedeció y salió.

Un hombre se acercó a Fanon. Le tocó el brazo un par de veces.

Fanon no reaccionaba.

—Fanon, soy yo, su amigo Meyer —le dijo a escasa distancia.

Fanon pestañeó.

—Voy a ponerle un paño de agua fría en la frente —dijo el director.

Lo hizo.

Meyer Lansky insistió.

—Amigo Fanon, soy yo, Meyer Lansky, recuerda que me visitó en mi casa de Key Biscayne.

Abrió los ojos. Su mirada era directa, dirigida a la persona de la que le separaban apenas unos centímetros.

—¿Quién es usted?

—Fanón, soy Meyer Lansky, su amigo Meyer.

—¿Quién es Fanon? ¿Quién es Meyer? ¿Dónde estoy?

El director Delgado le habló.

—No se agite, está en la clínica, le vamos a hacer una placa, tranquilícese y responda a este señor.

Chris Fanon posó la mirada en un punto del techo. Respiraba con normalidad.

Lansky seguía insistiendo.

—Fanon, ¿recuerda que usted y yo descubrimos el apartamento donde se escondía Francesco Cavalcanti con la plata del secuestro de Carolina Bacardí?

Fanon pestañeaba cada ocho o diez segundos.

—¿Recuerda que lo ayudé en ese caso? Somos amigos.

El paciente continuaba mirando a la pared de enfrente.

—No le conozco.

—Creo que debemos acabar —dijo el director.

—Sí, parece que este hombre no recuerda nada —reconoció Meyer

Lansky.

—Se lo dije.

—Necesitaba comprobarlo.

—Bien, ahora llamaré a la enfermera y le trasladaremos a su habitación. Usted espere uno o dos minutos y después abandone la clínica, le seguiré teniendo al corriente —dijo el doctor Delgado.

En el exterior de la clínica le esperaba su hermano Jacob. Subieron al vehículo y tomaron la dirección del hotel Nacional.

—Parece que es cierto, este pobre hombre no recuerda nada.

Repasó las posibilidades que tenía. Podía ordenar que lo remataran, de una forma u otra lo conseguiría, a pesar de la presencia de los guardias. ¿Contaba con Delgado para una inyección? Se negaría a hacerlo, pero solo un instante. Bien sabía Meyer que una vez que una persona era atrapada en su tela de araña resultaba imposible escabullirse.

Llevaba muchos años extorsionando, sabía que el primer paso era el más difícil, era necesario un acopio de buenas maneras para que la víctima no sintiese que le estaban tendiendo una trampa: palabras amables, regalos intrascendentes… hasta que la víctima no tuviese escapatoria y se convirtiese en prisionero de sus demandas. No hay camino de retorno y, sin embargo, él, Meyer Lansky, aprendió a recompensar a sus víctimas con generosidad. Aún en el caso de que la información que le proporcionaban fuera de escaso valor, no era su costumbre reprochárselo ni disminuir el grosor de la cantidad introducida en el sobre; por elcontrario, les animaba a seguir prestando oídos y ojos. ¿Para qué servía el dinero que con tanta facilidad entraba en sus bolsillos si no era para salpicarlo? Había otros capos que destacaban por su tacañería, él no, era exigente a la hora de impedir que su presa se diera la vuelta y tratara de despedirse. Como si fuera sencillo un adiós, como si estuviesen en un baile de salón en el que se cambia de pareja entre sorbos de champán; se negaba a escuchar a los funcionarios que, una vez en su red, querían abandonarlo, a esos que se atrevían a decir ya no quiero seguir en esto, no quiero que me pasen más plata. En tales circunstancias, pronunciaba las mismas palabras que escuchó el doctor Delgado: amigo, tu nombre está escrito en un papel.

Meyer se arrepentía de haber dado la orden de asesinar a Stanley. Sí, metió la nariz demasiado y de no haberle disparado habría contado a sus jefes que los hermanos Lansky tenían la plata del secuestro de Carolina Bacardí, los casi dos millones de dólares hallados en una maleta donde dormía la familia Cavalcanti. Esa información obligaría a Fulgencio Batista a detenerlos y expulsarlos.

Y sin embargo, Stanley salvó la vida, extraño pues Grandote Bazuko jamás fallaba y le disparó con balas mosca. ¿Tal y como ocurrió, existía un mensaje para él? Meyer se aferraba al valor oculto de los augurios. ¿Debía

ignorarlos?

Tenía que tomar una decisión después de haber tenido a centímetros a su amigo Stanley.

Jacob seguía al volante y en silencio, no se atrevía a distraer a su hermano, observaba de reojo su mirada fija en el horizonte, los párpados algo entornados. Reconocía sus expresiones, las interpretaba. Pensó en que si Grandote Bazuko viviera estaría junto a ellos, conduciendo la máquina. Era agradable estar con él, no solo ejecutaba las órdenes, sino que en ocasiones se le ocurrían buenas ideas, útiles para salir de atolladeros como el que atravesaban. Contaban con otros hombres, desde luego, todos italianos como Grandote, pero ninguno de ellos tenía sus habilidades ni su sonrisa ni su enorme mano derecha. Jacob la sentía cuando la pasaba sobre su hombro en una de sus habituales señales de amistad. Cuando sucedió lo de Grandote estuvo dos días sin hablar. Su hermano Meyer lo entendió y durante ese tiempo tampoco abrió la boca.

Meyer reflexionaba. Stanley no representaba un peligro en esos instantes, pero debía permanecer muy atento. Debía moverse con agilidad. Estaba el oficial del que le habían advertido, llamado Joe Kowalsky, según le dijo el director de la clínica. Un nombre falso, a buen seguro. Por un solo instante pensó en quitárselo de en medio, pero lo descartó. Las cosas se habían complicado bastante con tener a un norteamericano oficial del gobierno tiroteado. ¿Uno más? No, representaría atravesar una línea. Fulgencio Batista recibiría la visita del embajador de Washington exigiendo explicaciones. Tenía que buscar una solución, pero no esa, la primera que le vino a la cabeza. También se puso en el lugar de Kowalsky, acaso estaría tratando de llevarse de la clínica a Fanon. Meyer contaba con el director, este no lo iba a permitir, pero su poder era limitado. Y Stanley seguía necesitando cuidados médicos de manera que no tenía otro remedio que actuar manejando estas circunstancias.

Tal y como estaban ocurriendo las cosas, Meyer Lansky sopesó la conveniencia de informar al presidente Batista. La última entrevista que habían mantenido había resultado satisfactoria. El presidente estaba de mal genio a causa de la divulgación de la entrevista de El Excelsior a los Rebeldes, lo sabía por indiscreción de Graciela, su secretaria, a la que Meyer llamaba cada semana para pedirle que enviara un mensajero al almacén El Encanto a fin de recoger un pequeño detalle, un broche, un collar, una caja de bombones.

El enojo de Batista era a causa de esa periodista norteamericana llamada Joan Alison; le había rejodido en su amor propio. Los banqueros y aristócratas de las finanzas a los que escuchaba las conversaciones por medio de los secuaces del coronel Orlando Piedra

le ridiculizarían en sus conversaciones telefónicas, lo estarían haciendo en este mismo momento. ¡Cabrones!, se prevalen de que los comemierdas de Washington le exigen que no se meta con ellos, incluso que los corteje. Alguien le había dicho que los presidentes lo podían todo. ¡Gran mentira! Los presidentes mandan mucho, pueden robar del presupuesto público, pueden sobornar a magistrados, pueden incluso matar a disidentes como lo estaba tratando de hacer con el maricón de Rómulo Abad. Pero todo no. No pueden pasar por encima del gobierno norteamericano, no pueden discutir sus mandatos ni siquiera alzar la voz a su embajador.

Pero él masticaba su revancha; su momento habría de llegar. Meyer Lanski le descubriría la identidad de los banqueros que prestaron la plata a Pepín Bosch para pagar el secuestro de Carolina Bacardí. Tarde o temprano lo sabría. Confiaba más en Lansky que en el inspector Sorrillo y el coronel Orlando Piedra.

Los hombres de estos servían para detener delincuentes menores, tramposos, ladrones, quincalla, no para banqueros a los que hay que tratar con respeto, sin hacerles preguntas comprometidas. Reglas que no aplicaban en el caso de Meyer Lansky, este tenía otros métodos y dinero de sobra, de manera que solo era cuestión de tiempo conocer los nombres de los comemierdas a los que tanto odiaba.

Capítulo 40

Joe Kowalsky visitó a Stanley al día siguiente de haber salido del estado de coma. Apreció en él mejor semblante. El paciente abrió los ojos. Advirtió que aquel arrastraba una silla y se sentaba a su lado. Joe dio por hecho que seguía en estado de amnesia severa y completa, recordaba el nombre que le había revelado ese personaje singular que atendía al paciente, el doctor Valverde: Síndrome de Korsakov.

Continuó con su costumbre de hablarle. Cuando estaban a solas usaba su verdadero nombre.

—Bien, Stanley, te pongo al corriente de cómo están las cosas en Washington. El doctor Valverde me dijo que cabe la posibilidad de que escuches y entiendas las palabras. Este doctor está trabajando en tu caso. A veces me parece un hombre extravagante, pero sabe de este asunto. Por el momento los jefes están actuando según el reglamento. Incluso Philip parece preocupado. ¿Te ríes? ¿Philip conmovido por tu estado? Bueno, era una broma, ese cabronazo, ese pequeño e intrigante burócrata solo estará contento el día que asista a nuestro entierro, en primer lugar al tuyo. Te odia por mariquita, solo por eso, lleva muchos años tratando de expulsarte de la agencia, pero como no lo consigue se conforma con mantenerte alejado, en Tánger, un emplazamiento alejado de la acción, del Gran Juego, que es lo que nos gusta a ti y a mi.

»También me odia, pero por una razón diferente, sabe que en uno u otro momento sonará en su mesa el teléfono, le llamará uno de los jefazos de arriba y le informará de su nuevo destino, alguna ciudad remota del sur de América, quizá Santiago de Chile, o Montevideo, o Asunción, ciudades donde rara vez suceden cosas. Y tras la llamada verá como los chicos de mantenimiento remueven su nombre de la puerta de su despacho y escriben otro, ¿Cuál? Sé que lo estás adivinando, el de Ray Colmore, el mío. Sueño con ajustarle las cuentas algún día; sí, ese día llegará, estoy seguro. Pero ya sabes cómo son las cosas, ahora paciencia y esperar a que te recuperes pronto.

—¡Qué frío hace en Nueva York! —exclamó Stanley al tiempo que clavaba la mirada en Ray.

Ray Colmore se asombró.

—¡Pero si estamos en Caracas! —respondió.

Joe se levantó. Inmóvil, lo miró a los ojos. La pregunta y la respuesta pertenecían al catálogo de contraseñas establecidas entre ambos. Solo ellos las conocían.

Stanley sonrió y estiró la mano con el fin de estrechársela, le costó hacerlo. Joe se acercó y le dio un beso en la frente. Stanley apenas tuvo fuerzas para moverse.

—Querido amigo, pensé que te morías —afirmó Ray.

Estaba emocionado, a punto de derramar unas cuantas lágrimas.

—Aún no, antes tengo que solucionar algunas cosas —dijo en tono bajo.

A Stanley se le borraba la vista, apenas podía mover la cabeza a un lado y otro. Como si se hubiera tomado una decena de tragos de buen whisky. Aún en ese estado hizo un gesto con el dedo índice de la mano derecha y señaló la puerta. Joe lo entendió, quería que verificara que la puerta estaba cerrada. Con parecida dificultad indicó un cuadro que representaba una imagen religiosa colgado de una de las paredes. Joe comprendió lo que proponía su amigo, lo descolgó y revisó. Se demoró unos minutos en examinar la lámpara de pie, el armario destinado a guardar la ropa y los dos sillones para acompañantes. Hizo la misma inspección en el cuarto de baño. Estaba seguro, no había micrófonos en la habitación. Stanley sonrió complacido.

Ray Colmore se acercó a Stanley y tomó asiento sobre la cama.

—Sé quienes me dispararon y por qué lo hicieron —dijo en voz baja.

—¿Quiénes?

—La gente de Meyer Lansky.

—¿Cuándo has recuperado la memoria?

—En cuanto salí del coma.

—¿Qué quieres decir? ¿Has estado fingiendo?

—Desde el principio, quería saber cuál era la situación, me tranquilizó verte, pero aún así…

—¿Cómo estás? ¿Cómo te sientes?

—Muy debilitado, pero mi cabeza funciona.

—Eres extraordinario, continúa.

—Meyer Lansky ha estado aquí, en la clínica, hace menos de una hora, acompañado del director. Este trabaja para él.

—¿El director Delgado?

—Lo habrá amenazado.

—¿Lansky te habló?

—Me llevaron a la sala de placas, allí estaba él, con una bata de médico, me hizo preguntas, sin dejar de sonreír, de ninguna manera se mostró hostil.

—¿Qué pasó?

—Nada, solo fueron tres o cuatro minutos, creo que le engañé, como a ti.

—Eres un buen actor.

—¿Para qué crees que fue?

—Sin duda para examinarme con sus propios ojos, para comprobar que había perdido la memoria.

—¿Pero fue él quién ordenó que te dispararan, estás seguro de ello?

—Ocurrió minutos después de que me entrevistase con su hermano y con él en el hotel. Descubrí mis cartas, les hice saber que estaba seguro de que habían asesinado al profesor León Valente —el autor intelectual del secuestro de Carolina Bacardí—, con el fin de quedarse con el dinero del secuestro. Las cosas sucedieron con rapidez. Bajé las escaleras y salí de la puerta principal del hotel Nacional. En aquel instante supe que las cosas habían ido mal.

—Empiezo a entender —dijo Ray.

—Me precipité, no debía haber acudido a ese hotel, sin embargo confiaba en llegar a un acuerdo con él.

—¿Un acuerdo con Meyer Lanski? ¿Pero en qué clase de acuerdo estabas pensando?

—No sé, quizá en que devolvieran el dinero y en que se comprometieran a abandonar las actividades ilegales en nuestras ciudades, en que se conformaran con sus negocios en La Habana. Pensé que podría ser un pacto aceptable para nosotros y también para ellos. Pensé y pensé, estaba aturdido y emocionado ante la posibilidad de llamarte y contarte mi gran triunfo. Debí haberme controlado, debí llamarte y consultarte.

Ray Colmore pensó para sí: Eso es como querer llegar a un acuerdo con un perro para que deje de ladrar.

En el momento en que Stanley acabó de pronunciar esas palabras Ray Colmore supo que ambos se hallaban ante un grave aprieto. Stanley había cometido varias irregularidades. Había visitado a los hermanos Lansky sin permiso de su superior, que era él. Poco importaba que lo hubiera hecho con una buena intención. El mundo del espionaje no está hecho de grandes palabras ni de intenciones, sino de normas y protocolos. El acuerdo que pasó por la cabeza de Stanley no estaba autorizado por Langley, y los hermanos Lansky estaban siendo investigados. La consecuencia de sus actos había provocado la situación en que se hallaban: un oficial en estado grave, al que habían intentado asesinar, y una buena cantidad de recursos distraídos, empezando por la presencia del jefe del área Caribe, en La Habana. Él mismo.

Si conseguían salir de esta a Stanley le esperaba un expediente, acusaciones graves, con muchas probabilidades una invitación a abandonar la organización de forma inmediata: el olvido de los méritos conseguidos a lo largo de tres décadas. Quien así reflexionaba

supo que la tormenta lo arrastraría. Era su jefe directo, quien lo había protegido durante muchos años, quien le encargó la misión. Sabía que unos cuantos oficiales en Langley aspiraban a sustituirle, la oportunidad se les servía en bandeja y la aprovecharían. Sabía que Philip alcanzaría uno de sus grandes sueños: acabar con la carrera de ambos.

—¿Crees que Meyer se habrá arrepentido? —le preguntó—. ¿Por qué te ha visitado hace unos minutos? ¿Por qué no ha intentado rematarte?

—No sé, espero tenerlo enfrente y le preguntaré.

—Seguro que lo harás. No acabo de creer lo que está sucediendo. Después de estar en coma prolongado tu cabeza funciona mejor que la mía.

—Una vez leí que al estar en peligro grave discurrimos cinco veces mejor, aunque el cuerpo no acompañe. Me siento muy débil —respondió Stanley.

—¿Qué podemos hacer? ¿Cuál es tu plan? —dijo Ray.

En ese momento sonó la puerta y entró el doctor Salvador Valverde. Joe se retiró de la cama y se sentó a una distancia de un metro del paciente. Este miró a la pared.

—¿Cómo está nuestro amigo?

—¿Quién es usted? —respondió quién reposaba en la habitación 27 con el nombre de Chris Fanon.

—El doctor Valverde, ¿no me recuerda?

El doctor se dirigió a Kowalsky.

—¿Puede dejarnos solos?

—Claro, esperaré fuera

Una vez que abandonó la habitación Valverde preguntó:

—¿Ese hombre es su amigo?

—No sé quién es, ¿trabaja aquí?

—No, pero dice que es un buen amigo suyo, que le conoce hace tiempo y que trabajan juntos, en la misma empresa.

Fanon no respondió.

—¿Cómo se encuentra?

—No sé. Quiero irme a mi casa.

—Esa es una gran idea, oiga, ¿dónde vive?

Chris Fanon lo miró y cerró los ojos. En las horas que llevaba fingiendo había aprendido que cerrar los ojos era una buena manera de responder, incluso había tratado de forzar alguna lágrima, aunque no lo había conseguido.

Valverde continuó.

—Mire, señor Fanon, va a llegar a la ciudad un médico eminente, especializado en amnesia. Es profesor en una universidad americana, está muy interesado en su caso. Viaja desde Nueva York para

examinarlo. Su visita será de gran utilidad.

—¿Cuál es mi caso?

—El de un hombre que ha sufrido un atentado grave, le dispararon y luego ha perdido la memoria.

—¿Quién me disparó?

—No sé, yo solo soy médico, no policía. ¿Tendrá deseos de salir e ir a su casa, ver a su esposa, a sus hijos?¿Cómo se llaman?

Movió la cabeza.

—Deseo dormir.

—No seguiré, le diré a su amigo que se vaya, que no quiere ser molestado.

—¿Qué amigo?

—El que estaba sentado junto a usted cuando entré. Buenas tardes señor Fanon.

—Buenas tardes —respondió este sin abrir los ojos.

Valverde salió y tomó del brazo a Kowalsky.

—¿Cómo sigue doctor?

—Parece que sigue igual, no estoy seguro, pero su estado físico va mejorando, de eso estoy seguro.

—De eso quería hablarle. Aparte de la memoria, ¿cómo se encuentra?

—Mire, no soy internista, pero yo quiero hablarle de otro asunto. Vendrá un profesor a examinarlo, está muy interesado —dijo Valverde.

—¿Ese hombre puede hacer algo para recuperarlo?

—No sé, veremos. Mire, con franqueza señor Kowalsky, o su amigo tiene un cuadro de amnesia severísima, o está simulando.

—¿Simulando? ¿Qué razón puede tener?

—No sé, él lo sabrá, quizá usted también.

—¿Qué está sugiriendo?

—Nada, pero es un caso extraño.

—Pago las facturas, tengo derecho a saberlo, ¿no cree?

—No quiero especular.

—Hágalo, se lo ruego.

—Vea pues, en la universidad, los neurólogos hemos estudiado casos de personas que fingen amnesia durante períodos largos. Hasta que un día despiertan, cuando ellos quieren.

—¿Y por qué lo hacen?

—Mil razones, para deshacerse de una esposa, a la que desean perder de vista, ¿qué mejor razón? Esta es su esposa dice el médico al paciente: No la conozco, es la primera vez que la veo. Como es natural, en esa situación no pueden vivir bajo el mismo techo.

Valverde prosiguió.

—O para no ir al servicio militar, o para no ser condenado por un crimen. ¿Qué jurado va a condenar a una persona que no sabe quién es? Lo mandarán a un hospital; no a una penitenciaria, y saldrá a la calle en pocos años. Hay casos registrados de personas que fingen amnesia por simple diversión.

—Pero ustedes los doctores, ¿tendrán medios para descubrir a quienes simulan?

—No se crea, no es fácil, no hay análisis de sangre ni radiografías en el cerebro que lo detecte. Claro que tienen que ser hombres de una gran capacidad y fortaleza mental, capaces de controlar los tiempos y mil detalles. Su amigo me parece un hombre de esas características.

—¿De verdad piensa que está fingiendo?

—No, solo digo que me da la impresión de que es inteligente, usted también lo parece. No adelantemos, mañana llega el doctor Leónidas Foster, el mejor doctor de Estados Unidos en esta materia, imparte clases en la Universidad Columbia, de Nueva York, es neuropsicólogo, como ya le he dicho. Está muy entrenado en descubrir simuladores. Lo acompaño a la puerta.

—Me quedo, esperaré a que despierte mi amigo —dijo Joe.

Regresó a la habitación. Stanley abrió los ojos. Ray aún no se creía lo que estaba viendo. Stanley vivo y en buen estado mental, diría que extraordinario a juzgar por sus actuaciones. No se le iban de la cabeza los errores cometidos, pero se alegraba de su mejoría. Ambos tenían aún unos cuantos problemas que solventar.

Ray volvió a pensar en trasladarlo a la embajada de su país. Sin embargo no era tan fácil. Exigía informar al embajador, este lo haría a la gente del departamento de Estado, requerirían la identidad de Stanley, su cargo, y la misión que había llevado a La Habana. Demasiadas explicaciones y con estas, el peligro de desvelar las irregularidades cometidas, no volvió a pensar en ello, no era la mejor idea.

Aquello representaba un problema, se había establecido un protocolo que modificaba el estatuto de los agentes en terreno, ya no era como antes; hasta hacía unos años los agentes de la CIA no estaban obligados a reportarse a las embajadas, ni a dar información sobre las razones que les llevaba a una ciudad u otra.

Las fricciones eran constantes, y los oficiales de uno u otro departamento procuraban no relacionarse.

Joe seguía cavilando, no quería tomar una decisión sin consultarlo con su agente.

Volvieron a la conversación que habían dejado pendiente en el momento en que entró Valverde.

—Vamos a arreglar este asunto nosotros y no olvides que la misión no ha terminado. Tenemos que hacer lo posible para aclarar la

responsabilidad de los hermanos Lansky, es nuestra oportunidad para que Batista nos los entregue, a nosotros y no a la embajada. Después los entregaremos al FBI, ¿que te parece? —dijo Stanley.

—El problema es que el director de la clínica está al tanto de que somos de los servicios secretos. Se lo dije —respondió Colmore.

Stanley guardó silencio durante unos intantes y después habló.

—Como te he dicho, el director de la clínica es compinche de Lansky, fue él quien me llevó a la sala de placas, junto a la enfermera.

—¿Qué crees que habrá ocurrido? —preguntó Joe.

—Un código 101, a buen seguro.

—Puede ser.

Se referían a que el director de la clínica podía estar siendo víctima de una amenaza de los hermanos Lansky, un chantaje simple. O colaboraba o moría.

Ray y Stanley estaban satisfechos con cómo sucedían las cosas, pero eran conscientes de sus limitaciones: la salud de este último era aún preocupante. Había salido del estado de coma, su organismo estaba débil, aquejado de un buen número de problemas que exigían seguimiento médico. Y sin embargo su deseo de solucionar el caso de forma satisfactoria era tan fuerte que su estado físico pasaba a un segundo lugar.

—Mañana llega un tal Foster, especialista en amnesia, Valverde dice que es el mejor, experto en simulaciones —dijo Ray.

—Bien, me veré las caras con él.

El doctor Delgado estaba dispuesto a dar motivos a Meyer Lansky para que le aumentasen la paga. Una vez que Valverde le anunció la llegada de Foster, así como las cualidades de este, llamó al hotel Nacional y le informó.

Meyer Lansky se alegró cuando escuchó de Delgado las siguientes palabras.

—Si ese hombre está fingiendo, el doctor Foster lo descubrirá, de eso puede estar seguro.

A Lansky no se le quitaba de la cabeza el asunto de Stanley. No descartaba la posibilidad de que estuviese simulando. Si la amnesia se confirmara en su estado severo, bien, habría que esperar su evolución. Si el destino había querido que Stanley Mortimer salvara la vida, él no era nadie para desafiarlo.

Las cosas no estaban mal después de todo. El director de la clínica le tendría informado sobre las conclusiones de Foster. Contaba con tiempo para tomar una decisión definitiva. No quería rematar a Stanley, aunque no dudaría si las cosas se torciesen.

Capítulo 41

Fueron para Martín Ugarte unos días de transcurrir lento, ensombrecidos por la nostalgia de tener lejos a Joan y el desconocimiento de lo que le había sucedido, las circunstancias vividas en el episodio de su secuestro. El cable a Madeleine Didier lo consolaba, sin embargo.

Martín no sabía dónde se hallaba ella, pero sí que el cable fue remitido desde México.

El nombre de Joan Alison figuraba en los diarios, en primera plana, así como en las noticias que transmitían las emisoras de radio. Los periodistas afines a Fulgencio Batista aseguraban que el secuestro era una operación falsa, realizada con el ánimo de menoscabar la imagen del gobierno y propagar los mensajes de los subversivos.

Martín se hallaba fascinado. Si, como parecía, Joan se había metido en ese baile, su admiración por su capacidad resolutiva crecía.

Para él había llegado el momento de tomar decisiones. Los escasos días que había pasado ella en La Habana, las pocas horas que estuvieron juntos despertaron en Martín Ugarte la necesidad de adoptar una estrategia. Hasta ese momento se había limitado a esperar acontecimientos.

Se acabó el tiempo de un Martín Ugarte vacilante, se dijo. Deseaba pelear por el corazón de Joan, intentarlo, y si esta no reaccionaba habría llegado el momento de empacar sus cuatro pertenencias y romper amarras de una vez para siempre. Regresaría a Tánger en ese caso, donde sus buenos amigos Lopategi y Cruceta le esperaban con los brazos abiertos, así como el negocio del que formaba parte, dedicado a la pesca de la sardina en aguas atlánticas.

El tiempo de tomar estas decisiones coincidió con la mejoría del estado de salud de Stanley. Martín supo que había salido del coma por medio de Sorrillo, a quién le informó Joe Kowalsky. Ambos se alegraron, pero el oficial de inteligencia les indicó que permanecía en estado de amnesia radical. A pesar de estas palabras, el inspector Juan Sorrillo sospechó que Joe ocultaba algo, una noticia positiva, pues fueron pronunciadas en un tono festivo.

Martín Ugarte escribió un cable a Joan: ¿Tu propuesta para que te visite en Connecticut se mantiene? Besos, Martín.

Una vez que lo tuvo en sus manos Joan Alison sonrió. Desde que arribó a Playa del Carmen, junto a Lucrecia de la O, apenas habían pasado unas horas para organizar su viaje a Nueva York. Tenía consigo su pasaporte

real y no tenía ningún problema con las autoridades de su país por lo que se trasladó a Ciudad de México en avioneta y al cabo de unas horas aterrizaba en Nueva York. Durmió unas cuantas horas y de acuerdo con su editor se dispuso a atender a los medios de comunicación que deseaban conocer los pormenores de la entrevista con el líder de los Rebeldes, publicada en El Excelsior. Volvía a estar en el ring.

Las cosas estaban sucediendo de manera precipitada y extraña. Unas horas antes de recibir el cable de Martín estuvo a punto de enviar a Madeleine otro con el siguiente texto: Dile al vasco que seré una buena anfitriona y le enseñaré Nueva York.

No lo había decidido, pero tampoco descartado, así que cuando recibió el mensaje de Martín pegó un grito de alegría.

El episodio vivido en La Habana, el consejo de una mujer tan experimentada como Lucrecia de la O expresado en las palabras: no pierdas a ese hombre, y las horas de confinamiento en el apartamento de la guionista, había sido suficiente para reflexionar sobre su presente.

La novela para la que aún no tenía título progresaba a buen ritmo. Después de muchos años sin escribir un texto largo y del que se sintiera satisfecha, se reconciliaba consigo misma. Confirmaba que su sueño de convertirse en escritora tenía sustancia, no solo era una ensoñación.

El golpe de fortuna de la entrevista en El Excelsior no podía ser una simple coincidencia.

Pensó en proponer a Martín que se reuniese con ella, no para enseñarle la ciudad de Nueva York, sino para ensayar una reconciliación.

Había algo en esa cavilación que le molestaba. Estaba escribiendo en un papel imaginario las ventajas y desventajas de la decisión, como si fuera la estructura de un guion de película de ficción o de una novela; sumando tramas y restando argumentos. Esta forma de actuar la desnudaba: en algunos momentos llegaba a deplorar sus propias acciones. Así era ella, sin embargo. No podía engañarse. Una mujer compleja, dotada de una confianza en sí misma fuera de lo común, con tendencia a generar situaciones embrolladas.

Estaba en un apartamento de la Avenue Amsterdam donde se alojaba durante sus estancias en la gran ciudad, junto a una amiga también guionista. Salía con sus amistades por la noche a lugares de moda entre las gentes del periodismo y del cine.

Con frecuencia era reconocida, causaba curiosidad en los lugares a los que llegaba, algunos clientes se levantaban de las mesas para saludarla; era amena, graciosa en su justa medida, sus palabras denotaban inteligencia y

dominaba las tertulias en las que se integraba sin gran esfuerzo, de una manera muy natural. Era una mujer de una cultura superior a la de la mayoría de mujeres de su edad y a la de un buen número de hombres que por entonces se reunían en aquellos ambientes de Nueva York. Conocía Europa, su estancia en Tánger suscitaba admiración y el brillo de Casablanca seguía sus pasos, ahora aumentado por la repercusión de su secuestro en La Habana y la entrevista al líder de los Rebeldes.

Sin embargo, era consciente de que un inesperado cambio en su vida a causa del deseo de tener a su lado a Martín Ugarte perjudicaría su independencia, su bien más preciado.

Se preguntaba si deseaba tener uno o quizá dos hijos. Había sido una hija muy querida, su infancia la recordaba con alegría, y con sus hermanos mantenía una buena relación. Pero no estaba segura de estar dispuesta a sacrificarse como obligan los embarazos y los deberes de la maternidad. Martín no le había ocultado sus deseos de ser padre y no solo progenitor, lo repitió un par de veces: estaba dispuesto a cargar con la mayor parte de las cargas que supone un hogar familiar, y era un hombre que no se caracterizaba por escupir palabras sin un buen fundamento.

En su amor por Martín había atracción física y ternura, pero no pensaba en él a todas horas. Estaba segura de que casarse con él habría de resultar agradable y armónico. Presentar a Martín Ugarte como algo diferente a un buen amigo suscitaría entre sus amigos sorpresa, pues llevaba muchos años soltera y para muchas personas era su modo de vivir, llamado a continuar: Así es Joan, siempre rodeada de gente inteligente y hermosa y siempre sola, solían decir a sus espaldas.

A la sorpresa seguiría la envidia, pues el apuesto Martín Ugarte con sus hermosas y varoniles facciones y un cuerpo bien proporcionado, sin duda habría de provocar no pocos comentarios de admiración. No era el amor a un cuerpo bien formado ni la admiración de un varonil rostro lo que aumentaba el valor de Martín, como pregonaban algunas de sus amigas de conveniencia. Joan intuía que habría de hallar a su lado el reposo que la impetuosidad de su carácter requería.

No era menor el exotismo del vasco. Martín entendía y hablaba algo de inglés, pero lo aprendería en muy poco tiempo dado su dominio de varios idiomas, como el vasco, español, francés y árabe. El conocimiento de este último le abriría las puertas de colegios y universidades de la ciudad donde impartir clases. Ella hablaba francés con corrección, se prodigaría en conversación en esta lengua con Martín, de cuando en cuando, en presencia de amigos y compañeros de la farándula, lo que contribuiría a reforzar su charme.

Las buenas maneras de Ugarte daban cuenta de un hombre

educado, pocos sabrían que había sido sacerdote. Ella, pese a haber sido bautizada en el seno de la iglesia de Roma, no era una mujer practicante, rara vez entraba en una iglesia. Sin embargo, estaba bien dispuesta a convivir con un católico y en su caso educar a sus hijos según su magisterio. En alguna ocasión quiso entablar con Martín una conversación profunda sobre las razones últimas que lo habían llevado al sacerdocio, pero encontró en él una barrera de intimidad que no consiguió traspasar. También intentó que él hablase de sus recuerdos de confesionario, sonsacarle los testimonios más frecuentes que escuchó de los penitentes a través de la rejilla, le argumentó la utilidad que representarían para su novela. Martín se mantuvo firme. Ella no insistió y se quedó con un suave regusto a derrota, ardía en deseos de descubrir los secretos que él guardaba.

Cualquiera que lo conociera llegaría a la opinión de que estaba ante un hombre aún joven de talante agradable, alegre e inocente, moderado en sus costumbres, de mirada fresca y calma, fiel a sus amigos. Y las mujeres que se habían acostado con él hablarían de un comportamiento tierno en los preámbulos del amor y vigoroso en el sexo. Y sin embargo, mientras Joan se acariciaba el mentón con suavidad aquel día de luz traslúcida, pensaba que todas las personas deambulan por la vida cubiertas con una máscara, rostros bellos que esconden almas atormentadas y vicios secretos. Martín Ugarte no habría de ser una excepción. Con el tiempo lo descubriré, se dijo.

Tenía presente, mientras reflexionaba de esta manera, las palabras que escuchó hacía escasos días de dos mujeres a las que admiraba, aunque por diferentes razones. Tanto Madeleine Didier como Lucrecia de la O concidieron; la misma recomendación con palabras distintas. La francesa se lo reiteró: Con ese vasco no lleves la situación al límite, no lo sometas a prueba una vez tras otra, no juegues con la dicha, también existe la desdicha. No era la opinión de una novata, Madeleleine lo sabía casi todo en esta materia. La guionista habanera, por su parte, había sido rotunda: no lo pierdas.

Joan aspiraba a vivir como suelen hacerlo los americanos de clase media y alta, en un barrio neoyorkino agradable, quizá en Chelsea, en un inmueble de dos plantas y fachada de piedra rojiza estilo brownstone, en el que no debería faltar una buhardilla donde instalaría su espacio para escribir y estar consigo misma. Dibujaba un buen escenario: dejar transcurrir la semana con un par de días cenando fuera, en alguno de los establecimientos de moda entre periodistas y escritores, acudir a estrenos en Broadway, estaba segura que no les faltarían invitaciones.

Sobre sus condiciones para triunfar en literatura no tenía dudas. Escribía con vigor narrativo, los personajes que creaba estaban

dotados de fuerza, los textos poseían coherencia y verosimilitud, describía con acierto los ambientes y manejaba con soltura los diálogos. Poseía una notable cultura, adquirida en la Universidad de Boston, ampliada en Tánger y en viajes por ciudades europeas, y poseía el don de la comunicación con palabras fáciles, pronunciadas en un tono convincente. Cuando lo hacía sus ojos brillaban con algo de malicia. Quienes la conocían bien, y se podían contar con los dedos de ambas manos, advertían en ese instante lo bien que manejaba instantes de pausa entre frase y frase, en ese torrente de palabras que multiplicaba su magnetismo.

Su disposición para el trabajo era tal que podía estar ante una máquina de escribir siete horas al día, al menos cinco días a la semana, lo que le aseguraba una capacidad de producción notable. Por último, mantenía buenos contactos con las editoriales importantes en una ciudad tan despierta y confiada en sí misma como lo era Nueva York en aquellos años de la década de los cincuenta. La televisión y el cine vivían sus mejores momentos, las salas se multiplicaban, el número de lectores crecía, así como las librerías que se inauguraban en uno u otro barrio. Ser escritora o guionista célebre representaba una buena posición; su encumbramiento social, la gloria, estaba al alcance de la mano.

De forma que en ese inventario imaginario que representaba su mente en aquellos días, Joan Alison tomó una decisión: haría lo necesario para que Martín Ugarte se casase con ella. Estaba convencida de que él la adoraba. ¿Qué mujer no permanece fascinada al sentirse deseada y querida por un hombre como Martín Ugarte?, pensaba.

Por medio de Madeleine Didier, Martín Ugarte recibió la invitación para viajar a Nueva York. Aceptó de inmediato. Pero no lo hizo sin recordar con claridad las circunstancias de los dos episodios de amor que había vivido con Joan Alison, uno de ellos hacía once años, cuando él era un jovencísimo sacerdote; y el segundo unos meses atrás, vivido con intensidad y truncado cuando ella anunció que se iba a Connecticut sin explicación alguna, salvo que quería escribir una novela.

Martín estaba dispuesto a librar la batalla por el corazón de Joan. No ignoraba lo que le esperaba. A pesar de las discusiones con ella, recordaba otros momentos, aquellos en que sus ojos se encontraban y los de ella reflejaban una ternura reconocible.

Desde edad muy temprana había vivido de acuerdo con un plan específico. Vivió junto a su tío el presbítero Jacinto Solaguren, ingresó en el seminario y, una vez cumplidos los estudios, abrazó el sacerdocio. Al conocer a Joan Alison y enamorarse pidió y obtuvo la dispensa papal.

Había trabajado junto a sus socios en el negocio de la pesca y tuvo

un destello de heterodoxia al dejar atrás Marruecos y viajar a La Habana con la intención de ser el protagonista de una nueva etapa. Cuba, un lugar desconocido y lejano del que no tenía muchas noticias. Tenía treinta y cinco años. En ningún modo sospechaba, al embarcar hacia su nuevo destino, que habría de reencontrarse con Joan Alison.

Al aterrizar en el aeropuerto de Nueva York tenía claro que sus pasos habían de ser firmes.

Con la minuciosidad aprendida en los años de formación religiosa realizó un examen de las diferentes decisiones que estaban a su alcance. No le interesaban las riquezas mundanas fuera de lo necesario para vivir, comía con frugalidad y vestía sin lujo alguno. Cuando se miraba al espejo tenía ante sí un rostro en paz, no había sido fácil, no obstante.

Dejó atrás una sucesión de errores, el primero de ellos, haber tomado los hábitos sin un examen pleno de lo que significaba el voto de castidad. La primera vez que vivió el sexo advirtió que estaba ante una experiencia de una fuerza extraordinaria, un gozo que jamás imaginó. En su defensa pudo argüir que era un muchacho cuando tomó la decisión de abrazar el sacerdocio y esta venía predeterminada por circunstancias familiares.

Habían pasado unos cuantos años desde aquello, las angustias espirituales que por largas temporadas le habían mortificado pertenecían al pasado y de nuevo se sentía guarecido en las tranquilas aguas de la Fe. Recordar aquellas representaba un ejercicio de memoria que practicaba con cierta frecuencia, solía ser para él un buen remedio en momentos de desaliento, un ejercicio que solía acompañar junto a la creencia en el Dios al que aprendió a rezar desde muy chiquillo, el mismo que le proporcionaba las fuerzas para seguir en el camino cuando se sentía extraviado.

Se sintió feliz al averiguar que lo que pretendía en la vida era esclarecer las posibilidades de vivir con Joan. Él la amaba, debía averiguar si ella le correspondía aunque fuese a su manera. No se había enamorado de una mujer común, lo sabía. Aspiraba a conseguirlo y también a convertirse en padre, lo que deseaba con fuerza.

Joan lo recibió en el aeropuerto de Idlewild. No podían empezar las cosas de mejor manera. Ella había arrendado un vehículo, él cargó la única maleta con que viajaba y emprendieron la marcha hacía la ciudad. Se habían saludado con un abrazo sostenido por unos segundos y sus labios se habían rozado.

El apartamento estaba disponible para ellos. La propietaria se hallaba ausente. Joan enseñó a Martín lo que sería su habitación, de buen tamaño y provista de una cama grande.

—Esta noche celebraremos en Chinatown tu llegada, te llevaré a un

restaurante delicioso —dijo ella.

A lo largo de la velada evitaron hablar sobre lo que les sucedía, sobre lo que habían vivido o el momento en que se hallaba su relación. Conversaron con buen ánimo, se esforzaron en mantener un buen clima. Hablaron sobre Stanley y por alguna razón se mostraron optimistas sobre su evolución clínica. También Madeleine Didier ocupó parte de la conversación. La querían, la admiraban por su determinación, por su capacidad para reinventarse una y otra vez y superar las dificultades.

Charlaron sobre la experiencia vivida por ella con Lucrecia de la O y la entrevista con el líder de los Rebeldes. Martín elogió su valentía y se interesó por las ideas que representaban aquellos jóvenes barbudos. Joan insistió en que le habían parecido idealistas y negó cualquier relación con los comunistas. Se sumaba Joan a las corrientes de opinión que defendían los grandes editorialistas norteamericanos, como los de New York Times, Washington Post y Boston Globe. Estos clamaban contra el golpista de Fulgencio Batista y denunciaban su gobierno corrupto.

Ugarte no tenía una opinión bien formada de los Rebeldes, aunque por una razón u otra las personas con quienes trataba simpatizaban con ellos. Incluso Carolina Bacardí y la joven Tatalí. Sospechaba lo mismo del inspector Sorrillo pese a que este se mostraba cauteloso cuando en sus diálogos asomaba la política.

La conversación continuaba. Martín se comportó con maestría. Le interrogó sobre su novela, se interesó por la editorial que la publicaría y por los planes de promoción. Ella estaba jugando el papel principal en la velada, ambos lo sabían y él lo fomentaba.

Habían pasado dos horas y en ningún momento la charla se vio amenazada por silencios comprometedores o incómodos.

Una vez acabada la cena regresaron al apartamento. Joan descorchó una botella de champán,y ahora sí, se encontraron frente a frente. Durante la cena habían dado cuenta de sendas botellas de vino tinto, también francés. Ambos se hallaban achispados.

Martín se adelantó.

—No sabes cuánto te he extrañado —dijo.

Eran las palabras que Joan esperaba. Se acercó a él y lo besó con ternura.

Pasaron la noche juntos, satisfechos. El preámbulo del sexo había sido largo y pródigo en caricias, besos y abrazos.

Aquella noche, dio la impresión de que ambos deseaban evitar que sus sentidos se desbocasen.

Días más tarde, Joan Alison le presentó a varios amigos con el éxito que esperaba. No era común que la guionista presentara a los hombres con los que mantenía una relación. Fue interpretado por

estos como un romance probable. Trataron a Martín con cordialidad y guiñaban el ojo a Joan en signo de unánime aprobación.

Martín había llegado a la gran ciudad con billete de regreso al séptimo día de su llegada y Joan deseaba regresar a Connecticut para reemprender las tareas de su novela. De modo que decidieron conversar sobre sus respectivos planes. Fue ella quién tomó la iniciativa.

—Hablemos sobre nosotros, Martín —dijo.

El vasco sonrió.

—Es extraño, después de nuestra historia en Tánger di por hecho que no volveríamos a encontrarnos, que te olvidaría con el paso del tiempo y sin embargo no pasó un día que no estuvieses en mi mente. ¡Me alegré tanto del éxito de Casablanca! Me hubiera gustado tanto vivirlo junto a ti…

Continuó.

—Al reencontrarnos en La Habana mis recuerdos revivieron, fui muy feliz junto a ti paseando por el Malecón, abrazándonos, besándonos. No me podía creer que fuera cierto que te marcharas a Connecticut a escribir una novela por un tiempo indefinido. No acabé de entender tu complejidad. Me di cuenta de eso cuando ya era tarde. ¿Y tú? —preguntó Ugarte.

Se hallaban frente a frente, sentados en la mesa, con las manos entrelazadas.

—A veces no soy capaz de entenderme, siento haberte causarte daño. Este tiempo, tal y como han sucedido los hechos, me ha ayudado a comprender algunas cosas.

—¿Cuáles? Me intrigas.

—He dejado de beber y ya no fumo.

—¿Te refieres a eso? —expresó Martín.

Joan era una mujer con buen sentido de humor. Echó una breve carcajada.

—No, claro que no. La novela que estoy escribiendo me está ayudando. Ese narrador inconsciente que llevamos dentro los escritores me enfrenta a menudo a la mujer que soy, y también a la que no quiero ser. Resulta divertido y tormentoso, según los días. Pero te confesaré algo: nunca dejé de pensar en tí, estabas presente en uno de mis personajes, en el principal. Por alguna razón tiene una edad similar a la tuya y un físico parecido. No lo decidí de manera consciente, pero las páginas avanzaban y me daba cuenta de que eras tú la persona sobre quien escribía. Pensé en ello con frecuencia mientras paseaba por la playa al final de la jornada.

—¿Me estás halagando?

—Te quiero de una forma más profunda de lo que seré incapaz de reconocer —le dijo.

Martín la observaba expectante y ella continuó:

—Te contaré un pequeño secreto. La primera vez que acaricié tu pecho me estremecí, sucedió hace muchos años, en Tánger. Me sucedía cada vez que hacíamos el amor y nuestros cuerpos desnudos se rozaban y entregaban. Luego, al regresar a América y acostarme con otros hombres no experimenté esa sensación. Volví a sentir lo mismo en La Habana, en nuestro reencuentro.

Martín Ugarte quedó sorprendido. Y estuvo a punto de preguntar: ¿Pero no estás enamorada de mi? Decidió morderse la lengua.

—¿Y cuál es el próximo capítulo de tu novela? Recuerda, eres tú la escritora, yo solo soy el personaje.

—Querido Martín, dejemos que sea el tiempo el que vaya escribiendo sobre nuestro futuro. Por ahora te propongo que nos vayamos acercando. Ven conmigo a Connecticut a pasar una temporada, aunque no será fácil. Hay días en que las cosas no me salen bien con la novela y termino de un pésimo humor.

—Desapareceré de tu vida cuando eso suceda, buscaré un perro y saldré a pasear con él durante un par de horas. Le pondré de nombre Bubu, me gusta ese nombre, cuando era niño tuve un perro que se llamaba así.

Las palabras fueron pronunciadas por Martín en un tono cálido, incluso servil. Y sin embargo, lo que no escuchaba Joan Alison era lo que escondía Martín tras sus palabras: había aprendido la lección, unas cuantas lecciones; su propósito era conquistar a Joan paso a paso, sin correr, sin mostrar su absoluta impaciencia. No ignoraba la dificultad del empeño.

Si Alison quería seguir comportándose como una mujer a veces adorable, a veces caprichosa, siempre admirable, él le daría en cada momento lo que quería con el fin de tenerla para sí. No era tarea fácil. Joan era una mujer experimentada en detectar a los aduladores que se reunían a su alrededor en cenas y salones, se reía con ellos y de ellos, despreciaba a los que opinaban de todo con una seguridad ridícula, le molestaba la frivolidad, a pesar de que alguno podía asegurar que ella era su reina, permanecía atenta a quienes hablaban poco y soltaban de cuando en cuando una frase llena de ingenio. Ese era el escenario. Detrás de este se ocultaba otra mujer y Martín Ugarte estaba aprendiendo a conocerla. Obtendría su rendición, ese era su propósito. Entraría en el juego de Joan paso a paso; amaba a la bostoniana, pero sabía que en su andadura habría de comportarse como un hombre inteligente, conciliador, cálido y prudente. ¿No le enseñó el magisterio de la iglesia que la prudencia representa una de las virtudes fundamentales en la vida de una persona?

—Martín, me das sosiego y te quiero, sin olvidar que adoro hacer

el amor contigo. Mi personaje en la novela tiene una vida tormentosa y, sin embargo, creo que con el paso de las páginas busca un final apacible, un final nada confuso, quiere estar seguro de lo que tiene en las manos y no quiere soltarlo, no quiere perderlo —dijo Joan.

Estas palabras sirvieron a Martín para leer el pensamiento de Joan. Era consciente de que las palabras que acababa de pronunciar Joan Alison no retrataban a una mujer enamorada. Su lucha habría de ser larga y paciente con numerosos pasos atrás y reconciliaciones imprevisibles.

Por alguna razón, en ese mismo momento, recordó la fría madrugada en que sus parientes de San Sebastián lo habían acomodado en un vagón de segunda clase que, tras una y otra parada, dos cambios de trenes y un embarque en Algeciras, habría de finalizar en Tánger donde desembarcó. En esta ciudad lo esperaba su tío, el presbítero Jacinto Solaguren, hermano de su madre, que lo recogía después de la muerte de esta y la enfermedad mental de su padre al que habían internado. Hacía bastante tiempo que este pensamiento no lo asaltaba. Pensó en que lo sucedido atrás era un sueño, quizá demasiado largo, y también en que a partir de aquel momento hallaría junto a Joan la felicidad y paz que tanto ansiaba.

Lo apropiado era olvidar temores de antaño y pensar en el presente, se dijo.

Estaba entusiasmado y habló de corrido sobre sus planes: lo inmediato era aprender inglés y no solo para defenderse, necesitaba dominarlo en unos meses.

Joan permanecía en silencio observándolo con fijeza.

—Tengo una cuenta bancaria en Tánger, junto a unos amigos vascos soy socio de una empresa que se dedica a la pesca de la sardina. Contrataré un buen profesor de inglés.

A la mañana siguiente le despertó su natural hábito de madrugador y lo primero que vieron sus ojos fue el rostro de Joan: la observó durante unos segundos, dormía profundamente.

Bajó a la calle, compró el New York Times, buscó una pastelería y subió al apartamento con unos croissants de mantequilla recién horneados que halló en una pastelería de nombre Bon Journée. Se dispuso a preparar un café. Ella le sorprendió hojeando en el periódico las páginas de empleo. Martín se ruborizó y lo cerró. Joan, con el aire astuto que rara vez abandonaba, apreció el gesto, aunque no lo comentó.

—Creo que soy bastante feliz, se dijo él.

Capítulo 42

Pese a que la víspera había ingerido un somnífero. Chris Fanon no pudo conciliar el sueño. La anunciada visita del doctor Foster tendría lugar en cualquier momento. No le faltaba confianza en sí mismo. Su interpretación de hombre amnésico había sido apropiada, ni siquiera el doctor Valverde descubrió su farsa, y tampoco Meyer Lansky. A este le había prestado suma atención, fijado en sus gestos, escrutada su mirada. Creyó que había superado la prueba.

Las primeras horas de aquella mañana transcurrieron tranquilas. La enfermera Ilse le llevó un vaso de agua, tres píldoras y un jarabe del que debía beber una cucharada en ayunas. Los días previos había aceptado los medicamentos sin reparo. Esa mañana tuvo reservas.

El desarrollo de los hechos indicaba que el director de la clínica colaboraba con Lansky. Debía multiplicar las precauciones.

Pentotal Sódico, este nombre no se le iba de la cabeza. En varias ocasiones, en su vida profesional había sido informado de sus efectos. Le dijeron que inducía a expresar hechos ciertos y vividos, en un estado próximo a la anestesia general. Recordó que existían dudas sobre su eficacia. Sabía que sus compañeros de organización lo utilizaban en interrogatorios difíciles. No podía descartar que fuese una de las armas en manos de ese doctor apellidado Foster. Tomó la decisión de negarse a recibir una inyección, fuera con un motivo o con otro.

Debía concentrarse en sí mismo.

También pensó en rechazar las píldoras con una u otra excusa, alegando un fuerte dolor gastrointestinal. Lo descartó. No tenía diarrea ni el estómago hinchado, fingirlo despertaría sospechas. Debía comportarse con naturalidad.

El doctor Leónidas Foster era un hombre alto, bastante delgado y daba la impresión de tener un cuerpo algo desproporcionado. Podría decirse que sus piernas eran largas. Sus cabellos escaseaban, pero los mantenía rizados y revueltos y el color de ellos, entre blancos y grises, aumentaban la impresión de estar ante un científico. Era un hombre de natural risueño y entró en la habitación 27 acompañado del doctor Salvador Valverde. Saludó con un Buenos días, señor Fanon.

El paciente los miró con desinterés.

—Sabrá que estamos en las primeras horas de un día excelente —dijo Valverde, al tiempo que descorría las cortinas—. Le presento al doctor Leónidas Foster —continuó.

—¿Quiénes son ustedes? —respondió Fanon.

—Señor Fanon, hemos venido a ayudarle —insistió el doctor cubano.

Foster observaba.

—¿Quién es el señor Fanon?

Había decidido amurallarse en respuestas breves.

—Si no les importa, desearía quedarme a solas con el paciente —dijo Foster, mirando a Valverde y a la enfermera Ilse, que permanecía en silencio esperando indicaciones.

El tono indicaba que era una orden, no un ruego.

Valverde se quejó.

—Pero, doctor Foster, contaba con estar presente, quiero aprender de sus técnicas, es imprescindible.

Foster no se arredró.

—Mis técnicas, como bien dice, me pertenecen, son el resultado de cincuenta años de estudio. Es mi haber científico, lo comparto con mis colegas en congresos y publicaciones, pero solo en la medida que decido. Sin embargo, le prometo que al terminar el examen del doctor Fanon... —Cambió la dirección de la mirada hacia el hombre postrado en la cama—. ¿Así se llama? ¿Es usted doctor?

Fanon no reaccionó. Sus ojos se posaban sobre un punto del techo.

—Bien, como le digo, colega, le informaré una vez que acabe con este simpático señor. No olvido que son ustedes los que pagan mis honorarios y los gastos de viaje.

Salvador Valverde hizo un gesto de resignación y se dirigió a la puerta. Ilse lo siguió.

Leónidas Foster había nacido en Nueva York, en el seno de una familia de clase media. Su padre era médico de un pequeño pueblo cercano a la gran ciudad y su madre era de ascendencia griega. Fue hijo único y estudió con las mejores notas en un instituto público. Una vez terminada la carrera de medicina se especializó en neurología y completó estudios avanzados en psiquiatría. Sirvió en la Segunda Guerra Mundial en los frentes europeos. Tuvo ante sí numerosos oficiales y soldados aquejados de episodios traumáticos de pérdida de memoria, algunos ciertos y otros fingidos; en diez años se convirtió en un especialista experimentado. Sus servicios eran demandados. Con frecuencia impartía conferencias en universidades europeas.

Foster tomó asiento y observó a Fanon durante unos segundos. Lo miraba a los ojos. Lo observaba como quien mira al enemigo con el que va a medir fuerzas.

Fanon miraba a la pared de enfrente, Cada diez o quince segundos posaba sus ojos sobre Foster y mostraba una mueca de extrañeza.

Foster había traído un maletín de trabajo. Extrajo un cuaderno de tamaño mediano, lo abrió en una página en blanco y sacó de su

chaqueta una pluma estilográfica. La depositó encima del cuaderno. Del maletín extrajo una lupa. La tomó en su mano derecha y se acercó a Fanon.

—Abra bien los ojos, por favor, voy a examinar sus globos oculares —le dijo—. Fanon no pudo negarse.

—Ábralos cuánto pueda —insistió Foster.

A continuación le tomó el pulso. Apuntó algo en el cuaderno. Fanon temió que su pulso se hubiera acelerado, por lo que Foster podría concluir que se hallaba ansioso.

Foster se acercó de nuevo y golpeó las palmas de las manos con fuerza, a una distancia del rostro de Fanon que no superaba los treinta centímetros.

Fanon se asustó y echó la cabeza atrás.

—¿Qué hace?

—No tema, no le voy a hacer daño.

—¿Qué quiere de mí?

—Ayudarle, soy un amigo.

—¿Amigo?

Chris Fanón cerró los ojos.

—Descanse unos minutos, yo permaneceré aquí, a su lado, observándolo.

Había pasado un minuto, Foster se levantó y volvió a batir las palmas con más fuerza que la vez anterior. Uno de los guardias advirtió el ruido y se dispuso a entrar. En ese instante llegó el doctor Delgado, director de la clínica.

—¿Qué sucede? —preguntó a los hombres que guardaban el acceso.

—He oído un ruido fuerte.

—Entremos.

Lo que el director y el escolta vieron fue a Chris Fanon sobre la cama, desnudo de la cintura hacia arriba. Foster le observaba en pie a escasa distancia.

—Oigan, estoy trabajando —se quejó.

—¿Está todo ok? Hemos escuchado un ruido —inquirió el director.

—¿Qué clase de ruido? —respondió Foster.

—Sonó como una bofetada —dijo el guardia.

—¿Algo así?

Foster batió las palmas.

—No se preocupen, es una técnica. Y ahora, ¿pueden dejar que siga trabajando?

Chris Fanon seguía la conversación sin pronunciar palabra.

—¿Quiere dormir? —le preguntó Foster.

La irrupción del médico y del guardia le dio confianza.

—Oiga, ¿qué tal se come aquí?, empiezo a tener algo de hambre —

dijo Foster.

Fanon había ingerido un caldo de gallina unas horas antes, así como una buena ración de gelatina de fresa. Sin embargo, no respondió.

—¿Qué comió ayer? —insistió Foster.

—¿Comer? No recuerdo.

—Oiga, Fanon es apellido irlandés, una vez estuve en Dublín. Magníficas cervezas.

No obtuvo respuesta.

—Pero usted no parece irlandés, son rubios, de rostro enrojecido. Usted parece de origen italiano.

El segundo apellido de Stanley era Fortezza.

El paciente cerró los ojos. Leónidas Foster se sentó y se dispuso a escribir en su cuaderno de notas.

Foster era un estudioso del lenguaje verbal. En su especialidad representaba una gran ayuda.

Anotó:

Fanon mantiene un volumen de voz alto, su tono es decidido y la velocidad de sus palabras es media.

Confianza en sí mismo, extraño en una amnesia retrógrada severa.

Continuó escribiendo.

Las palmas de sus manos las mantiene cerradas.

Evalúa lo que dice, no habla con espontaneidad.

Foster dio por finalizada el examen. Ese hombre que tenía enfrente se iba arriba a medida que pasaban los minutos. Estaba ante la obligación de emitir un informe y entregarlo a quien le había contratado.

Releyó una de las frases que había escrito minutos antes: Este hombre está aquejado de un gran Korsakov o se está pasando de listo conmigo.

Pero el informe debía estar escrito de manera formal.

Después de las circunstancias personales, lugar y fecha del examen escribió:

Una vez examinado el paciente, realizadas las preguntas que la «lex artis» aconseja, escuchadas las respuesta orales y examinados los movimientos de su lenguaje corporal, llego a la conclusión que el paciente conocido como Chris Fanon está simulando, otorgando a esta posibilidad un porcentaje en torno al 80%, no descartando que sus síntomas se deban a una Amnesia Retrógrada Severa (Síndrome de Korsakov), aunque en un porcentaje del 20%.

Se trata de un paciente de una gran fortaleza emocional, que controla sus

actos de forma óptima, no decae en momento alguno lo que, a mi juicio, refuerza la posibilidad de simulación. Lo contrario sería extraño.

Capítulo 43

El informe le fue entregado al director de la Clínica en presencia del doctor Valverde. Ambos lo leyeron y quedaron sorprendidos.

—¿Está seguro? —preguntó Federico Delgado.

—No lo estoy, por esa razón mi informe no es concluyente, pero casi —aseveró Foster.

Valverde recibió el informe como una pequeña victoria, él también había sospechado de un probable fingimiento.

El director Delgado se hallaba en un serio apuro. El compromiso con Meyer Lansky obligaba a informarle de forma inmediata. De manera que, con el papel en un sobre y al volante de su vehículo de diez años de antigüedad, se dirigió al hotel Nacional.

El recorrido más corto para dirigirse desde la Clínica Cardona al hotel Nacional aconseja tomar la calle 23. A esa hora tardaría unos diez minutos en llegar. Escaso tiempo para responder a las preguntas que se hacía. De manera que modificó el itinerario y condujo hasta el Malecón. Se proponía recorrerlo con lentitud. Empezó a sudar.

Habían pasado treinta minutos desde que el doctor Foster le había entregado el informe. Pensaba en la reacción de los hermanos Lansky. Era probable que ordenasen el asesinato del hombre que con el apellido Fanon se hallaba ingresado en la habitación 27 de la clínica que dirigía. A buen seguro le exigirían su colaboración, de una manera u otra.

Él había aceptado su dinero y los Lansky no eran socios de los que se podría despedir con un simple apretón de manos y un hasta la próxima, encantado de conocerles. Pero Federico Delgado no era un asesino, su hasta entonces larga vida había transcurrido entre clínicas y clases universitarias. La máxima transgresión que había cometido era un exceso de velocidad al volante de su vehículo. Era un médico que gozaba de buena reputación entre sus colegas. Había cometido un error al aceptar el primer sobre de Jacob Lansky, no le habían dado la opción de rechazarlo. O aceptaba o se exponía a consecuencias en las que no quería pensar, se repetía una y otra vez.

Lo primero que consideró fue en ocultarle el informe por una razón u otra, pero no encontró una dotada de la verosimilitud suficiente como para embaucar a un hombre como Meyer Lansky, experimentado en toda clase de astucias; después en falsificarlo, imitar la firma del afamado doctor que se disponía a regresar en las próximas horas al continente, una vez cumplida su misión y percibidos los

honorarios en dólares uno tras otro, en billetes de cincuenta y cien. Sin embargo, carecía del papel impreso con su nombre, apellidos, dirección y teléfono particular que guardaba Foster en su cartera de mano.

Pero, sobre todo, le faltaba valor. Había sido un buen médico a lo largo de su vida, había formado una bonita familia, le agradaba su profesión y no deseaba abandonarla mientras tuviera salud. Su esposa y él soñaban con el viaje a Europa para celebrar las bodas de oro y Lansky le había ofrecido una oportunidad, tramposa e irrechazable. Y detrás de esta se escondía una amenaza. La decisión que debía tomar en aquellos instantes, mientras manejaba hacia el hotel Nacional, cambiaría su vida y la de su adorada esposa. Esta permanecía al margen de lo que estaba sucediendo. Por un instante pensó en contarle lo ocurrido, sin omitir nada. Estaba seguro de que ella se hubiera mostrado decepcionada. Ni el escenario de un porvenir con una economía saneada, ni los lujos del viaje a Europa tan soñado por ambos menguaría el tamaño de su disgusto. El reproche de ella sería doble: en primer lugar le había ocultado el trato y, además, este era con los hermanos Lansky. Pasaría un largo tiempo antes de obtener su perdón. En el momento de contraer matrimonio pactaron que no existirían secretos entre ellos, ni grandes ni pequeños, y Federico Delgado no soportaba las discusiones domésticas.

Capítulo 44

La visita del doctor Delgado a la Clínica Cardona sucedió en un momento de la vida de Meyer Lansky que podría definirse como un estado de felicidad que no había conocido en mucho tiempo.

Había dejado atrás las inquietudes que lo mortificaban a diario en Nueva York: que lo disparasen al descender del vehículo, o al salir por la puerta de un restaurante, o que un explosivo casero detonase a su paso, o que uno de los platos de comida que ingería contuviese un veneno definitivo.

A veces pensaba en lo extraño que era haber llegado al intermezzo de su vida sin sufrir un solo rasguño, un atentado, ni siquiera un susto mayor. No lo achacaba a los rezos de los santitos, como lo hacían sus socios italianos, estos lo explicaban asegurando la intervención de San Antonio o de San Humilde de Bisignano.

Era su cotidianidad en Nueva York y desapareció al darse cuenta en Cuba de la solidez de su alianza con el presidente Batista. No fue de inmediato, se fue dando cuenta semana a semana: transcurría el tiempo y ganaba en seguridad.

A Meyer Lansky le costó habituarse a tanta tranquilidad. Caminaba por las calles de vez en cuando, manejaba alguno de sus vehículos, prescindía de guardaespaldas, se sentaba en un café callejero y observaba el paso de los habaneros mientras fumaba un cigarrillo, saludaba a los policías y les mostraba su mejor sonrisa, algo que nunca se le hubiera ocurrido hacer en Nueva York.

Se acostumbró a la climatología de La Habana y le agradó.

Y sobre todo era feliz desde el instante en que conoció a La Bella Carmen; ella le mostraba su mejor sonrisa cuando llegaba al apartamento que había arrendado. Se relajaba, se descalzaba, se desprendía del saco y de la corbata, se quedaba en camiseta de tirantes mientras ella le preparaba uno de sus tragos favoritos: un mojito con abundante hierbabuena.

Así pasaban los días para Meyer Lansky; no sospechaba en aquel mes de mayo de 1953 que La Habana que estaba conociendo moriría.

Capítulo 45

Meyer Lansky recibió al doctor Delgado. Lo acompañaba su hermano Jacob. Estaban en la habitación 129 del hotel Nacional.

El director Delgado había llegado acalorado, sudando. Pidió un vaso de agua y tomó asiento. Desde que cruzó la puerta Meyer Lansky supo que era portador de noticias extraordinarias. No quiso apremiarlo. Asomó en su rostro una sonrisa amplia, estaba dispuesto a ser firme con quién le visitaba, incluso a hacerlo en un tono como el que utiliza el que quiere pedir excusas.

—Esté tranquilo, doctor, somos amigos —dijo Meyer—, ¿qué ha sucedido?

Delgado vestía una chaqueta azulada. Extrajo de uno de los bolsillos interiores un sobre y se lo entregó a Meyer. Este lo manoseó durante unos segundos y lo leyó.

—Pero entonces, este hombre es extraordinario —expresó en tono suave, una vez leído el informe.

Federico Delgado quedó sorprendido.

Meyer admiraba la inteligencia, por encima del valor o la habilidad para trucar juegos de mesa o para empuñar un revolver. Él había ganado su lugar a base de inteligencia y suerte.

El informe del doctor Foster era rotundo. Meyer se lo entregó a Jacob. Tras leerlo guardó silencio.

Lo primero en lo que pensó Meyer fue en el poco tiempo que tenía para tomar una decisión. Disponía de minutos, una hora acaso. Quién sabe si en ese mismo momento Joe Kowalsky no se hallaba en una comisaría de La Habana o en la embajada de los Estados Unidos contando lo sucedido. ¿Qué podía hacer, sino rematarlo de una vez por todas? No hacerlo era abrir las puertas a la incertidumbre. El escenario probable era que Stanley lo denunciase, se presentase ante los federales y declarase: Meyer Lansky tiene la plata del secuestro de Carolina Bacardí, asesinó al autor intelectual y ha pretendido asesinarme a mí, un oficial de inteligencia del gobierno de los Estados Unidos. Con estas acusaciones Fulgencio Batista no tendría otra salida que detenerlo y entregarlo a los federales, junto a su hermano Jacob, le confiscaría los hoteles y el resto de bienes. Volvería a ser un Lansky empobrecido como los fueron sus padres y abuelos.

Había un veinte por ciento de probabilidades de que se tratara de una amnesia severa, según el informe de Foster. Pero, ¿y si estaba equivocado?

Meyer Lansky atravesó a pasos largos los sesenta metros de la

habitación 129 del hotel que le servía de guarida, miraba al suelo, se asomaba a uno de los balcones y oteaba el mar Caribe. Jacob, por su parte, pensaba en alguna salida a aquel entuerto. Quizá él no poseía la inteligencia de su hermano, pero tampoco era un bobo. Muchos de los grandes golpes que sustentaron el ascenso a la cúspide de los negocios habían sido concebidos por él, e incluso alguno por Grandote Bazuko, su hombre de confianza, amigo y compañero durante décadas.

Meyer Lansky tomó la palabra.

—Dígame, director, ¿el señor Fanon dispone de teléfono en su habitación?

Delgado respondió.

—En cada habitación existe un teléfono.

—¿Y para llamar al exterior, ¿puede hacerlo de forma directa o hay que hacerlo por medio de una centralita?

—Por medio de una centralita, no hay conexión directa.

Lansky asintió y cruzó una mirada con Jacob. Dio la impresión de que había hallado una salida aceptable.

—Doctor, llame de inmediato a la clínica —ordenó Meyer Lansky —. Ahí tiene el teléfono. Quiero saber si en este preciso instante, Fanon y Kowalsky se hallan en la Clínica Cardona, en la habitación que ocupa Fanon; también si Kowalsky se ha ausentado de la misma aunque fuese por unos minutos. Y quiero saber si han realizado alguna llamada telefónica en la última hora. Entiéndalo bien, ¿quiere que se lo repita?

El director comprendió y obedeció. Habló con su asistente, Ilse. Le hizo las tres preguntas en el mismo orden que enunció Meyer unos segundos antes. Unos instantes después dio cuenta de la conversación.

—Me ha confirmado mi asistente que ambos se hallan en la clínica, en la habitación 27, que el señor Kowalsky no se ha movido de la habitación y que no han utilizado el teléfono en ningún momento.

Meyer sonrió.

—¡Vamos muy bien, señor director! Por último, ellos, Fanon y Kowalsky, ¿conocen el informe del doctor Foster?

El director titubeó.

—Supongo que lo conocen. Puede que mi colega el doctor Valverde lo haya comentado con ellos.

Jacob Lansky le pidió al doctor Delgado que abandonase la estancia y esperase en el pasillo.

—Solo será un instante —rogó.

El doctor los dejó solos.

—Si ese hombre está fingiendo estamos perdidos, solo existen dos soluciones: o lo liquidamos o le ofrecemos un pacto —dijo Meyer—. Es una decisión que debemos tomar en estos momentos.

—Pero no aceptará un acuerdo, lo dijo una y otra vez —dijo Jacob.

—Esta vez puede ser diferente, en las otras ocasiones fueron juegos de palabras, yo le decía: escribe tu precio en un papel y lo firmaré sin ver la cifra, y él se limitaba a sonreír. Ahora las reglas son otras, él sabe que lo hemos intentado una vez, que no bromeamos. Y él nos necesita, no es un idiota. ¿No crees que si hubieran decidido denunciarnos habrían actuado ya?

Jacob asintió con la cabeza al tiempo que abría la puerta para que regresara el director a la habitación.

—El señor Fanon y su acompañante no han abandonado la habitación, ni tampoco han usado el teléfono. He vuelto a preguntar.

—Excelente noticia —exclamó Jacob Lansky.

Capítulo 46

Stanley y Ray habían conocido la conclusión de Foster por medio del doctor Valverde. Este había regresado a la habitación 27 mientras el director encaminaba sus pasos al hotel Nacional. Entró con rostro preocupado. Joe Kowalsky estaba sentado hojeando el Diario de la Marina y Fanon mantenía los ojos cerrados.

—El doctor Foster ha dictado sentencia —dijo.

Las palabras de Valverde despabilaron al paciente. Se mantuvo en su papel.

—¿Quién es usted?

—Mire, Fanón, es casi seguro que usted sea un gran embaucador, un farsante.

—Oiga, Valverde, a mi amigo háblele de otra manera —dijo Joe, levantándose.

—Esto dura demasiado tiempo —continuó Valverde.

—Le ruego que abandone esta habitación. O lo hace o le diré a mis hombres que lo echen a la fuerza.

Valverde estaba a punto de ser humillado dos veces en el mismo día, horas antes por Leónidas Foster que no le permitió estar presente en el examen clínico, y ahora por aquellos hombres cuya autoridad procedía de estar pagando la factura. Así que decidió dar unos pasos y salir de la habitación con el rostro encendido.

Había que actuar con rapidez. Ray y Stanley cuchichearon unas palabras.

—Vete a ver al director, tenemos que saber si Meyer conoce ya la conclusión de Foster —dijo Stanley.

La oficina del director de la Clínica Cardona estaba situada en la planta segunda. Una secretaria en la antesala vio entrar a Joe Kowalsky.

—Quiero ver al director ahora mismo.

—El señor director no está en la clínica, ha salido.

—¿Ha salido?¿Sabe a dónde?

La secretaria de Foster era una mujer de media edad, emanaba candor, ni un atisbo de malicia asomaba en su rostro.

—Marchó, una vez que se reunió con los doctores Foster y Valverde —expresó ella.

Las cosas estaban claras, pensó Joe mientras descendía por las escaleras. Delgado se ha dirigido al hotel Nacional; en estos momentos Meyer debe haber leído el informe de Foster.

No tenía tiempo ni medios de organizar la evacuación de Stanley. Su estado de salud era complejo, solo habían pasado unas horas desde que salío del coma, en este caso real, no fingido. Cabía la posibilidad de trasladarlo a la embajada, pero tampoco disponía de una ambulancia ni siquiera de unos enfermeros de confianza, y no olvidaba la embajada, con esa maraña de trámites a los que estaba obligado desde que los burócratas de su gobierno se hicieron con el mando en Washington. Sobre todo, carecía de tiempo para reaccionar.

Stanley tenía uno de los días más lúcidos de su larga carrera. Era extraño y sorprendente. Horas antes dormía en un estado de coma profundo y ahora cavilaba a la perfección. Quizá era la amenaza que pendía sobre su vida lo que causaba ese estado de clarividencia.

La Clínica Cardona era una clínica moderna de La Habana en 1953 y sus habitaciones disponían de teléfono, un pequeño artilugio de color negro fabricado por la compañía ATT.

Joe Kowalsky regresó.

—Foster ha salido, ha ido al hotel Nacional.

—Ray, ha llegado el momento de hablar con Meyer —respondió Stanley.

Ray se sorprendió.

—¿A qué te refieres?

—En estos momentos estarán pensando en cómo eliminarme. Tú también corres peligro. Los Lansky supondrán que te he contado lo que sucedió. Y esta vez no fallarán.

Ray quedó en silencio. Por su cabeza pasaban diferentes posibilidades. Pocas veces se había hallado en una encrucijada como aquella.

Hablar con Meyer Lansky representaba una actuación irregular, según las reglas de la compañía para la que ambos trabajaban. No podían hacerlo sin autorización de sus jefes, y a buen seguro que Philip lo rechazaría.

Llegar a acuerdos con Meyer era traspasar una línea prohibida de forma radical. En el momento en que Stanley lo propuso ambos eran conocedores de que estaban quebrantando una orden.

Pero Ray era consciente de que no podían perder ni un minuto, quizá en ese mismo instante Meyer Lansky estaba dando instrucciones para que ambos ingresaran en el mundo de los muertos.

—Me mantendré aparte, tú habla con él —dijo Ray Colmore.

—Yo también prefiero que sea así —respondió Stanley.

El teléfono de la 129 del hotel Nacional sonó.

—Es Stanley, quiere hablar contigo —dijo Jacob.

—Me alegro de que estés vivo —dijo Lansky al otro lado del hilo telefónico.

Era una buena manera de empezar la conversación.

—Tenemos que hablar, de inmediato —dijo Stanley.

—Con todo gusto, puedo verte en el mismo lugar que la última vez, Jacob y yo salimos del hotel, tardaremos unos minutos —propuso Meyer.

—De acuerdo.

—El director de la clínica te irá a buscar a la habitación.

Federico Delgado no tardó en comprender lo que se le exigía. Debía acudir a la clínica y dar las órdenes precisas para que la sala de placas estuviese vacía de personal o de enfermos. A continuación él se dirigiría a la habitación 27 y, en compañía de Ilse, trasladarían al paciente.

Joe Kowalsky estaba en la habitación junto a Fanon, abandonó la habitación y se dirigió a la puerta externa de la clínica con la intención de fumar unos cuantos cigarrillos seguidos. Los hombres que vigilaban la 27 no observaron nada extraño.

—Vamos a hacer una placa al paciente —dijo la enfermera Ilse.

Capítulo 47

El vehículo que trasladaba a los hermanos Lansky lo conducía Jacob.

—¿Qué has decidido? —le preguntó este.

Jacob era el mayor, le llevaba poco más de un año, lo habían compartido todo desde niños: los acuerdos con otras familias, las decisiones de sobornar a jueces importantes, a fiscales, a jefes de policía, incluso la decisión de eliminar a Grandote Bazuko.

Meyer no respondió a la pregunta de Jacob. El tráfico era denso. Sus planes para ese día se habían torcido. Había prometido a La Bella Carmen llevarla a Varadero. La semana anterior habían viajado y querían repetir. Él había conducido con la mano izquierda al volante mientras que con la derecha acariciaba la cabellera rizada de la joven, mientras admiraba de reojo su piel dorada.

Cuando estaba junto a ella era otra persona, en ningún caso altanero, hablaba suave y buscaba una emisora que transmitiese boleros. Había sido su cumpleaños aquella semana y Meyer organizó la estancia en el balneario para que una cuadrilla de mariachis la sorprendiera al amanecer cantándole las Mañanitas.

Pensar en La Bella Carmen era la mejor manera de relajar la mente cuando se hallaba atenazada por una gran inquietud, como la de ese momento.

Meyer volvió a la realidad. Estaban a pocos minutos de llegar a la Clínica Cardona. Examinó en silencio los dos hechos: altas posibilidades de que Stanley simulase la amnesia y, en consecuencia, el otro agente de la CIA sería conocedor al detalle de lo sucedido minutos antes de que le disparasen. Ambos hechos casaban de tal forma que no existían dudas, todo coincidía.

¿Qué querría proponerles Stanley?, se dijo Meyer.

Meyer y Jacob Lansky lo esperaban. El director de la clínica empujaba la camilla y la enfermera Ilse caminaba a su lado. El primero se las había arreglado para que los empleados de la sala de radiografías saliesen. Les pareció extraño, pero lo ordenaba el director así que obedecieron.

Meyer pidió que les dejaran solos.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Bien —respondió Stanley— ¿Y tú? Tienes buen aspecto.

Meyer lucía un ligero bronceado sin duda a causa del viaje a

Varadero, días atrás. El espía mostraba un rostro pálido, ojeras grandes y arrugas marcadas. Apenas podía caminar, imposible sin alguien que le llevara del brazo al baño o ducharse sin ayuda. Le habían afeitado esa mañana y no quiso mirarse en el espejo.

Sin embargo, su cabeza regía a la perfección, espoleado por la crítica situación en que se hallaba, sus ojos brillaban como aquel que se mantiene alerta.

Ambos mantenían la sonrisa en los primeros segundos de la entrevista, aunque no sabían si por cortesía, complicidad de un tiempo atrás o desafío.

En realidad, Meyer no abrigaba propósito alguno de venganza contra Stanley porque este nada le había hecho. Fueron las circunstancias. Hasta ese momento eran cuatro los sobrevivientes: Stanley, su compañero Joe Kowalsky, así como su hermano Jacob y él.

Meyer dio por supuesto que Stanley contaba con la aquiescencia de Joe Kowalsky, fuere lo que fuere lo que le iba a proponer. El director de la clínica le había informado de que el que se presentaba con este nombre era el jefe inmediato de Stanley en la oficina de Washington. Le extrañó su ausencia, no obstante. Una posibilidad lo asaltó: quizá ambos habían decidido ser fieles a sí mismos y no a la agencia que les pagaba el salario.

Stanley y Meyer tenían una edad parecida, la vida de ambos había tomado rumbos opuestos y carecían de posibilidades de dar marcha atrás. Lo que les quedaba de vida estaba marcado por las cinco décadas vividas, con sus trazos irregulares, con sus ganancias y pérdidas, de modo que comenzaron la reunión con el deseo secreto de alcanzar un acuerdo.

Stanley no quiso evitar la pregunta.

—Ordenaste que me mataran.

Meyer Lansky la esperaba.

—Fue un fogonazo de locura, me arrepentí en cuanto supe que habías sobrevivido.

Las palabras de Meyer eran sinceras.

—¿Cuál es la situación? ¿Quiénes conocen lo que sucedió? —continuó Lansky.

Quería ir al grano.

Stanley reaccionó.

—¿Quiénes conocen que tumbaste al profesor León Valente, que este era el autor intelectual del secuestro de Carolina Bacardí y que te quedaste con casi dos millones de dólares? ¿Es eso lo que me preguntas?

Le agradó el coraje de Stanley.

Este se hallaba vencido por el cansancio, pero su cabeza funcionaba a la perfección.

—Sí, eso es lo que quiero saber —respondió Meyer.

Stanley lo había pensado una y otra vez en los últimos minutos.

—Quiero proponerte un acuerdo.

—Te escucho.

—He salido del estado de coma y no recuerdo los hechos vividos antes de que me disparasen. La amnesia severa se mantiene, nadie podrá sacarme de eso.

—¿Y tu jefe? Seguro que le contaste lo que sucedió.

—¿Mi jefe? ¿Joe Kowalsky? Nunca podrá saber lo que no recuerdo.

Meyer Lansky quedó sorprendido. Stanley prosiguió.

—Cometí un grave error, pero no fue el de ir a verte tras descubrir lo de León Valente, sino haber actuado por mi cuenta.

—¿Actuar sin el permiso de tus jefes? ¿A eso te refieres?

—Eso es.

Meyer Lansky quería tirar de la lengua a Stanley.

—Quieres decir que rompiste las reglas de tu organización.

—Sí, lo que estás pensando. Si en Washington lo descubren me espera un expediente y quién sabe si la expulsión. Las pruebas de mis errores serán irrebatibles.

Stanley no estaba exagerando. Había incurrido en dos faltas graves al actuar por su cuenta sin informar a sus superiores, y al tratar de lograr un acuerdo con dos gánsteres como los hermanos Lansky sin la autorización de Langley.

Meyer entendió lo que bullía en la cabeza de Stanley. Este tenía más que perder si lo denunciaba. No sabía si esas palabras representaban un espejismo o parte de la realidad. Unos minutos antes, mientras conducía hacia el hotel, pensaba en la alternativa de ordenar la muerte de Stanley por segunda vez.

Desde que llegó a La Habana dejó atrás la riada de sangre y violencia que era su vida en las calles de Nueva York, Chicago y Florida. La única excepción había sido Grandote Bazuko. Y en esos instantes se le presentaba una coartada para escapar con bien de aquella encrucijada.

Para Stanley era una buena solución. De no adoptarla le esperaba el peligro de que los Lansky lo liquidasen, era una posibilidad real. En el caso de que no ocurriese, le aguardaba un expediente en Langley de conclusión poco dudosa.

No le importaba el dinero, había ahorrado lo suficiente para vivir con decoro, poseía una vivienda en la alcazaba de Tánger desde cuya azotea se adivinaba el estrecho de Gibraltar en días claros y sin calima. Pero para él, salir por la puerta trasera de la CIA era inaceptable después de casi cuarenta años de servicio. Era un precio que el presente más absoluto le obligaba a descartar.

De alguna manera era el verdadero Stanley, el agente que durante

muchos años obedeció, pero que también fue capaz de pensar y actuar por su cuenta en determinadas ocasiones. La vida era un vértigo y él estaba manejando el suyo.

—¿Y Joe Kowalsky? —volvió a insistir Meyer.

—Mi amigo Ray, él también quedaría perjudicado, es mi jefe, el asunto le salpicaría, también tiene sus enemigos, con seguridad, perdería su posición.

—De manera que se hará el bobo —dijo Meyer.

—Dicho de otra manera, una mentira piadosa que nos conviene a todos. Yo no recordaré nada y Ray repetirá mis palabras. Seguirás con tu vida y nosotros con la nuestra.

Ray Colmore sabía lo que iba a suceder desde el momento en que autorizó a su subordinado negociar con Meyer Lansky. Stanley continuaría fingiendo, lo hacía muy bien. A él le tocaba la peor parte, redactar un informe y pasar de puntillas sobre el asunto. Se limitaría a escribir que, pese a sus investigaciones, no había podido identificar al culpable del intento de asesinato de Stanley Mortimer. Incluso podría sugerir de forma soterrada que bien podía haber estado Stanley en el lugar equivocado, las balas no eran para él; el informe sería tan breve y ausente de pistas que lo engavetarían en escaso tiempo.

No faltaría entre los burócratas de Langley alguien con deseos de escarbar, de argumentar que era un expediente inacabado, con hilos sueltos, pero nadie en la planta de arriba tenía demasiado interés en el caso Stanley Mortimer, de modo que le dedicarían cinco minutos de su atención. Bastaba con echar la culpa a una amnesia retrógrada severa, también conocida entre los especialistas como Síndrome de Korsakov.

Philip se alegraría de perderlo de vista para siempre.

Las ideas en la cabeza de Meyer Lansky se aceleraban. En ese momento quería terminar su acuerdo con Stanley. El mundo sosegado que trataba de construir cada vez que empezaba un nuevo día sufría una sacudida tras otra, pocos eran los días en que no sobrevenían incidencias o graves peligros. Se había acostumbrado a esa clase de vida, de lo que se trataba era de llegar al anochecer con unas buenas cartas en la mano que le permitieran seguir vivo y libre. Como en esa ocasión. Las tenía en la mano y las estaba jugando.

Llegó el momento de la despedida.

—Estamos de acuerdo —afirmó Meyer.

—Lo estamos.

—¿Qué será de ti?

Su interés por Stanley era sincero.

—En cuanto me recupere volveré a Tánger, allí está mi casa, están mis amigos, está mi mundo.

Meyer pidió a Jacob que lo dejase en la puerta del apartamento de La

Bella Carmen. El acuerdo con Stanley era uno más en su vida. En su mente halagó la decisión de Stanley y también de su amigo Kowalsky.

No hubiera vacilado en ordenar la muerte de ambos si se hubieran torcido las cosas. Jacob y sus hombres lo tenían preparado y esta vez no fallarían. Pero no era como deseaba que sucediese. Stanley había salvado su vida dos veces, la primera al sobrevivir a las balas disparadas por el difunto Grandote Bazuko y la segunda al hacerlo a la sepsis de las balas moscas.

Ambos, Stanley y Ray, llamados en su misión Fanon y Kowalsky, estaban salvando el pellejo poniendo su vida por delante de la sigla para la que trabajaban, esa decisión les puso en un lugar parecido al que Meyer Lansky ocupaba. Las circunstancias los estaban igualando, aunque aquellos fuesen funcionarios del gobierno y los hermanos Lansky perseguidos por la justicia.

Stanley volvió a la habitación 27, el director de la clínica y la enfermera ilse empujaban la camilla. En el interior lo esperaba Joe Kowalsky. Una vez que el director Delgado y la enfermera Ilse abandonaron la habitación, Stanley Mortimer dijo:

—Por lo que veo, hemos ahuyentado a los cuervos.

Colmore dio un suspiro de alivio.

—Tus palabras me alegran. Ahora lo único que nos queda es que te recuperes lo antes posible y regreses a Washington.

—Así es —asintió Stanley—. No vuelvas a llamarme Chris Fanon cuando estemos solos. Tengo grandes deseos de dormir, creo que podría hacerlo tres días seguidos. Antes de que te vayas, ¿cómo está el consejero Jesús Galíndez? He estado pensando en él desde que salí del coma. No sé bien la razón.

—Está en buena forma, lo veo con frecuencia. De vez en cuando le pedimos consejo en los asuntos de España.

—¿Recuerdas la última vez que nos vimos los tres? Estábamos en Madrid, las cosas marchaban de mal en peor para los republicanos. El colapso del gobierno era inminente. Madrid era un caos. A nuestro alrededor había desesperación y derrota. Tú y yo recogíamos los documentos y preparábamos la huida. Y de repente, Galíndez nos localiza por radio y nos pide que falsifiquemos pasaportes norteamericanos para que tres vascos pudieran abandonar la ciudad sin sobresaltos —dijo Stanley.

—Lo recuerdo, Galíndez y yo hemos hablado de aquel episodio un buen número de veces.

—¡Qué tiempos aquellos! —concluyó Ray Colmore.

Epílogo

Por una razón u otra, los personajes principales de las tres novelas (La Ciudad de la mentira, Donde los hombres llevaban sombrero y Lo que dejan ver las sombras) han cobrado vida y encontrado su lugar.

Sin proponérselo y sin que los múltiples episodios que han vivido lo impidiesen, o quizá a causa de ellos, han llegado a su destino.

El norteamericano Stanley Mortimer puso fin a una larga carrera como agente de inteligencia de la única manera que no imaginó: traicionando a su país, o al menos quebrantando las normas y ocultando a sus superiores los hechos que había vivido. En él pensaba el autor al transcribir la cita de Cèline que abre la novela

Regresó a Tánger, que para entonces era ya su ciudad y donde había vivido más de treinta años, en un estado de felicidad relativa y sin embargo genuina.

Podría dedicar el resto de sus días a lo que más le agradaba. Tomar té en el Café de París o en Café Hafa; contemplar la costa española en días sin calima, desde la Alcazaba; caminar sin prisa por el Zoco Chico y recorrer el Boulevard Pasteur; detenerse en la Librairie des Colonnes para saludar a Isabelle e Ivonne Gerofi y hojear las últimas novedades llegadas de París y Madrid; comer en el Sidi una Harira y, sobre todo, departir con sus amigos tangerinos, de nacimiento o adopción, nazarenos, tanjawis, hebreos, musulmanes, descreídos.

Madeleine Didier tuvo éxito en su nueva aventura, el club Tánger. De la misma manera que Chez Madeleine había sido una de las estrellas de la noche tangerina en la década de los cuarenta y primeros años de los cincuenta, Tánger fue recibida por numerosos habaneros con curiosidad, primero y simpatía después.

Poco podía imaginar la francesa, sin embargo, que los acontecimientos que ocurrieron en Cuba a partir del 1 de enero de 1959 la obligarían a cerrar el club.

Habría de reírse de su mala suerte: los islamistas la expulsaron de Tánger en 1953 y los revolucionarios lo harían en 1959.

Lo asumió como había hecho siempre en su larga vida. Empacó sus pertenencias y regresó a Tánger, que ya era por entonces su ciudad; donde había conseguido levantar establecimiento propio, cumplir el sueño que tuvo cuando era una jovencísima prostituta en Pigalle, y donde había conocido al marinero Lègrand, también francés y aventurero, que se convirtió en su compañero y amante hasta el fin de sus días.

Ray Colmore se reincorporó a su cargo de jefe de la CIA para los países del mar Caribe durante cerca de siete años. Al triunfar en Cuba la Revolución le hicieron demasiadas preguntas para las que no halló las respuestas que sus jefes esperaban, de modo que fue invitado a presentar su renuncia. Hizo aquello que no había podido hacer hasta entonces, ir al cine, leer un libro tras otro y pasar todo el tiempo posible con sus hijos.

Israel Pí recuperó su apellido real, Pilar, y siguió un camino similar al de su patrona, Madeleine. Regresó a España, a Madrid. Había adquirido en La Habana madurez para enfrentar las adversidades y reemprendió un negocio de telefonía que desarrolló para convertirse en un empresario destacado y muy querido por sus amigos. Continuó pintando.

Meyer Lansky se vio obligado a abandonar Cuba tras los sucesos de enero de 1959 y regresó a Norteamérica. Pese a que las autoridades lo acosaron con ahínco, su buena suerte y tal vez la gran cantidad de dinero que tenía en los bolsillos impidió que lo enjaulasen.

Joan Alison encontró en Martín Ugarte la paz que perseguía. A su lado pudo desarrollar una carrera literaria de largo recorrido. Su nombre brilló en los titulares de revistas y a menudo expuso sus ideas en los programas de televisión de mayor audiencia.

Para Martín Ugarte era el momento de dejar atrás su pasado aventurero. Había sido sacerdote con en la veintena y conocido el amor de una mujer al cabo de unos años. La errancia quedaba atrás y lo esperaba el refugio de los abrazos calmos y serenos de la vida familiar. Se hallaba feliz y alcanzó sus grandes objetivos: conquistó el corazón de Joan Alison, fue padre de un niño al que bautizó con el nombre de Stanley, educó a este en un colegio católico de Nueva York, impartió clases de árabe en una universidad pública y, por encima de todo, acompañó a Joan en su vida contradictoria, de sentimientos ambiguos: huidiza, inestable. Siempre una mujer fascinante.

Todos ellos alcanzaron de una u otra manera lo que ansiaron tanto, una vida razonablemente apacible.

Table of Contents